Dentro de tu Oscuridad



Bea Melworren

B.M books



DENTRO
DE TU
OSCURIDAD

BEA MELWORREN

DENTRO DE TU OSCURIDAD

BEA MELWORREN

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Registrado en Safe Creative.
© Autora: Bea Melworren.
© Portada: Nerea Martín.
© Corrección: Nerea Martín
© Depósito legal: VA 81-2026

Edición: Marzo 2026.

Para Emma.
Gracias por acompañarme en este viaje de vida
desde hace once años.

Índice.

Contenido

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 2 3
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 2 5
CAPÍTULO 2 6
EPÍLOGO



PRÓLOGO

Los sonidos que provenían de la habitación eran inconfundibles. El lugar, inadecuado. El olor que llegaba hasta sus fosas nasales, el preludio de una desgracia.

Tiró la puerta de madera maciza de un solo golpe, sin inmutarse, y descubrió aquello que llevaba tiempo intuyendo: Sophia, su luna, cabalgaba encima de Raphael, su beta, casi un hermano.

Arremetió contra ellos con la furia de Dante, su lobo, alimentando la suya propia. Apartó a Sophia, agarrándola por la cintura, clavándole los dedos en la piel desnuda sin cuidado. Miró a Raphael por un microsegundo; estaba aterrado, no era para menos, lo conocía lo suficiente como para saber cómo iba a proceder tras una traición de aquel calibre.

Sin darle tiempo a reaccionar, se abalanzó contra él. Puñetazo tras puñetazo se resarcía de su deslealtad. Hasta que un certero golpe en la sien hizo que el hombre soltara su último aliento de vida.

Rolfe se detuvo, mirando la masa sanguinolenta que tenía bajo él. Poco a poco, la comprensión de lo ocurrido aplacó su furia ligeramente, mientras la culpa lo envolvía por haber sucumbido a la ira de aquella manera.

Bajó de la cama, aturdido, con los nudillos ensangrentados y el alma más pesada que antes. Se giró hacia Sophia, que lo observaba horrorizada desde su metro sesenta, con el esbelto cuerpo apenas cubierto por una sábana blanca.

La odiaba con todo su ser.

El deseo de acabar con su vida lo paralizó. Apretó los puños cubiertos por la sangre del traidor y trató de serenarse sin éxito, pues cuanto más la miraba, más anhelaba verla agonizar.

Los minutos corrieron en aquel silencio tenso, en un cruce de miradas que Sophia no se atrevía a romper. Jamás lo había visto así, ni siquiera cuando tuvieron algún ataque de otras manadas. Él era siempre comedido, pacífico, buscaba la paz, apaciguaba los ánimos…

Su expresión gélida e inaccesible era suficiente para hacer tambalear la seguridad de ella.

—Rolfe —dijo con voz trémula, temblando al ver que se acercaba hasta donde estaba parada.

Recorrió su cuerpo con una mirada de desdén que golpeó el ego de la mujer.

—¡Arrodíllate frente a tu alfa! —ordenó con voz gutural.

Ella cayó al suelo sin poder resistirse, agachando la cabeza, con sus rizos negros y desordenados tapando su rostro. En total sumisión.

—Él me sedujo —se defendió en un murmullo ahogado, con la vista en el suelo.

—Yo, Rolfe Montange, Alfa de la Manada de la Luna Roja, te rechazo a ti, Sophia Scott, como mi pareja predestinada. Rompo en este momento el vínculo que nos unía, el cual has mancillado con tus acciones.

Rolfe esperó que el dolor sordo e incapacitante por rechazar a su pareja predestinada lo asaltara. No sintió nada. Poco a poco, la confusión asomó en su rostro. Ni él ni ella habían sufrido ningún espasmo tras su contundente declaración. Era algo inconcebible.

«¿Qué ocurre?», preguntó Dante, su gran lobo negro, desde el fondo de su cabeza.

Sophia sabía por qué, ya no tenía sentido seguir con la mentira que tan bien perpetró años atrás. Se alzó con soberbia, tirando al suelo la tela que la cubría, dispuesta a dar su estocada final. Hacía tiempo que odiaba a Rolfe con toda su alma.

Se regodeó en la confusión de él. Una sonrisa irónica asomó a sus labios.

—¿Qué significa esto?

—Nunca fui tu pareja predestinada por la Diosa —admitió sin una pizca de pesar en sus palabras, disfrutando del malestar que había creado en él.

—¡¿Qué?!

—Te gustaban tanto las brujas que recurrí a una para doblegarte. Fue tan fácil engañarte, estabas tan asustado por tomar el control de la manada que no te diste cuenta de mi ardid. Salió demasiado bien.

—Estás enloqueciendo —desechó él, incapaz de tomar en cuenta aquel absurdo juego.

—Nunca he estado más cuerda. No te duele porque no soy nada tuyo, nada sagrado al menos. Te drogué durante innumerables lunas hasta que me cansé de ti y dejé de hacerlo.

Poco a poco, las desafortunadas noticias fueron calando en el interior del alfa. Había sido usado a su conveniencia durante los últimos años.

—Maldita seas.

—No puedes juzgarme, te quería para mí y fue tan divertido durante un tiempo, pero resulta que no eres tan especial como pensaba y salí a buscar un nuevo juguete —a pesar de sus palabras, un atisbo de pena y dolor se reflejó en sus pupilas al mirar a Raphael.

—Confié en ti, en tus palabras, en tu amor.

—Siento romper tu burbuja, pero nunca hubo amor por mi parte. Tan solo no podía soportar que ella se quedase con mi puesto.

¿Ella? Aquella palabra aumentó la confusión del alfa.

—¿De quién hablas?

—Envidiaba tanto vuestra complicidad —prosiguió Sophia sin responder su pregunta—. Si esa no se hubiese ido un día antes de cumplir los dieciocho, estoy segura de que la Diosa os hubiese emparejado. Teníais algo especial que todos podían ver, incluso tu prima.

—¿Quién? —bramó Rolfe, dando un paso hacia ella con aire amenazador, pero la mujer ni se inmutó.

—Se me olvidaba. No la recuerdas —respondió con sorna—, nadie aquí lo hace. También me encargué de eso.

Rolfe perdió el poco autocontrol que le quedaba, avanzó hacia ella y la cogió por el cuello, apretándolo hasta que su sonrisa se convirtió en mueca y un quejido brotó de su garganta.

—¿Cómo se llama? ¿Y dónde está? —preguntó, cerrando los dedos sobre el cuello de la mujer hasta que la hizo toser.

Podría quebrarla en aquel instante, ambos lo sabían a juzgar por el miedo que asomó a los ojos de la mujer, pero no lo hizo.

La soltó con asco; le generaba repulsión tocarla. El sonido de ella golpeando el suelo, acompañado de un jadeo, fue lo único que se escuchó durante los siguientes minutos.

—Habla de una vez —ordenó, a un paso de perder la cabeza.

—Jamás —respondió Sophia, con las manos apoyadas en el suelo, aún recuperándose de su agarre—. Aunque me mates, no pienso decírtelo. Borré sus huellas, corté todos sus lazos contigo y con estas tierras. No es más que un murmullo en el viento. No te ayudaré a encontrarla.

Alzó la cabeza, mirándolo con el desafío y el desdén reflejados en sus pupilas.

—¿Es tu última palabra? —cuestionó el alfa mientras Dante le rogaba que la dejase acabar con ella.

—Por supuesto.

Rolfe se agachó a su altura. Quería ver cómo su rostro se transformaba al descubrir su suerte.

—Sophia, a partir de hoy, no perteneces a esta manada ni a ninguna otra. Eres una renegada, una loba solitaria.

Esta vez sí vio cómo la expresión de su cara se transformaba en una de un terror inmenso. Él se alzó, saboreando su venganza.

—No puedes hacerme eso —rogó ella, temblando al comprender la magnitud de sus errores. Se había dejado llevar por la rabia y su

posición privilegiada. Había querido herirlo, pues hacía un año que él no la llamaba a su cama, pero no fue capaz de ver lo que sus acciones podían provocar.

—Fuera de mis tierras.

—Soy tu luna.

—Nunca lo fuiste, jamás debiste ocupar ese lugar y yo no debí obviar lo negligente que eras en todo lo que hacías —sentenció con gesto indiferente.

—No puedes hacerme eso, será mi muerte, no sé defenderme.

—Que en cinco años jamás quisieras recibir formación en nada, no es mi problema.

Rolfe fue hacia el exterior de la habitación y dio una orden que ninguno de sus hombres podría ignorar. Dos de ellos se presentaron frente a él.

—Escoltad a esta impostora fuera de los límites de la manada. No puede volver a entrar en ella.

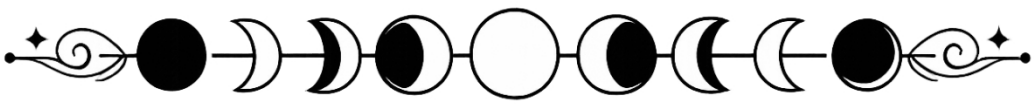
Los dos fornidos guardias se acercaron a Sophia y la agarraron por los brazos mirándola con asco.

—Debo recoger mis cosas —dijo ella, revolviéndose para tratar de soltarse.

—Nada te pertenece, fuiste la peor luna que podía escoger: vaga, mentirosa, tendenciosa y traicionera. Te irás sin nada.

—¡¡No!!

Ella pataleó y chilló mientras la arrastraban para cumplir con la orden del alfa, pero no consiguió soltarse, tampoco que él cambiara de opinión. Su soberbia la había llevado a perderlo todo.



Un año después

Dante rugía en su cabeza mientras revisaba cada documento de Sophia en busca de una pista que lo pusiera en el camino hacia esa misteriosa mujer de la que la impostora había hablado.

Era la última vez que lo haría. Después lo destruiría todo y empezaría a buscarla por sí mismo. Sabía que existía y que había compartido algo con ella que no recordaba, ni él ni nadie de la manada.

Se había pasado los últimos meses interrogando a cada hombre, mujer y adolescente que pudiera haberla conocido. Nadie sabía nada de ella. Después amplió su búsqueda, recorriendo las manadas vecinas sin éxito alguno.

Empezaba a ahogarse.

Sabía que ella era importante, si no, Sophia jamás la hubiese hecho huir de sus tierras. Un eco del pasado se coló en su memoria y volvió a aquel fatídico día en el que todo se derrumbó a su alrededor.

Rolfe salió corriendo de la habitación de la luna una hora después. Detrás de él, su mayor error. Le pesaba la muerte de Raphael en su conciencia, pero la furia de Dante apenas le dejaba pensar con claridad.

Salió de la casona y corrió hacia la casa de la bruja en busca de respuestas. Todos los hombres con los que se cruzaba se apartaban de su camino, conocedores de lo que ocurría, incapaces de sostener a un líder que estaba rozando la locura.

Solo uno dio un paso adelante: James. Habían sido amigos durante el colegio; conocía a Rolfe y sabía que en ese instante necesitaba a alguien capaz de detener sus impulsos. Así que lo siguió hasta que lo vio derribar la puerta de madera de la pequeña cabaña y entrar en ella con tanta fuerza que crujieron sus paredes.

La mujer, de aspecto cansado y pelo castaño, al ver al alfa de aquella forma, se encogió de miedo. Llevaba muchos años esperando aquel desafortunado encuentro.

—Lo siento —tartamudeó con un hilo de voz ante el feroz escrutinio.

—Fuiste tú, ayudaste a Sophia a engañarme.

—No quise hacerlo, pero me obligaron. No pude negarme, acababa de llegar a la manada; me amenazaron con echarme de aquí.

Rolfe dio un paso hacia ella, haciéndola retroceder. Entonces sintió una mano sobre su brazo y, al girarse, vio a James, que lo sujetaba sin temor a posibles represalias.

—Tú —dijo con incredulidad y rabia, pensando que lo ahuyentaría, pero James le mantuvo la mirada y no lo soltó.

—Tan solo escúchala. Dudo que lo hiciera con maldad.

Aquellas palabras calaron hondo en él. Detuvo su avance y se cruzó de brazos, esperando que la mujer pudiera resolver sus dudas.

—Prosigue, Margaret —la animó James sin soltarlo.

—Solo recuerdo a su luna, exigiendo mi ayuda, imponiendo su voluntad. Yo no había estado antes en una manada. Creí en su palabra, que ella era la elegida y…

—Y me traicionaste. ¿De quién me separó? ¿Qué sabes de esa joven?

La mujer negó con la cabeza casi de manera frenética y el fuego de la ira del alfa volvió a incendiarse.

—Nada. Me hicieron beber el mismo brebaje que yo misma preparé para que toda la manada la olvidara. Recuerdo lo de su luna porque cada mes debía proporcionarle el elixir que mantenía vuestro amor intacto.

Rolfe enrojeció. ¿Amor? Estaba claro que todo había sido un vil engaño y la bruja, con sus excusas y decisiones, había contribuido a ello sin pensar en las consecuencias.

—Recoge tus cosas, este ya no es tu hogar.

El grito de la mujer lo acompañó de vuelta a la casona. Allí se encerró durante siete días, tratando de calmar el dolor que le

habían provocado entre esas dos mujeres.

—Alfa.

La voz de James, su nuevo beta, lo sacó de aquel recuerdo. Había pasado la tarde frente a aquel desorden: a sus pies se amontonaban cartas, hojas, libros… todo lo que fuera susceptible de guardar una pista importante. El resto de enseres de Sophia habían sido previamente destruidos, quemados frente a los miembros de su manada, con la advertencia de que no debían volver a nombrarla en su presencia.

—Espero que tengas un buen motivo para interrumpirme. No estoy de humor para tonterías.

—Me permití el descaro de revisar las cosas de… su anterior beta.

Rolfe se alzó, curioso ante aquel giro de acontecimientos. ¿Qué tenía que ver Raphael con el entramado de mentiras que había creado Sophia?

—He encontrado esto —prosiguió James, alargando un dosier que tenía en las manos—. En los últimos cuatro años, casi cinco, visitó de manera regular Bacton.

El alfa agarró los papeles y los revisó; en el último tiempo, Raphael le pedía vacaciones cada tres meses. No le dio importancia, pero tenía frente a él el lugar que visitaba.

—No es todo.

James metió la mano en su bolsillo y sacó un pañuelo amarillo del mismo, entregándoselo.

—Estaba junto a las facturas del hotel, siempre el mismo. Tiene un olor característico, casi podría decir que lo he olido antes y alguien bordó un nombre en él.

Rolfe lo llevó a su nariz y aspiró el aroma a sándalo.

Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Lo giró, buscando la palabra escrita: Nicte.

Tenía que encontrarla.





CAPÍTULO 1

En un pequeño y apacible apartamento de dos cuartos, en el centro de Bacton, un pueblo costero situado en el condado de Norfolk, en el este de Inglaterra, se libraba una batalla contra el tiempo. El incesante tic-tac del reloj la estaba poniendo nerviosa, pero eso no parecía ser suficiente para que él se diera cuenta y acelerase el ritmo.

—Cariño, llegaremos tarde. Tengo que ir a trabajar —suplicó la joven con el bolso sobre el hombro y las chaquetas en la mano.

—Ya voy, mamá.

El pequeño diablillo, como lo llamaba su madre con todo el cariño del mundo, apareció dos segundos después frente a ella, con los restos de cacao aún en la boca y los rizos caoba despeinados.

—No te has lavado la cara.

—Teníamos prisa —respondió con una sonrisilla mientras ella abría su bolso, sacaba una toallita y se la pasaba por la cara.

—Listo, vámonos.

Solo tenían diez minutos para llegar al colegio. Le dio un ligero empujón hacia la puerta para que saliera, recogió la mochila del pequeño del suelo y salió de la casa. Dos vueltas a la llave y volaron hacia el garaje.

Tocaba pisar el acelerador a fondo, por suerte, el tráfico era fluido aquella mañana y, a menos de dos minutos de las nueve, soltó el coche frente a la entrada de la escuela de Heyden. Se bajó y, tras abrir la puerta del niño, le colocó el abrigo con rapidez, la mochila sobre los hombros, le dio un beso en la coronilla y un ligero empujón para que atravesara las verjas del patio del colegio.

—Corre.

En cuanto lo vio acelerar el paso, se arrepintió de haberle dicho aquello. Heyden era demasiado rápido para un niño de su edad. Estaba a unos meses de cumplir seis años, pero no se movía ni comportaba como un niño que acababa de empezar la primaria. Era demasiado listo y muy ágil. Ella se acercó a la verja y revisó al resto de padres que aún estaban despidiendo a sus hijos. Ninguno se había fijado en Heyden, demasiado absortos en sus conversaciones.

Respiró aliviada mientras se colocaba un mechón pelirrojo dentro de la pinza con la que llevaba recogidos sus rizos. Se giró sin mirar y, tras dos pasos, se chocó contra una persona que estaba parada cerca de ella. Alzó la cabeza mientras recitaba una mecánica disculpa.

Era apenas un muchacho, pero le sacaba una cabeza y en su rostro no podía leer ningún tipo de emoción.

—Perdón. A veces voy un poco despistada.

—No hay problema —señaló, mirándola con un interés que la puso en alerta—. Muy bonito su cachorro.

—Es un niño —se apresuró a corregir, tratando de controlar el miedo que acababa de experimentar. Solo un lobo podría reconocer a Heyden como uno de los suyos.

—Sí, claro, disculpe.

Un destello dorado asomó en el iris de aquel muchacho imberbe que debía parecer inofensivo. No lo era, estaba segura de ello. Antes de que pudiera enfrentarlo, agachó la cabeza y se marchó con rapidez, murmurando unas palabras de las que solo logró captar una: «objetivo».

«Nos han encontrado».

Con la preocupación a flor de piel y sabiendo que no podía ir, sacar a Heyden de su clase y volatilizarse, ella regresó a su coche, retomando el camino hacia el trabajo.

«Nicte, ¿qué mierda vas a hacer?», se preguntó mientras observaba por el retrovisor cómo un vehículo negro, con las lunas tintadas, la seguía. No eran imaginaciones suyas. Habían regresado y estaba segura de que esta vez no sería tan fácil darles esquinazo.

Sus casi seis años de paz habían terminado.

Aparcó frente a la cafetería en la que trabajaba mientras su cabeza evaluaba su siguiente movimiento. Sabía que debía actuar rápido y con precisión, pero también con cabeza. Debían confiarse para que relajaran su vigilancia y ella encontrara el hueco por el que huir.

Entró en la cafetería con su mejor sonrisa asomando a los labios. Los desayunos ya habían comenzado y el local estaba casi lleno. Becky, una espectacular mujer de metro setenta y gesto amable, la saludó desde la barra.

Era su jefa, pero también una buena amiga que la ayudó cuando su mundo estaba totalmente derruido, sus ahorros menguando y la desazón ahogándola.

Recorrió el pasillo que llevaba a la trastienda, colgó el abrigo y el bolso en una percha de madera, se ató el delantal alrededor de la cintura y salió de allí a cumplir con su trabajo lo mejor posible.

Seis horas después, cuando el cansancio comenzaba a hacer mella en ella, su turno se acercaba a su término. Estaba a punto de salir de la barra después de colocar la última bandeja de tazas limpias, cuando Becky se acercó a ella y colocó una mano sobre la de Nicte con gesto de preocupación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, directa al problema—. Hoy has estado ausente y preocupada, ni siquiera te has reído de los chistes de John.

—Está volviendo a pasar —comentó Nicte con la desazón asomando en sus ojos—. Voy a tener que marcharme de aquí, volver a empezar de cero. Ya me había acostumbrado a todo esto. Es nuestro hogar.

—Quizás no sea necesario.

—La alternativa es luchar, Becky —afirmó mientras repasaba el rostro ovalado de su amiga, enmarcado por su larga cabellera rubia —. Nunca tendré la oportunidad de ganar. Menos con Heyden en medio. No puedo ponerlo en peligro.

—Quizás deba hablar con…

—No, ¿cómo crees que permitiré que os encuentren a vosotros por salvarme yo? Está totalmente fuera de discusión.

—A mí no me harán nada.

—Salvo alejarte de John para que cumplas con sus rituales. No lo permitiré. Becky, sois mi familia. No podría vivir sabiendo que he destruido lo que tenéis por mi culpa. Evaluaré la situación y tomaré una…

Ambas se tensaron al notar un aroma sutil. Se giraron hacia la puerta para ver cómo un grupo de tres fornidos hombres entraban en la cafetería sin mirarlas.

—¿Qué hacen aquí?

—No parece que nos hayan notado —comentó Becky, observándolos con interés.

Nicte no estaba tan segura de ello. Podía percibir las sutiles diferencias entre esa visita y otras fortuitas que habían ocurrido durante aquellos años. Por lo general, cuando aparecía algún lobo despistado, enseguida se acercaba a la barra y trataba de entablar una conversación con ellas. Normalmente elegían a Becky, pues el aroma de esta no estaba escondido como el suyo.

Analizó cómo se mantenían en silencio, con las espaldas sin tocar el respaldo de las sillas, asintiendo con la cabeza, sin duda manteniendo una conversación a través de su conexión mental.

Notó un tirón en la columna, anticipando el peligro. No estaban allí por casualidad y casi podía jurar que ella era su objetivo.

—Tengo que irme —murmuró hacia Becky y esta se limitó a asentir.

Voló a recoger sus cosas y colgar su mandil. Después salió de la cafetería tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía. Sintió la mirada de ellos en su espalda mientras se montaba en el coche. A través del retrovisor los vio salir y montarse en el coche negro que la había perseguido horas antes.

«Hijos de…»

Se mordió la lengua, sabiendo que debía mantener la calma. No podían encontrarla con Heyden. No aún. Una parte de ella sabía que

esto iba a pasar de nuevo, aunque había logrado esquivarlos durante los últimos años con bastante acierto.

Les dio unos minutos, esperando que arrancaran el coche y se marcharan para poder descartar sus miedos. No lo hicieron. Sacó su teléfono del bolso y buscó el número de su vecina entre sus contactos.

Dos tonos después, esta le contestó.

—Maritza, ¿has recogido ya a Oliver?

—No, estoy entrando por la puerta del cole.

Nicte alzó la mirada, comprobando a través del retrovisor que seguían ahí, esperando su próximo movimiento.

—¿Puedes llevarte a Heyden? Tengo algo importante que hacer.

—Por supuesto, les encanta jugar juntos y así estarán entretenidos, tengo una montaña de plancha que terminar hoy.

—Gracias, no tardaré en pasar a por él —respondió, agradeciendo haber hecho amistad con una de sus vecinas de edificio y que los niños se llevaran bien.

Nicte colgó el teléfono y giró la llave del contacto, encendió las luces y salió del aparcamiento con calma. Sabía que no la perderían de vista, pero estaba dispuesta a intentar despistarlos. Se dedicó a callejear entre calles, buscando la manera de que perdieran su rastro, girando de manera brusca en las intersecciones y esperando que desistieran, pero fue en vano.

Parecían intuir sus movimientos.

Tras media hora jugando al gato y al ratón, decidió tomar un atajo. Aparcó cerca de su apartamento y se bajó del coche sin dar muestras de que sabía que la seguían. Entró en una tienda inmensa, una nave llena de objetos sin conexión entre sí: desde pinturas hasta paños de cocina, escobillas para el baño y luces de Navidad, entre otras miles de cosas.

Saludó a la anciana mujer de origen chino que regentaba el lugar y paseó entre los altos estantes en busca de una forma de huida. Al final de la tienda había una puerta de salida de color azul, enfrente

de la entrada del almacén. Se colocó junto a ella, miró alrededor y, al ver que no había nadie, la abrió y salió de allí corriendo.

Tres calles y un sofocón después, entró por el portal de su edificio, hiperventilando. Corrió hacia las escaleras, hasta la quinta planta, ahí donde estaba su casa. Abrió la puerta y entró precipitadamente.

Dejó caer el bolso y el abrigo en el sofá gris. Sacó la maleta del armario ropero de la entrada y fue hasta su habitación. Pasó la siguiente hora organizando los equipajes de Heyden y de ella.

«Están demasiado cerca».

Cuando ya lo tenía todo preparado, subió a la sexta planta y recogió a Heyden, excusándose con Maritza por haber tardado tanto en ir a por él, pero ella, con su afable amabilidad, no tomó en cuenta su desliz.

Cuando bajaron a su casa, metió a Heyden en la bañera, le dio de cenar y lo acostó antes de la hora habitual. Eran las ocho de la tarde de un día que no parecía tener fin. Estaba agotada. La tensión adormecía su cuerpo.

Se sentó en el suelo del salón, con las maletas encima del sofá y la espalda recostada en este. Debía marcharse, era lo único que tenía claro. Ellos no desistirían en sus deseos de atrapar a Heyden y ella no lo iba a permitir.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Durante un segundo dejó que su cuerpo la informara de si era alguien peligroso, pero, al no notar nada extraño, se levantó y fue hacia la puerta. La abrió tras mirar por la mirilla.

—¡Cassidy!

La mujer de metro cincuenta y canas blancas, con su habitual ropa negra y gesto serio, entró en la casa sin ser invitada. No lo necesitaba, ambas eran amigas desde que Cass la ayudó tras el nacimiento de Heyden. Confiaba en ella al cien por cien.

—¿Qué estás haciendo, niña? —preguntó con voz rasposa, señalando las maletas.

—Nos vamos —contestó Nicte, apoyándose en la puerta que acababa de cerrar—. Ya no estamos seguros aquí.

—Te equivocas, siempre te dije que este será tu hogar hasta que vuelvas a casa.

—Nos han encontrado de nuevo, no cesarán en su empeño de llevárselo. Uno de sus hombres ha estado en el colegio de Heyden.

La mujer frunció el ceño con preocupación, pero su visión era clara, concisa y muy rápida.

—Este es vuestro hogar de momento, es el lugar más seguro. No podéis iros, Nicte, aún no, he tenido una visión y, si os marcháis antes de tiempo, algo malo sucederá.

—Ya está sucediendo —exclamó con la frustración reflejada en su tono angustioso—, no les daré oportunidad de llegar hasta él y yo no soy capaz…

—Tú debes dejar de negar lo que eres, señora de las tinieblas.

Nicte resopló, asqueada ante una conversación que habían mantenido muchas veces en el último año.

—Por Dios, Cassidy, compartir el nombre de una diosa no me convierte en una.

—Eres una bruja, Nicte, has abrazado tu naturaleza, jamás había visto tanto poder junto y…

—Tan solo juego con la energía —afirmó sin querer considerar los elogios que estaba recibiendo—, es fácil cuando sabes cómo canalizarla. Eso es todo.

—Eres consciente de por qué no tienes todo tu potencial.

Nicte se estremeció al entender a qué se refería su amiga y mentora. Negó con la cabeza, no estaba preparada para despertar a su loba. Sabía que estaba furiosa con ella.

«Hace años que la mantengo aletargada a base de magia».

—Ha llegado el momento de liberarla. Solo así estarás completa y podrás proteger a Heyden.

—Pero…

—Ella no permitirá que le pase nada a vuestro cachorro.

Nicte se revolvió, inquieta ante la idea de enfrentarse a Kirah y molesta con aquella palabra que tan malos recuerdos le traía.

—Tardará semanas en despertar y, para entonces, ya nos habrán atrapado. Lo mejor es marcharse de aquí, ahora.

—No si tomas esto.

Cassidy metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de lana negra y sacó un frasco pequeño, con un líquido ámbar. Se lo ofreció a Nicte, ella lo cogió con cuidado, como si fuera a romperlo. Sintió cómo su cuerpo vibraba y casi notó un gruñido de anticipación en su cabeza.

—La profecía es clara: si huyes, Heyden puede sufrir un daño irreparable. Kirah debe volver y tú, dejar de esconderte. Eres mitad bruja y mitad loba. Ese es tu verdadero y poderoso ser.

—¿Qué pasará si me quedo? —cuestionó sin mucho convencimiento.

—Tu destino vendrá a por ti. Me he tomado el atrevimiento de alejar a esos lobos, pero sabes que volverán. Kirah y tú debéis estar preparadas.

—Estoy muerta de miedo.

—Libérala. La necesitáis.

La decisión era compleja, pero desde que había conocido a Cassidy jamás erró en sus predicciones. Ella le enseñó a manejar su poder, sacando su potencial a la luz, ayudándola y guiándola.

Confiaba en su criterio por encima de cualquier otro. Tiró del pequeño tapón de corcho y bebió el líquido de un solo trago; en unas horas volvería a estar completa después de casi seis años.

Cuando su amiga se fue, se sentó en el sofá con un té de canela calentándole las manos y un sinfín de emociones contradictorias recorriéndola. Adoraba a su loba, cuando a los quince años esta apareció en su mente para después impulsarla en su transformación, dejó de sentir un poco la soledad que había experimentado a los ocho.

Recordar aquello la inundaba de un dolor indescriptible, perdió a su padre y a su madre casi al mismo tiempo. Tuvo que sostenerse y,

aunque tenía el cariño de la «tía Naira», nunca volvió a sentirse en paz hasta… Rolfe.

Soltó un suspiro al aire al rememorar su imagen, ese adolescente alto, tenaz, que la había rondado durante semanas mientras buscaba hierbas medicinales. Desde el primer momento en que se vieron, la necesidad de estar juntos se volvió acuciante, tanto que el susurro de aquella frase que le dijo de forma impulsiva una tarde: «sé mi novia», aún la despertaba por las noches cuando las pesadillas la dejaban en paz.

—Nunca fuiste mío —murmuró con la congoja subiendo por su garganta.





CAPÍTULO 2

El despertar de Kirah fue tan intenso y cargado de reproches que Nicte no consiguió dormir en toda la noche. Los reproches se sucedían acompañados por algún que otro dolor inexplicable en partes de su cuerpo totalmente sanas. Llegó al trabajo arrastrándose cual gusano, derrotada, agotada y con dolor de cabeza.

Tras tres horas de turno, Nicte tuvo un respiro, no por los clientes, sino con Kirah, que decidió darle una tregua: dejó de maldecirla en su cabeza y no pudo menos que agradecer aquel regalo en forma de silencio.

—Te sienta bien —murmuró Becky, acercándose a ella, que estaba en la cafetera—. Kill está emocionada con su nueva amiga.

Nicte hizo una mueca. ¿Cómo era posible que, tras años encerrada y aletargada, Kirah ya quisiera darse a conocer?

«Porque somos poderosas», respondió la loba en su cabeza con un aire de orgullo que le resultó entrañable.

—Pensé que estabas enfadada.

«Más de lo que piensas y ahora no pienso hablarte en un buen rato, quiero idear mi venganza».

En la cara de Nicte asomó una sonrisa, en el fondo había echado de menos esas conversaciones con Kirah y contar con su apoyo en los momentos difíciles.

La puerta de la cafetería se abrió con el suave tintineo que hacían las campanillas que estaban en el dintel de la misma. Un penetrante aroma a romero con una pizca de limón inundó la nariz de Nicte, era intenso y, por un instante, sus sentidos se embotaron buscando al culpable.

—No es posible —masculló sin pronunciar sonido alguno.

Dejó que sus ojos vagaran hacia él: Rolfe, uno de los alfas más poderosos del estado, estaba ahí, revisando cada detalle como si se tratara de un campo de batalla. Se detuvo en ella y el nerviosismo que corría por su cuerpo se acentuó. Seis años sin verlo y aún podía sentir cómo su cuerpo reaccionaba ante su cercanía.

Su antiguo alfa caminó con paso firme hasta la barra con su metro noventa y el cuerpo musculado por las horas de entrenamiento, sosteniéndole la mirada hasta que sintió que debía huir. Se giró, buscando qué hacer antes de tener que atenderlo, y agarró un paño de forma precipitada.

«¿Qué hace aquí?», se preguntó, deseando que Kirah le diera una respuesta, pero no acudió en su ayuda.

Rolfe y sus hombres tomaron asiento en los taburetes de madera que había en la barra de mármol negro. Impávidos y sin mostrar ninguna expresión en sus rostros. Nicte se inclinó para mojar la bayeta, no la habían reconocido, ninguno de los cuatro, pues ni siquiera la saludaron. Eso era bueno y extraño a la vez. ¿Tanto había cambiado como para ser irreconocible?

Se colocó a la otra punta de la barra, mirando a Becky, haciendo la señal que siempre usaban cuando no querían atender a alguien. Su amiga asintió, dibujó una sonrisa en su rostro y se acercó al grupo.

—Alfa —murmuró con discreción para que nadie más que él la oyera mientras le hacía una reverencia en señal de respeto—. ¿Puedo aconsejarles algo de la carta?

—Traiga cuatro cafés con leche, por favor.

Nicte aún estaba lo suficientemente cerca como para escuchar la frase, sintió cómo se estremecía ante el sonido de la voz del alfa. Cogió la bandeja de metal de forma apresurada y se fue hacia el otro extremo del local a recoger mesas.

«No me ha reconocido», se repitió casi de manera compulsiva, tratando de tranquilizarse lo suficiente como para seguir trabajando con eficiencia.

Rolfe cruzó una mirada significativa con James. La habían encontrado. Siguió sus movimientos mientras Dante rugía desde el fondo de su cabeza, enojado con él por no actuar con premura. ¿Cómo podría hacerlo si aún estaba en shock? Trataba de asimilar lo que acababa de descubrir, pues de todos los escenarios posibles, no esperaba que la realidad lo golpeara de esa forma.

En cuanto traspasaron el umbral de la cafetería y la vio, recobró todos sus recuerdos. Ella, la pequeña bruja, fue su amor de juventud. Su mente se llenó de imágenes de momentos compartidos, de besos e intimidad.

«Es tu pareja predestinada», gruñó Dante, moviéndose inquieto en su cabeza.

Ambos inspiraron hondo, absorbiendo el aroma a sándalo y fresas que despedía de ella, persiguiendo sus pasos por el local con avidez. Se movía con gracia entre las mesas, saludando a los clientes habituales, aceptando alguna broma, recogiendo vajilla sucia y compartiendo miradas con su compañera de trabajo.

«Ve a reclamarla ya», exigió su lobo, abrumado por la sensación de tenerla tan cerca y no poder rozarla ni siquiera de forma superficial.

—Aún no —respondió Rolfe, siguiéndola con la mirada, bebiendo cada uno de sus movimientos—. Veníamos a disculparnos con ella por la actuación de Sophia, a comprobar que estaba bien. Lo que menos esperaba era descubrir lo que nos une.

«Esa maldita arpía. Debiste permitirme acabar con ella».

—¿Qué peor destino puede haber que ser desterrada y condenada a la soledad?

Dante resopló, trataba de comunicarse con la loba que habitaba en la bruja, pero le era imposible, no lograba conectar con ella a pesar del vínculo reconocido.

«Su loba está débil. ¿Qué le ha hecho?».

—Lo averiguaremos.

Nicte estaba tan concentrada en parecer indiferente que no era consciente de la intensidad de la mirada de Rolfe, ni de la curiosidad

de sus hombres.

—Comienzo a recordarla —murmuró James, inclinándose hacia Rolfe—. Sin duda hicieron un buen trabajo con nosotros.

Rolfe gruñó ante el acertado comentario. Sophia había jugado tan bien sus cartas que…

La oyó reír y su corazón dio un vuelco. Estaba bromeando con el cocinero, un hombre alto, un humano sin más, con el que parecía compartir algún tipo de vínculo.

Los celos lo atacaron sin piedad, apoyó las manos en el filo de la barra, dispuesto a saltar por encima de ella y apartarla de aquel miserable, pero James se lo impidió, sujetándolo, tratando de tranquilizarlo desde su conexión mental.

«Si la vuelve a tocar, lo mataré».

«¿Acaso no ves que ese hombre está con la otra loba?».

Justo cuando estaba a punto de cometer una locura, vio cómo Becky le daba un beso en los labios al cocinero, disipando cualquier duda que pudiera tener. Notó cómo el ataque de furia se desinflaba y volvió a sentarse en su asiento.

—¿Desean algo más? —cuestionó la camarera, acercándose a ellos unos minutos más tarde.

—Sirva más café, por favor —comentó James, consciente de la necesidad de Rolfe de seguir evaluando a la joven.

El tiempo pasaba lento y, aunque Nicte había conseguido relajarse, aún sentía la necesidad de huir antes de que la interceptaran o trataran de averiguar algo de ella. No podía permitirlo, no cuando había tanto en juego.

«Heyden. Te dije que debías decírselo cuando nació».

Mientras Kirah la recriminaba, se le escapó una mirada hacia Rolfe, que fue sostenida con una intensidad que la hizo enrojecer. Tiempo atrás podía leer su expresión con solo dedicarle unos segundos, pero en ese instante ese poder se había desvanecido. Parecía aburrido, pero con un deje controlador que hizo que su cuerpo se pusiera en alerta.

Necesitaba perderlo de vista cuanto antes. Aprovechó para coger los papeles del inventario que tenían que hacer en un par de días y se excusó con su jefa rumbo al almacén, donde pasó la siguiente y última hora de trabajo en absoluto silencio, sin ojos inquisitivos que la acosaran.

—Becky, nos vemos mañana —dijo cuando llegó su hora de salida, después de recoger sus enseres de la percha y dejar los folios de vuelta en la estantería—. Mañana termino lo que me queda.

—Bien. Dale un beso a…

—Claro —la interrumpió con gesto preocupado, temiendo que las palabras de su amiga despertaran la curiosidad de sus visitantes inoportunos—. Adiós, cariño.

Rolfe la observó marcharse, con paso firme y espalda tensa. Ella sí lo había reconocido, estaba seguro por cómo había esquivado volver a mirarlo o atenderlo, ignorándolo con deliberación.

—¿Sabemos dónde vive? —cuestionó en un murmullo tan bajo que solo James y sus hombres lo escucharon.

—Por supuesto.

—Que no la pierdan de vista —ordenó el alfa, aunque sus hombres ya eran muy conscientes de sus deseos sin que él los manifestara.

—¡Mierda! —exclamó Nicte en el exterior mientras caminaba con rapidez hacia su coche para abrirlo y sentarse en el asiento del conductor.

Estaba pisando arenas movedizas, dispuestas a tragarla en cualquier momento. Jamás hubiese imaginado que sus dos pesadillas recurrentes pudieran confluir en el mismo espacio y tiempo.

Nicte agarró el volante con demasiada fuerza, pisó a fondo el acelerador y salió del aparcamiento con el miedo envolviendo cada uno de sus movimientos. Mientras conducía hacia el colegio, la sensación de que volvían a perseguirla se acentuó. Aparcó en el primer sitio que encontró y llamó a su vecina para volver a abusar

de su confianza. Por supuesto, la mujer aceptó encantada, consiguiendo que Nicte soltara un suspiro de alivio en cuanto colgó.

No podía arriesgarse a llevarlos hasta Heyden. ¿Qué podría pensar Rolfe de aquello?

«Que es su hijo», señaló Kirah, inoportuna y sarcástica como de costumbre.

—Kirah, no puede saberlo. Él ni siquiera me reconoció, fui tan insignificante que me ha olvidado y eso es bueno para todos.

«Estás más equivocada de lo que pensaba».

—¿A qué te refieres?

«Muy pronto lo sabrás, no le quites emoción al momento».

Nicte puso el coche en marcha mientras trataba de saber qué le escondía su loba, pero esta se negó a responder, dejándola con la intriga y la desazón de que algo se le escapaba de las manos.

Cuando llegó a su edificio, dejó el coche en el garaje, subió directamente al piso de Maritza por las escaleras y llamó al timbre con su mejor sonrisa.

—Perdona que haya tenido que volver a pedirte ayuda, estoy abusando de nuestra amistad —dijo cuando la mujer abrió la puerta sin apenas darle tiempo a saludarla.

Heyden saltó a sus brazos con la emoción pintada en su rostro y mil cosas que contarle.

—Sabes que no es molestia, ellos se lo pasan bien en este rato de juego. Además, hoy ha estado poquísimo tiempo. Cuando me llamaste pensé que estaría más rato con nosotros.

—He podido arreglarlo para salir a tiempo. Gracias.

—¿Quieres que nos tomemos un café en lo que ellos juegan?

—Te lo agradezco, pero tendrá que ser otro día. Tengo un montón de ropa que planchar. ¿Lo dejamos para el domingo?

—Claro —respondió Maritza con una sonrisa.

Nicte regresó a su casa después de despedirse de su amiga, todavía con su hijo en brazos, que jugueteaba con sus rizos. Aún estaba aturdida, con las palabras de Cassidy en la cabeza y el

regreso de Rolfe. No creía en las casualidades. Todo era demasiado abrumador.

—¿Puedo jugar en la bañera? —preguntó Heyden cuando entraron en casa y lo dejó en el suelo.

—Primero podrías jugar un poco en el salón, quiero adelantar la cena. Después te acompañaré en el baño.

—Vale.

Heyden fue hacia el baúl de juguetes que estaba junto al sofá, sacó varias figuras de Playmobil y se sentó en la mullida alfombra morada. Admiraba la capacidad de su hijo de abstraerse.

Lo observó durante un rato hasta que la urgencia por intentar hacer algo la llevó hasta la pequeña y sencilla cocina beis. En una esquina, junto al frigorífico, tenía un armario lleno de frascos, hierbas y remedios. Abrió la puerta de cristal y comenzó a revisar cada uno de ellos mientras dejaba su mente en blanco en busca de un ritual que los protegiera.

El sonido del estridente timbre la sorprendió, no esperaba a nadie.

—¡Ya voy! —chilló desde donde estaba al escuchar que Heyden se levantaba—. No abras.

Se apresuró a salir de la cocina y el olor a romero la asaltó. Heyden no le había hecho caso, estaba junto a la puerta abierta, con Rolfe mirándolo con una expresión extraña en el rostro.

—¡Heyden! —exclamó Nicte, llegando hasta él—. Te he dicho que no se abre la puerta a nadie, no sabes quién está detrás.

—Lo noté aquí —dijo el niño, señalándose en la cabeza—. Lo siento, mamá.

Ella suspiró y lo agarró por el hombro para ponerlo detrás de ella y enfrentarse a Rolfe, pero, antes de que pudiera hacer ningún movimiento, él sujetó su mano, provocando que una descarga eléctrica recorriera su espalda. No la miró, tenía toda su atención puesta en el niño que estaba frente a él.

—Hola, cachorro —saludó con voz ronca—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi seis, lo vamos a celebrar en el bar de mamá, John hace las mejores hamburguesas del mundo —contestó Heyden con orgullo antes de que Nicte pudiera intervenir.

Rolfe alzó la mirada hacia Nicte, con el entrecejo fruncido mientras llegaba a la conclusión adecuada. Sus ojos estaban cargados de reproche, haciéndola sentir culpable por su decisión.

—Heyden, ve a tu habitación.

—Pero quiero conocerlo —protestó el niño.

—Ahora no es el momento, haz caso.

Ella esperó a que los pequeños pasos del niño se perdieran dentro de la habitación para dirigir su atención a Rolfe. Se soltó de su agarre, aprovechando la confusión que él exhibía, y sujetó la puerta, dispuesta a cerrarla en cuanto tuviera oportunidad.

—¿En qué puedo ayudarlo? —cuestionó como si fuera un extraño al que no conocía.

Vio un destello plateado en sus pupilas, estaba confuso y emocionado. Podía sentir su energía ir y venir entre ella y su hijo. Debía alejarlo de su casa cuanto antes, aunque era consciente de que ya la había reconocido.

—Quizás no sea a mí a quien busca. Si me disculpa, debo seguir con mis quehaceres.

—Nyx.

Hacía años que nadie la llamaba así, en realidad solo él lo había hecho en el pasado. Se removió inquieta cuando él se movió, dejando el vano de la puerta atrás, acercándose demasiado a su cuerpo y anclándose en su mirada con una intensidad difícil de aguantar. Una parte de ella lo había echado de menos.

Rolfe sujetó la puerta, apartando su mano con delicadeza, y la cerró sin perder el contacto visual con ella.

«Tenemos un cachorro», gritó Dante en su cabeza por quinta vez desde que habían conocido a Heyden.

—¿Qué hace?

—Dudo que no me recuerdes, Nicte —señaló él, desafiándola a seguir con aquel juego que ambos sabían era una mentira.

Ella se rindió, sabiendo que así no conseguiría que él se marchara, ya estaba hecho, había descubierto su secreto.

—Alfa, yo…

—Jamás me llamaste alfa.

—Éramos unos críos.

—La última vez que te vi estabas a punto de cumplir dieciocho y yo tenía veintiuno, muy lejos de la niñez para ser correctos. ¿No crees?

—Ya, usted vino a darme el pésame por la muerte de mi tía y enseguida se tuvo que ir —dijo ella mientras la incómoda escena se hacía presente. Sophia había llegado como una exhalación, obviando que estaban en un lugar público, reclamándolo como si fuera un objeto.

Una situación abochornante que no deseaba volver a repetir.

—Ahora lo recuerdo con nitidez. Te marchaste el día en que asumí mi puesto como alfa y proclamé mi unión con Sophia.

Rolfe fue testigo del gesto de dolor que ella hizo al escuchar el nombre de la traidora y se amonestó por haberla nombrado en ese instante. Quería su colaboración, no que alzara todas las murallas posibles entre los dos.

«Te escondió a nuestro cachorro». La voz furiosa de Dante activó su propia furia. Antes de que pudiera evaluar sus acciones, agarró a Nicte por el brazo y la atrajo hacia él sin apretarla.

—¿Por qué me ocultaste a Heyden?

—Eso da igual, alfa. No sé por qué vuestro viaje os ha traído hasta aquí, pero mi vida nada tiene que ver con la suya. Él es mi hijo, nada más.

—Me lo ocultaste, borraste tus pasos en mi tierra. Llevo un año buscándote… me juraste que jamás usarías tus dones en mi contra.

—Yo no hice nada en vuestras tierras —se defendió ella—. Ni siquiera usaba mi magia en aquel momento, no sabía cómo. ¿Acaso

ha enloquecido?

—Lo siento —se apresuró a decir Rolfe, dándose cuenta del error cometido, pues bien sabía que todo era obra de Sophia—. ¿Por qué no me dijiste lo del cachorro? —volvió a preguntar con delicadeza.

—No era consciente de que estaba embarazada cuando me marché, tan solo cumplí sus órdenes, no puede juzgarme por eso.

Sus miradas se enredaron, la ira crecía en sus corazones. Estaban fallando tratando de explicar su postura desde el ataque al otro y la defensa de sus ideas.

—Podías haber vuelto —reprochó él mientras imaginaba las miles de penurias que habían pasado en esos años sin una manada—. Tenía derecho a saber de la existencia de mi hijo. Me has robado seis años de su existencia.

Nicte se revolvió con las lágrimas asomando en sus ojos y la furia corriendo libre por su cuerpo. ¿Cómo se atrevía a aparecer en su casa y cuestionar sus acciones? No tenía derecho a hacerlo.

—Cumplí su mandato al pie de la letra. Tal y como me indicó vuestra luna. Así que baje el tono conmigo y…

—¿Qué es una luna, mamá?

Nicte se soltó de su agarre de un tirón mientras Heyden repetía la pregunta de nuevo.

—¿Qué haces aquí otra vez? Te he pedido que estés en tu cuarto.

—Me prometiste que jugaría en la bañera y es tarde —respondió el pequeño, levantando su mano para enseñar su reloj.

—Ya veo, te estabas impacientando. Déjame que despida al señor y…

—No pienso moverme de aquí —anunció Rolfe con voz grave, casi usando su voz de líder.

—Alfa, esta es mi casa —dijo girándose hacia él con los brazos cruzados bajo su pecho—, no toleraré ese tono en ella.

—Cuando obtenga mis respuestas, pensaré si me marcho.

Nicte necesitaba unos minutos para crear su estrategia. Dio la mano a Heyden y se encaminó hacia el baño mientras su cabeza

daba mil vueltas buscando la mejor opción sin mucho acierto.

Colocó el tapón y abrió el grifo mientras el pequeño se desvestía, parloteando sobre su día, sus amigos, aquello que habían hecho en clase, ajeno a la zozobra que recorría de pies a cabeza a su madre.

Lo ayudó a entrar en la bañera cuando esta estuvo lista. Heyden cogió a sus dinosaurios y comenzó a jugar con ellos entre la espuma. Nicte se secó las manos en la toalla azul y sacó su móvil del bolsillo trasero de su vaquero. Buscó en la aplicación de mensajes el nombre de Cassidy y tecleó con rapidez una pregunta: ¿Cómo espantar a un lobo muy cabezota?

«Se pondrá furioso si haces eso», anunció Kirah en su cabeza.

—No intervengas —le pidió a su loba sin pronunciar sonido alguno, mientras esperaba su respuesta.

«¿Quién mejor que su padre para proteger al cachorro?»

—Es un humano —contestó, frustrada por el giro de los acontecimientos—. No debería haberte despertado.

—¿A quién, mamá?

—¿Qué?

—Has dicho algo de despertado.

«Lo han oído —la avisó Kirah—. Dante está furioso».

—¿Y por qué habría de importarle? —exclamó más alto de lo que pretendía.

—¡Mamá!

—¿Qué, cariño?

—No me has contestado —recordó con un puchero.

—Mamá está muy cansada y no sabe lo que dice. La que se tendría que haber quedado en la cama hoy soy yo —respondió Nicte, resignada y molesta al sentir la excitación de Kirah—. ¿Qué diablos te pasa?

«Lo sabrás a su debido tiempo, es mi pequeña venganza por lo que has hecho conmigo».

Lo que menos necesitaba era tener un enfrentamiento con su loba en ese instante, así que no insistió en averiguar qué le pasaba.

—Cariño, no te levantes en la bañera, voy a despedir a nuestro invitado —le pidió, atrayendo la atención del pequeño—. Heyden, esto no es negociable. ¿Me has entendido?

—Lo prometo.

Nicte salió del baño, revisando las palabras de Cassidy, releyéndolas entre dientes. Entró en la cocina, abrió uno de los cajones y sacó un puñado de ruda con la mano izquierda. Había usado antes esa fórmula y sabía que funcionaba con bastante eficacia.

Encima de la pequeña mesa de la cocina había un quemador de hierbas. Colocó ahí el montoncito de ruda y agarró la caja de cerillas. Sacó uno de los fósforos y, cuando iba a encenderlo, una mano se cerró sobre la suya, sorprendiéndola.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Rolfe, con una tormenta de dolor asomando a sus ojos.

No solo le ocultó a su hijo, sino que encima pretendía embrujarlo para apartarlo de él.

—Tan solo invitarle a seguir tu camino. No sé por qué está aquí.

—Quería disculparme y saber cómo estabas.

—Os perdono, alfa. Estoy perfectamente, ahora puede irse y no necesitaré usar mis dones para sacarlo de mi vida.

Rolfe se acercó a ella más de lo que debería, notando cómo su corazón se aceleraba ante su cercanía. La tomó por la cintura, haciendo que el calor de su roce nublara su razón.

—Tu loba no piensa lo mismo.

—Ella está confusa y yo agotada.

—La has tenido dormida durante cinco años. Dante no está contento con tu decisión.

—Eso no es de su incumbencia, ni de la vuestra —respondió, removiéndose inquieta, deseando que él dejara de tocarla, era demasiado perturbador sentir las manos de Rolfe sobre su cuerpo.

—No te imaginas cuán equivocada estás, no puedes sacarnos de tu vida.

—Le aseguro que lo haré si no desaparecéis por usted mismo.

La amenaza quedó flotando entre los dos, pero eso no impidió que él acariciase su espalda con una mano.

—En esta casa hay dos vínculos sagrados que ningún hechizo puede romper. ¿Acaso no te lo ha dicho tu amiga bruja o Kirah?

«Márcala de una vez», ordenó Dante con desesperación, anhelando unirse a su pareja predestinada.

Rolfe negó con la cabeza, aún estaba furioso con ella y con su engaño. No podía sucumbir a su deseo en aquel momento, quería que ella lo aceptara por encima de cualquier otra cosa y sabía que aún no estaba preparada.

—Debería marcharse de mi casa, alfa. Tengo que terminar la cena y Heyden no puede quedarse solo en la bañera sin supervisión.

—Yo iré a ayudarle.

—¡No! ¿Cómo cree que voy a dejarlo en manos de…?

—¿Su padre? —respondió, ofendido ante su actitud protectora—. Hay tanto que debemos aclarar, Nix, que será mejor que no opongas resistencia. No pienso irme a ningún lado hasta que entienda por qué desapareciste y me negaste a mi hijo.

—¿Qué le importa? —estalló Nicte, revolviéndose contra él y logrando que la soltara—. Tiene una luna, seguramente tendrá cachorros con ella. No necesita uno más fuera de la sagrada unión.

Un gruñido gutural salió de la garganta de Rolfe. Trató de sujetarla de nuevo, pero ella lo esquivó, aumentando la distancia y alzando una mano para detenerlo.

—Luna Sophia jamás aceptará a Heyden y yo no voy a permitir que nadie lo dañe, ni siquiera ella. Antes tendrá que matarme y no se lo pienso poner fácil.

Rolfe sintió una opresión en el pecho. Lo estaba atacando, no como loba, sino como bruja, y era más fuerte de lo que imaginaba. Estaba dispuesta a herirlo mientras aumentaba la presión para sacarlo de la cocina.

«Está asustada. Alguien amenaza al cachorro desde hace tiempo y tiene miedo de nosotros», gruñó Dante.

—Nix —la llamó Rolfe, relajando su postura, tratando de transmitirle serenidad sin éxito.

—¡Fuera de aquí, ahora! —ordenó ella, con un rastro de desdén en sus palabras—. Vuelve con ella y olvídese de nosotros. Su viaje ha concluido.

Una fuerza invisible golpeó de nuevo el pecho de Rolfe, empujándolo sin que él presentase resistencia.

—¡Mamá!

El grito de Heyden desconcentró a Nicte, soltó al alfa, al que trataba de repeler, y corrió hacia el baño con la angustia anidando en su garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó entrando tan rápido que estuvo a punto de caerse.

—¿Dónde está el tiranosaurio?

Nicte resopló sonoramente, soltando todo el miedo entre aquella ráfaga de aire. Escuchó a su espalda la risa contenida de Rolfe, que la había seguido por si necesitaba ayuda.

—Mañana lo buscamos, es tarde y hay que salir de la bañera.

Se giró para encontrarse con él, apoyado en el vano de la puerta, observando una escena tan cotidiana como habitual en aquella casa. No pudo evitar ver el brillo en sus ojos, orgullo. Rolfe estaba orgulloso de su cachorro y algo dentro de su pecho se agitó sin que pudiera reprimirlo.

Sus miradas se enredaron en un segundo que pareció durar una eternidad. En ese instante, no parecían dos extraños, sino los jóvenes que un día se amaron sin ningún tipo de impedimento.

—Por favor, es tarde, estoy agotada y necesito acostar al niño. ¿Puede marcharse?

—Volveré mañana —claudicó Rolfe, muy a su pesar, odiando tener que irse, pero sabiendo que debía hacerlo por el bien de Nicte.

Se despidió de Heyden desde donde estaba y se marchó. A medida que sus pasos lo alejaban de aquel baño, de esa casa que era un verdadero hogar y de esa mujer, que era su compañera predestinada, un profundo sentimiento de pesar se iba instalando en su pecho. Debía conquistarla de nuevo y estaba dispuesto a ello.



CAPÍTULO 3

Nicte se había levantado de la cama sin fuerza. No había dormido apenas, buscando una solución a sus problemas sin éxito. ¿Cómo podría si cada uno de ellos era más horrible que el anterior? Actuó por inercia: llevó a Heyden al colegio y se presentó en el trabajo sin su habitual sonrisa, pero dispuesta a cumplir con sus funciones.

Terminó de rellenar las cámaras refrigeradoras sumida en sus erráticos pensamientos, que pasaban de Cassidy y su profecía a Rolfe y su visita sorpresa. Jamás debería haberlo dejado entrar en su casa ni conocer a Heyden.

No había podido herirlo, no tenía fuerza contra él y eso solo la hacía sentir vulnerable. Una barrera invisible se había erigido alrededor del alfa. Se sentía inútil y abrumada a partes iguales.

Recogió unos casquillos vacíos de refresco, los metió en una caja de plástico rojo y los llevó a la trastienda. Cuando regresó a la barra, Becky le sonrió desde el lavavajillas. Estaba por acercarse a ella cuando un grupo de hombres, encabezados por el beta James, entró en la cafetería y se situó en los taburetes de la larga barra.

Su cuerpo se tensó al verlos tan despreocupados, observándola con interés, como si les debiera algo. Los miró frustrada, había al menos otros cuatro bares alrededor de la manzana. No tenían por qué acudir en masa al que ella trabajaba.

«Pronto lo sabrás», tarareó su loba de muy buen humor.

—No me importa —respondió Nicte en un bufido.

La última hora de su turno fue extraña, la estuvieron estudiando en cada paso que daba hasta que estuvo a punto de tirar una bandeja entera de cafés sobre una esbelta señora de gesto contrariado.

Se disculpó mientras escuchaba un bufido proveniente de la barra. Colocó las tazas y, tras soltar la bandeja metálica sobre la barra, provocando un estruendo, entró en la cocina soltando maldiciones.

—Nicte —la llamó su amiga queriendo ayudarla—, quizás deberías saber que…

—Becky, no creo que pueda sostener más información por ahora.

—Te entiendo, pero es importante que lo sepas.

—Mañana, te prometo que mañana te escucharé. ¿Te importa si salgo un poco antes? Te lo compensaré.

—Ve, el turno ya casi ha terminado.

Ella agradeció el gesto de su jefa. Sabía que últimamente no estaba trabajando del todo bien, pero también era consciente de que el vínculo que las unía iba más allá de su desempeño profesional. Recogió sus cosas, colgó su mandil y salió de la cafetería como si se estuviera quemando, rumbo a su coche.

Condujo con calma hasta que llegó al colegio de Heyden. Por alguna razón que no comprendía del todo, estaba triste, anticipando una despedida. Tarde o temprano tendría que dejar su vida allí.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, agotada. Dos golpes en el cristal de la ventanilla la sobresaltaron, miró alrededor y se encontró con la sonrisa cálida de Maritza. Sacó la llave del contacto con las mejillas encarnadas y bajó del coche.

—He llegado un poco antes y… anoche apenas pude dormir.

Se excusó mientras traspasaban las verjas grises y llegaban hasta la puerta donde la monitora del comedor entregaba a los niños.

—Tienes el estrés dibujado en la cara. Si necesitas que me quede con Heyden esta tarde, estaré encantada.

—Gracias, pero hoy no —declinó la bruja con una sonrisa—. Ya he abusado suficiente de tu ayuda.

—Tan solo un par de días, apenas nada si tenemos en cuenta las veces que tú me has ayudado a mí.

Los niños salieron corriendo hasta donde estaban ellas. Heyden se tiró en sus brazos y Nicte lo alzó sin mucho esfuerzo. Desde que Kirah había vuelto a su vida podía notar su fuerza en el día a día. Los cuatro salieron del colegio y se despidieron en la verja.

—¿Quieres que os acerque a casa?

—Aprovecharé para hacer unos recados, gracias por la oferta. Quizás otro día.

Nicte llegó hasta su coche, dejó la mochila de Heyden en el asiento trasero y lo sentó en su silla. Después le dio un beso en la nariz que arrancó una carcajada en el pequeño.

—Mamá —la llamó el niño cuando entró en su asiento.

—¿Qué tal tu día, cariño? —contestó Nicte mientras se colocaba su propio cinturón y arrancaba el coche.

—Bien, vino un señor a recogerme.

Nicte soltó el embrague y el coche se caló, haciendo un ruido metálico. Por suerte no había salido del aparcamiento, ni siquiera había quitado el freno de mano. Inspiró hondo para tranquilizarse y se giró para mirarlo, sorprendida ante lo que él acababa de afirmar.

—¿Qué pasó? ¿Lo conocías? —preguntó pensando que quizás Rolfe había ido a verlo.

—No lo había visto nunca. No sabía la palabra de seguridad y estábamos en el recreo.

—¿No estaba tu profesora?

—Hoy no le tocaba patio.

Su corazón se aceleró, palpitando con fuerza el miedo que sentía. Esto había ido demasiado lejos, no iban a parar hasta alcanzarlo. Lo sabía bien, así fue cuando Heyden nació y tuvo que huir mientras se recuperaba del parto.

Arrancó el coche de nuevo y condujo por inercia, mientras su mente trataba de tomar una decisión que se le antojaba imposible. ¿Qué debía hacer?

Diez minutos después subían por el ascensor de su casa. Nicte sujetaba la mano de su hijo como si fuera a perderlo en cualquier

momento. Abrió la puerta y lo invitó a entrar con rapidez.

—Ponte a jugar, cariño. Enseguida estaré contigo.

Sacó las maletas. En qué mal momento había decidido deshacerlas. Confiaba en Cassidy y sus premoniciones, pero habían cruzado todos los límites posibles. Era la hora de llevar a cabo su plan B.

«No lo hagas, habla con Rolfe».

—Nunca, sabes lo que haría, lo llevaría a su terreno y Sophia tendría acceso a él. Kirah, esa mujer lo maltrataría. No pienso permitirlo.

«Te estás equivocando, tengo que explicarte unas cosas».

—No me arriesgaré y no quiero seguir hablando de esto.

«Maldita cabezota, continúa en la ignorancia», refunfuñó su loba, quedándose en silencio después, dándole una tregua que necesitaba mientras lo organizaba todo.

Tenía un montón de bolas de calcetines en la mano cuando llamaron a la puerta.

—¡No abras! —ordenó a Heyden y siguió haciendo la maleta que nunca debió deshacer.

Volvió a sonar un estridente timbrazo y oyó los pequeños pasos de su hijo, desobedeciéndola por segunda vez en menos de una semana.

—¡Heyden! —gritó, soltando todo sobre la cama y saliendo de la habitación con rapidez.

No la suficiente, justo cuando estaba a punto de impedírselo, su hijo abrió la puerta y dio un salto de alegría.

—Es él.

—Hola, pequeño —lo saludó Rolfe, con James a su lado. Entre los dos no se veía el pasillo que había tras ellos.

—Ves, mamá, lo sentí otra vez aquí.

Antes de que Nicte pudiera salir de su estado de shock y los detuviera, entraron en su casa y cerraron la puerta tras ellos.

—Estaba jugando —dijo el niño, ajeno a la mirada preocupada que dirigía Rolfe hacia su madre.

—No esperaba menos, te he traído un compañero de juegos. James sabe muchas historias y quiere compartirlas contigo.

—Pero no puedo hablar con extraños —respondió Heyden en un cuchicheo que pretendía ser un secreto entre Rolfe y él.

—Le confiaría mi vida. Además, acabo de presentártelo, ya no es un extraño.

James se agachó frente a Heyden y sacó del bolsillo de su chaqueta un dinosaurio. El pequeño chilló de alegría, cogiéndolo.

—Mira, mamá, es un Dimetrodon. No lo tenía.

—Muy bonito —respondió ella de forma automática, mientras trataba de salir del estado de shock.

—Juega con James, cachorro. Necesito hablar con tu madre.

Rolfe avanzó hacia ella, que ni siquiera intentó retroceder, y la sujetó por el brazo con delicadeza.

—¿Qué hace aquí, alfa?

—Te dije que vendría hoy. Heyden estará bien y entretenido con James —aseguró cuando la mirada de la bruja se desvió hacia su hijo—. Tenemos que hablar.

Él la condujo hacia la primera puerta que encontró. La habitación de ella y, al entrar, se encontró con las maletas abiertas sobre la cama.

—¿Qué significa esto? —cuestionó, soltándola, parándose frente a la puerta, esperando una respuesta coherente.

—Heyden y yo nos vamos —dijo Nicte, reaccionando al fin—. Ya no estamos seguros aquí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, saldremos después de cenar, así Heyden irá dormido, no aguanta mucho los viajes en coche.

Apartó la mirada de él, incómoda ante los reproches que se asomaban en sus pupilas. Fue hasta la cama, metió los calcetines y cerró una de las maletas.

—Si no llego a venir, hubieras desaparecido de nuevo.

—Debo hacerlo y no tiene nada que ver usted. El tiempo aquí se ha acabado. Si me deja su número de teléfono, le llamaré cuando nos instalemos. Podrá verlo por videollamada siempre que lo mantenga en secreto, no quiero tener más problemas con su luna.

Nicte estaba muy cansada, tanto que no deseaba discutir con él. Fue hasta el armario y sacó los últimos pantalones que quedaban. Era irónico, su vida y la de su hijo cabían en tres maletas, todo lo demás era prescindible. Los dobló y los metió con cuidado en la bolsa bajo la atenta supervisión de Rolfe.

—Nix.

Ella se estremeció ante su manera de pronunciar su apodo.

—Podrá ver a Heyden por videollamada —repitió, tratando de ordenar sus pensamientos—. No lo impediré, se lo aseguro y…

Se detuvo al ver que él traspasaba los pocos metros que los separaban y le agarraba las manos con delicadeza.

—Nix, cuéntame qué está pasando. Puedes confiar en mí.

Nicte se perdió en sus ojos grises. En otra vida habría dado la suya porque él la escuchara y la ayudara. Lo había amado con la ingenuidad y la intensidad de la juventud. Tanto que, desde que abandonó las tierras de la manada, no se permitió amar a nadie más.

«Interesante —afirmó Dante, atrayendo la atención de Rolfe—. Te ha sido fiel todo este tiempo».

Ella negó con la cabeza, incapaz de dejarle entrar en su mundo de aquella manera. Se soltó de sus manos, repasando mentalmente si llevaba todo lo importante.

—Para —ordenó Rolfe con profundidad, deteniéndola en seco.

—No use esa voz conmigo, no pertenezco a su manada.

—Entonces deja de esquivarme, merezco respuestas. Sea lo que sea, le afecta a mi hijo.

Ella giró sobre sus talones, bordeó la cama y sacó del cajón de la mesilla dos sobres. Después se acercó a él y se los apoyó con rabia

sobre el pecho.

—Ahí tiene las respuestas que busca, pero le ahorraré tiempo. La primera viene firmada por usted, me informa de su compromiso con Sophia y me pide que me vaya de sus tierras. Asegura que no quiere volver a verme.

» La segunda es de su amada luna. No sé cómo supo dónde estaba, ni de la existencia de Heyden, pero me asegura que, si vuelvo a vuestras tierras con mi bastardo, lo matará frente a mí.

El rostro de Rolfe se había ido ensombreciendo a medida que ella hablaba, pero el dolor de Nicte era tan grande que no podía refrenar su lengua.

—Por cierto, dentro de su carta está el precio que le puso a lo que sentíamos. Jamás cobré ese cheque, ni siquiera en los peores momentos, cuando no tenía más que un mendrugo de pan que echarme a la boca. Mi dignidad vale mucho más que eso.

Rolfe abrió la carta y sacó el alargado papel. Veinte mil dólares, los mismos que le había dado a Sophia para los gastos de la boda y que nunca había usado.

—Nix.

—Siempre supe que lo nuestro acabaría cuando llegara vuestra pareja predestinada. Cuando eso pasó, me aparté de usted, pero jamás imaginé que sería tan cruel como para echarme de mi hogar de esas maneras. Ahora ya sabe todo lo que necesita saber.

Nicte se apartó de él y terminó de recoger los documentos que tenía en su mesilla de noche. Mientras tanto, Rolfe sacó la carta que se suponía que había escrito; no era su letra y su firma no era más que una burda copia de la del cheque. Tenía frente a él otro engaño de Sophia.

Un conjunto de frases dispuestas para mellar la confianza y el amor de Nicte. Con razón no consideraba sus avances, ignorando incluso sus vínculos, tratándolo de usted para afianzar su postura.

—Se hace tarde, no podemos seguir con esta visita —concluyó Nicte, cerrando la tercera maleta. Ya lo tenía todo listo.

—Si no te vas por mí, entonces ¿qué te impulsa a marcharte?

Ella sostuvo su intensa mirada, permitiéndose en un instante volver a ser aquella joven. Dolía verle frente a ella. No contestó, no podía. Sintió cómo su loba enfurecía ante su actitud.

«Dile lo del cachorro».

—¡No!

Rolfe alzó una ceja hacia su respuesta, pues sabía que no era para él.

—Nix, soy tu mejor opción.

—Basta, no le importa. Alfa, no quiero hacerle daño. Es el momento de que nos deje en paz, ya le he ofrecido ver a Heyden, no me opondré, tan solo necesito que mantenga en secreto ese contacto. No puedo lidiar con más problemas.

Se acercó a él y, en un descuido, rozó su brazo al indicarle la puerta. La descarga que la recorrió la dejó jadeando.

—¿Qué ha sido eso? —se preguntó, sobrepasada por la extraña sensación.

Antes de que lograra recuperarse, la tomó de la cintura y la atrajo hacia él, atrapándola.

—Esto es lo que hay entre nosotros. ¿Acaso tu loba no te lo ha informado?

«No lo sabe», informó Dante, disfrutando de la cercanía de su compañera.

—No puedes ocultarme algo que afecta a nuestro hijo —prosiguió Rolfe, notando cómo su resistencia caía a sus pies.

—Llevo años protegiéndolo de ellos, sola.

—¿De quién? Puedes confiar en mí.

—Creen que él cumplirá con una antigua profecía y volverán a ostentar el poder que vuestro rey les quitó tras el último enfrentamiento.

—Hablas de la Manada del Eclipse.

—Sí, aparecieron cuando di a luz, buscaban el hijo de un alfa con una bruja. Me ofrecieron dinero, pero me negué. Les tenía cada día en mi puerta, insistiendo sin descanso. Conseguí esquivarlos y hui en

pleno posparto. No sé cómo nos han encontrado, pero jamás les daré a Heyden.

Rolfe observó las chispas de furia en los ojos de ella. Tan dispuesta a luchar contra todos, incluso contra él mismo, por defender a su hijo.

«Será una magnífica luna».

—Ahora marchaos de una vez, no os interpongáis en mi camino —prosiguió ella—. No puedo perder ni un segundo más. Se han atrevido a ir a buscarlo al colegio —confesó sin saber qué fuerza la impulsaba a contarle todo aquello.

El sonido de su teléfono los sorprendió, rompiendo la conexión que habían creado. Nicte se deshizo de su abrazo y contestó.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó Cassidy desde el otro lado de la línea.

—No puedo hablar ahora.

—Quedamos en que este era el sitio más seguro para Heyden.

—Ya no sirve de nada, han llegado hasta él, han estado a punto de llevárselo del colegio.

La angustia de ella estaba enloqueciendo a Rolfe, que se sentía impotente ante su cabezonería.

—No pueden hacerlo estando aquí.

—No me quedaré para averiguarlo. Te llamaré cuando me instale, Cass.

Colgó sin esperar respuesta, agarró las maletas y salió de la habitación sin mirar a Rolfe. Las dejó al lado de la puerta del apartamento, sacó del armario ropero los abrigos de ella y de Heyden, colocándolos en el sofá.

Sentía sobre ella la mirada de Rolfe y de James. El primero parecía a punto de agarrarla de nuevo, así que se mantuvo fuera de su alcance mientras recogía los cables del teléfono para meterlos en su bolso.

«Si la hubieras marcado ya, no estaríamos así», gruñó Dante.

—¿Por qué Kirah no se lo ha dicho? —cuestionó Rolfe en su cabeza, siguiendo sus erráticos movimientos.

«Está enojada con nosotros, se creyó que habíamos escrito la carta. No va a ayudarnos, todavía».

—¿Mamá?

Nicte se arrodilló junto a Heyden, ignorando a James deliberadamente.

—Cariño, tenemos que irnos.

—Pero no me lo dijiste.

—Era una sorpresa, te encantará. Quiero que vayas a tu cuarto, cojas tu mochila y metas los juguetes que quieras.

—¿Todos? —preguntó abriendo los ojos con asombro.

—Todos los que te quepan. Ve, cariño, pero antes despídete de James y dale las gracias por haber jugado contigo.

—Gracias, ¿mañana jugamos?

—Claro que sí, cachorro —contestó James, levantándose del suelo con una sonrisa.

Heyden salió corriendo hacia su habitación. Nicte se alzó con movimientos pausados, cruzó los brazos bajo su pecho y miró a los dos hombres que aún permanecían en su casa.

—Sé que saben dónde está la puerta, lo que no entiendo es que sigan sin utilizarla —dijo perdiendo toda la compostura.

—No hemos acabado —contestó Rolfe, acercándose a ella, dispuesto a tocarla para activar el vínculo que los unía.

James dio un paso atrás, hacia la estantería donde reposaban diferentes fotos de Heyden desde que nació, dándoles un poco de intimidad.

—Nix.

—No me llame así.

—Siempre lo hice, fui el único al que se lo permitiste.

—Eso fue cuando éramos… —se detuvo, sabiendo que esa conversación no llevaba a buen puerto.

—Dilo.

—No tiene sentido hacerlo, no somos nada. Vuelva a sus tierras, su luna no tiene que estar muy contenta sabiendo que anda persiguiendo faldas al otro lado del país.

—Estoy en el lugar que debo estar.

—No os neces…

—¡¡¡Mamá!!!

El grito de terror de Heyden rompió el aire y los hizo correr hasta su habitación, justo cuando un hombre entraba en la misma a través de la ventana, con gesto siniestro y el brazo levantado para agarrarlo.

Rolfe fue tan rápido que en segundos se colocó entre su hijo y el intruso, protegiéndolo. Dante rugía en su cabeza pidiéndole entrar en acción y acabar con él, pero no quería asustar a su familia.

Nicte abrazó a Heyden, que temblaba aferrado a su muñeco de Mickey y a su mochila. James se erigía junto a ellos, con actitud defensiva, como si tratara de protegerlos.

—Sácalos de aquí —ordenó Rolfe con su profunda voz de líder.

James sujetó a Nicte por el brazo y la condujo fuera. Segundos después empezaron a oír golpes y rotura de muebles.

—Esto es… no es necesario —afirmó, tratando de entrar para hacerse cargo de la situación a su manera.

James no se movió de su puesto, bloqueando la puerta con su cuerpo.

—Se atrevió a asustar a Heyden. No saldrá de esta —respondió el beta.

—Mamá, él puede protegernos.

Aferró a Heyden como si fuera a desvanecerse en el aire, después se giró, llevándolo con ella hasta que ambos estuvieron frente a sus abrigos. Ayudó a su hijo a ponerse el suyo, ató su cremallera y después se colocó su gabardina.

—Si están afuera los hombres malos…

El murmullo asustado de Heyden la devolvió a lo importante. Se agachó frente a él y lo abrazó.

—Lo dudo, cariño, iremos al garaje y ahí no puede entrar nadie que no viva en el edificio.

«Para de una vez», protestó Kirah, revolviéndose.

—No nos hemos despedido.

—Es lo que debemos hacer —comentó Nicte a ambos, notando cómo su enfado iba creciendo paulatinamente.

Se ató los botones de la gabardina negra, agarró las maletas como pudo: colgándose una al hombro y arrastrando las otras dos con una mano. Con la otra sujetó a Heyden.

—No debería continuar, luna.

La voz de James detuvo sus movimientos. Se volvió a mirarlo con una expresión de asombro en su rostro, encontrándose al beta de Rolfe más cerca de ella de lo que esperaba. Con solo levantar la mano, podría sujetarla.

—¿Ha perdido la razón? —cuestionó Nicte con voz un poco más aguda de lo habitual en ella—. Vámonos, Heyden.

—No lo haga.

Sintió cómo un halo magnético de serenidad la envolvía. Había leído sobre ello: los betas tenían el poder de ayudar a regular las emociones de la luna de sus manadas. Por alguna razón que desconocía y no pensaba quedarse a averiguar, James podía influir en su estado de ánimo.

Notó cómo su miedo se disipaba y se revolvió contra el influjo de él.

—No puede salir de aquí, Rolfe así lo ha indicado.

—No formo parte de su manada, no tengo que acatar sus órdenes.

—Mi señora, entiendo vuestra confusión, pero él está dispuesto a aclarar vuestras dudas. Tan solo tiene que terminar… —James se detuvo un segundo y le lanzó una sonrisa tranquilizadora—, ya acabó.

Aquel anuncio fue el impulso que ella necesitaba para moverse. Abrió la puerta e instó a Heyden a pasar, sin tener en cuenta sus

quejas ni la influencia de James. Corrieron hacia el final del pasillo y salieron por la puerta de emergencia, era el camino más rápido y seguro para llegar al garaje.

Kirah se revolvió, trataba de obligarla a parar, pero la fuerza que emanaba de sus dones era más grande que la de su loba. Puro instinto de supervivencia.

Bajaron las escaleras con tanta rapidez que, cinco minutos después, estaban frente a su coche. Abrió la portezuela del lado donde estaba la silla de Heyden y lo animó a subir.

—Mamá, no quiero.

—Te dejaré el móvil, pero ¡sube ya! —gritó con impaciencia.

Sin comprobar si el niño la obedecía, fue a la parte de atrás, abrió el maletero y tiró las maletas en él. Cerró el portón con un golpe seco que retumbó en el vacío garaje y regresó junto a Heyden. Se había subido a la silla, pero estaba temblando y tenía lágrimas en los ojos.

Se amonestó en su cabeza por haberle hecho eso a su hijo.

—Lo siento, cariño —dijo ella con el corazón encogido al ver tan triste a su pequeño—. No quería gritarte, estoy demasiado asustada. No volverá a pasar, te lo garantizo.

Ató el cinturón de Heyden, le dio un beso en la frente y le entregó su móvil.

—No lo pongas muy alto —le pidió mientras le secaba las lágrimas de las mejillas con sus manos.

Cerró la puerta y fue hasta la suya, la abrió, se quitó la gabardina y la colocó en el asiento del copiloto. Estaba a punto de montarse cuando alguien la agarró por detrás y posó sobre su nariz un pañuelo de seda impregnado en una mezcla de hierbas que la adormeció al instante.

Su último pensamiento fue para Kirah, rogándole en su mente que la ayudara, confiando en que ella tomaría las riendas y protegería a Heyden.



CAPÍTULO 4

Por quinta vez desde que había dado a luz recibía la visita de Gideon. El hombre lobo, de sonrisa amable y cejas prominentes, se había cruzado en su camino cuando llegó a aquella ciudad. La ayudó a encontrar trabajo, aun estando de siete meses de embarazo, y un lugar donde quedarse; aun así, cada vez que lo veía, algo se agitaba en su interior y no era una emoción agradable.

—Hola, no te esperaba hoy —saludó Nicte, incómoda ante una nueva visita sin avisar. Había abierto la puerta con su bebé en brazos y una expresión de cansancio cubriendo su rostro—. Acaba de dormirse y yo iba a descansar también.

—Tenemos cosas pendientes.

—¿A qué te refieres?

—No puedes seguir en este apartamento, no es digno de tu hijo.

La joven lo miró extrañada ante aquella explicación. Él había insistido mucho para que permaneciera allí, en esa ciudad, en ese apartamento, en ese trabajo. Sentía que, de alguna forma, la había estado manipulando a su antojo, aprovechándose de lo vulnerable que se encontraba.

—Te he encontrado un lugar mejor, con una manada que os acogerá y criará a tu hijo.

El hombre, con cada palabra, se iba acercando a ella hasta que la sujetó por el brazo, sin apretarla demasiado, como si quisiera seguir aparentando una amabilidad que no le llegaba a los ojos.

—No quiero irme de aquí —respondió ella con un ligero titubeo que no pasó desapercibido a su visitante inesperado.

—En ese caso, quédate, pero él se viene conmigo.

El rostro de Gideon abandonó la afabilidad y se fue retorciendo en una mueca desagradable que presagiaba un gran mal. Nicte se estremeció y trató de retroceder, pero no pudo, estaba congelada. Al mirar hacia sus pies pudo ver una enredadera, anclándola al suelo.

—Tiene que cumplir la profecía —siseó el hombre mientras alzaba las garras de forma amenazadora hacia ella.

El miedo se instaló en el pecho de la bruja, temblaba tratando de encontrar una salida sin mucho éxito, y lo último que vio antes de desvanecerse fue el brillo de las uñas que iban a cercenar su vida.

La voz de Heyden se entremezclaba con su pesadilla , como si no fuera un bebé, sino un niño, pero la angustia aún estaba dentro de ella, en ese duermevela doloroso en el que se encontraba.

—¿Falta mucho?

Algo en su tono de voz la hizo pensar que no formaba parte de su ensoñación. Abrió los ojos espantada, tratando de encontrarlo, pero no podía moverse. Estaba atada. Se revolvió hasta que el aroma a romero inundó sus fosas nasales y una mano apretó su pierna ligeramente.

—¿Usted?

La confusión poco a poco dio paso al entendimiento. Los recuerdos se abrieron paso y la certeza de que él le había hecho algo se volvió más nítida.

—¿Me ha drogado? —cuestionó acomodándose en el asiento del copiloto de su coche—. Podía haberme matado.

—Kirah le confió a Dante la dosis necesaria.

—¿Quién es Kirah, mamá? —cuestionó su hijo desde el asiento trasero.

—Maldita traidora, voy a volver a encerrarte.

Dante gruñó de indignación, mirándola a través de los ojos de Rolfe.

—Yo que tú no lo haría, Nix. Dante no está conforme con eso.

—¿Qué mierda tiene que ver su lobo en todo esto? —cuestionó Nicte con voz chillona, sin entender qué estaba pasando.

—¿Lobo? —preguntó Heyden desde su asiento, confuso ante la conversación que mantenían los adultos.

—No sabe nada —reprochó Rolfe, molesto con ella por haberlo mantenido al margen de quién era él y de dónde procedía.

—Es un niño que jamás iba a pertenecer a… ya me entiendes.

Rolfe apretó el volante con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlo por la mitad. La furia que corría por sus venas era tan grande que agradeció ver una señal de área de servicio a quinientos metros. Tomó el desvío y mantuvo la concentración en la carretera frente a él mientras se serenaba.

Era el momento de que Nicte entendiera lo que significaba Heyden para él y lo aceptara, puesto que no pensaba ceder su responsabilidad por más tiempo.

La gasolinera era grande, con rótulos en rojo y un amplio espacio para aparcar, era un lugar de descanso para viajes largos. Al lado de los surtidores y de la tienda había un enorme edificio que era un restaurante. Paró el coche e hizo una señal a James con la cabeza.

Este se apresuró a desabrochar el cinturón de Heyden mientras lo miraba con cariño.

—Vamos a cenar algo, pequeñajo.

—¡No! —gritó Nicte, tratando de retomar el control de la situación —. Aquí acaba el camino para ustedes , bajad de mi coche, Rolfe, y no se atreva a llevar a mi hijo a ningún lado.

El alfa se giró hacia ella, apoyando el costado derecho en el asiento. Su mirada oscura e intensa no presagiaba nada bueno. Nicte se estremeció, paralizada ante su escrutinio.

James desmontó y ayudó a Heyden a bajar del coche, a pesar de la orden de Nicte, que trató de seguirlos, pero le fue imposible. Rolfe

cerró las puertas del coche con el pestillo de seguridad y guardó la llave del mismo en su bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué se supone que está haciendo? Heyden está en peligro.

—Diez de mis mejores hombres están velando por él en este instante, aunque James es lo suficientemente hábil para mantenerlo a salvo por sí mismo. No va a pasarle nada.

—Debo ir con él.

—No, aún no. Hay demasiado que aclarar —resopló, soltando parte de la frustración que lo estaba consumiendo.

Ella se negaba a aceptar su papel, le había escondido a su hijo, privándole del placer de verlo crecer y, aunque entendía su miedo, no llegaba a comprender por qué su desconfianza hacia él era tan grande.

—Nix, has estado esquivando mis intentos de llegar a ti desde que te encontré y descubrí tu engaño.

Nicte se tensó ante el tono acusatorio de su voz y su mirada.

—¿Llama engaño a cumplir sus órdenes escrupulosamente? Fue lo único que hice. No le creía tan inconsciente, alfa.

—No escribí esa carta —afirmó con seriedad—. Falsificaron mi firma, mi letra y… jamás hubiese dicho esas palabras tan hirientes, nunca fuiste un pasatiempo, Nix.

Ella resopló, no creía sus palabras.

—No sé a quién pretend e engañar, siempre supe que nuestro romance acabaría cuando apareciera vuestra compañera predestinada. Lo sabía y asumí el riesgo de estar con usted.

Rolfe sintió una oleada de dolor que no le pertenecía, emanaba de ella, como si aún tuviera el corazón desgarrado por un rechazo que él nunca se planteó.

—Tendremos tiempo para hablar de esto —dijo, incapaz de serenarse.

—No, yo tengo un plan y no est á incluido en él. No le necesitamos, alfa. Heyden y yo nos las hemos arreglado solos

durante todo este tiempo —afirmó ella con una serenidad que lo hizo estremecer.

Nicte alargó la mano hacia él, con la palma hacia arriba.

—Heyden es…

—Vuestro viaje acaba aquí —dijo ella con entonación melodiosa, mientras concentraba todo su poder en doblegarlo—. No le privaré de nuestro hijo, podr á hablar con él cuando qu iera , ahora dadme la llave del coche, sab e que es lo mejor para todos.

Más que una frase parecía una orden encubierta en una sensación de serenidad que lo dejó desconcertado por un instante.

Llevó la mano hacia el lugar donde estaba la llave y la sacó de ahí con la mente en blanco hasta que Dante detuvo su movimiento, justo cuando iba a entregarla. La miró desconcertado mientras su lobo rechazaba el influjo de la brujería que ella le estaba haciendo, por segunda vez desde que se reencontraron.

Cerró la mano en un puño, guardando la llave en su interior, y la observó dejando que su enojo se reflejara en sus pupilas.

Nicte no era ajena al cambio que se había producido en él, sin duda estaba frente a un hombre poderoso, que podía esquivar su influjo, aunque seguiría intentándolo con más ahínco. Debía proteger a su hijo de las malas intenciones de Sophia.

—Casi lo consigues.

Ella se estremeció ante aquella frase en un susurro cargado de reproche. Se removió inquieta en el asiento cuando él se inclinó hacia ella y tocó ligeramente su mejilla. En cuanto lo hizo, Nicte notó algo que no quería volver a sentir, esa atracción hacia él que la hacía perder el norte, parecía ser cada vez más fuerte.

—Nuestros caminos no pueden continuar separados por más tiempo, en realidad jamás debieron desviarse.

—No sabía que ahora los alfas podían tener varias mujeres —señaló con ironía, tratando de recuperar el control que su caricia le robaba.

«Díselo de una vez», gruñó Dante en su cabeza.

—Nicte, eres muy inteligente, mas sé que est á s aterrada. Tan solo te pido que te des tiempo para pensar. ¿Por qué crees que James ha podido influir en tu estado de ánimo hace unas horas?

Una idea incómoda se materializó en su cabeza, sabía que había algo que no acababa de comprender, algo que la hacía vulnerable a las caricias del alfa, pero lo de su beta… negó con la cabeza con fiereza y apartó la mano de él de su rostro.

—Porque tiene el radar estropeado, no es a mí a quien debe ayudar.

—Piensa, Nix —pidió Rolfe, acercándose a ella hasta que la distancia entre sus rostros podía salvarse en menos de un suspiro—. Escuché cómo te llamaba luna.

Él sabía que estaba arriesgando mucho, pero cuanto antes aceptara Nicte su conexión más sencillo sería todo el proceso. Quería llevarlos a sus tierras, colocarla en el puesto que le correspondía y reavivar el amor que un día habían compartido.

—Sophia lo despedazará cuando se entere de ese error. Será mejor que nadie se lo diga.

Alzó la mano y recorrió con la yema de sus dedos la suavidad de su mejilla, mientras seguía enredándola.

Nix tragó saliva, perdida en la profundidad de sus ojos grises. Una parte de ella la instaba a escapar, pero la otra había paralizado todas las funciones salvo la de disfrutar de aquel instante robado al tiempo.

—Sé que Kirah no te ha informado, pero lo notas cada vez que te toco.

Acarició su barbilla, siguió por la línea de pecas que bordeaba su nariz sin que ella se opusiera, con los ojos brillantes. Casi podía percibir su rendición.

—Ahora sé que la soledad que sentía se debía a tu ausencia. Te he echado tanto de menos, incluso cuando no podía acordarme de ti.

Rozó los labios de su luna con el pulgar, disfrutando del suspiro que escapó de ellos.

Nicte estaba confusa. Cada una de sus caricias aumentaba ese estado, haciendo que no pudiera reaccionar, hasta que la imagen de Sophia se materializó en su cabeza, devolviéndola a la realidad. Tomó el talismán que tenía en su bolsillo, lo alzó y lo apoyó con furia sobre el corazón de él.

Rolfe miró su mano sin entender qué pretendía.

—Yo… —trató de recitar el conjuro, pero las palabras no salían de su garganta, como si algo la oprimiera—. La distancia…

El alfa ni se inmutó, la atrajo por la cintura, pegándola a su cuerpo lo máximo posible, y asaltó su boca sin piedad.

El beso fue brusco e intenso, cargado de la necesidad y el anhelo de ambos. Ella no se resistió, no podía, estaba totalmente perdida en las emociones que aquel gesto había despertado en ella.

Permitió que él la reclamara, que enredara la lengua con la suya, acompañando aquel instante con caricias que recorrían su cuerpo con urgencia. Como si Rolfe temiera que se fuera a desvanecer en cualquier momento.

Un jadeo los sorprendió a ambos. Ninguno sabía si había sido el culpable, pero incendió aún más el deseo que los consumía. Querían más, mucho más, y lo demostraban cada vez que sus labios se encontraban en ese vals lleno de matices, pero la distancia entre asientos, la incomodidad del coche y las explicaciones no dadas aún se impusieron entre ambos.

Sus labios se separaron, pero sus miradas se quedaron ancladas durante un eterno minuto, en el que ninguno de los dos fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. Poco a poco el corazón de Nicte retomó su ritmo normal y su mente comenzó a trabajar de nuevo.

Negó con la cabeza con furia, dejando que esta la envolviera. Era un sentimiento más seguro que el amor que aún sentía por él.

—¿A qué estás jugando, Rolfe? —preguntó, llamándolo por su nombre por primera vez desde que se reencontraron—. ¿Por qué has hecho esto?

—Porque puedo y lo sabes.

—¡Maldito arrogante! Abre la puerta ahora mismo, tienes un vínculo sagrado y… abre la puerta, ¡ya!

Él lo hizo. Observó cómo bajaba del coche blasfemando con ella misma y su loba. Estaba sobrepasada por la situación.

«Si la hubieras marcado, no seguiríamos en esta tontería» la voz de Dante se impuso.

—No está preparada, ni siquiera confía en mí. Hasta hace un segundo me trataba de usted. No quiero que me acepte solo porque la Diosa así lo decidió.

«Eso es absurdo, es una loba, se debe a nuestro vínculo.»

—También es una bruja con un inmenso poder, ni siquiera el vínculo la doblegará. Debe entregarse por su voluntad. Vayamos poco a poco, Dante, sé que al final lo que sentimos será suficiente para los dos.

Por su parte, Nicte, ajena a la conversación de Rolfe con su lobo, se paseaba frente al coche tratando de encontrar una salida digna a aquel disparate en el que se encontraba. Estaba furiosa, más aún cuando sentía a Kirah revolverse en su cabeza.

—Eres una traidora, les dijiste cómo dormirme, pusiste a Heyden en sus manos.

«Es vuestro lugar», replicó Kirah, enfurruñada por la cabezonería de la bruja, que no era capaz de escuchar ni entender nada.

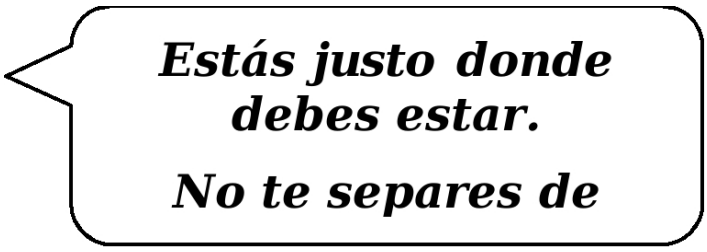
—Entonces, me lleva a su manada, dejará a mi hijo en manos de Sophia solo para…

«Estás equivocada, no quieres asumir la verdad, escucha sus explicaciones», bufó la loba, molesta. «Es donde debéis estar».

—Es absurdo, un desastre inmenso y, encima, tú lo apoyas.

«Desisto» .

El silencio que dejó Kirah dejó a Nicte a la deriva, no sabía cómo proceder. Necesitaba orientación y solo había una persona capaz de dársela. Volvió sobre sus pasos, abrió la puerta trasera del coche y recogió el móvil que estaba en la sillita de Heyden. En la pantalla había un mensaje de Cassidy y más de diez llamadas de su jefa.



Aguantó una maldición al leer las palabras de su mentora. Había esperado que la regañara o insistiera en que volviera y, sin embargo, apoyaba abiertamente el proceder del alfa.

—Apaga el teléfono.

La orden de él la sorprendió. Se giró para mirarlo. ¿En qué momento se había bajado de su coche? No lo sabía, pero la expresión sería y controladora que exhibía volvía a incomodarla.

—¿Por qué? —rebatió, con ganas de pelea, no pensaba dejarse doblegar por muy alfa que fuera.

—No podemos arriesgarnos a que te sigan a través de él.

La había dejado muda. Ni siquiera lo había valorado, pero sabía que tenía razón.

—Entiendo, disculpa mi reacción, pero necesito hablar con Becky. ¿Cuánto llevamos en la carretera?

—Un día completo, durante el día no hemos avanzado mucho porque Heyden quería jugar.

Nicte empalideció, no esperaba esa respuesta, ni siquiera se había fijado en la hora que era, mucho menos en el día, pero ya llevaban mucho tiempo en aquel viaje que ella había pasado drogada.

—Necesito llamar a Becky, tengo que disculparme con ella, no me presenté a trabajar.

—Puedes usar el mío, hasta que compremos otro para ti.

—Gracias —respondió Nicte, cogiendo el que él le entregaba, procurando no tocarle al hacerlo.

Buscó el número en su propio móvil y, segundos después, tecleó el teléfono. Tras dos tonos de llamada, su amiga contestó con un

titubeo extraño en ella.

—Becky.

—Oh, bendito sea, pensé que había pasado algo malo, ¿dónde estás? Me tienes muy preocupada.

—Estamos bien, pero vamos a estar un tiempo fuera. Siento avisarte así, sin tiempo, yo…

—Vinieron unos hombres preguntando por ti —la interrumpió, pues sabía la situación de Nicte y que jamás se hubiese ido si pudiera quedarse—. No les dije nada, pero fueron muy insistentes, demasiado. Hacían preguntas sin cesar, espantaron a la clientela con sus modales. John se asustó y yo estaba aterrada pensando que te habían hecho algo.

—Mierda, no quería ponerte en peligro y…

Antes de que pudiera seguir hablando, Rolfe tomó el teléfono de sus manos con delicadeza.

—Becky.

—¿Alfa? —cuestionó extrañada la mujer, pues sabía bien los recelos que sentía su amiga hacia él.

—Mis hombres se ocuparán de que no sigan molestándoos. Respecto a Nicte y Heyden, están en buenas manos, no permitiré que les pase nada —respondió con una contundencia difícil de rebatir.

—Gracias, espero poder volver a verlos.

—Así será, sois bienvenida a mis tierras, también tu humano.

Nicte recibió el teléfono de vuelta justo para escuchar el agradecimiento de su amiga, que estaba abrumada ante la generosidad del alfa.

—Te llamaré pronto, si necesitas algo, puedes usar este número —dijo ante el asentimiento de Rolfe.

Después se despidió y le devolvió el dispositivo a Rolfe. Sus manos se rozaron por un segundo, dejándolos sin aliento. Nicte no entendía por qué provocaba aquel efecto en ella, pero la hacía sentir

expuesta y vulnerable ante un hombre intransigente que quería imponer su voluntad sobre ella.

—Os voy a proteger, Nicte. Esto es más importante que nada, porque os afecta a vosotros. Tenéis que venir a casa.

—Sophia fue clara con respecto a nosotros y…

—¡Mamá! —la llamó Heyden mientras corría hacia ella con los brazos abiertos y una mancha de kétchup en la comisura del labio—. La hamburguesa estaba muy rica.

—Ya veo, cariño —respondió ella, alzándolo en brazos, y después le dio un beso en la nariz.

—Tenía mucha hambre —dijo con gesto compungido—. Te he pedido una, le dije a James que también tenías que comer algo, está en esa bolsa de papel —comentó señalando al beta, que seguía sus pasos como si fuera la sombra del pequeño.

—Gracias por pensar en mí, cariño. En el coche tengo algo de dinero en efectivo para pagarlas —prosiguió ella, mirando al beta—, eso y todo lo que habrás comido en estas horas.

—No es necesario —respondió James con una sonrisa tranquilizadora.

La situación era extraña, estaba junto al hombre que amaba y un conjunto de guardias que la observaban sin mucho disimulo. Enredada en algo que no quería y a más de un día de camino de su casa.

Antes de que su mente comenzara a idear un plan de huida, Rolfe la interceptó. Colocó la mano sobre su brazo y le pidió que lo mirara.

—Creo que ha llegado el momento de decirle quién soy —anunció, mirando a Heyden de forma significativa.

—¿No se lo has dicho ya?

—¿Qué? —cuestionó Heyden con extrañeza, arrugando la naricilla y mirando a los dos adultos alternativamente, hasta que su madre, tras soltar un suspiro, asintió con la cabeza.

—Heyden, hace unas semanas me preguntaste quién era tu padre.

Los ojos del pequeño se iluminaron de emoción, expectantes ante lo que su madre quería decirle, pues uno de sus mayores sueños era poder conocer a su progenitor y jugar con él a los dinosaurios.

—Dime, mamá —insistió el pequeño al ver que ella se quedaba callada mirando al alfa.

—Cariño, Rolfe es tu padre.

—¡¿Él?! —preguntó con un atisbo de extrañeza y una expresión de orgullo que golpeó con contundencia el corazón del alfa.

—Sí.

Ante aquella respuesta, el niño se giró hacia su recién estrenado padre y lo miró de arriba abajo, admirándolo con devoción.

—Gracias por encontrarnos, mamá dijo que no podías estar con nosotros, que tenías otra familia.

Rolfe se acercó y tomó al pequeño de los brazos de su madre.

—Estuve perdido, vagando por la oscuridad —afirmó, mirando hacia Nicte al decir aquello, pues esa frase era para ella—, pero ya no. Ahora estoy con vosotros y no me volveré a ir.

El chillido de felicidad de Heyden contrastaba con el miedo que volvía a reflejarse en el rostro de la bruja. Necesitaba aliviar aquel sentimiento, pero no quería explicar aquello delante de su hijo, pues era demasiado pequeño para entenderlo.

—Vuelve al coche con James, enseguida nos vamos.

Lo dejó en el suelo y el niño se apresuró a darle la mano al otro grandullón, el amigo de su padre que le contaba cuentos y jugaba con él cuando se aburría en el coche. Sin duda estaba siendo el mejor viaje de su vida.

Nicte se giró hacia Rolfe con los brazos cruzados y gesto serio.

—Sé que piensas que no hay un lugar más seguro que tu manada, pero no para nosotros, no podemos arriesgarnos. Lo mejor es que nos separemos de una vez, por favor.

—Sophia ya no está allí —informó Rolfe, sin ninguna emoción en sus palabras—. Hace un año fui testigo de su traición: estaba en su habitación teniendo relaciones con mi beta Raphael. La expulsé, no

sé dónde habrá acabado, ni me importa , pero jamás volverá a mis tierras.

Aquella noticia la dejó sin palabras; de todos los escenarios que había imaginado, ese era el único que no llegó a considerar, pues ¿acaso una pareja predestinada no era un vínculo sagrado que las dos partes respetaban?

—Lo siento, Rolfe. Debió de dolerte mucho su traición.

—No tanto como descubrir lo que hizo contigo: te obligó a marcharte de tu hogar, eliminó tus recuerdos de mi mente y de la de todos los demás. Lamento el daño que Sophia te causó, pero no dejes que su sombra se extienda entre nosotros. Vuelve conmigo a casa, por favor.

No quería hacerlo, estaba intentando ignorar el impulso que le indicaba que debía confiar en él.

— Vale —claudicó al fin Nicte—. Me vendrá bien tener unos días de descanso, necesito saber a dónde ir con Heyden y, al irnos de esta manera, no he podido pensar en la ruta a seguir.

Rolfe no contestó, no quería decir nada que pudiera hacerla cambiar de opinión, tan solo aprovecharía ese instante en el que ella estaba dispuesta a ceder. En cuanto estuvieran en sus tierras, la haría comprender el vínculo que los unía. Sabía que pronto conseguiría llegar a ella.

—¿Qué pasa con Kirah? No va a ayudarnos —cuestionó Rolfe en su mente, mientras veía cómo la bruja se sentaba en el asiento del copiloto.

«Sigue enfadada con nosotros por caer en las garras de Sophia. Y con ella por haberla tenido dormida durante casi seis años. De momento no piensa ayudarnos a ninguno, apenas quiere hablar conmigo».

—Dale tiempo.

Emprendieron la marcha de nuevo y, por primera vez desde que sus caminos volvieron a cruzarse, sintió que Nicte se relajaba.



CAPÍTULO 5

Nicte jamás imaginó que volvería a pisar esas vastas y fértiles tierras de la Escocia más profunda, esas que aún conservaban el clamor de las leyendas antiguas, la fortaleza de los antepasados y el llanto de una guerra antaño perdida.

Antes de que estuviera preparada, el viaje concluyó y se vio desmontando de su coche justo frente a la amplia casona que ocupaba el alfa. El imponente edificio de cuatro plantas y robusta piedra blanca la hizo estremecer.

Vio a Rolfe ir hacia el maletero y lo siguió dispuesta a tomar las riendas de nuevo, quizás había accedido a ir hasta allí, pero no por ello debía ceder en todo.

—Estaba pensando que lo mejor es que me quede en mi antigua casa —dijo en cuanto él la miró con expresión interrogante—, a menos que la tenga otra familia, entonces nos conformaremos con cualquier otro sitio.

—La casa sigue intacta —informó Rolfe y vio cómo ella soltaba un suspiro de alivio—. Nadie la ha ocupado desde que te fuiste.

—Bien, entonces es perfecta.

Ella alargó la mano tratando de coger el equipaje, pero él se lo impidió, colocándolo a su espalda.

—No vais a vivir allí.

—Es el mejor lugar.

—Está demasiado alejada de la casona y de cualquier otra vivienda. No es apropiada ni para ti ni para mi hijo.

—Rolfe, no seas así, estaremos bien y es lo apropiado.

—El lugar más seguro para ambos son las habitaciones de la cuarta planta de mi casa.

—No.

Él pasó junto a ella, fue hasta uno de sus hombres y le entregó las maletas con una indicación que dejó a Nicte helada.

—No podemos ocupar esas habitaciones —lo enfrentó en cuanto el fornido guerrero se dio la vuelta para cumplir con su mandato.

—Son las únicas que te proporcionaré, ese es tu lugar, Nix, y cuando lo asumas…

—No, Heyden es tu hijo, pero yo no soy tu luna. ¿Cómo vas a alojarnos ahí? Estamos de paso, hasta que encuentre un lugar mejor y más seguro para nosotros.

—Os quedaréis en la casa de la manada, en las habitaciones que yo he elegido para vosotros.

—No estoy de acuerdo.

—No puedes controlarlo todo, Nix —dijo, acercándose a ella hasta que el espacio se redujo al mínimo, entonces, agachó la cabeza hacia ella—. En el fondo sabes que soy tu alfa, tu loba lo sabe, no me desafíes, Nicte. Te quedarás donde yo diga o mis acciones serán aún más incómodas para ti de lo que puedas imaginarte.

Había una clara advertencia en las palabras de Rolfe. Podía sentir su poder con más fuerza en aquel lugar, como si pudiera recoger la energía de sus ancestros y reunirla en su interior.

—¿Por qué insistes en esto? Estamos en tus tierras, podemos ocupar una de las cabañas y…

—Por el mismo motivo por el que tú te niegas a ceder. Quiero ganar y lo haré. Heyden es mi hijo y le corresponde estar cerca de mí. Es mi manera de protegerlo, al igual que a ti.

Nicte aborrecía cuando él le hablaba con esa voz gutural, dispuesta a doblegarla y conseguir su rendición.

—Mamá —dijo Heyden, tirando de su mano, rompiendo la discusión de golpe.

En cuanto Nicte agachó la mirada, supo lo que su hijo necesitaba.

—Buscaremos un baño, cariño —respondió sonriéndole.

—James lo acompañará, quiero mostrarte tu habitación.

—Dudo que eso sea tarea de un alfa —no pudo evitar que se le escapara aquella frase con un deje de ironía.

La mirada que le dirigió él fue tan oscura que notó cómo Kirah agachaba la cabeza. Rolfe la sujetó por el brazo sin ejercer presión y, mientras James los adelantaba corriendo junto a Heyden, ellos entraron en la casa del alfa.

Era más grande de lo que recordaba. Más que una casa parecía una mansión llena de recovecos. No reconoció muchos de los rostros de las personas con las que se cruzaban y aquellos que le resultaban familiares no mostraban signos de saber quién era ella.

Tres tramos de escalera los llevaron hacia la zona más alta de la casona.

Se estremeció al recorrer el largo corredor que llevaba a las habitaciones de los altos cargos de la manada. Rolfe se detuvo frente a la suite de la luna y abrió la puerta para ella, invitándola a pasar.

Era tan grande como su apartamento.

—No es apropiado, lanza un mensaje peligroso que no puedo asumir. Alfa, por favor.

Rolfe podía sentir su miedo. No quería hacerlo, pero usó la única arma que tenía y resultaría eficaz.

—Imaginé que querrías estar cerca de Heyden —respondió sin mostrar ningún tipo de emoción—, y él se quedará en esta planta, rodeado de los hombres más diestros de la manada, junto a su padre. Pero, si no quieres, puedes elegir cualquiera de las habitaciones que estén vacías dentro de esta planta. Hace un año retiraron todas las cosas de Sophia, se remodeló completamente, ni siquiera conservé su cama.

—¿Y qué pasará cuando encuentres a tu luna?

—Cuando eso ocurra, tomaré la decisión correcta.

—Comprendo.

—No tanto como me gustaría.

Entró en la habitación ignorando su última frase. El lugar olía a nuevo y limpio. No pudo encontrar rastro de ninguna otra mujer y eso la tranquilizó por el momento. Tan solo esperaba que la Diosa no estuviera ansiosa por presentarle a su nueva pareja en las semanas en que estuvieran allí.

«Solo unos días, no puede ser tan difícil», pensó sin reparar en los detalles de la habitación. Tan solo decidía quedarse ahí para estar al lado de su pequeño.

—Esa puerta comunica con mi habitación, puedes cerrarla con llave si así lo deseas —comentó Rolfe, señalando la madera de color caoba de la derecha —. La otra te llevará a la habitación de Heyden.

Nicte no reparó en la amplia cama ni en el bello tocador blanco. Fue hasta la segunda puerta que le había indicado el alfa y la abrió. Frente a ella apareció un cuarto con decoración infantil, amplia y confortable.

La cama era muy grande y había una estantería llena de dinosaurios de todos los tamaños. Se giró hacia él, confusa ante aquel gesto.

—Hice algunas llamadas y Gills, la pareja de James, se ocupó de ello.

—Es magnífico, tendré que agradecérselo. ¿Ya tienen hijos?

La mirada de él se oscureció, gesto que no pasó desapercibido para ella.

—Aún no los ha bendecido la Diosa, a pesar de llevar unidos tres años. Al parecer, ella no lo lleva demasiado bien.

—Lo lamento mucho, espero que pronto eso se solucione.

—Nicte, aún hay mucho de lo que tenemos que hablar y me gustaría hacerlo ahora. Creo que es importante que entiendas lo que está pasando.

—¡Mamá!

El grito de Heyden cortó la petición de Rolfe y este tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una maldición al aire. Adoraba a su hijo,

pero era terriblemente inoportuno impidiéndole hablar con Nicte. Necesitaba contarle la verdad sobre muchas cosas.

Heyden, por su parte, había entrado corriendo por la puerta que unía ambas habitaciones, parloteando sin parar de todo lo que había visto, desbordando emoción en cada uno de sus movimientos.

Nicte sonrió, se agachó a su altura y apoyó la mano derecha sobre su pecho; como si hubiese presionado un interruptor, el pequeño se relajó al instante.

—Cariño, sé que estás emocionado, pero es tarde y hemos hecho un viaje muy largo hasta aquí. Es hora de descansar.

—Pero aún no he visto los dinosaurios —dijo el pequeño con un puchero.

—Hagamos una cosa, voy a darme una ducha y, mientras yo lo hago, tú puedes verlos, pero no los des o rdenes demasiado. Mañana podrás jugar con ellos.

—Aún es de día —protestó.

—Ya está anocheciendo y siento tu cansancio con solo mirarte. Han sido dos días demasiado intensos.

Se levantó y lo vio correr de vuelta a su habitación. Siguió sus pasos, quedándose en el vano de la puerta, observando los movimientos de su hijo.

—Es demasiado —murmuró Nicte.

—¿Son todos para mí? —preguntó el pequeño a James con una sonrisa enorme.

—Por supuesto, cachorro.

—¿Y jugarás conmigo?

—Claro que sí, pero será mañana, tu padre y yo tenemos que reunirnos con el consejo para saber qué ha pasado en nuestra ausencia.

Nicte era testigo del cariño que desprendía James hacia su hijo y no pudo evitar adelantarse y acercarse a él.

—Beta, por favor, dadle las gracias a su compañera, ha puesto mucho cariño en decorar la habitación de Heyden, es perfecta.

—Es un honor.

—Me gustaría conocerla mañana, si es posible, para agradecérselo a ella también.

—Por supuesto, mi señora.

Nicte se agitó al escucharle llamarla así. En aquellas palabras había algo que no quería reconocer.

—¿Puedo pedirle una cosa más? Me gustaría que me llamara por mi nombre. Suena demasiado formal la manera en que tiene de dirigirte a mí y quizás podría tutearme también.

James dirigió una mirada hacia Rolfe, que estaba justo detrás de Nicte, pidiéndole permiso a través de su conexión mental. Este asintió sin reparos.

—Entonces de bes llamarme James —le pidió, alargando la mano hacia ella con gesto conciliador.

Nicte no dudó ni un segundo en corresponder el gesto y, cuando su piel tocó la del hombre, una imagen nítida y dolorosa la asaltó sin piedad. La angustia de la pareja de James la atravesó con tanta fuerza que perdió el equilibrio; cayó de rodillas, sin llegar a golpearse contra el suelo, pues James la atrapó con gran habilidad.

Rolfe se colocó a su lado un segundo después, sorprendido y asustado por lo que pasaba con Nicte, sin saber cómo remediarlo. ¿Qué demonios le pasaba?

«Tócala», ordenó Dante.

El alfa se apresuró a hacer lo que su lobo le había ordenado y vio cómo un suspiro de alivio escapaba de los labios de la mujer. James la soltó, intuyendo que en parte él era el culpable de su situación, y el dolor que había percibido empezó a disiparse.

—¡Mamá!

El grito angustiado del pequeño hizo que ella abriera los ojos con gran esfuerzo.

—Estoy bien, cariño. Ya pasó —contestó arrastrando las palabras, con los ojos empañados por el dolor y las manos del alfa rodeándola —. Siento haberte asustado.

Rolfe la ayudó a levantarse. Ambos hombres mostraban preocupación ante lo ocurrido con ella. No lo entendían y tampoco la veían capaz de explicarlo en ese instante. La respiración de Nicte se fue acompasando a medida que la sensación se diluía.

Heyden se aferró a la pierna de Nicte y esta acarició su cabeza con cariño.

—Cariño, te recuerdo que hay unos dinosaurios esperándote. Iré a ducharme y sabes que no tardo mucho en hacerlo, perderás tu oportunidad de verlos si te quedas aquí parado.

El pequeño soltó a su madre lentamente, mirándola de reojo por si volvía a caerse, pero su padre la tenía bien sujeta.

—Siento haberos asustado, estoy bien —afirmó mirando a los dos hombres que la observaban con gesto serio.

—¿Qué diablos ha sido esto, Nix? —cuestionó Rolfe, con el miedo reflejado en su pregunta. Había tanto que no sabía de ella que, cuando parecía que todo empezaba a encajar, una nueva revelación llegaba para desmontar su esperanza.

Nicte no quería contestar, debía buscar las palabras adecuadas para no dar más información de la que debía, pero sabía que Rolfe no descansaría hasta tener una respuesta.

—A veces puedo percibir algún dolor pasado por una persona al tocarle —respondió sin faltar a la verdad, pero guardándose demasiado para ella—. Lamento haberos preocupado.

Aquella vaga explicación no convenció a ninguno de los hombres, menos cuando Nicte lanzó una mirada de preocupación a James que ambos percibieron. Había algo más que ella se negaba a contarles.

—Necesito descansar, gracias por vuestra ayuda —dijo girándose hacia Rolfe, esperando que él entendiera su sutil forma de pedirle que la soltara.

El alfa se resistía a hacerlo, no estaba seguro de que ella pudiera mantenerse en pie sin su ayuda.

—Alfa, deberías acudir a la reunión. Estoy bien —añadió dando un paso hacia atrás, saliendo de sus manos—. Gracias.

Se giró sobre sus pasos y caminó fuera de la mirada interrogativa del líder de la manada.

—Dante —masculló entre dientes para que solo James le oyera—, ¿qué sabes?

«Kirah no puede hablar».

—Ha afectado a su loba —explicó a su segundo a través de su conexión mental para que Nicte no los escuchara.

—Lo lamento, Rolfe, no pretendía que esto pasara.

—No es culpa tuya. Nicte tendrá que explicarse, averiguaré qué ha pasado en realidad y te contaré. Si es importante, debemos protegerla de ello.

—Por supuesto.

Nicte no había cerrado la puerta detrás de ella y Rolfe la traspasó sin llamar en busca de respuestas. La vio rebuscar en una de las bolsas de viaje y cómo sacaba un frasco opaco, cuadrado. Abrió la tapa y tomó una de las pastillas que tenía en él.

Antes de que pudiera tomársela, él recorrió la distancia que los separaba y agarró su muñeca con gesto serio, mientras la estudiaba detenidamente. Tenía ojeras alrededor de los ojos y un gesto cansado que consiguió preocuparlo.

—¿Qué es? —cuestionó mientras Dante gruñía en su cabeza porque no conseguía hablar con Kirah.

—Un reconstituyente: miel, jengibre, cúrcuma… Lo utilizo cuando no me siento bien; también se lo doy a Heyden cuando está resfriado. No tiene nada extraño —aseguró ella, un tanto sorprendida por la posesividad de él. No entendía qué le pasaba ni por qué mantenía ese control sobre ella.

Él la creyó, la soltó con delicadeza y vio cómo posaba la pastilla en su lengua.

—¿Por qué está mal Kirah?

—Nunca había vivido lo que me ha pasado, al menos no con esta intensidad —respondió tratando de aparentar calma, pero aún sentía las consecuencias de lo que acababa de vivir—. Ya empieza a

recuperarse. En unos minutos estará recompuesta de nuevo. ¿Por qué tu lobo se preocupa por Kirah? No entiendo la conexión que mantienen.

—Sigues en la ignorancia, estás resistiéndote a lo que tu subconsciente ya sabe.

Rolfe observó cómo se dilataban sus pupilas ante el mensaje escondido en sus palabras. Alzó la mano y acarició su mejilla con una delicadeza tal que consiguió subyugarla.

—Nix, sabes lo que está pasando.

Nicte dio un paso hacia atrás, negando con la cabeza con efusividad y alzando una mano como barrera entre ellos.

—Debo ducharme, alfa, te pido que respetes mi espacio. No vuelvas a entrar en esta habitación sin mi permiso…, por favor —añadió, pues había sonado demasiado brusca en su petición.

Rolfe no contestó ni se apartó de ella, dejando que el silencio entre ellos se volviera denso hasta que Nicte agachó la cabeza y pasó a su lado rumbo al baño, incapaz de decir nada más.

«Ha tenido una visión —comenzó a explicar Dante al cabo de unos segundos—, esto no te va a gustar».

—Suéltalo —ordenó en su cabeza mientras abandonaba la habitación de Nicte, dolido por el rechazo que ella mantenía hacia él.

Lo comprendía, pero no por ello dejaba de resultarle molesta y hasta insultante su actitud de defensa. Se moría de ganas por volver a fundirse entre sus brazos.

«Gliss ha sido envenenada, aún lo está, aunque la bruja no está segura de cómo se lo suministran todavía. Por ello no queda embarazada».

Se detuvo en medio del amplio pasillo, antes de llegar al tramo de escaleras, sorprendido por aquella revelación.

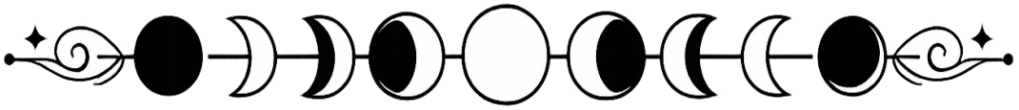
—¿Quién pudo hacer esa atrocidad?

«¿Acaso tienes que preguntarlo?»

—Sophia.

«Sí, pero lleva mucho tiempo fuera de aquí. ¿Quién ha seguido con su legado de terror?»

—Lo averiguaremos y pobre del infeliz que esté cometiendo semejante traición.



—Heyden, a la cama —dijo Nicte entrando en la habitación con el pijama puesto y el de él en las manos.

—Pero, mamá, aún quiero seguir jugando, todavía no he puesto nombre a todos. Un poco más —rogó el pequeño, sentado en una mullida alfombra gris.

—Mañana lo harás, no se van a ir de ahí.

Se acercó a él, tomó su mano y lo ayudó a levantarse. En cinco minutos le había cambiado de ropa y lo había acostado en la amplia cama tras una visita rápida al baño. Se tumbó junto a él y lo abrazó por la cintura.

Un bostezo escapó de los labios del pequeño, evidenciando que estaba agotado, aunque aún fuera pronto.

—Mamá —la llamó adormecido.

—Dime, cariño.

—Me gusta este sitio.

Aquella frase se quedó clavada en su alma. ¿Podía su hijo sentir que ese era su verdadero hogar?

—Han sabido sobornarte bien.

—Sobor… ¿qué es eso?

—Ya te lo explicaré, cierra los ojos.

Él la obedeció, pero lo que necesitaba decirle aún estaba pugnando por salir de su garganta.

—Siento calma. ¿Podemos quedarnos aquí?

Nicte notó cómo su estómago se encogía ante aquella petición en un susurro somnoliento de su hijo. Lo que más deseaba era que él

fuera feliz y estuviera seguro.

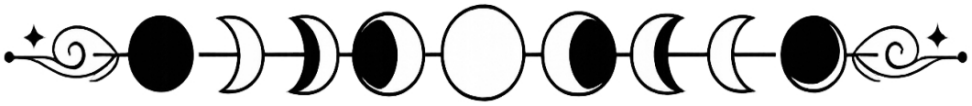
—No es posible. Estaremos aquí unos días, después decidiré a dónde ir.

—Pero… ¡jo!

—Ya lo entenderás cuando seas mayor, ahora a dormir.

Le dio un beso en la coronilla y colocó la mano derecha sobre su frente. Susurró un sencillo ritual que lo indujo al sueño. No solía utilizar su don para esos menesteres, pero estaba tan agotada que temía dormirse antes que él y que se le ocurriera salir de la cama a investigar.

Heyden, una vez dormido, no se despertaba hasta el día siguiente y eso le permitiría descansar a ella durante unas horas. Se durmió con la cabeza dando vueltas a todo lo acontecido desde que Rolfe irrumpió en su vida.



La reunión con su omega y el resto del consejo duró tres largas horas, sentados alrededor de la mesa ovalada del amplio salón de la planta baja. Rolfe escuchó cada una de las cosas que pasaron, agradeciendo en su mente que no se hubiese presentado ningún inconveniente importante.

Cuando acabó el consejo, abordó a su tercero para preguntarle por el único tema que no se había tocado en la reunión.

—¿Sabemos algo de Eris?

—Su prima informó hace unos días de que volverían en dos semanas, aunque es probable que se retrasen. Su marido tenía un itinerario muy variado.

—Lo sé, agradezco a la Diosa que consiguiera emparejarla. Gracias, por todo tu trabajo, Samael.

—Ha sido un honor, como siempre.

Tras despedirse, volvió a su habitación para descansar cuando un impulso lo llevó a abrir la puerta de la suite de la luna. La cama

estaba vacía, las maletas en el mismo sitio en que las habían dejado horas antes. Agudizó el oído y el sonido de dos respiraciones acompasadas y en paz lo llevó hacia la habitación de su hijo.

Ahí los encontró: Nicte abrazaba a Heyden como si tratara de protegerlo incluso mientras dormía.

Dante estaba complacido ante lo que observaba, él también. No podía haber mejor madre para su hijo ni mejor luna para su manada.

«Si se lo cuentas en algún momento», rechistó Dante, molesto con Rolfe y también con Kirah. Ninguno parecía entender la importancia de que Nicte asumiera su papel cuanto antes.

—Lo haré, casi está preparada para asumirlo, pero…

«Esa mujer te ama, lo ha hecho desde que era una adolescente, no sigas prolongando la agonía. Vuestra unión será poderosa e importante para ambos».

—Pronto podrá aceptarlo y entonces seremos una familia.

Ambos se regodearon en esa idea mientras Rolfe cogía una silla, la acercaba a la cama por el lado de Heyden y se sentaba ahí, junto a él. Pronto, la paz que envolvía la habitación, junto al sonido de la respiración al unísono de las dos personas más importantes de su vida, consiguió adormecerlo y Morfeo lo acogió en su seno con una sonrisa en los labios.



CAPÍTULO 6

Antes de que el cielo empezara a clarear, Nicte se despertó. Había dormido más horas de las que acostumbraba y, por un instante, se sintió aturdida, pero poco a poco volvió a recobrar la claridad. Se estiró lentamente mientras liberaba a su hijo de su abrazo con cuidado para que no se despertara. Lo arropó y salió de la cama.

No esperaba ver a Rolfe sentado cerca de Heyden, con los pies sobre la cama.

Cogió una manta con los colores de la manada y se la colocó encima, con cuidado de no despertarlo. No quería empezar la mañana discutiendo con ese hombre cabezota que las había arrastrado hasta sus tierras.

«Un gesto muy lindo», ronroneó Kirah en su cabeza mientras Nicte se dirigía a su habitación.

—No seas petarda, no significa nada —respondió sin pronunciar sonido mientras colocaba su maleta encima de la cama. La abrió y sacó unas mallas y una camiseta deportiva.

«Me gusta verte cuidándolo, como hace años».

—Eso pertenece al pasado.

«No tanto cuando tu corazón se emociona con un simple roce de su mano».

—Él eligió a su luna —contestó Nicte, enojada por las insinuaciones de Kirah, estaba en lo cierto, aunque jamás lo admitiría en voz alta—. Que le haya salido mal no tiene nada que ver conmigo. La Diosa se encargará de compensarle con una segunda oportunidad.

«Tienes que hablar con ese hombre cuanto antes», aseguró Kirah, cansada de lo cabezota que era la bruja.

—Ese tema no me interesa tratarlo ni con él ni con nadie.

Terminó de vestirse y, tras recogerse el pelo en una coleta alta, salió de su habitación rumbo al exterior. Los pasillos de la casona estaban en calma y, al traspasar la puerta, el lobo que hacía guardia se limitó a saludarla con un gesto casi militar.

Bordeó la mansión y se adentró en el bosque trotando, aumentando la velocidad poco a poco.

«Déjame a mí», pidió Kirah con entusiasmo, deseando volver a sentir el viento en su pelaje.

—Kirah, estamos oxidadas, hace años que no nos transformamos.

«Por tu culpa».

—Lo siento, sé que no debí dormirte, pero te pusiste tan insistente en que debíamos volver después del nacimiento de Heyden. Estábamos huyendo y tú no parabas de repetir lo mismo, me agobié.

«Teníamos un grupo de fanáticos tratando de quitarnos al cachorro. Era la opción más inteligente y lo sabes».

—Es un niño.

«Como quieras».

—No era una opción válida, aquí estaba Sophia y ella era peor que esos hombres.

«Rolfe no hubiese permitido que le hicieran daño».

—No podíamos estar seguras de ello. Aun así, lo siento —reiteró sabiendo que una disculpa no era suficiente— , estaba luchando con tantas cosas que consideré que lo mejor era ocuparme sola de todo.

«Ya ha quedado atrás, sé que no volverás a hacerlo, bruja».

—No, entendí mi error, juntas somos más fuertes. Ahora debemos encontrar la manera de proteger a Heyden. Es lo único importante.

«Aquí está seguro».

—Quizás durante un tiempo, pero cuando Rolfe encuentre a su pareja predestinada… todo volverá a empezar. No voy a permitir que Heyden pase por un rechazo de esa magnitud. No soportaría verlo

herido por mi inconsciencia. Conozco las consecuencias de ese tipo de error.

Kirah no respondió. Sabía que había llegado el momento de contarle la verdad a Nicte; debía ir asumiendo su realidad, aunque estaba segura de que lucharía contra ella. La bruja era de armas tomar.

Nicte no se sorprendió por el silencio de la loba, continuó corriendo mientras el amanecer teñía de rojo todo a su paso. Llegó hasta un claro en el bosque que conocía bien. A un kilómetro de ahí estaba la casa donde se cri o junto a su tía, Naira. La misma que la recogió cuando su madre desapareció . La echaba de menos cada día; había sido muy importante para ella.

En medio del claro seguía la roca plana, su lugar favorito para sentarse y reflexionar. Se acercó hasta allí. Necesitaba calma para recolocar su mundo, el encuentro con Rolfe la tenía descolocada.

Se sentó mirando al horizonte, observando cómo la luz se colaba entre las ramas de los frondosos árboles que la rodeaban.

Un eco del pasado la asaltó y no quiso detenerlo.

De pronto se vio de nuevo a punto de cumplir los dieciocho años, intentando lidiar con los celos que le producía la llegada de Sophia. Una parte de ella quería rebelarse contra la Diosa y gritarle que su amor era más grande que cualquier vínculo impuesto, pero la otra parte de ella, su orgullo, le impedía hacerlo, alejándose de él como se esperaba que hiciera.

Llevaba un mes sin estar a su lado . Treinta días sin sentir sus caricias, sin ofrecerle sus labios y escuchar sus miedos. Le echaba de menos más de lo que quería admitir. En dos días él proclamaría su unión, asumiría su rol como alfa de la manada y ella tendría que aprender a vivir con el corazón en pedazos.

—¡Es mío!

Esa voz la distrajo de sus pensamientos. Se levantó de la roca y miró a una elegantemente ataviada Sophia que se acercaba a ella con gesto airado. La furia de sus ojos habría sido suficiente

para sacudir a cualquier otra persona, pero Nicte se mantuvo firme, esperando ver qué quería decirle.

—Ya no puedes seguir acostándote con él.

Su tono de voz la hizo estremecer. Cualquiera diría que ella tenía relaciones con cualquiera. No era así, solo había sido de Rolfe desde que comenzaron su relación un año antes.

—Rolfe y yo no…

—Alfa —rabió Sophia, agitando su melena—. No eres nada, solo una mestiza, una sangre impura que dejan corretear por aquí sin hacer nada de provecho, solo servir de concubina para…

Nicte notó cómo Kirah se enfurecía ante los insultos de Sophia.

—Discúlpeme, luna. He cumplido con mi obligación de apartarme de su camino en cuanto se anunció que su compromiso.

—Lo sé —gruñó—, pero siempre estás presente entre nosotros. Tu nombre aparece insistentemente para recordarme que aún siente algo por ti. No puedo tolerarlo. Te irás hoy mismo de estas tierras.

Nicte la miró aturdida mientras asimilaba lo que ella le estaba ordenando. Era mala y desconsiderada.

—No tengo dónde ir —respondió, apelando a su humanidad.

—Ese no es mi problema. Si no te vas, yo misma te sacaré de aquí sin nada.

—Señorita Sophia, necesito…

—¡Soy la luna de esta manada! Jamás vuelvas a pronunciar mi nombre, no eres digna de ello. Debí eliminarte el primer día que te conocí, pero te vi tan inferior, con esa loba enclenque y esa sonrisa deslumbrada, que no me di cuenta de lo peligrosa que era tu presencia aquí.

—No me pondré en su camino, pero…

—Tienes hasta el anochecer para recoger tus cosas.

Sophia se marchó antes de que Nicte pudiera reaccionar, no sin antes entregarle la carta condenatoria de Rolfe. Podía aceptar el

vínculo que ellos tenían, pero el desdén en las palabras del alfa se clavó en su alma, lastimándola sin piedad.

¿Cómo era posible que la siguiera teniendo en sus pensamientos y, al mismo tiempo, quisiera herirla con unas cuantas frases desafortunadas? No parecían de él, pero jamás tendría el valor de preguntárselo, menos recordando lo que ella y su madre habían vivido años atrás.

—Nos vamos —dijo más para Kirah que para ella misma, que insistía en que fuera a buscar a Rolfe—. No tengo nada más que hablar con él.

Con el alma desgarrada en pedazos y la carta en su bolsillo, regresó a su casa, esa que siempre pensó que sería suya. Media hora después, con sus pertenencias en dos maletas en el maletero del coche de su tía, se marchó pensando que jamás regresaría.

«Debimos atacarla aquel día».

La idea de Kirah la hizo esbozar una sonrisa, huyendo de ese enredo que solo le provocaba un dolor punzante.

—No hubiésemos ganado —dijo en voz alta—, y no podía enfrentarme a la luna de la manada. Hubiese sido condenada por traición, aunque no le hiciese ni un rasguño.

—Debiste buscarme.

Nicte se levantó espantada. No había oído ningún ruido ni había notado su olor. Sin duda Dante lo había enmascarado para sorprenderla.

—Alfa —dijo a modo de saludo mientras trataba de detener los erráticos latidos de su corazón. No comprendía por qué se alteraba al tenerlo cerca de ella, traspasándola con la mirada.

—No sabía lo que había pasado, pero la conexión de Dante y Kirah es tan fuerte que he podido ser testigo de lo que te hizo —aseguró Rolfe, dando unos pasos hacia ella, controlando la furia que sentía ante lo que había descubierto—. Fue cruel e inhumana; se

atribuyó un papel que no le correspondía. Jamás debió entrometerse en nuestro camino, mucho menos echarte de aquí.

Nicte pudo ver el odio en la mirada de él y se estremeció. La fuerza que emanaba de su cuerpo sería suficiente para doblegar a cualquiera que se opusiera a él.

—Solo reivindicó su lugar —afirmó ella con los brazos cruzados, tratando de no retroceder ante su avance.

—En eso te equivocas. Nunca fue su sitio.

Aquella afirmación la dejó aturdida, pues venía acompañada de un tono tan firme que no podía discutirlo.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó cuando la curiosidad fue más grande que la prudencia.

—No era mi pareja predestinada.

Esa frase seca se quedó flotando entre ambos mientras sus miradas se enredaban. Había llegado el momento de destapar el misterio, y Rolfe pensaba darle todo el tiempo que necesitara para que lo entendiera.

Vio cómo la confusión dio paso a la negación en el rostro de ella y ese fue su impulso para seguir hablando.

—Ella misma me lo confesó entre sonrisas condescendientes.

—Quizás estaba en shock —dijo, tratando de minimizar la herida que él llevaba dentro.

Dio un paso y alargó la mano para tomar la suya, y aquel contacto se convirtió en el bálsamo que ambos necesitaban.

—No lo estaba. Estaba llena de odio hacia mí, deseaba herirme.

—No acabo de entender cómo lo hizo. Siempre he pensado que el vínculo sagrado era casi mágico, impenetrable.

—Lo es, hasta que te cruzas con una traidora como Sophia, capaz de todo por conseguir el puesto que no le corresponde. Usó magia para confundirme, se aprovechó de mi vulnerabilidad tras la muerte de mi padre y urdió un plan que le salió bien. Me creí su mentira y acepté la ilusión como si fuera real.

—Tuvo que ser muy duro descubrir la verdad.

—No tanto como ocuparte de nuestro hijo sola durante más de cinco años. ¿De verdad creíste que no te apoyaría? —cuestionó Rolfe, ligeramente ofendido por su falta de fe en él.

—No tiene que ver contigo, sino con ella —respondió Nicte, soltando su mano y girándose para alejarse unos pasos de él. Estaba demasiado cerca para su propia tranquilidad—. No podía arriesgarme a que le hiciera nada a Heyden. Desde que él nació se convirtió en mi prioridad frente a cualquier otra cosa. Sophia no lo hubiese aceptado como hijo tuyo y yo no hubiese soportado sus desplantes. No habría funcionado.

—No lo hubiese permitido.

Lo decía con tanta firmeza que estaba segura de que él hubiese intentado cumplir con su palabra, pero conocía bien la crueldad de la loba. Hubiesen acabado heridos de muchas maneras.

—Tampoco estaba segura de ti —recordó ella con tono monocorde y una sonrisa de disculpa—. Me echaste, ¿recuerdas?

—Te garantizo por mi honor que jamás escribí esa carta ni dije esas cosas absurdas que ponía en ella. A pesar de la ilusión que esa arpía había creado, seguías presente.

Era tan contundente en sus palabras que Nicte comenzó a creerle.

—Nix —la llamó él tras un silencio que se le hizo eterno, logrando que ella volviera a mirarlo—. Siento que Sophia te hiciera creer eso. Jamás te hubiese desamparado ni a ti ni a nuestro hijo y, por supuesto, nunca te hubiera echado de estas tierras. ¿Quién crees que soy? Me conoces desde hace años.

—Eso ya da igual. No podemos cambiar lo que ocurrió y está bien. No pasa nada.

Durante un instante tan solo se oyó el sonido de la naturaleza a su alrededor: el ulular del viento entre las hojas, el graznido de un pájaro a lo lejos, el murmullo del arroyo que había cerca de allí. Enredados en un juego de miradas tan expresivas como hirientes: en los ojos de ella se reflejaba el dolor que aún sentía por lo acontecido; en los de él, la desesperación por encontrar la forma de abrir la coraza con la que se protegía.

En el alma de ambos, la certeza de que, a pesar de todo, siempre amarían al otro.

—Aun sabiendo la verdad, no confías en mí y pretendes marcharte.

Nicte se estremeció. No quería que él lo supiera todavía. Necesitaba tiempo para elaborar su plan. Debía ver cómo conseguir algo de dinero y después elegir un camino, tarea ardua, pues se iba a enfrentar no solo a él, sino también al deseo de su hijo de permanecer en la tierra que trataba de anclarlo.

—¿Cómo sabes eso? —cuestionó con más curiosidad de la que debería.

—Kirah.

Nicte sintió cómo la rabia la consumía. ¿Por qué su loba se empeñaba en contarles absolutamente todo lo que pensaba y decidía?

—Permanecer aquí os pondrá en peligro —dijo, eludiendo el verdadero motivo por el que deseaba irse—. No quiero que perjudiques a tu manada por tomar una decisión precipitada. Te agradezco que hayas decidido ayudarnos, pero sabes que este no es nuestro hogar, sino el tuyo.

Nicte ignoró el dolor que asomaba a los ojos del alfa.

Su corazón traicionero anhelaba algo que no podía ser. Rolfe era un alfa, estaba sujeto a cientos de normas, entre ellas a la más sagrada de todas: emparejarse con la persona que la Diosa designase. Ella no quería volver a vivir aquello, no tenía fuerzas para hacerlo, menos cuando su hijo también estaba en la ecuación. Cuanto antes se marcharan, antes podría volver a su vida tranquila, lejos de sentimientos que la confundían y la herían a partes iguales.

—¿Cómo puedes afirmar algo tan descabellado? —cuestionó Rolfe, tratando de templar su carácter por el bien de ella—. Este también es vuestro hogar y, en cuanto a Heyden…

—Podrás verle cuando desees —se apresuró a añadir ella, y su tono no agradó al hombre que tenía enfrente, ni al lobo que escuchaba en su interior.

—No me apartarás de él. Es el futuro alfa, necesita recibir una formación específica que nadie más que yo puede darle. Esto no está en discusión.

Observó cómo, a medida que hablaba, Nicte iba cerrándose a su idea, negando con la cabeza y haciendo gestos erráticos que lo hicieron frenar su discurso, dándole tiempo para asimilar la única verdad que existía entre ellos.

No iba a dejarla marchar.

—No puedo complacerte en esto —dijo Nicte tras unos minutos en los que trató de encontrar las palabras adecuadas—. Eres joven, alfa, la Diosa no volverá a equivocarse y deberás honrar el vínculo.

Rolfe agarró sus manos con delicadeza y detuvo a la joven, que había comenzado a esquivarlo como si quisiera salir corriendo lejos de allí.

—Ella no erró, pues no fue la culpable de lo ocurrido —explicó en un murmullo. Necesitaba que ella se relajara, había llegado el momento de que conociera la verdad—. Sophia urdió un plan macabro y lo ejecutó sin importarle que fuera contra mí y contra el designio divino. Incluso ella fue capaz de ver lo que ni tú ni yo sabíamos.

—No sé a qué te refieres.

—Mi pareja predestinada…

Una señal sonora interrumpió sus palabras, haciendo que el instante que estaban compartiendo se desvaneciera en un suspiro. Nicte se soltó de sus manos, saliendo del embrujo que la asaltaba cuando él la tocaba, y Rolfe maldijo por lo bajo. Había estado demasiado cerca de desvelarle la verdad, era el momento propicio y lo habían vuelto a interrumpir.

—¿Qué ocurre?

La pregunta asustada de Nicte lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió a la realidad.

—No lo sé, pero debemos volver ahora. Ve junto a Heyden.

Lo vio desaparecer un segundo después, tras dejar a Dante tomar el control de su cuerpo, transformándose en un magnífico lobo

negro y tomando el camino que llevaba hacia la frontera sur de la manada.

Nicte no perdió el tiempo. Corrió todo lo que pudo en su forma humana hasta llegar a la casa de la manada. Voló por las escaleras hacia el cuarto de Heyden y, al entrar en él, se encontró con una visita inesperada.



CAPÍTULO 7

Nicte no esperaba ese recibimiento, pero antes de que pudiera ponerse a la defensiva, Kirah la informó de quién era la mujer que estaba allí sentada, al lado de la cama de su hijo, velando su sueño.

Ingresó en la habitación sin hacer ruido e hizo un gesto a la joven para que la siguiera hacia su propia habitación.

—Disculpe, James me solicitó que viniera a cuidar al pequeño. Soy su compañera. Hay una alerta naranja —informó la joven con una sonrisa cuando estuvieron lejos de la cama de Heyden.

—¿Qué significa eso? —cuestionó Nicte.

—Han detectado un intruso en la frontera sur. Seguramente no sea nada grave, pero cuando eso ocurre deben seguir el protocolo.

—Entiendo —comentó Nicte, escuchando el respirar pausado del pequeño, que aún estaba agotado después del viaje que habían hecho—. Gracias por vigilarlo, Gliss, y gracias por decorar la habitación. Anoche no conseguía que se despegara de los dinosaurios.

—James me contó que le apasionaban y, sabiendo que habíais tenido que huir de esa forma, quise compensar su pérdida.

La hermosa sonrisa de la loba era cálida, toda ella desprendía una luz difícil de ignorar.

—Te aseguro que no tenía ni siquiera la mitad de los que tú le has comprado

—Quizás me extralimité un poco, pero quería agradarle y hacer que su estancia aquí esté llena de buenos momentos.

—Eres muy amable. Gracias.

—¿Puedo hacer algo más?

—En realidad soy yo la que tiene algo que necesitas.

La joven, de rostro ovalado y rizos caoba, la miró confundida. Nicte se dirigió hacia su cama y rebuscó en una de las bolsas pequeñas donde llevaba todas sus hierbas y remedios.

—Esto te va a resultar extraño —comenzó a decir, dejando que la inseguridad la asaltara por un momento.

—No os comprendo.

—Te ruego que no me trates de usted, apenas te saco un par de años, si mis cálculos no fallan.

—En realidad no es por vuestra edad, sino… mirad dónde estáis.

Nicte resopló indignada. Una parte de ella sabía que no debía haber aceptado quedarse en la suite de la luna. Sin duda, a estas alturas, toda la manada sabría de su llegada y de dónde estaba alojada.

—Imagino que sabes que Heyden es hijo del alfa.

—La noticia ha corrido rauda por el clan.

—Es por ello que estoy aquí. Esta es la habitación más cercana a mi hijo y Rolfe no quiso concederme el beneficio de que ambos ocupásemos otras más alejadas de él, pero no significa nada más.

—Quiere protegeros.

La conclusión de la joven hizo que Nicte se sintiera incómoda. Entendía el punto, no tanto la insistencia del alfa en que se quedaran allí, sabiendo que causaría un revuelo en la manada.

—Pero envía un mensaje erróneo sobre mi posición aquí. No sé cómo proceder —afirmó, lanzando un suspiro al aire, ignorando la mirada preocupada de la joven que la acompañaba.

Nicte volvió sobre su maleta y al fin encontró el frasco que buscaba, uno pequeño y etiquetado con una cruz roja. Necesitaba retomar el control de la situación, no perderse en las intenciones que empujaban al alfa a cometer imprudencias.

—Gliss, ¿qué medicinas estás tomando actualmente?

Si la pregunta sorprendió a la loba, esta no lo demostró.

—Son unos complejos vitamínicos, me los recetó el médico de la manada. James y yo estamos intentando concebir y no ha sido posible aún —terminó de decir a media voz.

—¿Solo eso?

—Sí.

—¿Podrías traerlos? Necesito comprobar una cosa. Tan solo te pido que no tengas miedo, quiero confirmar que estén correctos.

Gliss asintió, salió de la habitación rumbo a la suya y volvió un par de minutos después con la caja donde guardaba las pastillas. En cuanto Nicte la cogió, una corriente fría recorrió la palma de su mano derecha.

No era bueno lo que había en ellas, peor de lo que imaginaba.

Se acercó al tocador que había en un extremo de la habitación. Agarró una bandeja de plata que tenía útiles para arreglarse el cabello y la vació. Sacó una pastilla y la colocó sobre la superficie, notando una picazón en los dedos cuando la agarró.

«Maldita Sophia», gruñó Kirah en su cabeza.

—No pretendo asustarte, te aseguro que soy inofensiva —comenzó a decir, por una razón que no comprendía, no quería que esa joven se llevase una mala impresión de ella.

Nicte ya sabía lo que había dentro de esa pastilla. Era cruel e inhumano lo que Sophia había hecho con esa joven y no pudo evitar que una lágrima de rabia corriera por su mejilla, pensando en las consecuencias que aquello podía haberle provocado.

A pesar de ello, abrió el frasco y echó una gota del preparado sobre el comprimido blanco y envenenado. El humo gris que surgió de ella sobresaltó a Gliss, que dio un paso hacia la mesa para ver la reacción efervescente que estaba produciéndose frente a sus ojos.

—¿Qué es eso?

—Veneno. ¿Desde cuándo las tomas?

—Después de la última pérdida dejé de tomarlas durante nueve meses. He empezado el tratamiento hace dos semanas.

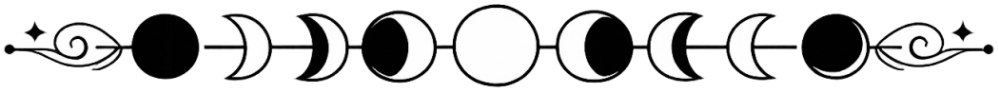
Quizás aquella pausa fuese suficiente para que su cuerpo no estuviera mal del todo.

—¿Quién te las suministra?

—Las recojo en el consultorio médico todos los meses y… Nicte, ¿qué significa esto? —cuestionó la joven, asustada ante la connotación de lo que estaban hablando.

—Solo hay dos posibilidades: o es un error o, si contamos con que Sophia lleva un año fuera de estas tierras, aún quedan personas leales a ella.

El horror de la bruja se reflejaba en las pupilas de Gliss. Ambas hicieron una promesa silenciosa: descubrir quién era el culpable de aquello.



En la planta baja de la casona, en el despacho del alfa, este observaba el interrogatorio de James con una expresión aburrida en el rostro. El chico que habían encontrado entrando en sus tierras temblaba ante la rudeza de su beta. Era apenas un muchacho imberbe, de unos veinte años, con un gesto inusualmente sumiso incluso para alguien en su posición, que se encogía con cada pregunta que le hacían.

Era demasiado joven para ser un espía y demasiado inmaduro para entender la connotación que conllevaba entrar en un terreno en el que no era bienvenido.

—Me equivoqué de camino —repitió por enésima vez ante la insistencia de James—. No vi que me desviaba, lo siento —balbuceó.

Parecía a punto de echarse a llorar. Rolfe alzó la mano y la batería de preguntas de su segundo se detuvo abruptamente.

—¿Eres un exiliado?

—No, tengo mi manada —contestó con un deje de soberbia que no gustó a ninguno de los dos hombres, pues contrastaba con el papel que había estado interpretando hasta el momento.

—¿Cuál es?

—No puedo decirlo. Bajo juramento de sangre, tan solo rocé sus límites, alfa. Si me lo permiten, seguiré mi camino. De no ser por su invitación, no estaría aquí.

—¿Cuál es vuestra manada? —preguntó de nuevo Rolfe, obviando su diatriba. Él ponía las normas, no ese muchacho enclenque y desarrapado.

Vio cómo sus ojos lanzaban una chispa de indignación. Tras varios minutos de mutismo, Rolfe supo que no obtendría la respuesta que necesitaba. Estaba seguro de que no pertenecía a las manadas colindantes, con todas ellas tenía un tratado de paz que siempre respetaban y que era conocido por los miembros de las mismas. Cualquiera de sus miembros, con solo identificarse, habría pasado sin problema y sin que las alarmas sonaran.

—Quizás descubrir nuestras mazmorras haga que decida hablar. James…

No tuvo que añadir más. Su beta se acercó al joven, que se revolvió mientras lo cogía por el brazo y lo sacaba del despacho con intención de escoltarlo hacia las mazmorras, situadas en el sótano de la casona y convenientemente custodiadas.

Rolfe solo tenía un presentimiento y no le gustaba, así que prefería tener que disculparse antes que soltarlo y descubrir que estaban tratando de reconocer su terreno en busca de su hijo.





CAPÍTULO 8

Tras el interrogatorio, Rolfe supervisó el entrenamiento de los más jóvenes, forzándolos a seguir su paso en un reconocimiento por las tierras del clan. Veinte buenos guerreros que se incorporarían a sus filas en cuanto estuvieran preparados. Les quedaba poco para lograrlo; tenían potencial y garra a pesar de lo jóvenes que eran.

Después de aquello los dejó a cargo de Samael y regresó a su habitación para asearse.

—¿Una alerta naranja?

La pregunta de Nicte lo sorprendió en su habitación mientras se quitaba la camiseta. Se giró hacia ella y la observó, tratando de evaluar qué estaba pensando.

—¿Quién es? —cuestionó al no obtener una respuesta por su parte.

—Nada importante.

—Sé lo que estoy notando, alfa. Llevo toda la mañana intranquila y, si es lo que estoy pensando, debemos irnos ya.

Aquella última afirmación provocó un movimiento rápido por parte del alfa. En pocos segundos recorrió el espacio que había entre ambos y la sujetó por el brazo, forzándola con delicadeza a traspasar el umbral para cerrar la puerta tras ella.

No la soltó y notó cómo Nicte contenía un suspiro de alivio, como si su roce fuera capaz de sostener la tormenta que ella sentía.

—No es una posibilidad. Debes entender que ya no estás sola, no puedes tomar una decisión tan importante a la ligera.

—Apenas llevamos unas horas aquí y ya nos han encontrado. No puedo protegerle sin usar todo mi potencial, y eso causaría un

revuelo en vuestra manada. Sentiríais la energía y…

—No sabemos si pertenece a la manada.

—Rolfe, no nos mintamos más. No necesito verlo para saber quién es y lo que busca —respondió ella, con la mirada empañada de rabia—. Estoy cansada de huir, pero no sé cómo protegerlo. Quise creer que aquí estaríamos a salvo.

—Lo estáis. No llegarán hasta vosotros.

—Ya están aquí —recordó ella, sin necesidad—, y no creo que esta vez pueda esquivarlos tan fácilmente como cuando nació Heyden.

—Cuéntame qué pasó entonces y, sobre todo… ¿quién diablos es Gideon? En tus pesadilla s lo nombras de forma compulsiva, incluso entre lágrimas.

Notó cómo ella se estremecía entre sus brazos, pero no la soltó.

—Él fue quien trató de convencerme para que entregara a Heyden. Lo conocí en el bar en el que trabajaba, me identificó al instante y me hizo creer que era un amigo. Fue bueno conmigo, me ayudó durante los últimos meses de embarazo y, cuando di a luz, se convirtió en un constante asedio. Me habló de su manada, del puesto que quería que ocupara, y no aceptaba un no por respuesta.

—¿Y te marchaste?

—Estaba a punto de ceder cuando lo oí hablar con alguien de la maldita profecía. Le hice creer que todo estaba bien, que solo estaba cansada y, en cuanto se fue de mi casa, desaparecí del mapa recitando conjuros de protección hasta llegar a Bacton.

—Fuiste muy valiente.

—Estaba aterrada, como ahora. Lo siento, pero no podemos continuar…

Antes de que completara aquella última frase, Rolfe la acercó a su cuerpo y rodeó su cintura en un abrazo íntimo que nubló su cordura. Balbuceó algo que ninguno de los dos entendió.

El calor que emanaba del hombre era envolvente y calmaba su dolor sin que pudiera entenderlo. Él agachó la cabeza y posó un

beso sobre su coronilla, haciendo que ella se estremeciera ante aquel gesto.

—No vas a marcharte.

—Es lo mejor para todos.

—No seguiremos discutiendo sobre tu pertenencia a estas tierras. Este es tu lugar, siempre lo ha sido. Eres mi luna.

Nicte se revolvió ante aquella afirmación, que escondía tanta fuerza que anuló sus objeciones. Kirah dio un giro de alegría en su cabeza.

—No digas bobadas.

—Sé que lo sientes, Nix —respondió él, apretándola un poco más contra su cuerpo—. Tu loba lo sabe, tú también, aunque lo niegues. Pero no dudaré en decirlo si no quieres reconocerlo en voz alta.

—No te atrevas a seguir por este camino —suplicó ella, mientras un pensamiento que no quería considerar se formaba en su cabeza —. No eres…

—Soy tu pareja predestinada.

Un golpe de energía blanca atravesó el pecho de Nicte. Sintió cómo un lazo invisible se formaba entre ellos, atándolos con una fuerza descomunal. Quiso gritar, salir de su abrazo, negarlo, pero no podía ignorar lo que su cuerpo exclamaba sin pudor alguno.

Deseaba a aquel hombre. Lo amaba desde la primera vez que lo vio, cuando no era más que una cría impresionable. Había anhelado su contacto mil veces, pero entre aquella maraña de sentimientos, una incómoda voz interior le recordaba todos los inconvenientes que esa unión podía ocasionarle.

Se agitó, saliendo del embrujo que la consumía cuando él la tocaba.

Rolfe la dejó alejarse. Quería su aceptación de buen grado, su entrega más allá de los designios de la Diosa, no una rendición que supiera a derrota y resignación. Observó su deambular pausado, las dudas reflejadas en su rostro, incluso alguna mueca de dolor que atravesó su alma, pero esperó su sentencia, dispuesto a rebatirla hasta que cediera.

—¿Por qué no lo supe la primera vez que te vi? —cuestionó ella, con los brazos cruzados bajo el pecho, tratando de protegerse de él inconscientemente.

—Tu loba lo sabía, y me consta que trató de decírtelo, al igual que tu amiga Becky.

—Pero eso no funciona así. No te lo tiene que decir nadie, yo…

—Anoche leí sobre ello —se apresuró a explicar Rolfe, deseando romper la barrera que ella trataba de formar a su alrededor—. Es por tu condición de bruja. Cuando nos reencontramos, tu loba acababa de despertar de tu embrujo. Si tus dos mitades hubiesen estado equilibradas, lo habrías notado de inmediato, como yo.

Dio un paso hacia ella, pero solo consiguió que Nicte retrocediera tres más, aumentando la distancia que los separaba, impidiéndole tocarla.

—¿Qué solución hay a esto?

Aquella pregunta, junto al deje de desesperación que la acompañaba, lo sorprendió. No esperaba esa reacción por su parte, pues de todas las opciones posibles, esa no era una de las que había contemplado.

—No se puede revertir.

Nicte negó con la cabeza, reacia a considerar aquella posibilidad como válida.

—Puedes rechazarme —contestó ella, esperanzada—. Sería lo mejor para ambos. Tu manada no aceptará una luna como yo y, si pretendes mantenerme en las sombras, no funcionará.

—Nicte.

Ella ignoró el tono de advertencia en la voz de Rolfe; debía encontrar una salida cuanto antes.

—No soy buena escondiendo mis emociones. Te debes a tu manada y no seré yo quien se interponga. Así que ha llegado el momento: recházame. Podré aguantarlo y todo será como hasta ahora.

El miedo corría libre por sus venas. Una parte de ella quería lanzarse a sus brazos, pero sabía que no debía hacerlo, había demasiadas cosas en juego que no podían ignorar.

El silencio se volvió denso entre ambos. Sus miradas rivalizaban: en la de Nicte se reflejaba la contradicción que sentía; en la de Rolfe, una determinación férrea que la hizo estremecer.

—No te muevas —ordenó él con su voz de líder mientras salvaba el espacio que había entre ellos.

Nicte quería discutir. Odiaba aquella manera de los alfas de someter al resto, pero no debía perderse en ese detalle sin entender cuál iba a ser su postura, así que se tragó su orgullo y guardó silencio.

Rolfe se irguió frente a ella, sin tocarla, pero invadiendo su espacio personal. La observó con admiración. Era perfecta, una diosa, y era suya. Se sentía el hombre más afortunado de la tierra, porque sabía que, a pesar de las palabras de Nicte, ella le correspondía.

«Márcala», gruñó Dante en su cabeza, impaciente por completar su unión cuanto antes.

—Yo, Rolfe Montange, Alfa de la Manada de la Luna Roja…

Nicte cerró los ojos, incapaz de seguir sosteniendo aquel contacto que la quemaba por dentro. Sintió los dedos de él sobre su barbilla, alzándole la cabeza.

—Mírame.

Ella lo hizo. Abrió los ojos y contuvo un suspiro, maldiciendo a su cuerpo por traicionarla una y otra vez ante el más mínimo roce de su parte. Sabía que, aunque él disolviera el vínculo, el amor que sentía no se apagaría.

—Estoy preparada. Podré soportarlo —lo animó, con una sonrisa apagada y los ojos anegados de lágrimas sin derramar.

—Yo, Rolfe Montange, Alfa de la Manada de la Luna Roja, te tomo a ti, Nicte Valeor , como compañera y luna de la manada, desde hoy y para siempre. Honro el designio de la Diosa y suplico que me

conceda la fuerza necesaria para ofrecerte un hogar seguro y feliz a ti y a nuestros vástagos.

—No —murmuró Nicte mientras asimilaba lo que él acababa de hacer.

—Te amo, Nix. Más allá de la unión divina. Te he amado siempre, aun cuando te olvidé, sentía que algo me faltaba. Eras tú, siempre fuiste tú. Lo supe en el momento en que volví a tenerte frente a mí.

—Perderás a tu manada —masculló entre dientes, agonizando ante algo que no podía cambiar.

—Bajaría al mismo infierno si así te tuviera. Soy vil y egoísta por obligarte a aceptar nuestro vínculo antes de que estuvieras preparada, pero aborrezco cada vez que te oigo decir que te vas a alejar de mí. No lo harás, Heyden y tú habéis regresado a vuestra casa.

Rolfe no esperó respuesta. La atrajo hacia él por la cintura, fundiendo su cuerpo con el suyo. Apoyó los labios en la frente de ella y disfrutó del suspiro que escapó de los labios de su mujer. Eso era desde aquel instante. El vínculo estaba sellado y muy pronto ella ostentaría su marca. Nadie se atrevería a oponerse.

Paseó sus dedos por el cuello de la joven hasta llegar al omóplato derecho, donde dejó una caricia sensual que la hizo estremecer.

—No va a funcionar, lo sabes igual que yo y…

Antes de que pudiera continuar, Rolfe acalló su boca con tanta ternura que su resistencia se desmoronó al momento, correspondiendo al beso en la misma medida. Se perdieron en aquel instante de pasión, devorándose, sintiendo cómo el fuego que ambos albergaban en su interior crecía con cada roce de labios.

Él sujetó su nuca e introdujo la lengua en busca de la de ella, en un movimiento tan rítmico como mágico.

Un golpe en la puerta los detuvo abruptamente. Nicte se separó de él con rapidez, colocándose lo más lejos posible.

—Alfa, le está esperando el consejo. Convocó la reunión para las doce —dijo uno de sus hombres sin abrir la puerta.

Rolfe miró el reloj de su muñeca: eran casi las doce y cuarto, un retraso inaceptable si no fuera porque al fin había colocado a Nicte en el lugar que le correspondía. Vio un destello de miedo en su mirada y supo que aún no podía dejarla marchar.

—Estaré allí enseguida —respondió sin soltarla—. Tengo un asunto que resolver.

—Por supuesto.

Ambos escucharon cómo los pasos se alejaban de la habitación. Nicte se revolvió, tratando de salir del influjo que él provocaba en ella, pero fue en vano.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó él con una sonrisa que iluminaba sus ojos, volviendo a situarse frente a ella.

—Por ningún lado. Esto acaba aquí. Yo, Nicte Valeor…

—Si pronuncias una sola palabra más, te marcaré ahora mismo.

Era una advertencia clara que no dejaba lugar a dudas. Por un instante, su deseo de herirlo se impuso sobre la cordura; quería hacerlo, recitar aquello que la liberaría de él. Sin embargo, la furia en sus ojos la hizo recapacitar.

No pensaba darle la oportunidad de cumplir con lo que había afirmado.

—No serías capaz —señaló, apelando a la cordura del alfa.

Rolfe la acercó a él hasta que sus cuerpos quedaron a la distancia de un suspiro y, con la mano izquierda, apartó su melena pelirroja a un lado, dejando al descubierto su clavícula. No se detuvo ahí, no pudo resistirse al deseo de rozar su piel y percibir cómo se estremecía ante su caricia.

—Dante lleva deseando que lo haga desde que te vi en esa cafetería. No me pongas a prueba, no te conviene.

Ella abrió la boca, indignada ante lo que acababa de decir. ¿Acaso la forzaría contra su voluntad?

«Te derrites en cuanto te toca», le recordó Kirah en el momento más inoportuno. Ella sintió como sus mejillas enrojecían al recordar como su cuerpo se rendía ante él.

Rolfe la soltó con delicadeza, conteniéndose a duras penas. Si seguía tocándola, acabaría por arrastrarla a su cama. Sabía que ella se rendiría ante él en cuanto pudiera acariciarla como era debido, pero quería más: anhelaba su amor y su deseo genuino.

Se giró mientras Dante le gruñía en la cabeza, tratando de tomar el control sobre él. Fue hacia su armario y, tras abrirlo, sacó una muda de ropa que dejó sobre la cama. Entró en el baño y se aseó con rapidez; cuando salió secándose con una toalla, ella aún no había reaccionado.

—¿Por qué eres tan testarudo? —consiguió preguntar Nicte mientras él se ponía una camiseta limpia—. Sabes que esto no saldrá bien, que no quiero estar aquí.

—Tendrás que acostumbrarte —sentenció Rolfe sin acritud, girándose para mirarla—. Con el tiempo descubrirás tu error, del resto no debes preocuparte.

—Te ruego que no sigas con esto. No sé por qué la Diosa decidió emparejarnos, pero yo no…

—No puedo perder a la persona a la que amo y me corresponde. Lo hice una vez y no volveré a sumirme en la oscuridad. Debo irme, hablaremos más tarde.

Nicte se movió rápido, colocándose frente a la puerta. Rolfe alzó una ceja, sorprendido por aquel movimiento.

—Tengo una petición.

—Soy todo oídos.

—No se lo cuentes a nadie —solicitó Nicte—. No hasta que esté preparada para asumirlo.

Mintió, y Rolfe fue muy consciente de ello. Ella quería tiempo para deshacerse de él, sin saber que él lo usaría en su contra, para volver a obtener su favor.

—Está bien. Lo haremos a tu manera.

«De momento», pensó para sí mismo.

Era algo absurdo, pues todos los lobos de la manada ya intuían quién era ella, el consejo y los guardias ya lo sabían. Solo quedaba

hacerlo oficial, pero estaba dispuesto a ceder un poco si eso hacía que ella se sintiese más tranquila.

—Gracias.

Le dio un beso rápido en los labios, tan fugaz que no pudo apartarse, y cuando consiguió reaccionar se dio cuenta de que él ya se había marchado.

—Será descarado —masculló entre dientes mientras Kirah se regodeaba en su cabeza—. Debo encontrar una salida.





CAPÍTULO 9

No había un escape posible, lo sabía bien, sentía en cada poro de su piel como la melodía de aquellas tierras la acunaba. Así se había sentido cuando su tía la trajo allí: arrullada por la energía de los ancestros, envuelta por el murmullo de las antiguas leyendas en las que ellos, los hombres lobo, solo eran un mito.

Cuán equivocados estaban los humanos y cuánto echaba de menos la vida tranquila que llevaba entre ellos.

Tras dejar a Heyden al cuidado de una de las muchachas que se ocupaban del aseo de la casona, Nicte fue en busca de la mujer del beta. El tiempo corría en su contra y era el momento de averiguar quién la había estado envenenando.

Recorrer las calles empedradas del pueblo en el que se había criado bastaba para hacerla rememorar un sinfín de recuerdos. No todos malos, pero algunos le generaban un sentimiento de nostalgia que, entremezclado con lo ocurrido con Rolfe, era suficiente para alterarla.

Se mantuvo al lado de Gliss, aunque conocía el camino, prefería aparentar que lo desconocía, aprovechando que Sophia les había borrado la memoria. Imaginaba que aquello duraría poco después de que Rolfe la arrastrara hasta las tierras de la manada y pensaba aprovecharlo al máximo.

«¿Qué pensarán de mi regreso?», se preguntó, con la angustia de no sentirse aceptada corriendo por sus venas.

Antes de que Kirah pudiera intervenir, un grupo de chiquillos atravesó el camino frente a ellas y Nicte no pudo evitar sonreír al observarlos corretear con tanta alegría.

—Gliss —la llamó cuando se detuvieron frente a la puerta acristalada del edificio que albergaba el consultorio médico—, no sé ni cómo pedir esto…

La joven loba la miró con simpatía, casi pudo sentir como la abrazaba con un gesto tan simple y parte de la incertidumbre que asolaba a Nicte se disipó en el aire.

—Todos saben que estás aquí, algunos empiezan a reconocerte —informó con gesto apesadumbrado—. Aunque no digamos nada, no vas a poder mantenerlo en secreto durante mucho tiempo.

—Imagino que el alfa no podía esperar.

—Él aún no ha hecho ningún anuncio —afirmó con tal seguridad que Nicte no dudó de su palabra.

Aquello fue un alivio, momentáneo, pero necesario. Aún no era capaz de asimilar lo que él le había dicho.

—Gracias por aclarármelo. Esto va a ser más difícil de lo que imaginaba —afirmó más para sí misma que para su acompañante—. Ahora centrémonos en ti. Averigüemos qué ha pasado en este último año con tus vitaminas.

Entraron en el vestíbulo blanco y aséptico, el olor a medicamentos las asaltó. Nicte arrugó la nariz, era demasiado intenso para su tranquilidad, y Gliss contuvo una arcada.

Se acercaron a la recepcionista, una mujer esbelta y de rostro afable, situada tras un amplio mostrador inmaculado. Nicte se mantuvo en silencio mientras Gliss preguntaba por la enfermera que atendía el dispensario. No tardaron en recibir indicaciones y tomaron el pasillo de la derecha en busca del lugar correcto.

Cuando estuvieron frente a la puerta blanca de una de las consultas, Nicte se adelantó, dio dos golpes en la madera con la mano de la derecha y esperó a que les permitieran entrar.

Cuando lo hicieron, una joven de aspecto aniñado, con trenzas rubias y mejillas sonrosadas, las miró de arriba abajo con aire despectivo, juzgándolas. No sabía quién acompañaba a Gliss, pero cada vez que veía a esta tenía que hacer un esfuerzo por aparentar afabilidad frente a ella.

Nicte fue muy consciente de la actitud de aquella joven, pero también de que Gliss no parecía darse cuenta de aquello. Estaban frente a la culpable del envenenamiento de la esposa del beta, pero ¿por qué alguien pondría en riesgo su puesto en la manada de esa forma?

—Hola, Elara.

—¿Qué quieres? —preguntó con soberbia, rozando los límites de la descortesía—. Pensé que no volverías por aquí hasta dentro de dos meses.

Nicte sintió como se enfurecía ante aquella respuesta desproporcionada, el desdén de esa muchacha parecía inundar la pequeña sala en la que se encontraban.

—Necesitamos hacerte una pregunta. Es algo sencillo —informó la bruja, sintiendo la necesidad de proteger a la mujer del beta, ajena a la animadversión de su oponente.

—Estoy trabajando.

—No te llevará más de un minuto —protestó Gliss, molesta pues nunca la había tratado con tanta condescendencia.

Nicte se adelantó, atrayendo la atención de la rubia. Pudo notar como su mala vibración bajaba frente a ella, como si percibiera algo mucho más poderoso.

—Nos iremos en cuanto me digas algo —aseguró con una firmeza muy similar a la de Rolfe, intimidándola—. Las vitaminas que ella ha estado tomando contienen raíz de lunaria en una dosis bastante alta. No es letal, pero sí suficiente para impedir un embarazo y…

«Mira en el último cajón», gruñó Kirah en su cabeza, inquieta, olisqueando y gimiendo.

—¡Apártate! —ordenó Nicte con tanta fuerza que la insulsa muchacha agachó la cabeza y se hizo a un lado.

Nicte se adelantó, agarró el manillar del cajón con tanta fuerza que estuvo a un paso de desfondarlo cuando tiró de él y descubrió lo que buscaba: varios viales negros que contenían la sustancia en cuestión.

Sacó uno, recibiendo una descarga que la recorrió el brazo y la dejó muda por unos segundos.

El silencio tenso e incómodo estaba a punto de ahogarlas. Elara miraba hacia la puerta, tratando de encontrar la manera de escabullirse del lugar en cuanto se descuidaran.

—Esta sustancia está prohibida desde hace mucho tiempo, ¿quién te la ha proporcionado?

La pregunta quedó en el aire. La muchacha apretó los labios y negó con la cabeza. Si no reconocía nada, no podrían acusarla de ningún acto indebido. Aguantaba estoicamente el interrogatorio de Nicte, en una actitud que estaba consiguiendo sacar de sus casillas a la bruja.

—¿Quién te dio este preparado? —preguntó por quinta vez ante el mutismo de la mujer. Era obstinada y cabezota, pero sus ojos no mentían, estaba aterrada—. Debería hacértelo beber hasta la última gota, ¿sabes lo que pasaría? Que jamás podrías concebir un bebé.

Aquella última frase consiguió su cometido. La muchacha comenzó a balbucear sin acierto cosas que ninguna alcanzaba a entender.

—No, eso no es posible, yo…

—Es exactamente lo que pasaría. Desintegraría tu útero, impidiendo que la simiente de ningún macho pudiera darte un cachorro —continuó Nicte, acercándose a ella con gesto fiero, hasta que la espalda de la joven chocó contra la estantería de puertas acristaladas donde guardaban las gasas.

—Me dijeron que no le haría daño —masculló entre dientes, pero la intuición de Nicte se inclinaba hacia otra verdad—, que solo retrasaría la concepción y yo…

—Mientes. Eras consciente de lo que pasaba, has aumentado la dosis —siseó la bruja y un brillo de maldad apareció en los ojos negros de esa maldita perra.

—Solo un poco.

Nicte rugió de rabia, apenas podía contenerse, quería destrozarla. Kirah estaba desatada pidiéndola tomar el control y el dolor que

percibía de Gliss nublaba su razón. Estaba a un paso de perderse y desatar un maremoto que no podría contener.

El tiempo se detuvo en ese latido frenético que hizo que una gota de sudor corriera por la frente de su oponente.

«Acabemos con ella», pidió Kirah en su cabeza y, por un instante quiso complacerla. Estaba a un paso de convertirse, podía sentir el hormigueo en sus manos y cómo la postura de su cuerpo comenzaba a curvarse.

«No debo», pensó para ella misma y para su loba. Esta se revolvió incomoda ante la decisión de Nicte, pero no pensaba convertirse en una desalmada, aunque tuviera que hacer el esfuerzo más sobrehumano para recomponerse. Se apartó de ella, sin apartar la mirada intimidatoria de su presa.

—Habla de una vez —ordenó con voz gutural. Significativa y potente, tanto que las barreras de Elara desaparecieron.

—Amo a James —balbuceó la muchacha, aterrada ante la energía que desprendía Nicte, como si eso lo justificara todo—. Lo he amado siempre, desde que era una niña y de pronto aparece con esta mujer, no soporto verlos juntos. La luna Sophia dijo que eso me ayudaría, que si ella no concebía James la dejaría.

—Gliss es la pareja predestinada de James —respondió Nicte con incredulidad.

Estaba claro que Sophia era una maldita arpía que había tejido hilos de dolor muy profundos.

—No sería la primera vez que se rompe una unión así, no es estable, mira lo que pasó con nuestra luna, ella era…

—Una maldita traidora.

La voz profunda del alfa las paralizó en el acto. Nicte se giró hacia él y, como si este pudiera leer su necesidad, se acercó a ella y tomó su mano. El alivio fue instantáneo, como si, con ese gesto tan sencillo, pudiera alejarla del dolor de Gliss, del desdén de Elara y de su propio deseo de venganza.

—Ordené que no se volviera a mencionar el nombre de esa mujer en mi presencia.

—Alfa, yo…

—Ese nombre es una afrenta en sí mismo.

—Señor, tan solo estaba contestando a la extranjera —comentó la enfermera en un susurro apenas audible—. Me ha hostigado hasta que me ha hecho confesar algo horrible. Beta James, me conoces, sabes que yo no sería capaz de hacer nada en tu contra.

Los dos hombres la observaron con hostilidad. El beta se adelantó y, para sorpresa de las dos mujeres, arrancó de su muñeca una pulsera de cuero negro, desintegrándola entre las manos.

Tan solo él y Elara sabían lo que significaba. La muchacha miró hacia el suelo, donde los restos parecían predecir el horrible final que la acechaba.

—James, yo…

El hombre hizo un chasquido con la lengua que la hizo callar. La observó con rabia, con desdén y con un dolor profundo que solo podría entender quien ha sido traicionado por una persona a la que ha querido.

Conocía a esa joven desde que eran niños, eran vecinos. Ella siempre fue amiga de su hermana, la había visto crecer, la protegió en ocasiones, la quería, pero jamás la amó ni le dio falsas esperanzas.

—Llevamos aquí el tiempo suficiente para haber descubierto tu engaño. Estábamos en una reunión con el director cuando noté la presencia de mi compañera —explicó James con tacto, tratando de no explotar, pues la furia era inmensa—. Eres una traidora.

—Solo hay un destino para esto.

—James —la joven cayó de rodillas frente a él y trató de agarrarlo, pero él se apartó de ella—, por favor, yo… sabes que te quiero, te amo. No puedes apartarme de ti.

No le conmovían sus súplicas, tampoco las lágrimas que recorrían sus mejillas; solo podía ver el dolor que había provocado en su compañera durante demasiadas lunas.

—Eras como una hermana para mí —aseguró con frialdad, apartándose de ella—. Siempre fui claro, jamás pasó nada entre

nosotros. Junto a mi familia fuiste de las primeras que supo de mi emparejamiento cuando la Diosa nos unió.

El dolor del hombre era tan intenso que Nicte sintió una punzada en el corazón que la hizo doblarse hacia delante, alarmando a los presentes y haciendo que Rolfe la abrazara por la cintura.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó el alfa a su beta cuando sintió que su mujer estaba un poco más repuesta.

Este se tomó unos minutos para decidir si podía o no cumplir con el mandato de su señor.

—Lo haré.

Sonaba convencido, pero Rolfe pudo ver lo que le lastimaba aquella decisión. Por ello, sin soltar a su compañera, fue hacia la puerta y lanzó una orden que fue recibida por uno de los guardias que custodiaban el centro médico.

—Enséñale los calabozos —ordenó, pasando la indicación para que James no saliera aún más lastimado de aquello—. Cumplirás condena por cada día de sufrimiento de Gliss; tras ello, serás transferida a otra manada.

El anuncio de Rolfe tomó por sorpresa a las tres mujeres, pero ninguna fue capaz de decir nada. Elara, entre sollozos y balbuceos, fue conducida por el alto y fornido guardia. Tras ellos, Gliss y James desaparecieron tomados de la mano, con gesto sombrío y una conversación pendiente.

En cuanto se quedaron solos, Nicte se apartó del alfa, empezaba a sentirse un poco mejor.

—¿Cómo lo supiste?

Al oír el tono acusatorio de su pregunta, la joven entendió que no le iba a gustar la respuesta.

—Hablé con Gliss, comprobé sus vitaminas y…

—Sigue.

—No me hables así.

—Prefieres que te lo diga yo. Estás agotada, te noto, Nicte. No sé cómo, pero nuestra conexión cada vez es mayor y no solo James

sintió a Gliss en estas paredes, yo también. En cuanto entrasteis por la puerta supe que estabas aquí y que no te encontrabas bien.

La bruja no respondió. Apoyó las piernas contra el escritorio, tratando de entender por qué él estaba tan molesto con ella.

—Tuvimos que salir de la reunión y ambos os seguimos hasta aquí. Percibo el dolor que has sentido, tu cansancio, tu desgaste.

—Lo siento —respondió, interpretando su molestia como un deseo de mantenerse alejado de ella—. Puedo tratar de bloquearlo o algo. Estoy segura de que Cass sabrá cómo hacerlo… tan solo tendré que comprobar que tengo todo lo que necesito.

Rolfe avanzó hacia ella, con la mirada oscurecida y un gesto en el rostro que no pudo descifrar. Se paró a un suspiro de su cuerpo.

—Lo haré, te prometo que esto no te causará más problemas.

—Ni siquiera lo pienses —ordenó Rolfe con ese tono de voz que tanto odiaba—. No lo harás, no me apartarás de ti, pero no seguirás jugando al despiste. Cuando te pregunté por lo que habías notado en James no fuiste clara. No puedes dejarme al margen, porque lo sabré. Estamos conectados a niveles que desconozco, pero son muy útiles.

—No es posible —negó Nicte, sintiendo cómo se ahogaba ante la vehemencia de su discurso—. Lo mejor para ambos es…

Detuvo sus palabras al ver cómo él traspasaba el poco espacio que los separaba y tomaba su mano con firmeza. Sus ojos tenían un brillo intenso, reflejando la batalla que libraba con su lobo. Por un instante, sus pupilas se dilataron, como si Dante fuera a ocupar el lugar de Rolfe.

—No lo harás —dijo el alfa con una serenidad que contrastaba con la firmeza que había exhibido.

—Rolfe, eres el señor de esta manada, no puedes estar supeditado a mis poderes y yo no sé cómo solucionarlo de otra forma.

—Nuestro lazo es mucho más profundo que eso. No son tus poderes, es el destino. Eres mi compañera y, si debo ayudarte con tu don, lo haré sin pestañear. Dante y yo podemos sosteneros, siempre

lo haremos, pero no vuelvas a dejarnos al margen o seremos mucho más contundentes con nuestras acciones.

Aquella velada amenaza la hizo estremecer. Sabía que él sería capaz de hacer algo disparatado si no lo obedecía, pero una parte de ella se rebelaba contra el control que quería ejercer sobre su cabeza.

Rolfe notaba el abismo que acababa de crear con su incendiario discurso; parecía que cada vez que discutían se alejaban un poco más. No podía permitirlo. Alzó la mano y acarició su rostro, notando cómo ella se relajaba al instante y cómo su propia furia se evaporaba.

—Lamento mi estallido. Lo que siento es tan nuevo que a veces me abruma. Trato de protegerte, incluso de mí mismo, pero no puedo hacerlo si me mantienes al margen.

Las palabras del alfa eran firmes, pero peligrosas. La bruja lo sabía. Notaba cómo el suelo se abría bajo sus pies con cada paso que daban, pero cuando él le hablaba con ternura, algo dentro de ella se agitaba sin que pudiera controlarlo. Eso llevaba haciendo los últimos años de su vida: mantener el control de todo, pues de ello dependía su supervivencia y el bienestar de Heyden.

No pensaba ponerlo en manos de nadie, ni siquiera en las de aquel hombre que podía arrasar con su estabilidad con una simple caricia.

—Intentaré no interferir demasiado en tu vida.

Debería ofenderse por aquella frase; no lo hizo. Sabía que esa resistencia respondía a la barrera que Nicte alzó un día para defenderse del amor que se profesaban y que creía no correspondido. Tiró de su mano hasta tenerla entre sus brazos y, antes de que ella pudiera entonar una protesta, colocó los labios sobre los suyos, lanzándola a un beso tierno que la ayudó a recomponerse un poco más.



CAPÍTULO 10

A veces, Nicte deseaba que el tiempo se detuviera por completo, sin embargo, ya llevaban dos semanas en lo que un día fue su manada, rodeados de gente que parecía aceptarlos. Debería estar feliz, dichosa; sin embargo, en cuanto se relajaba un poco, percibía un dolor intenso, acompañado de la persistente sensación de que deberían huir a un lugar donde no pudieran encontrarlos.

Acababa de dejar a Heyden en la escuela de la manada junto a otros… niños. Jamás se acostumbraría a llamarlo cachorro. En realidad, odiaba esa palabra. Tenía sus motivos, pero no el tiempo para perderse en analizarlos. Cuando notó cómo si estuvieran clavándole un hierro candente en el bajo vientre. Se dobló hacia delante y cayó de rodillas, apoyando las palmas de las manos en la tierra húmeda.

«¿Qué ocurre?», preguntó Kirah, sofocada y agotada ante aquel mal que se les presentaba.

—No lo sé, intenta oler algo —le pidió en un murmullo, esperando que su loba pudiera tomar el control.

«Predomina el jazmín y… debe ser Gliss, está en apuros».

Nicte no supo de dónde sacó fuerzas para levantarse y correr hacia la casa de la manada, mientras Kirah la ayudaba, otorgándole su fuerza. Estaba a punto de llegar al amplio portón de madera cuando se detuvo de golpe y una imagen apareció en su cabeza.

—No —masculló, negándose a contemplar esa posibilidad.

«Sí», dijo Kirah en su cabeza.

«Pero no lo lograrán».

Nicte se recompuso como pudo y traspasó el umbral. Subió las escaleras con tanta rapidez que estuvo a punto de chocar con otros

miembros de la manada e irrumpió en la habitación de Gliss, encontrándola en el suelo, retorciéndose de dolor, sollozando. Estaba al borde del abismo que Elara y Sophia habían creado con su crueldad innecesaria.

—Estoy aquí —dijo la bruja, agachándose a su lado y tratando de consolarla.

—¿Qué me pasa?

—Te lo contaré, pero ahora necesito que me ayudéis tu loba y tú. Debo acostarte en la cama; tienes que entrar en calor cuanto antes.

—No puedo —sollozó la joven, con el cuerpo entumecido por el dolor que estaba sintiendo.

—Sí puedes. Lo haremos las cuatro juntas. Gliss, eres más fuerte de lo que piensas, es el momento de demostrarlo. Vas a poder con esto, estoy convencida de ello. Vamos.

Nicte no lo pensó, la sujetó por la cintura y la ayudó a levantarse. Estaban a pocos pasos de la cama, pero recorrerlos fue un calvario para ambas. Cuando la loba estuvo echada, corrió a su habitación, cogió el botiquín y volvió al cuarto de Gliss. Apoyó la bolsa sobre la cama y rebuscó hasta encontrar un remedio que usaba para los dolores menstruales, sabía que no era lo indicado, tan solo quería ganar un poco de tiempo.

«Cass, te necesito», pensó mientras introducía la pastilla en la boca de la joven, que parecía estar un poco mejor, aunque sabía que no era suficiente, que no lograría frenar lo que estaba pasando.

Un sentimiento de congoja le anudó la garganta. ¿Cómo iba a explicarle lo que estaba pasando? La desgarraría, sin embargo, solo un milagro podría cambiar el rumbo de la situación.

La mano de Gliss sujetando la suya la devolvió a la realidad. La mirada angustiada de la joven logró que un nudo se formara en su garganta. No tenía forma de esquivarla; la pregunta estaba ahí, en el aire denso que las cubría.

—Dime la verdad, ¿qué tengo?

—Solo descansa —contestó, tratando de ganar tiempo mientras su mente buscaba un brebaje con el que ayudarla—. Iré a preparar

algo que te ayude, te prometo que…

—No me mientas. Conozco mi cuerpo y sé que algo no está bien. Mi loba lleva días inquieta. Por favor, si valoras en algo nuestra amistad, dime la verdad. ¿Qué tengo?

Nicte quería ser prudente. Apretó la mano de la joven con cariño y trató de componer una sonrisa lo mejor que pudo. En ese segundo suspendido en el tiempo, pudo notar una energía muy débil que se resistía con fiereza a un final que parecía inevitable. Estaba ahí y ella pensaba ayudarla con todas sus fuerzas.

—Gliss, estás embarazada —anunció Nicte con una determinación diferente, dispuesta a salvar a aquella personita que ya luchaba por su propia vida—. Tu cuerpo no lo está aceptando como debería, pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Aquella certeza hizo que Gliss comenzara a relajarse, dejando de pelear contra el dolor que sentía, y una chispa de miedo se instaló en su corazón.

—No quiero perderlo —dijo en un murmullo entrecortado.

—Intentaremos revertir esto juntas. No puedo garantizarte que salga bien —aseguró, esperando que ella no se hiciera falsas esperanzas que luego quedaran destruidas—, pero vamos a luchar por este cachorro. Él también lo está haciendo a su manera.

—¿Lo has sentido?

—Sí. Es fuerte, a pesar de todo.

—Hay un pero, lo sé.

—No sé si voy a tener los conocimientos necesarios para ayudaros. Lo voy a intentar con todo mi ahínco, pero no estoy segura de cómo proceder. Jamás me había enfrentado a algo así.

—Sé que lo lograrás. Confío en ti, y este pequeño brillará. En un futuro será el compañero de juegos perfecto para Heyden.

La bruja retuvo un sollozo que estuvo a punto de delatarla. Quería tener la misma fe ciega que la mujer del beta tenía en ella; sin embargo, no podía. Había mucho por hacer y sentía que sus conocimientos no estaban a la altura de la situación.

Aun así, no se rindió. Volvió a su habitación con su botiquín, dispuso todas las hierbas sobre la cama y, tras hacer una foto, se la mandó a Cassidy junto a una breve explicación de lo que acontecía y una súplica de ayuda. Tan solo esperaba que su amiga no tardara demasiado en leerla.

Tras esto, regresó a la otra habitación, comprobó que Gliss estaba tranquila y salió de allí rumbo al consultorio médico. Quizás ellos tenían algún medicamento que pudiera ayudar. Tardó una hora en poder hablar con el doctor, lo que se le hizo eterno. Le contó los síntomas, obteniendo por su parte una mirada compasiva y unas gotas que aliviarían el dolor.

—¿No hay nada más? —cuestionó con la angustia reflejada en sus palabras.

—He estudiado el caso de la muchacha, me lo pidió expresamente el alfa y… es un milagro que haya conseguido concebir. Sin duda, la simiente de James es fuerte.

—Pero…

—No sé si será viable. Si los datos de los que dispongo son reales, lleva mucho tiempo tomando ese preparado —comentó el hombre de pelo cano y aspecto cansado, ataviado con su bata blanca—. Desconozco el influjo que ese brebaje ha ejercido en ella, pero la sobreexposición, el hecho de que Elara aumentara la dosis en los últimos meses, me hace pensar que puede estar más afectada de lo que alcanzamos a entender a simple vista. No sabe cuánto lo lamento.

Nicte se tomó unos segundos para valorar lo que el médico insinuaba. No era nada halagüeño el resultado, pero aun así no pensaba darse por vencida: iba a luchar junto a Gliss.

—Ya me lo imagino, gracias por su explicación. Sin embargo, ¿podría hacerle unos análisis de sangre y buscar esa sustancia? Tengo una muestra que puede ser cotejada en el laboratorio.

La extrañeza con la que el hombre la miró la hizo palidecer.

—¿Es fácil de detectar?

—Tan solo si su cantidad es demasiado elevada en sangre, lo cual sería un desastre. Tengo fe en que no sea así, pero no puedo saberlo sin su habilidad. Por favor, es importante, trato de ayudarla. Cuanta más información tenga, mejor —rogó Nicte.

—Acabo mi consulta en una hora. Iré y tendrás los resultados media hora después. Necesitaré ese vial que tienes para cotejar la prueba.

—Por supuesto, es todo suyo. Se lo daré después, si no le importa.

—Tan solo espero que no encontremos nada en su sangre.

—Yo también. Gracias. Gliss no se merece pasar por esta penuria.

Se despidió del doctor con el frasco de gotas en las manos y la indicación pertinente. No era suficiente, lo sabía, pero en el móvil que Rolfe le había dado unos días atrás aún no había respuesta de su amiga.

Regresó a la casona corriendo, disgustada por todo el tiempo perdido, pero aferrándose al hilo de esperanza que le había dejado el doctor. Quizás el organismo de Gliss ya no tuviera el extracto de lunaria en sangre, eso sería un gran inicio hacia la salvación del pequeño.

Estaba recorriendo el sendero, a pocos pasos de la puerta de la casa de la manada, cuando Cassidy apareció frente a ella, con dos de los hombres de Rolfe custodiándola. Se acercó corriendo y uno de los guardias dio un paso hacia delante, colocándose entre ambas mujeres.

—¿Qué pasa? —cuestionó, sin entender por qué estaban actuando así.

—Rolfe tiene que autorizar su estancia aquí. Hasta entonces, no podéis acercaros a ella.

—No pienso cumplir esa norma. Necesito hablar con mi amiga, ha venido hasta aquí a ayudarme y no la trataréis como a una intrusa.

—Se ha aparecido de repente en las tierras de la manada, sin invitación. Es una intrusión.

—No he oído la alarma.

—El alfa ya está al tanto de esto. Viene hacia acá.

El hombre era respetuoso, tenía el aura serena de James y la mirada clara. Sabía que, a pesar de sus secas palabras, no pretendía incomodarla, solo mantenerla a salvo, pero ignoraba lo importante que era que Cassidy y ella siguieran ayudando a Gliss sin interrupciones innecesarias.

—Al menos, permíteme hablar con ella mirándola a la cara.

No parecía conforme, pero dio un paso a un lado para complacerla.

—Cass, ¿qué haces aquí?

—Llevo días notando tu dolor y hace unas horas fue demasiado intenso. Así que tomé una decisión y aquí estoy.

—Samael, ¿qué hacen estas dos malditas mujeres en mis tierras?

La atronadora voz femenina interrumpió la conversación que trataban de mantener. Nicte se giró y pudo ver el destello de reconocimiento en los ojos negros de la prima de Rolfe. Estaba junto a su marido. Ambos parecían haber recorrido muchos kilómetros corriendo en sus formas lobunas, pues venían sudorosos y cansados, con una bolsa de viaje en las manos.

—No quiero brujas aquí.

—Un placer volver a verte, Eris —respondió, adelantándose con los brazos cruzados y una expresión de incredulidad en el rostro.

—No sé qué te trae hasta aquí, pero deberías marcharte. Este no es tu sitio y me consta que Rolfe te lo dijo en su momento, así que puedes largarte por donde has venido y llevarte a esa otra contigo.

El silencio se volvió denso en aquel instante. La orden flotaba en el aire. Samael era de los pocos que sabía quién era en realidad Nicte, pues era el omega de la manada, uno de los hombres en los que Rolfe confiaba ciegamente y que, en ocasiones, ponía al frente de misiones importantes.

Abrió el enlace mental que mantenía con el alfa y le informó de la situación.

—Nicte es una invitada de Rolfe —informó el lobo, dando un paso adelante, como si buscara protegerla o, al menos, hacerla sentir segura.

—Es una intrusa —siseó mirando hacia su rival con inquina.

El destello de las garras de Eris tiró de la cuerda hasta que se tensó, a punto estaba de romperse aquel hilo que mantenía la calma y el equilibrio.

—Querida, deberías hablar antes con Rolfe, no te precipites —la animó Tyrón, sorprendido por la magnitud de los sentimientos de su pareja, que parecía desbordada por algo insignificante.

Él ni siquiera sabía quién era Nicte, solo era consciente de cómo la felicidad se había evaporado del cuerpo de su mujer en los instantes previos a que la increpara.

—Sabes cómo odio a las brujas y tengo dos enfrente de mí. Desde lo que pasó en estas tierras tienen prohibido acercarse a ellas y ahora…

Eris detuvo su explicación, pues acababa de llegar su primo, casi un hermano para ella. Soltó un suspiro y esperó, sabiendo que él no la fallaría y echaría a esas mujeres de allí.

El alfa había sido testigo, gracias a Samael, de lo acontecido segundos antes de que llegaran. Observó la escena, evaluando la situación.

—No sé cómo se os han colado estas dos, pero…

—Eris, será mejor que te retires antes de que tu lengua siga complicando las cosas.

La indignación cubrió el rostro de la joven. De todas las respuestas que podría esperar de su primo, esa era la única que no había considerado, por absurda y ridícula. Sin embargo, ahí estaba, ignorándola y mirando a aquella maldita mestiza con… ¿cómo diablos la miraba? No era capaz de descifrarlo, puesto que Rolfe estaba ocultando sus emociones de nuevo.

—Primo, yo necesito hablar contigo.

—Tyrón.

—Sí, alfa.

—¿Podríais ocuparos de vuestra pareja? —preguntó, e ignoró el chillido de indignación de su prima, concentrado en entender lo que Nicte le transmitía sin pretenderlo—. No puedo atenderla en este momento.

—Por supuesto. Vamos, querida, ambos necesitamos una buena ducha.

Eris alzó la cabeza, indignada ante el trato recibido, y antes de que su marido pudiera tomarle la mano, retomó la marcha y se metió en la casona sin esperarlo. Estaba dolida e indignada con ambos: con su primo por ignorarla en público y con su pareja por reprenderla delante de esas dos malditas mujeres.

—¿Puedes autorizar la entrada de Cassidy? La necesito ahora mismo.

Rolfe miró a Nicte con preocupación, pues estaba temblando frente a sus ojos.

—Ella es bienvenida en estas tierras. Samael, ¿podrías buscar a alguien para que le indique cuál será su habitación?

—Tiene que ir a la habitación de Gliss.

La urgencia en la voz de la bruja fue suficiente para que el alfa diera una orden silenciosa al omega, y este le pidió a Cass que lo acompañase. Antes de que Nicte pudiera seguirlos, agarró su muñeca con delicadeza y la hizo volverse hacia él.

—¿Qué acontece? Estás pálida, agotada, inquieta… ¿tanto te han perturbado las palabras de Eris?

—No es por ella. Es Gliss, no está bien. Intento ayudarla, pero no sé todo lo que necesito.

La bruja alzó la mirada y vio cómo James se dirigía hacia ellos con paso firme. Necesitaban calma, todos, también ese hombre que se desvivía por su amada y que llevaba días sufriendo por lo que habían descubierto.

—Entiendo —respondió Rolfe, cuyo lobo acababa de explicarle la situación gracias a Kirah.

—Buenos días, pareja —saludó James al llegar hasta ellos, pero al mirarlos a ambos su alegría se disipó—. ¿Qué está pasando?

Ambos intercambiaron una mirada de preocupación que no pasó desapercibida para el recién llegado.

—¿Qué le pasa a mi mujer? —cuestionó, llegando a la pregunta correcta antes de que ellos dijeran nada.

—Rolfe te lo contará ahora. Yo debo irme. Hazlo con tacto, por favor.

Nicte no esperó respuesta por su parte, se soltó de su agarre y corrió escaleras arriba. Justo cuando llegaba al rellano de la primera planta oyó el rugido de James: retumbó por todo el edificio, cargado de dolor, rabia y desesperación.





CAPÍTULO 11

La intervención de Cassidy, eficiente y centrada en la situación, había sido eficaz. La joven loba descansaba plácidamente sin sentir ningún tipo de dolor en ese instante. Tan solo se alteró cuando James había entrado en la habitación con excesiva rapidez y preocupación, haciendo que toda la calma se esfumara con aquella llegada.

Por suerte, Cass no se amedrentó, echó al beta junto a Rolfe fuera de la habitación sin ningún tipo de contemplación y siguió con su trabajo.

Una media hora después apareció el doctor para examinar a la paciente y sacarle varios tubos de sangre para analizarla.

—Iré a por el vial.

Tras su afirmación, Nicte salió de la habitación, lanzó una mirada a los dos hombres que esperaban algún tipo de noticia y fue a la suya en busca de aquel veneno. Sabía dónde lo había puesto, pero al buscarlo allí, en el cajón de la mesilla de noche, lo encontró vacío.

Necesitó unos instantes para que su cerebro comprendiera lo que pasaba y solo un minuto para revolver el resto de cajones, con idéntico resultado. El bote no estaba por ningún lado.

—¿Qué ocurre? —la voz de Rolfe la sobresaltó mientras revolvía el cajón de su ropa interior. No había oído la puerta, ni siquiera los pasos, pero lo tenía a su lado, con gesto preocupado.

—El vial ha desaparecido —anunció Nicte, con la desesperación asomando en su rostro.

—¿Cómo es posible?

—Alguien ha entrado en mi habitación y se lo ha llevado, pero la cuestión es: ¿quién? Llevo días sin preocuparme por ello, lo guardé

en ese cajón y ya está.

Rolfe la miró atónito, descubrir que seguía teniendo traidores entre sus filas era más de lo que podía admitir. Elara, la única que sabía lo que era aquello, llevaba dos semanas metida en su celda, cumpliendo con su castigo.

—Haré que James interrogue a todo el que haya podido entrar aquí, lo encontraré .

—Vuestro beta no está para investigaciones, necesita tener toda su atención puesta en su compañera —dijo Nicte, negando con la cabeza hacia él—. No le digas nada, no quiero que se preocupe aún más.

—Hablaré con Samael. Tendrá que asumir un puesto más activo mientras Gliss necesite a James.

—Gracias por entenderlo.

Estaba a punto de salir de su habitación cuando él se lo impidió, colocando la mano sobre su muñeca con cuidado. Por un instante, sus ojos se enredaron y el corazón de ambos se acompasó al mismo ritmo.

—Estás agotada, apenas puedo sentirte, ¿por qué?

—No lo entenderías.

—Inténtalo.

—Toda mi energía está con ella, así lo dispuse esta mañana cuando la encontré desvanecida. Tan solo me sostiene la fuerza de Kirah, pero empieza a desfallecer y yo no sé si podré sostenerla por más tiempo. Por suerte, Cassidy está aquí.

Rolfe la miraba con admiración, pero ella no era capaz de percibir aquel matiz en la profundidad de su mirada.

—Eres más compleja de lo que imaginaba.

—Cass lo llama *don*.

—Podría considerarse una cruz.

—No es algo inconsciente, Rolfe. Manejo mi energía como quiero, la coloco en el lugar que preciso e incluso… —detuvo su explicación,

pues se estaba metiendo en un terreno enlodado por un recuerdo que la avergonzaba.

—La usaste para intentar que me alejara de ti.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo al recordar el momento exacto en que lo atacó con todas sus fuerzas, tratando de apartarlo de ella.

—No funcionó.

—Nuestro vínculo me protegió, pero si lo que sentí es una ínfima parte de tu poder, te aseguro que no querría estar en la posición enemiga.

—Lo siento, nunca debí atacarte, pero…

—Protegías a nuestro hijo, jamás podría molestarme por ello.

—¡Mamá!

El huracán Heyden interrumpió la conversación, entrando como si fuera un torbellino en la habitación. Abrazó a Nicte y comenzó a parlotear de todo lo que había aprendido en la escuela aquel día. Ella lo miró aturdida, sin entender apenas lo que le decía hasta que Rolfe se acercó y tomó al niño en brazos.

—¿Cómo está mi campeón?

—No te había visto.

—Me he dado cuenta. Mamá está liada ahora, ha tenido un día muy intenso, ¿quieres enseñarme tus dinosaurios?

Los ojitos de Heyden brillaron de anticipación ante aquel ofrecimiento y el corazón de Nicte se estremeció. Veía cada día cómo Rolfe se esforzaba por estar con su hijo, incluso en aquellos en los que el trabajo se alargaba, siempre estaba a la hora del cuento, como una presencia constante en su vida. No podía evitar compararlo con su propia historia. Su padre nunca estuvo con ella en el día a día, siempre tenía alguna excusa y, con el tiempo, dichas explicaciones dejaron de llegar y ella no volvió a preguntar por qué no estaba.

—¿De verdad vamos a jugar? —la ilusión de Heyden la hizo sonreír.

—Claro, hoy tengo la tarde para ti. Sé que he estado un poco ocupado estos días y lo siento.

—No tanto, ayer dimos un paseo y el otro comimos helado.

—Siempre voy a tener tiempo para ti, pequeño. Ve a tu cuarto y yo iré enseguida.

Lo dejó en el suelo y salió corriendo hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones, con una sonrisa de felicidad adornada en su rostro ante las orgullosas miradas de sus padres.

—Gracias —dijo ella, dando un paso hacia atrás, apartándose de aquel hombre que cada día le ponía más difícil sostener los límites que había impuesto entre ellos.

—Estaré con él hoy. No te extralimites, te quiero fuera de esa habitación antes de las nueve —ordenó, con ese deje autoritario que tanto odiaba ella.

Lo miró indignada, cruzó los brazos y quiso presentar batalla, pero sabía que ni siquiera podría sostenerse mucho más tiempo de pie y aún debía disculparse por el médico, por la espera y por haber perdido el vial.

—No puedes manejar mis acciones, alfa.

El tono indignado de ella activó la rabia de él. Cuánto añoraba los tiempos en los que ambos parecían pensar al unísono y jamás discutían por cosas insignificantes.

—Tienes que cuidarte, si no lo haces tú, lo haré yo por ti. Aunque eso suponga obligarte a ello.

—Eso es horrible, Gliss me necesita y yo…

—Tiene a James y a Cass. Debes aprender a soltar las riendas. Te estaré esperando a las nueve en punto y si no sales, iré a buscarte.

—¿Eso es otra amenaza?

—Es una advertencia y no dudaré en cumplirla si no acatas mi petición.

Sin más, el hombre se giró sobre sus pasos en busca de su hijo. Sabía que la había ofendido, pero no estaba dispuesto a comprobar

de nuevo cómo se desvanecía en sus brazos. Admiraba su dedicación, no así las consecuencias que la provocaba.

Nicte regresó a la habitación, indignada con él por esa actitud con la que imponía su voluntad sin ningún tipo de miramiento. Tenía la sensación de que se aprovechaba de la debilidad de su cuerpo y de su falta de energía para manejarla a su antojo, pero ya le pondría en su sitio cuando todo esto hubiera pasado.

El atardecer llegó con calma y reflejos dorados en los muebles. Nicte insistió a Cassidy para que fuera a su habitación a comer algo y descansar un poco, la segunda ya había decidido hacer noche junto a Gliss, compartía el deseo de la que consideraba su hermana de salvar a aquel cachorro que ya emitía un rastro de energía mucho más fuerte que aquella mañana.

Gliss salió de allí. James estaba a punto de regresar de cenar y Nicte apoyó la espalda en el sofá orejero en el que estaba sentada, junto a la cama, y observó el respirar pausado de la loba. Notó cómo el cansancio entumecía sus músculos y cerraba sus ojos, haciéndola cabecear hasta que no pudo resistir más la tentación de un breve sueño reparador que la empujó hacia aquel día, en el claro del bosque.

Tenía junto a sus pies una canasta de mimbre llena de hierbas que había ido recogiendo en aquella tarde de primavera. No había comido, su tía Naira la esperaba en cuanto el sol comenzara a esconderse, pero estaba tan absorta en lo que hacía que saltó cuando alguien la agarró por el brazo, haciéndola girar sobre su eje.

—Rolfe, ¿qué haces aquí? Dijiste que debías entrenar esta tarde.

—Sabía que estarías por aquí y no podía perdérmelo.

—Tu padre se va a enfadar contigo, perder el tiempo con una cría de casi diecisiete años —en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, se arrepintió de ello.

Vio cómo la mirada del joven lobo se oscurecía, llenándose de preocupación, y se lanzó a sus brazos, en un gesto que él correspondió al minuto.

—Lo siento —murmuró.

—Sigue tumbado en la cama, sin hablar, sin cumplir con sus funciones. El consejo está preocupado y yo no sé qué hacer, no me escucha, no me habla, no se interesa por nada que no sea estar abrazado al camisón de mi madre.

—La echa de menos.

—Yo también.

Nicte lo abrazó con más fuerza, tratando de aliviar la pena de su amigo. No sabía por qué, pero en los últimos meses su camino parecía cruzarse sin que ninguno de los dos pudiera ponerle remedio. Entre plantas, paseos y riachuelos, ella lo había acompañado en su dolor por perder a su madre y, en ese momento, lo sostenía en la pena de saber que su padre estaba perdiendo la batalla contra él mismo.

La pena lo consumía por dentro sin que encontrara una motivación para levantarse cada día. Sin entender que en ese sendero a quien dejaba desatendido y a la deriva era a su hijo de veintiún años.

—Nix.

Su apodo en aquel susurro contra su oreja la estremeció. Hacía tiempo que el roce de Rolfe contra su piel le provocaba sensaciones que trataba de obviar, pero no podía evitar consolarlo ni abrazarlo cuando el dolor era demasiado intenso para él.

Se apartó de sus brazos todo lo que él le permitió y le obsequió con una amplia sonrisa.

—Deberías volver al entrenamiento, ya sé que eres uno de los mejores, pero te mantendrá ocupado.

—Tú eres más agradable que esos brutos.

—Raphael seguro que te está buscando —prosiguió ella, nombrando a su mejor amigo, por si así conseguía que él entrara en razón—. Ve, mañana me cuentas cómo ha ido.

Ella bajó los brazos y trató de apartarse, pero él no la soltó. No podía, no quería hacerlo. Llevaba días con la pregunta

atascada en su garganta, esperando el momento perfecto, pero nunca llegaba. Siempre parecía ocurrir cualquier cosa que los distraía y aquella tarde estaba dispuesto a salir de dudas.

No era tonto, podía ver la admiración en los ojos de ella, sus miradas largas, la conexión emocional que los atrapaba y los hacía poder estar juntos durante horas sin que la conversación se desvaneciese. La amaba, estaba seguro de ello, y necesitaba que ella le correspondiese.

Alzó su mano y agarró su barbilla con delicadeza. La sorpresa adornó el rostro de la joven bruja y su corazón se envaró. El amor de ella estaba ahí, agazapado. Lo podía percibir con todo su ser.

—Nix, necesito preguntarte algo importante.

—¿El qué? —cuestionó ella sin perder esa sonrisa con la que él soñaba cada noche.

—Sé mi novia.

La perplejidad impidió a Nicte responder de inmediato. Su corazón se aceleró y las mariposas de su estómago se agitaron ante aquella extraña petición que ni siquiera podía llamarse pregunta. Antes de que el sí rozara sus labios, la realidad se impuso. Su mente analítica le recordó no solo su realidad, sino la de él. Había miles de impedimentos para no estar juntos.

Se escabulló, alejándose de él unos pasos para poder pensar con claridad. Quería estar con Rolfe, lo amaba, pero no debía. Era una mestiza, una paria si tenía en cuenta el sentimiento de muchos de los lobos que formaban su manada; no estaba completa y él, tarde o temprano, tendría que honrar el designio de la Diosa. No quería salir herida de aquello.

Rolfe había visto el cambio en su rostro, de la emoción al pesimismo, en un momento tan corto como abrumador.

—Nicte.

—No puedo —soltó de golpe, con el corazón en la mano—. No nos corresponde y…

Antes de que pudiera continuar hablando, Rolfe la alcanzó, la atrajo hacia él y atrapó sus labios con torpeza, en un beso dulce, simple, un roce de su boca contra la de ella que los dejó sin aliento.

—Te amo —murmuró él, y las objeciones de la muchacha quedaron sepultadas bajo otra lluvia de besos.



CAPÍTULO 12

Tras acostar a Heyden y esperar a que se durmiera, fue en busca de su compañera. La encontró en la habitación de Gliss, haciendo guardia junto a su cama, parecía que acababa de despertarse de alguna pesadilla, pues su mirada estaba impregnada de un dolor que ya había visto antes: cuando soñaba con Gideon. No era así, Nicte acababa de revivir su primer beso con él y despertó cuando la puerta de la habitación se abrió. Estaba aturdida y molesta con ella misma por haberse dormido cuando debía trabajar.

Rolfe se acercó a ella y le ofreció su mano. La mirada que recibió estaba cargada de agotamiento y resistencia, como si pudiera ganar aquella batalla contra él.

Estaba muy equivocada, no pensaba ceder e iba a cuidarla incluso de ella misma.

—Ven conmigo. James estará aquí en unos minutos —susurró tan bajo como pudo para no perturbar a la enferma.

—Debo seguir.

—No, hoy no.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él la tomó en brazos, sacándola sin dificultad de la silla en la que estaba sentada. Estaba pálida, tenía unos cercos violáceos bajo los ojos y apenas se resistió hasta que ambos estuvieron fuera de la habitación del beta, rumbo a la que ella ocupaba.

—Alfa, tengo que asegurarme de que pase buena noche.

—Hoy no —contestó, en ese tono que sabía que Nix odiaba—. Has hecho todo lo que podías, sé que va a funcionar, pero no la ayudarás si caes enferma.

En cuanto traspasó el umbral de la amplia habitación de la luna, la llevó hasta la cama, sin soltarla, apartó las gruesas mantas y la dejó con delicadeza sobre el mullido colchón. Se agachó frente a ella y comenzó a desatarle los cordones de los playeros.

—Aún puedo hacerlo yo sola.

—No lo dudo —respondió Rolfe, alzando la mirada hacia ella, regalándole un gesto tierno que hacía años no recibía—. Déjame cuidarte y asegurarme de que no correrás fuera de la habitación en cuanto me dé la vuelta. Has estado todo el día entregando tu energía, no puedo sentirte ni siquiera ahora que te estoy rozando.

Alzó la mano y acarició su mejilla con delicadeza. Nicte sintió que volvía a su ser, que se recuperaba un poco y, antes de valorar lo que iba a hacer, se inclinó hacia él y rozó la boca del alfa con la suya. Tierna e indecisa, como si fuera su primer beso.

Rolfe la abrazó por la cintura, acercándola a su cuerpo. Permitiendo la invasión, disfrutando de su descaro. Se besaron con la misma devoción de cuando eran unos críos hasta que un suspiro le recordó al hombre que debía parar. Estaba demasiado débil para consentir.

Separó sus labios de los de ella sin dejar de mirarla, parecía que sus pupilas se habían tornado violetas con la pasión del momento.

—Yo, no quería…

—Lo has disimulado muy bien.

Nicte sonrió, avergonzada con ella misma y su errático comportamiento.

—Me refería a que necesitaba un poco de ti —confesó en un murmullo que sacudió al alfa. Aquella revelación era más de lo que esperaba—. Cuando me tocas, me siento bien. Acallas mi dolor, alivias el embotamiento de mi cabeza y me transmites parte de tu fuerza.

—No podría tener mejor labor en este mundo.

—Soy un maldito parásito —respondió ella, rompiendo la magia que había generado su confesión.

Rolfe la estudió, tratando de comprender si estaba de broma o convencida de lo que acababa de afirmar con tanta rotundidad. Sin embargo, no pudo llegar a una conclusión.

—Estoy a tus órdenes para lo que requieras.

—Tan solo sigue cuidando a Heyden por mí, aún nos queda mucho por comprobar del estado de Gliss. No han podido cotejar el veneno que le dio esa maldita mujer, alguien se llevó la muestra —repitió ella, evidenciando el cansancio que tenía.

—Lo sé, estoy seguro de que pronto sabremos quién más está detrás de todo esto. Ahora debes acostarte.

Le acercó el pijama y vio cómo ella se levantaba rumbo al baño. Esperó paciente durante diez largos minutos, con la ayuda de Dante, que estaba en contacto permanente con Kirah, informándoles por si le pasaba algo a Nix.

Cuando ella salió del baño, regresó a la cama, derrotada y agotada. Necesitaba dormir y ni siquiera protestó cuando, tras acostarse, él la arropó. Diez minutos después estaba totalmente entregada a los brazos de Morfeo.

Rolfe salió de allí con la mente clara y dispuesto a tener una incómoda reunión con su prima. La había citado en su despacho tras la cena y esta estaba a punto de concluir. Aprovechó el tiempo revisando los últimos informes del guerrero que estaba al cargo de la formación de sus hombres hasta que un golpe en la puerta lo puso en alerta.

—Adelante.

—¿Querías verme?

Sintió cómo Eris trataba de comprender su estado de ánimo como cuando eran niños, pero hacía tiempo que había aprendido a disfrazar sus emociones. Estaba enojado con ella; la manera en que se había enfrentado a Nicte había sido inhumana e innecesaria.

No solo porque fuera su compañera, sino porque nunca habían tratado a ninguna persona de esa manera tan horrible.

—Toma asiento.

Ella se apresuró a sentarse, agitando su melena negra al compás de sus caderas.

—Esta mañana he presenciado una actitud por tu parte que no comprendo y tampoco disculpo, pues fue incorrecta. Si mi madre hubiese estado presente, te habría amonestado en el acto.

Vio cómo ella agachaba la cabeza, les unían lazos fraternales. Se habían criado juntos y la quería con toda su alma, pero jamás toleraría que nadie hablase a su mujer de aquella manera. Ni siquiera a su propia familia.

—Tan solo me asusté —se defendió Eris tras unos segundos en los que trató de recomponerse, no esperaba aquella reprimenda, sino que ambos celebrasen su regreso—. Llego a casa y, de pronto, ¿dos brujas en mis tierras? Mi loba saltó al segundo, tuve que contenerla y no medí mis palabras, pero dudo que haya sido un ataque tan horrible como para que no puedan asumirlo.

Aquella última frase desprendía un deje de soberbia que Rolfe censuró al instante. No le gustaba la actitud de su prima.

—¿Debo agradecértelo? ¿O acaso crees que mis hombres y yo mismo somos tan ineptos que toleraríamos una amenaza sin solucionarla en el acto?

—Por supuesto que no, Rolfe —respondió, escandalizada ante lo que se podía leer entre las líneas de aquellas preguntas.

—No es tu función proteger a la manada —la recordó sin necesidad—, no lo ha sido nunca y eso no va a cambiar en ningún momento. No tienes la formación necesaria. Así que no vuelvas a ejercer un rol que no te corresponde y que rechazaste hace años.

—Tan solo pregunté quiénes eran, no fue tan grave.

—Vi a Nya en tus ojos, también cómo tus garras salían dispuestas a atacarlas sin valorar quién podías tener delante.

—¿Quién se supone que es para que la defiendas por encima de tu propia sangre?, ¿tu novia de juventud? Esa mujer no debería estar aquí, no hay motivo para ello y…

Rolfe se alzó de la silla, sin hacer ruido, pero la corpulencia y la fortaleza que desprendía su sola presencia enmudecieron a Eris.

Podía ver el enfado de su primo debajo de la contención.

—Es la madre de mi hijo y, como tal, será respetada.

Aquel anuncio la dejó totalmente desubicada. Lo que menos esperaba era aquella noticia. ¿Su primo tenía ya un heredero?, ¿en qué momento había sucedido? Y, lo que era más importante para ella, ¿cómo podía afectarle aquello a sus propios intereses?

—Ella es una bruja.

—Sí, también es mitad loba.

Deseaba tanto anunciarla como su luna que tuvo que hacer un esfuerzo para no faltar a su palabra y gritar la verdad. Su prima temblaba ante su poder, sabía que la estaba forzando, desde su papel de líder, a aceptar la posición de Nicte, pero no le importaba. Muy pronto la verdad vería la luz y quien no estuviera de acuerdo sería invitado a marcharse, aunque eso incluyese a una persona a la que siempre consideró como su hermana.

No era ajeno a la rabia que sentía Eris ante su anuncio y no le gustaba. Dante estaba en guardia y el ambiente se había enrarecido.

—¿Estás seguro de que ese pequeño es tuyo?

Ninguna persona cuerda se habría atrevido a cuestionar al alfa, pero ella confiaba en los lazos que los unían, lanzándose al vacío. No pudo obviar el gesto de ira que cruzó durante un segundo la mirada de su primo y un estremecimiento la recorrió.

—Por supuesto.

El silencio se volvió denso entre ellos. La tensión que recorría a Rolfe era latente en sus puños apretados y el entrecejo fruncido. Los segundos pesaban en el reloj de pared mientras Eris trataba de retomar una conversación que parecía muerta. El abismo se había instalado entre ellos y, en lo más profundo de su alma, la loba sabía que no podía ganar esa batalla. Desconocía por qué, pero Rolfe estaba ciego. No era consciente de la amenaza que suponía aquella mujer en sus tierras.

Era una mestiza, una loba a medias, un ser incompleto e inestable. Así lo eran todas, así lo describían las profecías y debía encontrar la manera de hacérselo ver a él. Sin embargo, sabía que

cualquier cosa que dijera en ese instante sería suficiente para desatar la airada furia del alfa.

—Lo siento —soltó en un murmullo ahogado, incapaz de seguir manteniendo la calma bajo la mirada inquisidora de su primo—, tan solo quería asegurarme de que no había engaño.

—Ella ni siquiera me lo dijo —confesó Rolfe—, fui yo quien lo averigüé, no tengo ninguna duda sobre ello y no permitiré ningún tipo de habladuría al respecto.

A ella no le pasó desapercibido el tono de amenaza que había impregnado la voz de su primo. Aquella mujer se había colado en sus tierras, haciendo tambalear la soberanía de Rolfe, pero este no parecía entenderlo.

—Acepta mis disculpas, me extralimité en mi deseo de protegerte, no lo pensé bien, fue puro instinto. Jamás he querido molestarte con mis acciones.

Aquellas palabras fueron suficientes para que él se relajara. Podía entender los recelos de Eris, ya que él mismo los compartiría de no estar hablando de su mujer.

—Espero que se las traslades a Nicte también, gracias por reconocer tu error.

La sonrisa de ella no iluminó su mirada; estaba molesta con él por su reprimenda, por la manera en que la había desautorizado delante de esa muchacha recién aparecida. Aun así, no dijo nada más sobre el tema, no quería que él volviera a enfadarse con ella, pero trataría de averiguar qué pretendía realmente la bruja.



CAPÍTULO 13

Dos semanas después, Nicte llegó al límite de sus fuerzas. Sentía que había puesto tanta energía para ayudar a Gliss que no le quedaba nada para sostenerse, pero al fin había escuchado a Cassidy decir las palabras mágicas: el bebé estaba sano y el cuerpo de su madre lo acogía con devoción.

Aquella afirmación había sido como un bálsamo para todos los presentes. Vio cómo James se emocionaba y se inclinaba hacia su mujer con palabras tiernas. Aprovechó para salir de la habitación rumbo a la habitación de su pequeño.

«Debemos dormir», recordó Kirah en su mente, tan agotada como ella.

—Lo sé, pero hoy no hemos visto a Heyden aún.

La tenue luz de la luna se filtraba por los ventanales del pasillo, dando un aspecto tétrico al lugar. Arrastró los pies hasta el cuarto de su hijo, abrió la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido, y no traspasó el umbral. Rolfe estaba acostado junto a Heyden, ambos respiraban de manera acompasada y el brazo del primero parecía proteger al niño.

«Lo ha hecho bien», afirmó Kirah, buscando la aprobación de la bruja.

—Ha estado ahí. Era su deber como padre.

«Eres demasiado dura con él».

—Aún no sé cómo sentirme respecto a lo que nos ha pasado. Lo amé con todas mis fuerzas.

«Aún lo quieres, aunque prefieras ignorar tus propios sentimientos».

—Me rompió el corazón, durante años vivimos alejados, no somos esos críos jugando al amor y… todo lo de ser su pareja predestinada me abruma.

«Lo engañaron y lo sabes».

—Ya, pero Heyden y yo nos las arreglamos bien solos.

«Ahora no hace falta que lo estéis y criar a un cachorro es más fácil en manada».

Nicte no contestó. Una parte de ella se inclinaba hacia la huida, deseaba coger a su hijo y marcharse sin mirar atrás, proteger su corazón y ser independiente, pero la otra parte, cada día, veía más virtudes en Rolfe: desde el hecho de que no la estuviera forzando para ser su compañera, hasta que respetara sus decisiones, sin olvidar que cuidaba a su hijo con devoción. Eran demasiados puntos a favor de aquel hombre.

¿Por qué tenía que ponerlo tan difícil?

Inspiró hondo, obviando el acelerado latido de su corazón cuando una imagen de él arropándola se materializó en su mente. Necesitaba tiempo para decidir si se arriesgaba a amarlo o lo expulsaba de su vida de una patada.

Se giró, dispuesta a marcharse, pero la figura de una mujer la hizo dar un respingo. No esperaba encontrar a nadie, mucho menos a Eris, observándola con una sonrisa cálida que contrastaba con cómo la había tratado cuando se vieron la primera vez.

—¡¡Estás aquí!!

La alegría de la joven, expresada con aquel grito de entusiasmo, hizo que Nicte la mirara desconcertada. Un instante después, pasó a ofenderse: ¿acaso no era consciente de que podía despertar a su hijo?

—Hola —dijo en un murmullo, saliendo de la habitación.

Cerró la puerta con cuidado sin apartar la vista de su visitante. No habían sido amigas en el pasado debido a la diferencia de edad, pues Eris era tres años mayor que ella, pero siempre la trató de una forma cordial, a pesar de su condición, hasta el otro día.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Quería disculparme contigo, reaccioné de mala manera cuando volvimos a vernos, pero no esperaba encontrar a dos brujas en mi casa después de regresar de mi viaje de novios —se excusó, pero algo en la manera de expresarse hizo que Nix se pusiera a la defensiva.

—Lo entiendo.

—No, es más complejo de lo que piensas, sabes que Rolfe es como mi hermano y nadie mejor que yo sabe lo mal que lo pasó. Expulsó a Margaret, él confiaba en ella, así como el consejo y…

—Ella ayudó en la traición. Su reacción fue lógica, ¿no cree?

Vio cómo las mejillas de Eris enrojecían ante su apreciación. ¿Acaso le quitaba importancia a lo que había hecho Sophia? Si confiara en ella, la preguntaría, pero prefería ser prudente y no decir nada que pudiera ser objeto de habladurías.

—Cumplía las órdenes de su luna.

Esa frase, junto a la expresión seria y directa de la loba, hizo que Kirah se pusiera en alerta también. Sonaba a disculpa y a algo más que no lograba entender.

—¿Antes de que tomara el cargo? —cuestionó Nicte, alzando una ceja, pues parecía que Eris justificaba las malas acciones de Sophia.

—Ella estaba enamorada de Rolfe —confesó con rapidez la loba, tratando de justificarse—, sufría por ello, incluso cuando os veía juntos acababa llorando.

—No dudo de su interés, pero actuó de una forma rastrera y vil, demostrando su amor de un modo un tanto peculiar: engañándolo. ¿Le parece lógico?

Eris no sabía cómo defenderse, se había enredado demasiado en su propia defensa y había destapado parte de sus cartas.

—Se equivocó.

—Mucho —corroboró Nicte con el ceño fruncido—, aprovechó su momento más vulnerable y, en cuanto a usted, ¿creyó que le amaba? Yo lo dudo, cuando se ama no se hiere a la otra persona.

La mujer no supo qué decir. Sabía que la bruja tenía razón, pero no quería reconocerlo en voz alta.

—Lo siento.

—¿Por qué se disculpa?

—Lamento que te echara, no me dijo nada sobre ello. Que pasaras penurias sacando adelante a tu hijo.

—Imagino que debo daros las gracias —no quería ser desagradable con ella, pero estaba a la defensiva, esperando el próximo ataque de su parte.

—Siento haberme comportado como una idiota al encontrarnos el otro día —afirmó la mujer con urgencia, como si fuera de vital importancia que ella le creyese—. Lo que menos esperaba era volver a verte.

En cuanto las palabras escaparon de su boca, Eris se amonestó por su inconsciencia; había revelado más de lo que debía al hablar de aquello. Nicte era consciente de lo que ella acababa de decir, y la sombra de una sospecha apareció alargada y sinuosa entre las dos.

Se cruzó de brazos y la encaró. Notó cómo la energía de la prima de Rolfe caía en picado ante su sutil ataque, vio la vergüenza en sus ojos vidriosos, al borde de las lágrimas.

—Me reconoció sin problema.

Había visto cómo el hechizo se rompía de forma gradual a medida que ella permanecía en el clan, pero el único que la había reconocido casi al instante, con una rapidez asombrosa, fue Rolfe, gracias al vínculo que compartían.

—Claro —contestó la loba sin darse cuenta de la implicación que eso llevaba—, ¿podrías disculpar mi grosería?

—Delo por hecho.

La mente de la bruja era un caos; tenía a Kirah retorciéndose, tratando de tomar el control de su cuerpo para enfrentarse a aquella mujer. Algo le decía que ella había sido cómplice de Sophia, al menos en el primer engaño, pero no tenía forma de demostrarlo y dudaba que pudiera obtener una confesión.

Antes de que aquella conversación prosiguiera, Rolfe salió de la habitación. Había sido mudo espectador del intercambio de opiniones y una sensación desagradable se había instalado en su pecho. Si no fuera por el agotamiento que percibía en Nicte en ese mismo instante, interrogaría a su prima en busca de las respuestas que necesitaba.

Alargó la mano hacia su compañera, sujetó su antebrazo y dirigió su atención a Eris.

—Es tarde para estar hablando en los pasillos.

—Tienes razón, tan solo aproveché para disculparme con ella como me pediste.

«No porque lo piense, sino porque él intervino», señaló Kirah, poniendo en palabras lo que Nicte estaba rumiando.

«Es una oportunista, otra traidora más y…»

«Hablaremos después». El pensamiento ronco y firme de Dante sorprendió a la bruja y a su loba. La primera jamás había podido comunicarse así con Rolfe. Sin embargo, sucedió de una forma natural, casi como si siempre hubiese sido posible.

Perdida en sus propias preguntas, lo siguiente que notó fue el movimiento de Rolfe, que, aún con la mano sobre ella, la dirigió hacia su propia habitación. Eris era mudo testigo de aquel gesto tan íntimo entre ellos; vio cómo el alfa rodeaba la cintura de la bruja con gesto posesivo, como si la reclamara, sintió cómo el desagrado subía por su garganta, anudando su voz.

«¿Qué hay entre ellos?, ¿por qué me ha amonestado por una simple bruja? Ni siquiera es una loba completa».

Podía entender que cuidara al cachorro, pero ¿acaso había algo más que la manada debía conocer?

—Primo, yo querría hablar contigo —se apresuró a decir, interrumpiendo la marcha de ambos.

Rolfe se giró hacia ella, negando con la cabeza.

—Esta noche no. Regresa junto a tu pareja, estoy seguro de que te estará esperando.

No podía ignorar una orden directa, pero tardó unos segundos en ponerse en movimiento, tiempo suficiente para ver cómo Rolfe entraba tras Nicte en la habitación de esta, cerrando la puerta con un suave clic.

«¿Qué diablos significa esto?»

Tras la madera cerrada, la incertidumbre era tan grande como la que había quedado en el pasillo.

«Es otra traidora», repetía Kirah en su mente sin cesar, alimentando el nerviosismo de Nicte hasta niveles insospechados. A todo ese vals de emociones encontradas se unía el hecho de que no podía ignorar que el alfa estaba de nuevo en su habitación, traspasando sus límites, observando su perturbado deambular.

Cuando el silencio se volvió incómodo, Rolfe se adelantó y la detuvo, poniéndose en su ruta, que iba de la puerta del servicio a la cama y vuelta.

—¿Qué ocurre? —cuestionó con la certeza de que algo grave pasaba.

La mirada angustiada de ella fue suficiente para activar su preocupación. El tiempo se detuvo en ese instante compartido, se perdieron en la intensidad del otro. Ella, con el miedo reflejado en sus pupilas y la incertidumbre de cómo decirle lo que sospechaba. Él, en el deseo de aliviar el pesar que vislumbraba en su compañera.

—Debo descansar —respondió al fin, tratando de ganar algo de tiempo para serenarse, requisito indispensable para valorar de mejor manera si debía o no contarle lo averiguado.

—Lo harás, pero no antes de que me digas qué perturba tu paz.

—No quieres saberlo.

Estaba a punto de alejarse de él, pero le fue imposible. Rolfe se lo impidió agarrando su muñeca, manteniéndola presa en su calidez.

—Habla.

—No debo , no sé cómo puedes tomarlo y… ni siquiera estoy segura. No me perdonaría si mi apreciación te hiere, aunque sea correcta. Ahora, si me lo permites, debo descansar —repitió

apelando a su caballerosidad. Sabía bien que él se preocupaba por ella y por su estado físico.

—No he entendido nada más que una negativa sin sentido. Sea lo que sea, puedo soportarlo, incluso lo que consideres más horrible.

—Esto no —respondió compungida.

—Nix, somos uno —recordó Rolfe mientras observaba cómo el rostro de ella pasaba por todo tipo de emociones: desde el miedo a la vergüenza—. Nada me impedirá saber qué te tiene así, es importante para ti y por ello también para mí.

—Dame unos días. Así averiguaré si no es fruto de mi imaginación.

—No me hagas usar a Dante, su relación con Kirah ha avanzado y…

Él estaba dispuesto a saberlo en ese momento, no después, no cuando ella considerase, sino ya, porque sabía que era importante e intuía que no iba a gustarle.

—He podido oírlo en mi mente hace un rato.

La sorpresa apareció en el rostro del hombre.

—Vaya, y ni siquiera me ha dicho nada, tendré que hablar con él. Por favor, Nix, sea lo que sea, no voy a enloquecer, no perseguiré a nadie fuera de aquí ni haré nada que pueda herirte.

Al fin ella se rindió, lanzó un suspiro cansado y miró hacia la cama.

—Necesito sentarme.

Ambos acabaron apoyados en la cama, uno frente al otro.

—Eris me reconoció según me vio y ella estaba al tanto de lo que hizo Sophia.

—Lo sé, la he oído, he sido testigo de vuestra conversación y tengo las mismas sensaciones que tú, aunque me cueste decirlo.

—Es como tu hermana.

—Me traicionó y dudo de su lealtad hacia mí. Cuando le hablé de Heyden el otro día cuestionó mi paternidad.

Aquella noticia fue como recibir un jarro de agua fría. No esperaba aquello.

—No me sorprende, tú y yo sabemos que…

—No lo digas.

—Jamás aceptarán una mestiza como luna. Nos tienen miedo.

Nix se alzó, incapaz de ver en las pupilas de él alguna emoción que la perturbara. Una parte de su negativa a aceptarlo estaba motivada por la reacción que pudiera tener la manada al saberlo. No estaba dispuesta a enfrentarse con el mundo por estar junto a él.

Un día renunció a su amor y volvería a hacerlo, puesto que vivir en paz, tranquila y segura era mucho más importante para ella que alcanzar la plenitud a su lado.

Se acercó al amplio ventanal que ocupaba toda la pared desde el techo al suelo. Era noche cerrada, la luna estaba oculta tras un banco de nubes.

—Creo que la Diosa se equivocó al emparejarnos, pero podemos remediarlo —prosiguió y notó, segundos después, una oleada de dolor que brotaba de él—. Es sencillo y lo mejor para todos.

Sintió cómo se desgarraba por dentro al decir esas palabras, pero estaba convencida de ello. No se inmutó cuando oyó cómo él se alzaba de la cama, tampoco cuando sus pasos comenzaron a acercarse a ella hasta que lo tuvo a su espalda, tan cerca que un simple movimiento y acabaría en sus brazos.

Percibió la mano de él sobre su cuello, apartó su melena rizada hacia un lado y se tensó.

—Empiezo a pensar que debí marcarte cuando te encontré —dijo él en un susurro tan bajo que pensó que lo había soñado, hasta que notó sus labios sobre su piel.

—No lo hagas —suplicó, paralizada entre el terror de lo que ese gesto significaba y el anhelo que despertaba en su ser sentirse amada por él.

—Eso nos ahorraría muchas discusiones.

Notó su cálido aliento, una caricia en la cintura que la acercaba a su musculoso cuerpo. Cerró los ojos y contuvo el aliento cuando él besó su clavícula una, dos, tres veces. Después prosiguió con su cuello hacia su pómulo. Eran toques leves que estaban incendiando su piel, provocando suspiros y un deseo que crecía como si fuera un volcán preparándose para entrar en ebullición.

Cuando no pudo soportar más la tortura, se giró y atacó la boca del hombre que amaba en un beso duro, exigente y rápido que fue correspondido con la misma intensidad.

Una y otra vez se devoraron mientras las caricias iban y venían por encima de la ropa, esa que les estorbaba entre los dos. Rolfe la apoyó en el ventanal, empujado por su deseo más primitivo de poseerla, pero ella despertó al notar el frío en su espalda y apartó el rostro, impidiéndole llegar a su boca.

—Rolfe.

—No luches más contra mí, sabes que esto es inevitable.

Agarró su barbilla para obligarla a mirarlo, pues aborrecía no perderse en la profundidad de sus pupilas. El miedo y el dolor que había en ellas le sacudieron de la cabeza a los pies.

Odiaba verla tan herida, tan confusa, tan dispuesta a perder lo que había entre ellos por lo que pudieran pensar. Le importaba una mierda todos los inconvenientes, tan solo quería venerarla como correspondía, demostrándole cada día que jamás debieron separarse.

—Te amo, Nix —confesó con devoción—. Mi diosa de la oscuridad.

—No permitiré que te devore.

—Hace mucho que estoy perdido en ti. No quieres verlo ni entenderlo, pero pienso pasarme toda la vida demostrándote que no puedes huir de lo que sentimos.

Una lágrima rodó por la mejilla de ella; estaba agotada de aquella guerra que deseaba perder. Cada vez sus objeciones se hacían más débiles y sus ansias por aceptarlo más incontrolables.

—Lamento esto, yo…

—Vamos, tienes que dormir —dijo él, interrumpiéndola. No quería que ella siguiera flagelándose—. Estás helada, agotada.

Nicte no se resistió cuando él la acercó a su cuerpo de nuevo, agarrándola por la cintura, sosteniendo su peso.

—¿Puedo pedirte algo un tanto osado?

—Tus deseos son órdenes para mí.

—¿Te quedas conmigo, por favor?

Él asintió con la cabeza, posó sus labios en la frente de su mujer, en un gesto tan íntimo como necesario, y la acompañó hasta la cama. Esperó a que se pusiera el pijama en el baño. Después, Nicte se acostó y Rolfe se tumbó a su lado, dispuesto a velar su sueño.



CAPÍTULO 14

James había vuelto a sonreír, y también había retomado sus funciones como beta. Gliss y su hijo estaban fuera de peligro gracias a Nicte y estaría toda la vida agradecido a su futura luna por todo lo que había hecho por ellos.

Salió a primera hora de la mañana junto a los hombres que iban a controlar el perímetro de seguridad, un grupo de diez de los mejores hombres que tenía Rolfe.

Las guardias eran largas, pero volver a hacerlas era el mejor regalo que podía tener, pues significaba que todo estaba bajo control. Cuando se detuvieron junto al arroyo del área este, después de más de dos horas de patrulla, y regresaron a su forma humana, comenzó el interrogatorio.

—Entonces, seguro que la bruja ayudó a tu compañera —cuestionó Leonel, el más alto de todos, ejerciendo de portavoz del resto.

Lo sucedido había corrido como la pólvora. Sin embargo, sus compañeros no parecían seguros de la historia. La desconfianza se reflejaba en sus miradas, haciendo que James los observara extrañado.

—Sí, de no ser por ella mi hijo no estaría en su sitio —afirmó con una rotundidad que nadie podría eludir—, incluso Gliss corría peligro por esa maldita sustancia. El médico estaba desconcertado, no sabía qué hacer, pero tanto Nicte como su amiga se han afanado por salvarlos.

El silencio se tornó incómodo, mientras que las miradas entre ellos hablaban de algo que se escapaba a su control.

—¿Qué ocurre? —interrogó mirando a Samael, el omega, que llevaba días más serio de lo habitual.

—Eris ha estado hablando de más —respondió con respeto, pero con claridad—. No cree que Heyden sea el hijo del alfa, no entiende por qué duerme en esa habitación. La manada está preocupada por todo lo que está sucediendo y el silencio del alfa no ayuda a las conjeturas.

—Maldita sea.

—¿Hay algo más de esa mujer que no sabemos?, ¿qué la une a nuestro alfa? —preguntó otro de los hombres.

—No estoy autorizado para decir nada.

—El consejo de mayores también se niega a hablar —dijo Leonel, volviendo a tomar la palabra—, pero lo sabéis. No es normal que ni siquiera yo haya sido informado de quién es esa mujer, y aun así todos estemos obligados a protegerla.

—La manada sabrá pronto lo que ocurre con ella, tan solo quiero que entendáis algo: esa mujer es entregada, generosa, leal… no os imagináis las noches que ha cuidado con diligencia a Gliss. Se ha ganado mi respeto y admiración, espero que también el vuestro.

—Entonces, ¿por qué Eris parece estar en contra de ella? —cuestionó el más joven de los presentes—. No había rumores hasta que regresó de su viaje. Ella está en la casa grande, es familia del alfa, ¿quién mejor para saber que algo está mal?

James no podía creer que la joven hubiese hecho aquello de esa manera tan ruin, aprovechando que tanto Rolfe como él estaban más concentrados en la recuperación de Gliss que en lo que ocurría en la manada.

Menuda oportunista.

—Se equivoca. Rolfe no se tomará a bien este juego. ¿Estás seguro de que es ella la que está creando esos falsos testimonios? —cuestionó, mirando a Samael significativamente.

—Por supuesto, interrogué a varias mujeres, entre ellas la mía, y todas coinciden en que la prima del alfa no ha perdido el tiempo en

menospreciar a esa joven. Están un poco asustadas por lo que ha contado y por el hecho de que sea medio bruja.

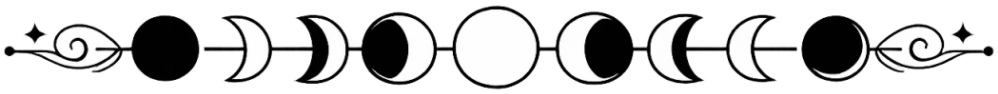
—Hablad con vuestras mujeres, contadles lo que yo os he dicho, debemos disipar ese temor cuanto antes.

Murmullos de asentimiento se extendieron por el grupo. Todos ellos confiaban en el criterio del alfa.

—¡Maldita sea! ¿Por qué siempre me toca lidiar con lo peor?

—Eres el beta, amigo. Es tu papel —le recordó Samael sin necesidad.

Ninguno de los allí presentes cambiaría su puesto por el de James en aquel momento.



Se giró en la cama, arropada por el mullido edredón. El cansancio que arrastraba era como una pesada losa sobre su espalda. Estaba en un estado de semiinconsciencia y se hubiese quedado en él, transitando entre el sueño y el desvelo, si el olor a romero no hubiese llenado sus fosas nasales.

«¿Rolfe?», se preguntó. No era posible, no podía estar tan cerca de ella como para sentirse aturdida, ¿verdad?

Se obligó a abrir los párpados para comprobarlo, pues su loba estaba extrañamente callada. Ahogó un grito un segundo después. Estaba ahí, en su cama, mirándola con esa sonrisa que tantas veces la desmontó cuando era una adolescente.

Antes de que pudiera decir nada para recriminarle su actitud, la furtiva mano del alfa se posó en su cintura, ejerciendo una ligera presión sobre ella.

—¡Buenos días, preciosa!

Su corazón se saltó un latido al escuchar aquello, la reprimenda murió antes de ser soltada al aire y sus ojos se enredaron en los de él, iluminados por un brillo que la atraía sin remedio.

—¿Qué haces aquí?

En cuanto hizo aquella pregunta, se acordó de su propia invitación. Era una desvergonzada y una inconsciente. No debía dejarse llevar por la necesidad de él ni por su calidez. Sin embargo, lo había hecho y no sabía cómo sentirse ante ello.

—Dormir, Nix. Solo dormir junto a ti y velar tu sueño cuando me desperté.

—No hacía falta.

—Tú me lo pediste —respondió él, aprovechando su desconcierto para tirar de ella y pegarla más a su cuerpo.

Dante le estaba torturando la cabeza, exigiendo que dejara de demorar lo que ambos necesitaban. Ella debía ser marcada por él. Llevaban días estancados en una situación que solo le generaba frustración.

—Ya, no sé en qué estaba pensando, es inapropiado y muy tarde. Deberías ir a cumplir con tus funciones.

—Eres mi compañera —anunció Rolfe con tranquilidad, incorporándose un poco para verla mejor—. La madre de mi hijo, mi primer amor. Estoy cansado de esperar. Debemos formalizarlo.

Ella se removió contra aquella idea, contra su mano en su cuerpo, contra esos ojos que ardían de deseo, contra él y sus palabras certeras. A pesar de su intención de rechazarlo, tenerlo ahí, en aquel gesto tan íntimo como cotidiano, mirándola como si quisiera devorarla, era más de lo que podía aguantar. No podía ignorar lo que provocaba en ella. Sentía su propio deseo correr raudo por sus venas, amenazando con hacerla cometer una locura.

—Rolfe, no deberíamos continuar con esto.

—Lamento no estar de acuerdo contigo.

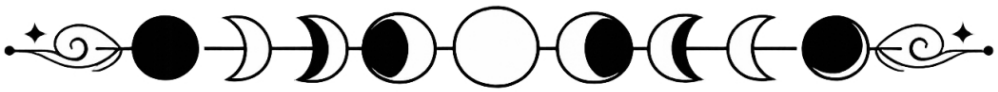
Sin más aviso que una larga mirada a su boca, el alfa agachó la cabeza y buscó los labios de ella. No encontró resistencia, sí precaución, que iba cediendo con cada roce tierno. La intensidad fue aumentando, las caricias se intensificaron y los pijamas de ambos sobraban en aquel instante en el que lo único importante era reconocerse de nuevo.

El beso se volvió audaz cuando la mano de él bajó hacia la cadera de la bruja, los dedos se deslizaron por debajo de la prenda y el suspiro de ella incendió la sangre de ambos. Rolfe se detuvo un segundo, apartó la boca de la suya y la miró, buscando su consentimiento. Un sí y no habría más dudas, una afirmación y harían tambalear las paredes de aquella habitación.

Nicte estaba ahí, perdida en aquel momento, tratando de contenerse, asomándose al abismo que eran sus ojos cuando Heyden la llamó desde su habitación, fracturando el ambiente que se había creado entre ellos.

Rolfe soltó una carcajada, resignado a ser interrumpido por su hijo; debía empezar a ser más previsor si quería conquistarla de nuevo. La vio salir de la cama rumbo a la habitación del pequeño, aprovechando la distracción, alzando su barrera de nuevo, aunque cada vez estaba más cerca de ceder y él le daría el empujón que necesitaba. Apoyó la cabeza en la almohada, aspiró su aroma y empezó a elaborar un plan de acción.

Aquel que haría que Nicte dejara de tener miedo a amarlo.



A unos cuantos kilómetros de las tierras de Rolfe, sobrevivía a duras penas la manada del Eclipse. En los últimos cinco años habían ido perdiendo todo su esplendor, incluso parte de la extensión de sus tierras. La falta de dinero y la decadencia que vivían habían hecho que la mayoría de los miembros de la manada decidieran abandonarla. Quedaban pocos, insuficientes, pero Gideon estaba convencido de que, si cumplían con la profecía, volverían a ser lo que eran.

Todo iría bien si la bruja no se hubiese escapado de ellos una y otra vez. La maldijo en su cabeza mientras se sentaba sobre los escombros de la que un día fue la mansión más imponente de cualquier otro alfa.

—¿Seguimos sin noticias de Marco? —preguntó cuando uno de sus hombres, un recién llegado que se había unido a sus filas dos años atrás, desesperado por que lo aceptaran, entró en su destrozado despacho con una taza de café para él.

—Aún no.

—Lleva un mes fuera de aquí —reflexionó en voz alta—. Han tenido que atraparlo, pero ¿por qué sospecharían de él? Es apenas un crío, no tienen motivos, salvo que el elegido esté allí con ellos.

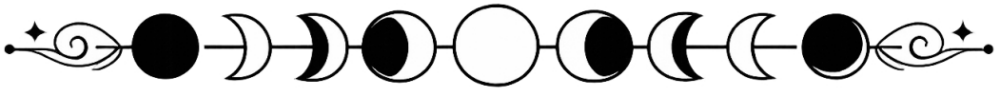
—No podemos saberlo —respondió el hombre, de aspecto cansado y ropa remendada.

—Habrá que mandar a alguien a buscarlo. Ese salvaje es capaz de torturarlo con tal de descubrir la verdad. Rolfe no es de fiar.

—¿Qué debemos hacer, alfa?

—Prepáralo todo, habla con los hombres y veamos quién está dispuesto a ir a esa manada en busca de nuestra salvación.

Los estaba mandando a una muerte segura, en pos de una idea preconcebida, pues seguramente el muchacho había desertado, cansado de ser la cabeza de turco de Gideon, pero no dijo nada. No podía. Su permanencia en la manada era más importante para él que cualquier otra consideración.



La noticia que acababa de darle James había sido como recibir una bofetada inesperada. Escuchó en silencio su informe después del entrenamiento que había supervisado durante un par de horas, notando cómo el enfado crecía en su interior.

Sabía bien lo que significaba en él esa furia, también que no podía dejarse llevar por ella, pero le era difícil contenerse ante aquella nueva traición.

—¿Estás seguro de lo que cuentas? —cuestionó cuando su segundo dio por concluida la explicación de los hechos.

—Sí, llevo toda la tarde cotejando la información. Eris se ha dedicado a sembrar la duda entre las mujeres. Sabes que ella es querida y respetada, solo ha tenido que encender una chispa de duda para provocar el rechazo hacia Nicte.

—Ha traspasado todos los límites.

—¿Qué vas a hacer? Lo mejor sería anunciar la noticia.

—Aún no. Nicte está aterrada, no acaba de confiar en lo que hay entre nosotros ni en el designio de la Diosa. No puedo fallarla ahora, aunque sería lo más fácil para evitar habladurías.

Estaba abrumado, no esperaba que su prima se comportara de aquella forma y le dolía tener que tomar la decisión que debía. Había desobedecido sus órdenes, jugando a un juego peligroso que no pensaba permitir.

—Ha llegado el momento de dejar que Eris siga su camino —anunció con pesar—. Ve a buscarla a ella y a Tyrón. Necesito comunicárselo cuanto antes, no permitiré que siga generando el caos a su alrededor.

El beta era muy consciente de lo difícil que era para el alfa tomar aquella decisión. Sin embargo, sabía que nada de lo que pudiera decirle haría que cambiara de opinión, así que se limitó a cumplir con su cometido. Salió del despacho y diez minutos después encontró a las personas que buscaba en una de las salas de descanso de la planta baja y entregó el mensaje de Rolfe.

No pudo comprobar si aquello les parecía raro, pues no mostraron ningún tipo de emoción ni recelo; la pareja se levantó y salió de allí, dispuesta a cumplir con el mandato.

Eris entró en el despacho de su primo junto a su marido unos minutos después, con la duda reflejada en el rostro, dudas que fueron confirmadas en cuanto comprobó la seriedad de su primo. Jamás la había mirado de esa manera, parecía a punto de saltar por encima de la mesa de madera maciza y atacarla.

Quiso retroceder, pero al dar un paso hacia atrás se chocó contra su compañero, que la seguía de cerca, ajeno a lo que pasaba.

Rolfe se alzó de la silla sin apartar la vista de aquella mujer a la que consideraba su hermana. Dolía saber que ella era capaz de traicionarlo por unos recelos infundados. No se había molestado en conocer a Nicte, en entenderla, en ver las virtudes que poseía.

Se dejaba llevar por los prejuicios que corrían sobre los mestizos. Negó con la cabeza, enfadado, cruzó los brazos y salió de detrás del escritorio.

—Tyrón —dijo, llamando la atención al joven que consideraba su cuñado—, Eris ha fallado al vínculo que nos une, se ha dedicado a hablar mal de Nicte a pesar de mis órdenes expresas y ha levantado falsos testimonios en su contra.

La cara de su prima empalideció a medida que él hablaba.

—Yo no…

—Silencio.

—Rolfe, no puedes hablarme así —respondió indignada ante aquel trato que consideraba vejatorio.

—Eris, siéntate —ordenó el alfa en un tono difícil de eludir. Casi como si una fuerza invisible la empujara, fue hasta uno de los sillones y tomó asiento.

Temblaba; sus piernas se movían con rapidez, provocando un rítmico golpeteo sobre la tarima, pero no era capaz de frenarse.

—Alfa, lamento los inconvenientes que haya podido causar con su actitud. Os aseguro que haré que se disculpe cuanto antes y no volverá a ocurrir nada parecido.

Era sincero, pero no suficiente, al menos no para un Rolfe enfadado y cansado de desconfiar de su única familia. Prefería alejarla a que las malas acciones de Eris rompieran el cariño que se tenían.

—No quiero disculpas, esas las dio falsamente anoche.

—Entonces, ¿cómo podemos compensar su falta?

El enfado del joven subía por momentos, no podía creer que su compañera hubiese caído tan bajo como para provocar la ira del líder de la manada. Habían hablado sobre ello durante días, trató de

hacerla entrar en razón, pero lo único que consiguió fueron bufidos y malas palabras.

—Ella aún no parece entenderlo, así que he tomado una decisión que os afecta a ambos. Imagino que aún apreciarían en tu manada que volvieras a ella.

—Por supuesto, han seguido insistiendo desde que me marché para que siga siendo el beta.

—Creo que lo mejor será que aceptéis su oferta.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó Eris ofuscada, alzándose con rapidez mientras su cabeza trataba de encontrar algo que decir que lo hiciera cambiar de opinión.

La mirada penetrante del alfa detuvo sus movimientos. Jamás la había mirado con esa mezcla de traición y dolor.

—Espero que reflexiones y quizás algún día puedas volver. Solo depende de ti. Adiós, prima.

Tras ello, Rolfe abrió la puerta de su despacho, invitándoles a marcharse. Una parte de él estaba tan furiosa que temía perder el control. No podía hacerlo, al menos no con la persona que consideraba su hermana.

Eris salió de allí con tanta rapidez que estuvo a punto de chocarse con una de las personas que mantenían la casona limpia. La miró con desdén y estaba a punto de empujarla a un lado cuando Tyrón se interpuso, agarrándola por el brazo y disculpándose.

La guio hacia la habitación, ignorando sus exabruptos incontrolables. No parecía darse cuenta de la gravedad de lo que había hecho, ni siquiera frenó su diatriba cuando la soltó y la instó a recoger sus cosas mientras él hacía lo propio.

Ignoró su mirada cargada de resentimiento y sacó las bolsas de viaje del gran armario de madera, dejándolas sobre el colchón.

—Maldita bruja, todo es culpa de ella —repetía Eris una y otra vez mientras metía la ropa en la maleta que tenía sobre la cama—, y tú, ¿no puedes hacer nada?

—¿Por qué crees que me haría caso? Eres su prima, pero te has equivocado en tus acciones. Te lo dije, pero no quisiste escucharme.

—Este es mi hogar.

La angustia de su compañera era tan grande que el hombre se conmovió, se acercó a ella y trató de abrazarla, pero ella le esquivó.

—No me merezco esto. Yo soy la mayor, yo debería haber asumido el control de la manada.

—Eris —la llamó Tyrón, asombrado por lo que acababa de afirmar —, jamás hubo posibilidad de eso. Mientras haya un heredero proveniente de un alfa, siempre tendrá la prioridad para ocupar el liderazgo.

La loba se frenó de golpe, se cruzó de brazos y lo enfrentó sin compasión.

—Era un crío cuando fue nombrado alfa, si no es por mí y por Sophia no habría sabido qué hacer con la manada.

Aquella afirmación y el convencimiento que exhibía en sus palabras eran tan grandes que Tyrón se preocupó. No parecía ser consciente de su verdadero papel en la manada. Por lo que sabía, ella nunca había tomado partido en ninguna decisión importante, ni siquiera la habían pedido acudir al consejo. Solo era el único familiar vivo del alfa, respetada y querida, pero nada más.

En cuanto a Sophia, ella había sido la peor luna conocida por su actitud hiriente y su forma de tratar a los demás.

—Querida, debes tranquilizarte —afirmó, volviendo a acercarse a ella al ver que estaba llorando por la frustración que sentía.

Esta vez Eris sí dejó que la abrazara mientras sollozaba.

—Soy su prima.

—Y te adora por ello, pero has cometido un error que no puede disculpar por el momento. Quizás podamos volver dentro de un tiempo. Deja que se evapore el enfado que siente, que regrese la normalidad y te eche de menos.

—Esa mujer no se va a ir nunca de aquí, no sé qué lo une a ella, pero parece idiotizado por sus faldas, como cuando eran adolescentes.

—Cambia de actitud, no es un niño y Nicte es importante para él, respétalo como hombre y como alfa.

Ella se apartó de su pareja, consternada por la manera en la que le había hablado. Ofendida. Se sentía ultrajada y sola ante un peligro que nadie más parecía notar. Esa mestiza iba a destruir su clan, todo el mundo lo sabía, pero nadie parecía dispuesto a tenerlo en cuenta.

—No entiendes nada.

Regresó a su equipaje. A pesar de sus deseos de quedarse, sabía que Rolfe no iba a cambiar de opinión. Jamás había conocido a nadie tan recto y cabezota. Debía empezar una vida nueva, pero antes debía hacer algo. Tenía que separarlos, pero ¿cómo hacerlo en tan poco tiempo?





CAPÍTULO 15

Volver a la rutina fue gratificante para Nicte, aunque solo fuese por poder pasar tiempo con Heyden después de la escuela, comer con él, escucharle hablar de su día. Así que llevaba toda la mañana inquieta, mirando el reloj, deseando que llegara la hora de ir a buscarlo.

Como si aún existiera un hilo invisible entre ellos, que estuviera tenso al no estar juntos.

Había estado a punto de no llevarlo. Sin embargo, no quiso ser egoísta. El pequeño estaba tan contento en ese entorno que le parecía cruel despegarle de él; hablaba sin parar de sus amigos y de todo lo que hacían allí. Así que, con más resignación que ganas, lo dejó allí después de desayunar juntos y regresó a su habitación.

Gran error, porque la cama la incitaba a volver a ella y despertaba emociones que creía dormidas. No debía haberse dejado llevar con Rolfe el día anterior, tenía la extraña sensación de que los besos de él habían dejado una huella imborrable en los suyos.

«Estabas muy a gusto», señaló Kirah en su mente, sacándola de forma abrupta de sus pensamientos.

—Maldita cotilla.

«Sigues luchando contra él, estaba ahí también», la recordó sin necesidad.

—No va a volver a pasar. No puedo perder la cabeza por un hombre que no podrá ser mío.

«Sabes que no es cierto, es tu pareja predestinada».

—La manada no lo aceptará, soy una paria, ¿recuerdas?

Cogió la botella de agua que había sobre la mesilla de noche; no recordaba haberla traído ella, sin duda Rolfe se había adelantado de

nuevo.

«Muy atento».

Ignoró el comentario de Kirah, la abrió extrañada porque no estaba precintada y dio un largo sorbo que le dejó un regusto metálico en la punta de la lengua. La cerró asqueada, sin comprender por qué el agua sabía mal. Así que la vació en el lavabo y tiró el envase en la papelera del baño.

Salió de su habitación, dispuesta a hacer algo productivo y conseguir otra botella de agua, aunque, si era sincera, no sabía en qué podía emplear su tiempo, pero no llegó demasiado lejos, pues a la altura de la habitación del beta se encontró a Cassidy, con el mismo gesto cansado que ella, devolviéndole la sonrisa.

—Deberías estar durmiendo.

—Lo mismo digo, me he asomado a ver a la loba, pero no está en su habitación. Me resulta extraño, juraría que le pedí que mantuviera el reposo durante al menos otra semana —dijo su amiga, chasqueando la lengua, sin ocultar la molestia que le producía que no le hicieran caso.

—Imagino que ya necesitaba moverse, ha estado muchos días encamada.

—Ya, pero me preocupa y…

Un sonido estridente, mucho más fuerte que el de la alerta naranja, interrumpió las palabras de Cassidy. Ambas se miraron, poniéndose en alerta. ¿Qué significaba aquello? No había nadie en la planta en la que estaban, así que, sin valorar su decisión, corrieron escaleras abajo en busca de alguna respuesta.

Unos segundos después estaban rodeadas de caos. Gritos alzándose, gente corriendo, guardias que rompían la formación, grupos que se ponían de acuerdo. El paisaje era desolador, tanto que Nicte pasó por alto el mareo que siguió a aquella escena y corrió con una sola cosa en mente: llegar hasta Heyden.

Iba tan rápido como podía mientras recorría la ladera empinada que llevaba hasta el claro donde estudiaba su hijo, pero sentía que estaba ralentizada, como si apenas avanzara en su carrera.

—Kirah —llamó a su loba en un murmullo, deseando que esta tomara el control, pero no obtuvo respuesta.

Siguió avanzando, oyendo ruidos, chillidos, carreras, voces… caos, un horrible caos que no parecía tener fin. Antes de llegar a la amplia cabaña de madera que hacía de escuela, Gliss apareció frente a ella con la angustia reflejada en el rostro. Parecía a punto de desmayarse.

—Heyden no está.

El mundo se detuvo de golpe. Nicte la miró sin verla, tan solo trataba de comprender aquella frase que acababa de escuchar, pero su cabeza y su corazón se negaban a que eso fuera posible. Estaba en shock, lidiando con un dolor indescriptible, irreal, que susurraba la palabra «pérdida».

Sabía que le estaban hablando, pero no procesaba ninguna de las cosas que le decían hasta que Cassidy agarró su brazo derecho y la zarandeó con fuerza. Nix se agitó, respiró con brusquedad y se giró hacia su amiga.

—¿Qué?

—Los niños siguieron el protocolo, estaban en el descanso y cada uno acudió a su punto de reunión —explicó Gliss, atrayendo la atención de la bruja—, pero nadie se lo había explicado a Heyden. No sabemos dónde está.

—No puede estar demasiado lejos —dijo Nicte, tratando de convencerse—. ¿Qué significa la alarma esa?

Vio cómo titubeaba su amiga y el miedo pareció estrujarle el corazón, clavándole las uñas en el proceso.

—Es una alerta roja, alguien liberó a los castigados, abrieron las celdas.

—¿Cómo es posible?

—No sé.

—Espera, ahí estaba el intruso todavía y ahora Heyden… ¡hay que encontrarlo ya! Gliss, ¿puedes conectarte con la manada o con James, o algo?

—Sí, por supuesto.

—Avísales, dile a James que mi hijo necesita a su padre.

—No puede estar lejos —dijo Cassidy, observando a su alrededor —. Se habrá acurrucado en algún sitio, asustado por el ruido.

—No estoy tan segura —respondió Nicte, cayendo en el pesimismo.

Quien fuera que hubiese ayudado a los prisioneros podía utilizar el caos reinante para llevarse a su hijo sin que nadie se diera cuenta.

Sintió cómo el aire apenas llegaba a sus pulmones, lo justo para mantenerla en pie. Debía encontrarlo cuanto antes.

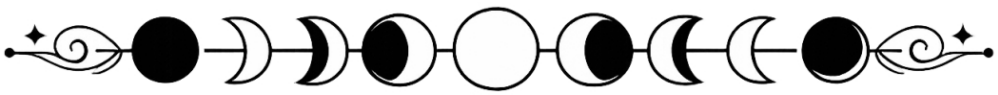
—¿Puedes hacer algo? —preguntó a su amiga.

—Claro, regresaré a mi habitación, necesito unas plantas. Haré todo lo que esté en mi mano por él.

—Protégelo —suplicó, con el corazón en la mano—, que ese hombre no lo encuentre o se lo llevará. Por favor.

—No le vamos a dar esa opción.

Cassidy se dio la vuelta y desanduvo el camino todo lo rápido que pudo hasta su habitación, mientras recitaba cánticos de protección con Heyden como receptáculo. Nicte no perdió tiempo, se despidió de su amiga a pesar de las protestas de Gliss y se adentró en el bosque que rodeaba las edificaciones. Iba a encontrar a su hijo, aunque perdiera la vida en ello.



El pitido incesante de la sirena aturdía al pequeño Heyden. Le dolía la cabeza y no sabía qué hacer; tan solo corría sin rumbo fijo, alejándose del caos que lo perseguía, animado por aquella mujer que le indicó el sendero a seguir. Cuanta más distancia ponía entre las casas y él, mejor se sentía. Así que no paró, siguió avanzando, adentrándose en la oscuridad del bosque.

La luz del sol se filtraba entre las hojas de los árboles y formaba remolinos luminosos que pronto atrajeron su atención. Se detuvo en

el principio de un claro, observándolos ensimismado, y respiró hondo: había obtenido un instante de paz, de silencio, para segundos después darse cuenta de que no sabía cómo volver a casa.

Ya no podía oír el sonido que lo había hecho correr, tampoco las voces ni las pisadas de los miembros de la manada. Estaba rodeado de árboles tan altos que apenas podía ver el cielo y del sonido de la naturaleza.

El miedo se instaló en su garganta y las lágrimas rodaron por sus mejillas, tratando de recordar lo que su madre tantas veces le había explicado si llegaba a perderse, pero allí no había nada ni nadie. No había guardias de seguridad, ni tiendas, ni señoras con niños paseando, ni ancianas de gesto amable. Estaba completamente solo y no podía pedir ayuda, ni que llamaran al número de teléfono que se sabía de memoria.

—¿Mamá? —dijo, llamándola en un susurro ininteligible—. ¡Mamá! —gritó un poco más alto, confiando en que ella siempre le oiría—. ¡¡¡Mamá!!!

Voceó más fuerte para derrumbarse segundos después. Esperaba que apareciera enseguida, con ese gesto de susto y alegría cuando le pasaba algo que escapaba de su control. Que lo abrazaría contra su pecho y volvería a sentirse seguro de nuevo.

No llegó. Esperó y gritó llamándola durante lo que le pareció una eternidad, mas no halló respuesta a su ruego agónico ni a su miedo atroz.

Se sentó en el suelo, abatido, exhausto, sin parar de llorar ni un segundo, y sacó el pequeño estegosaurio que había guardado en su bolsillo aquella mañana para enseñárselo a sus amigos.

Ni siquiera le había dado tiempo a hacerlo, pues la alarma había sonado un par de minutos después de que salieran al recreo.

Estaba al borde de la desesperación, su llanto era imparable y la sensación de abandono, sobrecogedora, cuando un sonido lo distrajo. Alzó la cabeza y vio a una mujer avanzar hacia él; era bonita, con una sonrisa agradable, parecía contenta por haberlo encontrado.

—¿Eres Heyden? —preguntó ella cuando estuvo frente al chiquillo, arrastrando las palabras y observándolo como si quisiera plasmar cada detalle de él en un lienzo.

El niño asintió, incapaz de decir ni una palabra por culpa del nudo que tenía en la garganta. Tenía las mejillas húmedas, también el pantalón vaquero. Estaba cansado y solo quería volver a estar en su habitación, con su madre.

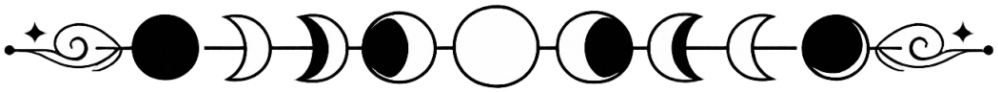
—Ven, tu padre te está buscando.

No la conocía, nunca la había visto en las tierras de la manada, pero era su única salida. Se levantó con premura, tomó la mano que ella le ofrecía y le sonrió, pero no obtuvo una sonrisa de vuelta, sino un apretón que lo hizo gemir.

—Al fin. Vamos.

La mujer le agarraba con demasiada fuerza y tiró de él, haciéndole daño. La protesta murió en sus labios cuando se fijó en la fiereza de sus ojos. Tiró de él, llevándolo en sentido contrario a donde estaba su madre, alejándolo de las tierras de la manada y no permitiéndole coger el dinosaurio que se le cayó de la otra mano.

El temor volvió a Heyden con más fuerza que antes.



La noticia de la desaparición de Heyden había corrido como la espuma. Las órdenes de Rolfe cambiaron de dirección en cuanto se enteró. Lo principal era encontrarlo; los intrusos parecían haber huido por la zona norte de las tierras, ya volverían a ocuparse de ello.

Las patrullas, compuestas por los mejores guerreros, se dividieron y comenzaron a buscar al niño a conciencia. La información iba y venía. La manada estaba totalmente volcada en ello.

Por su parte, Nicte recorría el bosque que estaba detrás de la escuela. Estaba mareada, sentía la cabeza embotada y sus piernas,

temblorosas, pero no cejaba en su empeño de encontrar a su hijo. Repetía su nombre sin cesar y sin resultado alguno.

Se tropezó con una enorme piedra, trastabilló y estuvo a punto de caer si no fuera porque su hombro golpeó contra un inmenso pino. El dolor la atravesó y aturdió todavía más.

—¿Qué me pasa? —murmuró, apoyada aún contra la dura y rugosa corteza del árbol—. Kirah, te necesito, ¿dónde diablos te has metido?

—La bruja se quedó sin loba.

La burla en aquella voz chillona la estremeció. Trató de enfocar la mirada en su contrincante, pero la tenía nublada, como si estuviera bajo los efectos de una droga.

—Tranquila, se te pasará. No me han dejado hacerte daño, aunque tú no dudaste en acusarme, ¿verdad?

—¿Elara?

—La misma. Me hiciste perder a James con tu llegada.

La joven enfermera se inclinó sobre ella y la golpeó en la cara con la mano abierta, disfrutando de su ventaja.

—He estado muchos días en esa celda, alimentando mi odio hacia ti. No era de tu incumbencia lo que pasaba con Gliss, ella es solo una perra maldita que no merece a James.

—Menuda manera de respetar los designios de tu Diosa. Imagino que lo tendrá en cuenta a la hora de emparejarte.

—No lo ha hecho —sollozó con furia, sintiendo cómo su herida se abría ante la pulla de la bruja—. He buscado a mi pareja predestinada por todos lados, incluso acudiendo a otras manadas, y no aparece.

—¿Por eso te obsesionaste con James? Estás fatal.

—Puede que sí, pero ya he encontrado mi nueva manada y tienen muchas ganas de conocerte.

—Tenías que hacer méritos para que te hicieran un hueco.

Aquella frase provocó a la joven, que no dudó en darle una nueva bofetada que hizo que Nicte acabara sentada en el húmedo suelo del

bosque. Le dolía la cara, no tenía capacidad para pensar con claridad y su loba había desaparecido. Estaba perdida y a su merced, pero iba a presentar batalla.

—¿Con qué me has drogado?

—Tan solo acallé a tu loba por un rato, nada irreversible, en unas horas volverás a estar completa. Si no fuera por tu parte bruja, estarías inconsciente, es lo único que te salva.

—¡Elara!

Aquel grito hizo que Nicte se pusiera en guardia.

—Aquí.

Nicte parpadeó lento. Toda ella estaba ralentizada de una manera muy peligrosa, pues su estado la hacía vulnerable a lo que quisieran hacerle. Trató de levantarse, pero la enfermera la empujó hacia el suelo de nuevo.

En uno de esos parpadeos logró enfocar la vista, encontrándose con el intruso. La bruja no podía creer lo que veía: aquel muchacho imberbe que se tropezó con ella enfrente de la escuela de su hijo. Era él y pertenecía a la manada del Eclipse, estaba segura de ello.

—¿Y el niño? —cuestionó Marco.

—Salió corriendo, aunque ese no era el plan. Nadie sabe dónde se ha escondido y está toda la manada buscándolo, por lo que no llegaréis a él. La tenéis a ella, que vuestro alfa engendre otro bastardo y se quite de problemas.

Nicte gimió al escucharlos hablar de su hijo de esa forma. Masculló un cántico de protección sin emitir sonido alguno. No sabía qué querían hacer con ella, pero solo le importaba Heyden y su bienestar. Mientras permaneciera en las tierras de su padre, estaría a salvo.

—Debemos irnos, no podemos arriesgarnos a que nos vean.

Sintió cómo la agarraban, levantándola.

—Suéltame, ahora.

Trataba de sonar firme y convincente, pero su voz estaba rasposa y temblaba.

—Nos vamos, quieren verte, eres más útil de lo que piensas —el infiltrado se giró hacia su acompañante y le hizo un gesto con la cabeza que no le pasó desapercibido a Nicte.

Trató de apartarse, de zafarse de los brazos que la tenían agarrada, pero no pudo luchar contra él… Su cuerpo no respondía a su cabeza, como si no le perteneciera. Elara se acercó a ella con una sonrisa sádica en la boca, apartó su cabello, asió su jersey, bajándolo de un tirón, y clavó una aguja en su cuello, muy cerca de la clavícula. Segundos después, la extraña sustancia corrió por su torrente sanguíneo y la hizo perder el conocimiento.





CAPÍTULO 16

Quince años atrás

El decreto de expulsión había llegado aquella mañana, junto a la sonrisa irónica del guardia que, sin tener derecho, había entrado en su cabaña, permitiéndose el lujo de patear sus muebles y amenazarla con el puño en alto.

Eneida no entendía nada. Llevaba mucho tiempo sirviendo en las tierras de esa manada como curandera. Había procurado sus servicios con devoción, curando cada herida, aliviando cada mal, incluso instruyendo al nuevo médico que llegó meses atrás, pero la orden era clara, directa y demoledora.

Su hija, Nicte, jugaba en la habitación ajena a lo que pasaba. Apenas tenía ocho años, era una niña dulce, dócil. Una mestiza, pues era hija del beta de la manada. Rayden era uno de los guerreros más fuertes y no permitiría aquel atropello. Las amaba, aunque su tiempo con ellas no era demasiado, pues debía emplearse a fondo en sus funciones.

Tras la marcha del hombre comenzó a recoger las cosas, pues, aunque esperaba que su amado acudiera a salvarlas, no podía confiarlo todo en ello. Fue a la habitación de su pequeña y la instó a recoger lo que pudiera entrar en su maleta. Después fue a la suya propia y comenzó con la tarea, pidiendo al cielo que Rayden llegara en cualquier momento.

Lo primero que preparó fue su bolso, con la documentación de ambas, el dinero y las tarjetas, junto a algunas medicinas que pudieran necesitar durante el viaje.

—Rayden, aparece ya —pidió al aire, deseando que él sintiera su necesidad.

Tenía que saberlo, él conocía cada movimiento que se gestaba en las altas esferas.

«¿Por qué no me lo has dicho? Maldita sea, te necesitamos», rogó en su mente mientras sus manos hacían las maletas con rapidez.

El decreto era claro: antes del atardecer debían partir de las tierras. Se la acusaba de haber traído la mala fortuna a la región. Llevaba más de diez años en aquel lugar, curando a su gente, conviviendo con ellos, siendo una más sin crear problemas.

—¿Ahora se dan cuenta de que soy una bruja?

Estaba indignada. Era absurdo, pero aquel era su único motivo para desterrarlas, obviando todo el bien que había hecho durante tanto tiempo.

Quince minutos después, un enorme estruendo la sobresaltó. Oyó que Nicte la llamaba desde su habitación y cerró su puerta con un movimiento de la mano mientras salía de su propia habitación para ver qué pasaba.

Un grupo de hombres había tomado el salón de su casa. Había al menos diez y la buscaban a ella. Les reconoció a todos, pero sus expresiones distaban de la amabilidad de otras veces.

—¿Aún estás aquí? No pareces entender lo que se te ha ordenado.

—Estamos recogiendo, tenemos hasta el atardecer para irnos. Ahora, si me permiten, debemos continuar con nuestra labor.

Uno de ellos, el que peor pinta llevaba, con su ropa sucia y remendada y el cabello negro grasiento, se adelantó, mirándola de arriba abajo.

—Eres una maldita perra, una inmundicia que se ganó la confianza de todos con sus buenos modales.

Antes de que la mujer pudiera responder, el malnacido la agarró por el brazo, zarandeándola con fuerza.

—Ya nos vamos, no hace falta esto. Rayden…

—¿Qué tiene que ver en esto? No va a venir, tan solo calentabas su cama cuando lo necesitaba, quizás puedas caldear la mía antes de que te marches.

Se revolvió contra él, soltándose de su agarre, y salió corriendo rumbo a la habitación de Nicte, que estaba temblando de miedo por lo que escuchaba tras la puerta.

—Nos vamos.

Eneida dio un chasquido de dedos y su bolso se materializó en sus manos justo cuando aporreaban su puerta. Se apresuró a colocar el armario delante de la misma para impedirles el paso con otra pizca de magia, abrió la ventana del patio e instó a Nicte a salir delante de ella.

Agarradas de la mano salieron corriendo. Los hombres que las acosaban en la casa no tardaron en darse cuenta de la huida y comenzaron a perseguirlas convertidos en lobos. La desventaja era clara, en poco tiempo estaban rodeadas por aquellos licántropos, a su merced.

Nicte se abrazó a la espalda de su madre. Estaba aterrada, muerta de miedo, sobre todo cuando varios de los presentes se lanzaron a morder a su madre. El primero no lo consiguió, pues Eneida, con un movimiento de la mano, lo expulsó lejos, pero después la atacaron otros tres y dos de ellos alcanzaron su cuerpo, clavando sus colmillos en las piernas y el abdomen de la bruja.

Esta chilló de dolor y cayó de rodillas, incapaz de sostenerse.

—¡Mamá! —chilló Nicte, aterrada ante la situación que estaban viviendo.

—Quita —dijo uno de los hombres, ya convertido en humano, apartándola de un manotazo.

Se agachó junto a la bruja y asió su cabello, enredándolo en su mano hasta que vio un gesto de dolor en ella. Satisfecho por su hazaña, la alzó tan alto que sus pies no rozaban la hierba y puso su cara a escasos centímetros de la mujer.

—Siempre me pregunté qué veía Rayden en ti, hoy lo voy a descubrir. Ya no cuentas con la protección de nadie, eres una paria,

escoria, y después tomaremos a tu hija.

Antes de que pudiera arrancarle la blusa, una bola de fuego impactó contra su mano. Soltó a la mujer, asustado, gritando de dolor, agarrando la carne chamuscada.

Más fuego surgió directo a cada hombre, lo que hizo que salieran corriendo, huyendo despavoridos para evitar ser calcinados. Nicte era la causante de aquello; no sabía cómo lo había hecho, tan solo tenía la certeza de que no permitiría que hirieran a su madre de nuevo.

Se acercó a ella con entereza y la ayudó a levantarse.

—Mi pequeña.

—Debemos irnos, mamá, o regresarán y no sé si sabría volver a hacerlo.

La mujer asintió y, apoyada en el hombro de la niña, tomaron el camino que llevaba hacia la carretera. Las heridas supuraban a pesar de sus esfuerzos por controlarlas con la poca magia que podía reunir; aun así, no se detuvo. Anduvieron cerca de una hora hasta que se encontraron al pie del asfalto.

Estaba anocheciendo y pronto deberían buscar un lugar seguro, pero Eneida necesitaba parar unos minutos. Así que, aprovechando un montículo de arena, se sentó allí y cerró los ojos.

—No podemos seguir aquí —dijo Nicte, asustada, tras diez minutos de espera en los que su madre no había sido capaz de alzarse. Estaba perdiendo mucha sangre y ella no sabía qué hacer.

—Enseguida nos vamos, cariño.

—Sé que te duele, pero…

El motor de un coche detuvo su explicación. Se quedó mirando cómo una camioneta blanca paraba frente a ellas. Los faros la deslumbraron, oyó a su madre quejarse, tratar de levantarse, pero no pudo.

Del asiento del conductor bajó él: su padre, su héroe.

—Papá.

—Cachorra, os he estado buscando, sube al coche.

—Nicte, no.

—Os llevaré a un lugar seguro.

El hombre se acercó a su mujer y la ayudó a levantarse; sin soltarla, la colocó en el asiento trasero del vehículo. La mirada que ella le dirigió, cargada de reproche y dolor, se clavó en su alma. Sabía lo que estaba pensando y debía darle la razón, pero no podía dejarla ahí, tirada en la calle.

Condujo hacia un motel que estaba a una hora de las tierras de la manada en coche. Era un lugar de paso, un edificio blanco de habitaciones contiguas con aspecto desaseado. En el aparcamiento había coches viejos, camiones llenos de mercancía y algún que otro vehículo familiar. Era una visión deprimente que hizo que, si Eneida albergaba algún tipo de esperanza, se esfumara del todo.

Las había traído a un lugar para esconderlas, inapropiado, como si no valieran nada. Eran un secreto que eludir, una vergüenza para él.

Allí las registró y pagó un mes de alojamiento para ellas. Después las llevó hasta la habitación asignada. Recostó a Eneida en la cama y mandó a Nicte a la ducha.

—Lo sabías —lo acusó la mujer en cuanto la niña se metió en el baño—, eres el beta, no trates de negarlo, no insultes mi inteligencia con mentiras.

—Creen que tu presencia arruinó el pacto con la manada de Mako.

—Llevamos muchos años juntos y de pronto me convierto en la culpable de a saber qué disparate —contestó ella, atónita ante la pobre explicación de él.

En cuanto Eneida escuchó el sonido del agua al caer en la bañera, se incorporó en la cama, con la mirada fija en ese hombre que juró amarlas y protegerlas por encima de todo mal. Notó cómo se estremecía ante su escrutinio y supo, con la certeza que le daba conocerlo bien, que no estaba errada en su suposición.

—¿Cómo has podido dejarnos a merced de esos salvajes?

Otro temblor recorrió la espalda del beta. Sabía que no debía haber actuado como lo hizo; pudo haberla avisado, pero no se atrevió y ni siquiera entendía por qué.

—No me informaron de ello.

—¡Mientes! Eres un cobarde, habrías permitido que nos violaran, también pensaban atacar a tu hija.

Rayden enrojeció ante la acusación de su amada. Estaba avergonzado por sus acciones erróneas, con las que había primado su pertenencia en la manada sobre su familia.

—Traté de frenar el destierro —se defendió sin mucha fuerza—, pero me amenazaron con ampliarlo a mí. El alfa está desbordado, ese pacto era un paso necesario para salvar la manada y…

—El mismo alfa al que salvé cientos de veces de una muerte segura.

—Sí, pero…

—Lo entiendo. Sin embargo, no es el único culpable. Aquí está el maravilloso beta que me juró amor eterno, pero nunca me dio mi lugar, ni siquiera a su hija, y gracias a vuestro silencio las alimañas, que olvidaron cada ayuda de mi parte, me marcaron como una presa fácil —enumeró ella, notando que su enfado crecía por momentos—. Panda de malnacidos, pero entre ellos tú eres el peor de todos.

—Eneida, yo… no puedo hacer nada más.

—Nos traes aquí, pensando en marcharte, abandonándonos a nuestra suerte.

Rayden la observó dolido. Se estaba desgarrando por dentro al ver el odio que ella demostraba hacia él, aunque sabía que era su culpa por cobarde, por poner por delante de ellas sus propios intereses, pero un lobo sin sus iguales no era nada.

—Saldréis adelante.

—Tenlo por seguro.

Eneida apartó las sábanas que la cubrían. La sangre manchaba su ropa, las heridas no estaban curadas. Aun así, sacando fuerzas de flaqueza, se alzó con la cabeza en alto y el dolor como bandera.

—Tan solo aclárame algo, ¿nos quisiste alguna vez?

Lanzó su pregunta al aire, con la mayor entereza posible. Dispuesta a salvarlo de ella misma si su respuesta era convincente.

—Eres mi amada, yo…

—Entonces, ¿por qué vuestro cuerpo tiene el aroma de otra mujer?

El hombre empalideció ante su certera acusación. No sabía por qué la Diosa lo había emparejado con una bruja y, para evitar ser el hazmerreír de la manada, lo había ocultado durante todo ese tiempo, incluso a ella. Se había creado un disfraz, aceptando las atenciones de una joven viuda, enredándose en sus propias mentiras.

Había sido fácil. Era hermosa y estaba deslumbrada por su posición. La escogió, la metió en la casona como si fuera su pareja predestinada y volvió a contar con el beneplácito del alfa, que no veía con buenos ojos sus relaciones íntimas con Eneida.

—¡Fuera de aquí! —dijo ella, herida y traicionada—. Jamás volverás a vernos.

—Lo siento, Ney. Yo no he estado a la altura. No he podido hacer nada más.

—Eres débil, un traidor a los designios, un ser que no vale nada.

Ninguno de los dos se percató de que la pequeña Nicte acababa de salir del baño, con curiosidad por las voces que llegaban hasta ella. No entendía bien qué pasaba, sí que su madre estaba furiosa.

—Yo te maldigo, Rayden. Jamás podrás tener otro hijo. Por mucho que lo intentes, tu simiente no dará fruto. Eso os traerá desgracia y deshonor.

—Te ruego que…

Antes de que siguiera hablando, Eneida concentró toda la fuerza que le quedaba en la punta de sus dedos. Con un chasquido abrió la puerta para él y, con un movimiento certero, lo empujó fuera de la habitación con tanta fuerza que varios de sus huesos crujieron.

El pánico en los ojos de su padre se clavó en las retinas de Nicte. Jamás lo había visto balbucear, ni rogar, y mucho menos mostrar debilidad. Pero no tuvo tiempo para cuestionar nada. Su madre se derrumbó justo cuando el golpe de la puerta, al cerrarse, llenó el silencio, cayendo de rodillas, golpeándose contra el suelo. Corrió a ayudarla sin saber lo que le esperaba.



CAPÍTULO 17

Le dolían los pies de correr tan rápido como podía. No era suficiente, lo sabía por la manera en que aquella desconocida lo sujetaba, clavándole las uñas en la muñeca, haciéndole daño, pero cuando había protestado solo consiguió que ella se detuviera de golpe y lo zarandease con furia.

Tampoco entendía por qué huían. Él quería estar en su habitación, rodeado de sus cosas, jugando con sus juguetes y escuchando los cuentos de su padre. No con esa mujer que le lastimaba y lo trataba con descuido.

Se golpeó el brazo con una rama, que rasgó la manga de su camiseta, dejando un pedazo en ella, porque la mujer no se detuvo a ayudarlo. Tiró de él con demasiada fuerza, añadiendo un nuevo daño a su pequeño cuerpo.

«¡Mamá!». La nombró en su mente, esperando un milagro.

Gimió bajito, sin querer llamar la atención de la hidra, pero ella lo escuchó. Acababan de llegar a la carretera que bordeaba las tierras de la manada.

—Estamos un poco lejos —se atrevió a decir, aprovechando que ella estaba dispersa—. Creo que era por el otro lado —prosiguió, señalando a su espalda.

—Llegaremos muy pronto —siseó entre dientes la rubia— y podrás sentarte, pronto descansarás.

Sonaba amable, pero Heyden sabía que no lo era. Su casa no estaba por ahí y empezaba a asustarse, pues desconocía el lugar donde ella quería llevarlo.

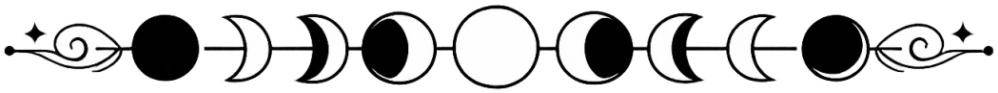
La mujer miró hacia los lados buscando el coche. Recordaba bien dónde la debía esperar su cómplice. Se había ofrecido a ayudarla en

su venganza y solo había una explicación para que no estuviera aparcado en el punto de encuentro: la había dejado tirada con el mocoso. Su plan debía cambiar y tenía que hacerlo pronto si no quería que la pillaran con las manos en la masa.

Estaba tan cerca que no podía permitirse fallar.

La carretera era un límite entre manadas. No sabía nada de las que colindaban con la manada de Rolfe, pero en ese momento era lo único que podía hacer: adentrarse en aquel terreno y rezar para que no la encontrasen antes de acabar lo que había empezado. Así que cruzaron la solitaria carretera y volvieron a introducirse entre los árboles frondosos de aquel bosque, que pertenecía a la otra manada.

Justo en el momento de titubeo de la mujer, Heyden, que en el pantalón llevaba algún dinosaurio más, eran pequeños, metió la mano en el bolsillo, sacó uno y lo dejó caer justo cuando tomaba conciencia de que esa mujer no iba a llevarlo junto a su madre. Decidido a dejar un rastro de migas de pan como en *Hansel y Gretel*, el cuento que le leyó su padre la noche anterior. Sabía que él lo encontraría.



Despertó con lentitud. Le pesaban los ojos, le dolía la cabeza y Kirah no estaba ahí con sus comentarios sarcásticos y su fuerza. Sí una gruesa cadena con dos argollas que rodeaban sus muñecas y un olor a humedad que se colaba por sus fosas nasales.

Estaba aturdida, sin duda por culpa de Elara y esa inyección que le había puesto sin ningún tipo de cuidado. Esa loba vengativa se llevaría su merecido cuando saliera de allí, pero el aturdimiento que tenía le impedía trazar un plan de acción.

En esas estaba cuando la madera chirrió y el hombre imberbe que la había traído hasta allí entró con una botella de agua y un bocadillo.

—Me alegra verte despierta —dijo con amabilidad, acercándose a ella sin miedo y dándole ambas cosas.

Nicte abrió el precinto y bebió casi la mitad, tratando de aliviar la sed que sentía.

—Gracias.

—Llegarán pronto —anunció para disgusto de la bruja—. Me pidieron que descubriera si estabais en la manada, pero se alegrarán de veros por aquí. Quieren convencerte de nuestra causa.

Nicte alzó las manos, mostrando las rudas cadenas que la ataban a la pared.

—Lo siento, pero es necesario. Llevamos cinco años persiguiéndote.

—No puedo entender por qué —contestó ella con ironía—. ¿Dónde está Heyden?

—Si tu alfa es tan bueno como dicen, ya lo habrán encontrado. Cuando activaron la alarma no calculamos que se asustaría y se iría corriendo. Nos descubrieron demasiado pronto. No llegamos a verlo.

—¿Quién os abrió la verja? No pudisteis hacerlo vosotros, estabais dentro, ni siquiera alguien que no pertenezca a la manada, pues dudo que pudiera acceder a las llaves con facilidad. Conozco a Rolfe y sus medidas de seguridad. Así que Elara tiene un cómplice que os sacó de allí.

—Eres buena. Has acertado en tu deducción y eso que tu cerebro no funciona al cien por cien. Perdónanos, pero no podíamos permitir que usaras tus poderes.

—¿Quién fue? —insistió Nicte, confusa, pues no lograba entender quién podía haberse puesto del lado de una envenenadora y una persona ajena a la manada.

Los lobos eran tremendamente fieles a su familia. Los casos de traición eran tan extraños como devastadores.

—No puedo decírtelo, nunca supe su nombre.

—Sea quien sea tiene acceso a mi hijo, debo saberlo.

—Él pronto estará con nosotros, tan solo tienes que tomar el bando apropiado, el que te corresponde de verdad.

—Ni en tus mejores sueños.

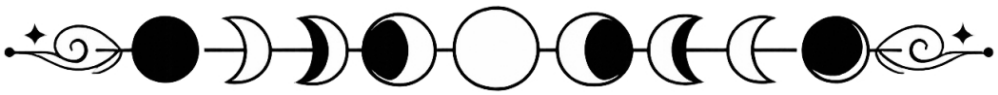
—Veamos qué dices cuando vengan. Yo he intentado ayudarte, pero sus métodos no serán igual de amables.

—No os tengo miedo.

El joven la miró con una mezcla de admiración y preocupación. Quizás no debería empatizar con ella, pero desde que inició la misión de encontrarla había descubierto a una mujer admirable y fuerte, capaz de todo por su hijo.

—Somos tu mejor opción, Nicte.

Lo vio marchar, dejándola sola entre aquellos muros lúgubres, en los que las paredes lloraban y la falta de sonidos era una tortura en sí misma. Debía salir de ahí cuanto antes, pero su cabeza estaba tan embotada que no lograba pensar en un plan de escape lo suficientemente bueno como para intentar hacerlo.



El rugido de Rolfe fue tan potente que ningún miembro de su manada ni de las colindantes pudo ignorarlo. Estaba impregnado de dolor, rabia y desazón. Acababa de enterarse de la desaparición de su hijo. James, en cuanto se encontraron, había frenado su reconocimiento de terreno y se lo había comunicado.

Corrieron en su forma de lobos hasta la casona grande, donde Gliss los esperaba, al igual que buena parte de sus hombres. Escuchó la explicación de la mujer y, segundos después, comenzó a organizar la batida para encontrarlo. No podía haber ido muy lejos, aunque había pasado una hora desde que sonó la alarma.

James observaba a su compañera. Se retorcía las manos bajo el interrogatorio del alfa. Sabía que había algo más que la preocupaba, así que, cuando Rolfe quedó satisfecho con su explicación y se alejó, él se acercó a ella y abrió el canal de comunicación a través de sus lobos.

—Nicte tampoco está —confesó Gliss en cuanto su conversación pasó a ser totalmente privada.

—¿Cómo es posible?

—Salió a buscar a Heyden y Cassidy no la siente. Es como si le hubiesen hecho algo o le hubiese pasado algo. He mandado a un grupo por el lugar al que se fue, pero aún no sé nada.

El beta estaba aterrado. Lo que menos podía hacer en ese instante era sobrecargar a Rolfe con esa desaparición. Debían encontrar al cachorro cuanto antes. No sabían si estaba en peligro o solo asustado en algún recodo del bosque, pero ninguno descansaría hasta que estuviera a salvo.

—No se lo digas —añadió Gliss, consciente de la encrucijada en la que se encontraban—. Seguiremos buscándola, tiene que aparecer.

—Mantenme informado, pero tómatelo con calma. Acuérdate de nuestro pequeño.

—Tranquilo, tengo a Cass conmigo.

—¡¡James!! —la potente voz de Rolfe lo hizo reaccionar. Apretó la mano de su compañera con cariño.

—Ten cuidado, preciosa.

Rogó el hombre antes de dejar a su lobo tomar el control y seguir al resto hacia el lugar donde el pequeño había sido visto por última vez. Eran un grupo de treinta de los mejores hombres de Rolfe que, cuando llegaron a la escuela, se separaron en grupos de tres para cubrir el mayor terreno posible.

—No dejéis nada por revisar —ordenó Dante con fiereza.

Todos asintieron y se lanzaron a cumplir el mandato de su líder, siguiendo el rastro del pequeño. No tardaron en encontrar el primer indicio. El aroma se iba diluyendo, pero Rolfe lo conocía igual de bien como hombre y como lobo. Avisó al resto con la conexión telepática y el grupo se reunificó, tomando el sendero que llevaba hacia el claro.

Allí encontraron la primera figura del dinosaurio. Había estado ahí y no era común que él fuera descuidado con sus cosas. Otro olor dulzón se entremezclaba con el rastro del niño.

—No es posible.

Desde ese instante seguirlos fue mucho más fácil y acuciante. Continuaron hacia la carretera. Antes de llegar a ella descubrieron el pedazo de tela de la camiseta enredado en una de las ramas y, tras cruzarla, el otro dinosaurio en la linde de las tierras de la manada de Mako, siempre acompañado de ese olor dulzón que le revolvía el estómago.

Cuando estaban a punto de introducirse en las tierras de sus nuevos aliados, un grupo de lobos los interceptó, en pie de guerra, dispuestos a defender sus dominios.

Rolfe volvió a su forma humana, alzando las palmas de las manos en señal de paz. Al ver aquel gesto, el líder de la manada también se convirtió, observando al recién llegado con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Alfa, ¿qué le trae por mis tierras? —preguntó, alzando la voz desde el montículo en el que estaba parado.

—Vengo persiguiendo el rastro de mi hijo —replicó Rolfe sin ocultar la zozobra que corría por sus venas—. Ha desaparecido hace unas horas, tuvimos una alerta roja y se asustó. Todos los indicios nos han traído hasta aquí.

—¿Y pensabais entrar sin pedir permiso? Hace menos de un año que hemos firmado esa tregua que queríais y os presentáis aquí con unos treinta hombres. Parece más una guerra que una búsqueda.

—Os aseguro que no es esa mi intención. Mi cachorro tiene solo cinco años, está asustado, necesito encontrarlo.

Para sorpresa de los presentes, una de las lobas se convirtió en una mujer bella y embarazada que se acercó al alfa Luke.

—Luna Isabella —saludó Rolfe con respeto.

—Alfa, perdonad a mi compañero. Al notar vuestra presencia se preocupó, pensando que queríais algo diferente, pero entiendo vuestra angustia.

—Querida, yo…

—Si fuera nuestro cachorro también nos saltaríamos todas las normas por encontrarlo. ¿Estáis seguro de que se encuentra aquí?

Rolfe alzó la pequeña figura, mostrándosela a la luna.

—Jamás dejaría caer sus muñecos y este lo hemos encontrado justo aquí. Creo que lo tiene alguien que ni siquiera pertenece a vuestra manada. Si me permitís rastrearla, la sacaré de aquí yo mismo y me reencontraré con Heyden.

El alfa Luke miró a su compañera. Sabía que estaba conmovida con la historia y algo le decía que su homónimo no mentía en sus intenciones. Asintió hacia Rolfe.

—Trae a cinco de tus mejores hombres, el resto los pondré yo. Quiero saber quién ha osado entrar en mis tierras sin mi consentimiento y arrastrando a un cachorro que no es suyo. Tendrá que dar muchas explicaciones.

Rolfe no tuvo que nombrar a sus hombres más leales, pues todos sabían cuál era su posición. Así que, acompañado por James, Samael, Rix y Jared, ingresaron en las tierras del alfa.

—Debo convertirme para seguir bien el rastro.

—Adelante, confío en tu palabra.

Dante salió a la superficie mientras aún flotaba a su alrededor el consentimiento del alfa. Olfateó el aire en busca del maldito olor que reconocía y detestaba a partes iguales. Lo encontró segundos después, más intenso de lo que imaginaba. Sin duda no hacía mucho que habían pasado por allí, pues Heyden no podría caminar demasiado rápido, era solo un niño.

La furia por lo que estaba sucediendo movió sus pasos hacia el punto correcto. Después le hizo un gesto a Luke, indicándole el lugar al que se dirigían, e iniciaron la marcha.

Capitaneados por los dos alfas, la extraña manada volvió a seguir el rastro dejado por Heyden. No tardaron demasiado en llegar hasta el lugar: una cabaña ajada, con la madera de las paredes desgastada y rodeada de vegetación. Sin duda estaba abandonada por lo destartalada que se veía. El lugar perfecto para camuflarse.

Rolfe regresó a su forma humana y, antes de que los demás pudieran seguirle, tiró la puerta abajo e ingresó en el estrecho espacio, en donde solo había un pequeño catre y una chimenea.

Sobre el edredón estaba acurrucado Heyden, con la cabeza gacha, sollozando, y, junto al incipiente fuego, su captora, en cuclillas, soplando las brasas.

En el segundo en que el cerebro de la mujer consiguió procesar que había sido descubierta, Rolfe la alcanzó, tiró de ella hacia arriba y la agarró por el cuello, dispuesto a acabar con su vida.



CAPÍTULO 18

La furia intensa era un sentimiento que podía arrasarlo todo a su paso de ser liberado. Rolfe lo sabía bien, había caído en ella tras la traición de la falsa luna y, en ese instante, volvía a tenerla tan presente que debía hacer un esfuerzo sobrehumano para no quebrar el esbelto cuello que sujetaba con la mano derecha.

Observó cómo el temor cubría el rostro de su rival y se regocijó en ello. Sería tan fácil acabar con su podrida vida. El lobo de la mujer era débil y estaba acurrucado en algún rincón de su mente. No presentaría batalla. Su forma de combate era el engaño, la falsa modestia y ese aire de superioridad que exhibía como si fuera la dueña de la verdad absoluta.

Era un embuste. El ser más despreciable que podía existir y estaba dispuesto a acabar con aquel juego.

La alzó hasta que los pies de ella se despegaron del suelo y la golpeó contra los tablones de madera que componían la pared. El gesto de dolor se abrió paso en su rostro.

—Hazlo.

Lo incitó ella con la certeza de que no tenía opción de salir libre de allí. Había jugado sus cartas y había perdido. Sabía que él no podría perdonarla, tampoco quería, tan solo se amonestaba mentalmente por haber tardado demasiado en seguir con su venganza.

Había estado muy cerca de conseguir su objetivo, pero su perfeccionismo la había llevado a querer hacerlo según el plan establecido.

Quería herir a Rolfe de nuevo, como antaño, observarlo retorcerse de dolor, porque una parte de ella odiaba perder y él le había arrebatado todo hacía dos años. Lo aborrecía con todo su ser, por no

amarla, por volver a traer a la bruja a sus dominios, pero sobre todo por haberla expulsado de la manada, convirtiéndola en una loba solitaria a merced de innumerables peligros.

—Eres una basura, Sophia —siseó Rolfe apretando un poco su cuello y disfrutando del jadeo que ella soltó—. No solo amenazaste a Nicte durante años, sino que osas tocar a mi cachorro. Pagarás por esto.

—No hay nada más que puedas quitarme.

—Puedo llegar a ser muy imaginativo.

—No, solo eres un hipócrita, que se la da de bueno, de pacífico y es capaz de matar a un hombre a golpes.

—¿Un hombre? No, Sophia, un traidor —afirmó el alfa con rotundidad—, un ser despreciable que rompió sus juramentos para arrastrarte a su cama. No merecía menos.

—Él era mejor que tú.

—Jamás te pedí que te convirtieras en mi luna. Lo hiciste porque quisiste, bajo engaño, para después faltar a nuestro vínculo, ese inexistente que tú creaste, con mi beta.

—Llevabas más de dos años sin tocarme —reprochó y, por primera vez, un atisbo de humanidad asomó en su rostro en forma de lágrimas—. Me sentía insuficiente, rechazada, humillada con tu frialdad.

—De nuevo culpa tuya. Quizás pudiste embrujarme, pero no podías conquistar cada parte de mi cuerpo. Eras una luna débil, inconsistente, mordaz con los que considerabas inferiores, incapaz de procrear.

Sophia soltó una carcajada que se clavó en el corazón de Rolfe.

—Tú y tu deseo de ser padre, patético. Me encargué de no quedarme encinta, no pensaba perder mi figura por darte un muñequito para jugar y del que solo te ocuparías en momentos puntuales. No iba a emplear mi juventud criando a un mocoso.

—¿Por qué?

—Nunca quise ser madre. Solo te quería a ti, tu poder, tu posición, la fortaleza de una manada sólida, lo que significabas. Quería tu deseo

y que me veneraras a mí, no que me pidieras un heredero. Yo era suficiente, pero tú no eras capaz de admirar mi valía.

Esta vez fue Rolfe quien soltó una risa gutural que golpeó el ego de Sophia.

—¿Cómo podría admirar a una mujer incapaz de cumplir con su deber? Jamás te preocupó nada, ni la manada, ni perpetuar mi sangre, ni siquiera si te amaba o no. Solo querías ganar y herir a las personas que no soportabas. Eres mala y dañina.

—Entonces acaba conmigo, aquí, ahora, delante de tu bastardo —Rolfe cerró un poco más la mano sobre su cuello, haciendo que se atragantase con su saliva—. Enséñale a ser tan despiadado como tú. Hazlo de una vez, está bien atento a tu lección.

Rolfe sabía que podía. Dante estaba deseando jugar con el cadáver de Sophia, pero la mención de esta sobre Heyden frenó su impulso de golpe. Giró la cabeza ligeramente. Allí, junto al catre, estaba su pequeño, resguardado por James y acurrucado contra la figura serena de luna Isabella, que lo abrazaba, protegiéndolo.

No podía perder la compostura en ese instante. Jamás se perdonaría hacerlo y dejar una huella imborrable en su pequeño que podría llegar a convertirse en un trauma. Por encima de todo estaba él.

Bajó con lentitud a Sophia, hasta que sus pies tocaron el suelo. Dejó que viera la furia de Dante a través de sus ojos. Había una amenaza implícita en aquel escrutinio. Quizás la próxima vez que ella tratara de herirlo no sería tan condescendiente.

—Alfa Luke.

—Estoy detrás de ti.

—¿Tendrá un lugar en sus mazmorras para esta mujer? —preguntó arrastrando las palabras—. No sé cómo, pero creó una distracción en mis tierras, liberó a un prisionero y eso desató el caos.

—Será un honor ocuparnos de ella. Debe responder por haber ingresado en mis tierras sin autorización.

—Cuando acabe su castigo aquí, avísame. El consejo de mi manada querrá imponerle también una sanción ejemplar. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, te mantendré informado.

Rolfe la soltó de golpe, como si la piel de la mujer tuviese ácido corrosivo.

Dos de los hombres de la manada de Mako se adelantaron y tomaron a Sophia por ambos brazos antes de que pudiera recuperarse. Esta sintió la rabia correr libre por sus venas. No solo no había funcionado su plan, sino que iba a recibir dos castigos que sabía serían ejemplares. Solo de pensar en estar encerrada en una mazmorra, se estremecía.

Observó cómo Rolfe la ignoraba, llegando hasta su hijo y alzándolo en brazos con cariño. Aquel gesto fue la gota que colmó el vaso de Sophia. Debía volver a herirlo, estaba en su derecho y era su deber.

—Eres un ingenuo —soltó justo cuando el alfa emprendía la marcha rumbo a la salida—. Quizás yo ya no esté, pero tenéis al enemigo en casa.

—Deberíais callaros de una vez —espetó James, despreciándola.

—Llevo un año fuera de la manada —continuó Sophia—. Sin contacto con nadie. No sabía que la bruja había regresado con su hijo y soy persona non grata en tus tierras. ¿Cómo crees que lo averigüé?

Aquella pregunta hizo que Rolfe volviera a mirarla, expectante ante su juego, dispuesto a resolver la duda que ella le había planteado. Antes de que pudiera dar un paso hacia ella, James lo detuvo, con una mano en su brazo y un gesto hacia el pequeño que escondía la cara en el cuello de su padre.

—Soy consciente de que tienes un cómplice, pero ya lo averiguaré cuando todo vuelva a estar en orden.

—En realidad sabes quién es, pero no quieres verlo. Piensa, Rolfe, nunca te tuve por un iluso. Alguien con acceso a la casona fue mi aliada durante todos estos años. Oh, ¿acabo de darte una pista? Seré bocazas.

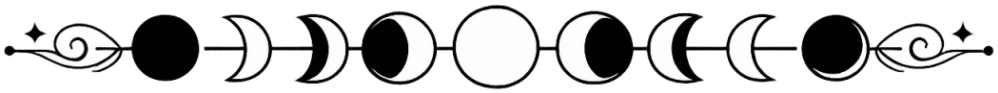
El corazón del alfa se aceleró. Aquella insinuación trajo a su memoria una imagen que no esperaba, de ella con…

—Papá —la vocecilla de Heyden lo sacó de sus pensamientos de golpe.

—¿Qué pasa, campeón?

—Es mamá. Creo que está en peligro.

El hombre sintió una sacudida violenta ante aquella posibilidad y salió de allí con tanta rapidez que hasta a James le costó seguirlo. Debía asegurarse de que Nicte estaba donde tenía que estar.



Intentó por enésima vez aflojar las cadenas que la mantenían atada a las lúgubres paredes de su cárcel, pero obtuvo el mismo resultado. Tampoco conseguía hacer ni una pizca de magia, como si algo de lo que le habían inyectado interfiriera con sus capacidades. Así que estaba a merced de esos hombres que un día quisieron comprarle a Heyden.

En cuanto el nombre regresó a su mente, un halo de tranquilidad la envolvió e intuyó lo que significaba. Lo habían encontrado, estaba a salvo junto a su padre, seguramente.

—Gracias, Rolfe, por no rendirte.

No sabía por qué le sorprendía aquello. El alfa era un buen padre, cariñoso, atento, entregado. Se lo había demostrado con ahínco y, por primera vez, se descubrió pensando que fue una buena idea instalarse en las tierras de la manada. Tarde o temprano el deseo de aquellos hombres por recuperar la gloria perdida iba a alcanzarlos y, al menos, Heyden estaba a salvo.

Inspiró hondo, ignorando el aroma a humedad de aquel lugar, y elevó una plegaria de agradecimiento a la diosa de la Luna.

La paz de aquel instante se diluyó en cuanto escuchó pasos que se acercaban a la puerta de su calabozo. El chirrido de esta la puso en alerta y, frente a ella, apareció la última persona que pensaba volver a ver.

Nicte lo observó, aturdida. El tiempo lo había atropellado. Parecía haber envejecido mucho más que los quince años transcurridos

desde la última vez que lo vio. Se levantó, apoyándose en la fría pared, sin dejar de escrutarlo.

—Cachorra, me alegro tanto de verte.

—No puedo decir lo mismo —respondió con acritud— y te agradecería que no me llames así. Llevo quince años odiando esa palabra.

Rayden no esperaba aquella respuesta.

—Tienes la misma tenacidad que tu madre.

—La misma que abandonaste en un motel a su suerte.

—Sabes bien que me expulsó con su magia.

—Cuando descubrió tu engaño. Cuando entendió que no eras capaz de amarla como debía.

—Lo sé y llevo lamentándome por ello toda la vida. Sé que murió días después de dejaros allí.

—Sí, tengo las imágenes grabadas en mi mente. Podría describirte el dolor que sentí, la soledad, la pena…

—Regresé unos días después y ya no estabais.

—Pasamos una semana en el hospital. Trataron de salvarle la vida, pero no fue posible.

—¿Qué hiciste?

—¿Acaso te importa? —cuestionó Nicte con ironía—. Estás con estos hombres, sabes quién soy y, aun así, has consentido que me acosen, que me traigan aquí, que me mantengan atada y drogada para controlarme. ¿Por qué?

—No sabía que eras tú hasta que te vi en Bacton —mintió él, pues no podía destapar sus cartas sin que ella lo amonestase por eso—. Quise acercarme a ti, pero debo cumplir órdenes. Aquí no tengo ningún cargo en esta manada.

No, solo era un peón que basaba su pertenencia junto a esos hombres en algo que no podía reconocer en voz alta.

—Caíste en desgracia.

—Por culpa de tu madre. Me echaron del clan poco después de que os fuerais. Os busqué por todos lados y no fui capaz de

encontrarte.

—Agradezco que no lo hicieras.

—Cachorra.

—No sigas llamándome así. No sabes cuánto odio esa palabra porque me recuerda a ti y a lo que nos hiciste. A ese maldito momento en el que dejaste de ser mi padre.

—Nicte, te extralimitas y yo soy el único que puede ayudarte ahora mismo.

—¿Me soltarás? —preguntó con la incredulidad reflejada en su mirada.

—No. Tan solo te garantizo que no te harán daño si decides ayudarlos. Necesitan al niño, y no pueden llegar hasta él mientras esté en esa manada de salvajes. Aceptarán un pacto contigo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que traiga aquí a un niño de cinco años y lo deje a merced de esos… ?

—Calla, nos pueden escuchar.

—Estás loco, Rayden.

—Te estoy dando la solución. Si les das al niño, te dejarán marchar —continuó él incapaz de entender la terquedad de su hija —. Solo tienes que traerlo hasta aquí. Te darán pautas, te acompañarán. Es tu mejor opción para salir indemne de esto.

Nicte contuvo un montón de improperios que querían escapar de su boca. Dio un paso hacia su padre con un gesto de odio que no le pasó desapercibido al hombre. Todo aquello era tan absurdo como irreal y, si no fuera por la sustancia que corría por sus venas, atacaría a aquel lobo que temblaba bajo su mirada acusadora.

—Jamás entregaré a mi hijo a una panda de desgraciados que quieren acabar con su humanidad. Es un niño, no un arma para cumplir una profecía absurda que no puede salir bien.

—Quien lo tenga en su poder alcanzará la gloria de nuevo.

Podía ver la ambición en los ojos de su padre. Esto lo hacía por él, no motivado por una preocupación genuina hacia ella, sino porque conseguir su aceptación supondría subir su estatus.

—No.

—Piénsalo. Será grande, conocido y decisivo en la historia de sus iguales.

—¡¡Es un niño!! Me importa una mierda la gloria, vuestras profecías, visiones o lo que sea. Tiene solo cinco años —le recordó con el fuego impregnando sus palabras. No sabía que estaba a punto de perder el control—. No lo usaréis contra nadie.

El duelo de miradas se intensificó. El hombre que pasó de héroe a villano hacía quince años se endureció. Esa joven imbécil no iba a colaborar y estaba dispuesta a hacerlo quedar mal. La historia se repetía y él no podía permitirse el lujo de volver a caer en desgracia.

—Soy tu única oportunidad. Tarde o temprano llegarán hasta él y cumplirá con el designio.

—Tiene un gran padre que sería capaz de quemar sus propias tierras por preservarlo, no como otros.

—Eso es un golpe bajo.

—Es una realidad incómoda que prefieres tapar con excusas.

Rayden se dio la vuelta. Sus palabras y la manera en que lo miraba, con ese odio que había visto también en la madre de la muchacha, eran demasiado dolorosas para asumirlas. Había intentado ser un buen padre, al menos bajo su percepción, pero en el fondo sabía que no lo fue y, en ese instante, volvía a errar en favor de una nueva manada.

Quería ayudarla, pues a su manera la amaba, pero no podía perder lo poco que tenía y obtener a cambio reproches y dardos envenenados en forma de frases certeras.

—¿Es tu última palabra? —cuestionó él sin mirarla, abatido y contrariado al mismo tiempo.

—Por supuesto —respondió Nicte con una rotundidad que lo hizo estremecer—. Siempre lo protegeré de todo mal.

—Cachorra, no sabes de lo que son capaces —la advirtió, girándose para ver su reacción—. Llevan casi seis años detrás de esto. Han perdido todo en este tiempo, apenas les quedan tierras, su manada es pequeña, pero su deseo de venganza tan inmenso que

no dudarán en hacerte daño para conseguir tu rendición. No quiero eso para ti.

Él esperó a que sus palabras hicieran mella en su hija. Era el último cartucho que le quedaba. Si no claudicaba, sabía que nada los detendría.

—¿Y a esos salvajes pretendes que les entregue a mi hijo? —negó con la cabeza, incrédula ante la falta de sensatez de aquel hombre —. Jamás les seguiré el juego.

El suspiro de su padre fue la última respuesta que obtuvo de él. Salió del calabozo como si alguien hubiese accionado un resorte y se marchó, llevándose el candil con él y dejándola en la más absoluta oscuridad de nuevo.





CAPÍTULO 19

Hace quince años

Las heridas que tenía Eneida no mejoraban a pesar de sus intentos por controlarlas. Tras tres días en cama, cuando Nicte levantó las sábanas para mirar aquello, soltó un grito de horror. Tenían un aspecto horrible. La piel alrededor de la herida estaba hinchada y soltaba un líquido amarillento con un olor desagradable. Dio un paso hacia atrás, espantada, mientras el miedo se apoderaba de ella.

—Mamá, no sé qué más hacer.

—No pasa nada, cariño, pronto estaré bien —balbuceó la mujer, notando que la fiebre volvía a subirle.

Cerró los ojos, pidiendo al cielo recuperarse. No podía abandonar a su pequeña en ese mundo hostil. Solo tenía ocho años, la necesitaba, pero sus fuerzas empezaban a flaquear y la vida parecía a punto de escapársele en el próximo suspiro.

Nicte estuvo toda la tarde observando el estado de su madre y, cerca de las siete, salió de la habitación rumbo a la cafetería. Necesitaba alimentar a su progenitora con algo contundente. Llevaba la mano en el bolsillo, sujetando el billete con fuerza y temor a que se le perdiera.

Entró en el restaurante. Había poca gente en las mesas. Al poner un pie en el interior, se detuvo durante unos segundos, tratando de saber adónde tenía que ir. Le crujía la barriga de hambre. Al final se acercó a la barra, se apoyó en la oscura madera y se subió a un taburete, esperando a que la atareada camarera la viera.

A medida que pasaban los minutos y era ignorada, la cabeza de la niña volaba hasta la habitación en la que estaba su madre. El miedo a perderla la hacía estar más alterada y comenzó a hiperventilar.

—Pequeña, ¿qué te pasa?, ¿dónde están tus padres? —preguntó una mujer de edad avanzada que se había sentado en el taburete contiguo al suyo.

—Yo…

La pequeña comenzó a sollozar con un sentimiento tan grande que la mujer se apiadó de ella. Tras preguntarle qué quería, hizo el pedido y esperó a que se lo entregaran sin hacer más preguntas. La angustia de la niña era tan palpable como abrumadora.

—Me llamo Naira —le dijo, entregándole un pañuelo nuevo, pues el de la pequeña estaba destrozado.

—Gracias por ayudarme, creo que no me veía —contestó Nicte cuando fue capaz de hablar.

—Un placer. ¿Quieres tomar algo mientras esperamos?

—No, no puedo.

Algo en la mirada de la niña la estaba conmoviendo. Parecía perdida, pero decidida a cumplir un mandato divino. Cuando la camarera puso frente a ellas la bolsa de la comida, la mujer se adelantó a pagar y la tomó con cuidado de no derramar la sopa que llevaba.

—Déjame que te ayude con esto —dijo, sonriéndole con cariño—. Vamos, enséñame cuál es tu habitación y quizás ahí puedas contarme qué te tiene tan preocupada.

Nicte se limitó a asentir, agradecida con ella, porque, de no ser por su intervención, aún estaría esperando que la atendieran, y condujo a su nueva amiga por el pasillo que bordeaba el edificio hasta la habitación. Sacó la llave que llevaba en un llavero con el número colgando y abrió la puerta con cuidado. No quería despertar a su madre si había conseguido conciliar el sueño.

Naira no esperaba ver lo que encontró allí. La mujer encamada estaba totalmente ida por la fiebre, sus heridas infectadas y la pequeña sobrepasada, tratando de sostenerla sin mucho acierto. Necesitaba atención médica de inmediato.

—Debemos llevarla al hospital —dijo tras valorar la situación.

—No sé cómo, no sé qué hacer. Por favor, ayúdanos.

—Claro que sí, déjame a mí.

Después de que la mujer tomara las riendas de la situación con eficiencia, llamando a una ambulancia y esperando junto a Nicte la media hora que esta tardó en llegar, la tensión de Nicte estalló. Su llanto se intensificó y el desamparo que sentía se hizo mucho más fuerte. Por suerte, Naira no le soltó la mano, la hizo subir a su coche y tomaron el camino hacia el hospital.

Durante los siguientes siete días, Nicte estuvo acompañada por aquella mujer de aspecto maternal y canas blancas. La cuidó, la alimentó y la sostuvo mientras Eneida trataba de luchar contra su malestar sin mucho éxito. La medicina humana no funcionaba contra el daño infringido por los lobos que la habían mordido y la bruja sucumbió tras una larga agonía.

Nicte estaba aún en la habitación cuando el médico certificó la muerte de Eneida. Escuchó aquellas palabras como si no tuvieran sentido y se mantuvo aferrada al brazo de su madre, esperando que despertara en cualquier momento.

El doctor se acercó a Naira y le pidió que lo acompañara fuera de la habitación.

—Debemos reportar lo ocurrido. Alguien tiene que hacerse cargo de la niña. Seguramente le encuentren una buena familia —la frialdad del hombre contrastaba con el dolor que sentía la loba por no haber podido ayudar a la pequeña, pero saber que estaba destinada a un horrible orfanato donde podría estar a merced de cualquier cosa la enervó.

Se cruzó de brazos y miró al doctor con gesto de desafío.

—Soy su tía —afirmó con rotundidad—. Ella me tiene a mí y me ocuparé de mi sobrina. No necesita llamar a nadie.

—¿Está segura? —cuestionó el médico, pues en el hospital corría el rumor de que la niña no tenía a nadie más que a su madre—. Los servicios sociales pueden buscarle una casa. Estará bien.

—No, no será necesario. Nicte es mi sobrina —reiteró con convencimiento—. Soy su familiar más directo. Estará bien.

El doctor asintió. Era mucho más simple dejar que esa mujer se la llevase que iniciar todo el procedimiento de desamparo y, por lo que sabía, había sido buena con la niña. Esperaba no equivocarse, pero algo en la firmeza de Naira le impedía discutir con ella.

Por su parte, la loba volvió junto a Nicte, que sollozaba sobre el cuerpo de su madre sin creer del todo que ya no estuviera junto a ella.

—Cariño, lo siento mucho.

La niña se abrazó a ella con fuerza. Sollozó hasta que el cansancio detuvo su llanto y no preguntó nada más. No tenía fuerzas, no quería hablar, no había nada más en su cuerpo que el desgarrador sentimiento de sentirse huérfana.



CAPÍTULO 20

El tiempo apremiaba. La falta de noticias jamás había sido tan desesperante y el dolor, que se había iniciado en el bajo vientre desde que su hijo dijo aquellas palabras, se volvía más intenso a medida que los minutos se convertían en horas.

Tras poner a Heyden al cuidado de Gliss y reforzar las medidas de seguridad, debía iniciar la búsqueda, pero no estaba conforme con su decisión, como si dejar a su hijo en manos de otra persona pudiera hacer que este sufriera algún mal. Estaba la bruja también, pero necesitaba algo más.

Se giró hacia sus hombres. Todos ellos, los treinta que habían partido en busca de su hijo, eran leales, o eso quería creer, pero después de lo averiguado aquel día, una parte de su estructura interna había caído con fuerza, trayendo con ello una sensación de flaqueza que detestaba.

—¿Quieres que me quede? —preguntó James, dando un paso hacia delante, con predisposición y paciencia, pues podía ver la incertidumbre que asolaba a su alfa.

—Te necesito a mi lado.

—Yo lo haré —aseguró Samael, adelantándose—. Me aseguraré de que el cachorro esté a salvo. No podrán entrar aquí.

Rolfe hizo un gesto a ambos hombres para que lo acompañasen, alejándose del resto.

—Ambos sabéis lo que hemos descubierto hoy. Heyden está en peligro incluso en mis tierras. Debes mantenerlo vigilado en todo momento. No confío en nadie más.

—Somos leales a ti —respondió Samael.

—Lo sé, pero necesito irme de aquí sabiendo que extremaréis la seguridad al máximo. En la habitación de Heyden solo pueden estar Gliss, Cassidy y tú. Vela su sueño, comprueba que nadie intenta llegar a él, sea quien sea y, en especial, quien ambos sabéis.

—Así se hará.

Regresaron junto al grupo. Las pautas eran claras, solo debían encontrar el primer rastro.

Para sorpresa de todos los presentes, Cassidy se adelantó, colocándose frente a él.

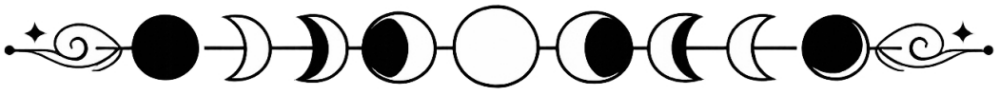
—No puedo sentirla, no veo nada y eso no es buena señal.

—La traeré de vuelta sana y salva.

—Ten, te ayudará cuando no sepas qué camino tomar —dijo ella, colocando sobre su mano un colgante en forma de luna.

Rolfe lo miró con cierta desconfianza. Aunque sabía que la mujer era una gran amiga de Nicte, la magia se le antojaba extraña e incontrolable. Aun así, agradeció el gesto y se colocó el collar alrededor del cuello. La cadena era lo suficientemente grande para que, al transformarse, pudiera estar en Dante sin apretarle.

Se despidió de su hijo, asegurándole que encontraría a su madre pronto y, con solo un gesto de la cabeza, el grupo inició la búsqueda.



El ulular del viento se colaba por las rendijas de aquel lugar. Tenía frío y se sentía sola. Aunque trataba de mantener la esperanza, se sentía mal, vulnerable e insuficiente. Tan sola que se estremecía con cualquier sonido que llegaba hasta ella. La pérdida de sus poderes y el silencio de Kirah eran demasiado para asumir en tan poco tiempo.

Jamás se hubiese imaginado que no tener esas partes de ella activas la haría sentir tan pequeña.

La visita de su padre había sido suficiente para hacerle entender lo que estaba por llegar. Sabía lo que su negativa iba a provocar.

Conocía al hombre que había iniciado todo. Parecía amable hasta que se le llevaba la contraria y, en ese instante, no necesitaba ponerse una careta. No quería engañarla, sino hacer que cediese ante su injusta necesidad.

Heyden. Pensar en él la hacía bien. Sabía que estaba a salvo y eso era lo único que la mantenía en pie.

La puerta del calabozo se abrió con demasiada fuerza. Golpeó contra la pared, rebotó y golpeó al hombre que entraba en el lugar con un candil. La obscena maldición que soltó resonó en las paredes, rompiendo el silencio.

Nicte tuvo que parpadear para adaptar sus ojos a la escasa luz. Tres hombres se colocaron a dos pasos de ella. Uno, más adelantado que los otros dos, tenía una expresión en apariencia serena, pero una pizca de odio asomaba a sus ojos.

—De nuevo frente a frente, Nicte —dijo con una sonrisa de suficiencia, observando sus muñecas atadas y la palidez de su rostro. A su entender, un justo pago por el tiempo perdido.

—Hola, Gideón.

—Me agrada saber que me recuerdas.

—¿Cómo podría olvidarte?

—Durante un tiempo pensé que había conseguido…

—¿Manipularme? Me juzgaste mal, suele pasar. Una chiquilla embarazada tratando de sobrevivir entre humanos. Una loba sin manada. Era fácil pensar que iba a caer en tus redes.

—No lo hiciste. Huiste y desapareciste, ¿cómo?

—La magia no debe desvelarse. Hace casi seis años te dije que no quería unirme a tu causa. ¿Qué te hace pensar que he cambiado de opinión?

—¿Quién dice que me importa lo que tú consideres? Es tu última oportunidad. Tengo una bruja ahí fuera, un pacto de sangre y a ti. Accede a traerme al mocoso y saldrás bien librada. Niégate y comenzará tu tortura.

Un suspiro de cansancio fue lo único que salió de la boca de Nicte. Sostuvo la mirada de aquel hombre y cruzó los brazos como pudo debajo de su pecho.

—No —contestó, alzando la cabeza con seguridad.

—Bien, tengo un regalito para ti.

Él se giró hacia el hombre que lo acompañaba, el mismo que había azotado el portón, e hizo un gesto hacia ella.

—Recuerda que no puedes matarla… todavía.

Nicte supo lo que iba a pasarle antes de recibir la primera bofetada. En el quinto golpe perdió la cuenta y el equilibrio. Trató de taparse la cabeza con las manos y aguantó como pudo, acurrucada contra la pared.

Puñetazos, patadas, bofetones… no parecía haber fin en aquella lluvia de dolor que no podía detener, pero se mantuvo en silencio. No rogó, no pidió auxilio. Aguantó como pudo aquella situación hasta que él se cansó o se detuvo.

Semiiconsciente acabó tumbada sobre la fría roca que cubría el suelo de forma irregular. Allí la encontró Elara una hora después, cuando le llevaba algo para comer.

La miró aterrada por lo que veía. Estaba peor de lo que nadie podía imaginar. Regresó a la puerta y pidió un botiquín o algo para curarla. Lo único que le proporcionó Marco fueron unos trapos y algo de agua.

—No es suficiente —dijo cuando recogía las cosas, al joven que se había convertido en su amigo por las horas compartidas en aquel calabozo de su manada.

—Se niegan a proporcionarle nada más a menos que cumpla con lo que desean.

—¿Qué quieres que haga con esto? —murmuró tan bajo como pudo para no alertar al resto de hombres que había en aquella especie de fortaleza.

—Haz lo que puedas —respondió él, mirando hacia la bruja— y no te olvides de inyectarla de nuevo, debes mantenerla a raya.

Elara no respondió. Regresó al lado de Nicte y trató de limpiar las heridas de la cara con cuidado, procurando no hacerle daño. Conectó con su deseo de ayudar a las personas, el mismo que la hizo hacerse enfermera y que provocaba en ella una desazón tal que apenas podía mantenerse firme en su propósito.

La bruja había sido beligerante con ella al conocer su secreto, pero bien sabía que podía haberla herido de gravedad y no lo hizo. Solo la amenazó. Ese salvaje no había tenido piedad de ella.

Una hora después, Nicte volvió en sí. Estaba aturdida y dolorida. Temblaba de frío, pues la humedad del lugar se había instalado en sus huesos. Miró a Elara, que estaba sentada a su lado. ¿Cuidándola?

—Gracias —dijo al ver las cosas que había junto a ella y que el candil iluminaba de manera muy tenue—. No tenías que hacerlo.

—En realidad sí, me lo han ordenado.

A pesar de su respuesta indolente, algo en la mirada de aquella joven le hizo saber que no estaba de acuerdo con cómo se habían comportado con ella.

—Te has aliado con el enemigo.

—Me han orillado a ello. Estoy desterrada de mis tierras, enviada a otra manada de la que no sé nada. Marco me salvó y…

—Te trajo al infierno, ¿acaso no lo ves?

La joven negó con la cabeza. Dejó de contestarle. Ella solo quería provocarla y no iba a darle el gusto de conseguirlo. Revisó sus heridas con cuidado, pues, a pesar de sus diferencias, primaba su obligación como enfermera.

Después sacó de una pequeña bolsa refrigerada el mismo brebaje que le había inyectado horas antes, con una pizca de acónito para tumbar a su loba y artemisa para bloquear su energía.

Nicte vio cómo introducía la aguja en el vial para cargar la jeringuilla. Pensaba envenenarla de nuevo. Era potente y la había dejado vulnerable. No quería volver a sentirse así. Necesitaba todo su potencial para enfrentarse a aquellos desgraciados. Debía convencerla de no hacerlo, pero ¿cómo?

—No lo hagas —rogó—. Elara, necesito un poco de fuerza para recuperarme.

—Me he comprometido a mantenerte en este estado.

—El mejor para que me sometan —respondió con un deje de ironía en la voz—. No les funcionará.

La joven se agachó frente a ella, con la aguja preparada para clavarse en su piel, pero algo en la expresión derrotada de Nicte la hizo titubear.

—Solo les sirves por lo que sabes —prosiguió la bruja, observando sus dudas reflejadas en su rostro—. ¿Qué crees que harán cuando no puedan conseguir nada de ti?

—Ahora esta es mi manada.

—Una sin tierras, sin apenas gente, que se dedica a torturar mujeres —continuó, sabiendo que estaba funcionando por la palidez que se instaló en su oponente—. Deja que pasen unos días y sientan la necesidad de tener relaciones sexuales. No nos salvaremos ninguna y no hay nada más horrible que ser forzada.

La joven carraspeó, pues se había atragantado con su propia saliva mientras su mente fértil recreaba la escena que la mestiza había descrito. Sonaba mal, horrible y, en el fondo de su alma, sabía que había una parte de realidad en aquello.

—Me prometió que me protegería.

—Es solo un peón prescindible, como tú. No soportarán mi silencio por mucho tiempo. Dejarán esos métodos y usarán otros peores. Mientras tanto, tú también estás a su merced. Eres muy joven. No quieres pasar por un abuso por la promesa vacía de un muchacho imberbe.

—¡Cállate!

Elara acompañó aquel grito desesperado con un movimiento rápido. Se alzó sin llegar a pincharla. Tenía un nudo en la garganta por imaginar lo que ella le decía. No debía, pero cada frase de la bruja se colaba en su interior y removía sus cimientos, junto a las pobres promesas de Marco.

—Aquí no has encontrado a tu pareja, no pierdas el tiempo. La amenaza es grande, si yo puedo sentirla, tú también.

—Silencio —pidió con desesperación—. Estoy sola, desterrada, rota. Un lobo sin manada no es nada.

—Te equivocas. La manada es importante, jamás te lo discutiría, pero ahí fuera hay un mundo muy extenso. Yo conseguí mi propia familia, gente leal que daría todo por mí y algunos ni siquiera eran hombres lobo, pero sabía que podía contar con ellos. Encontrarás tu lugar de nuevo.

Nicte observó cómo luchaba contra sus certezas, como si quisiera invalidarlas, pero no tenía argumentos. Llevaba toda la vida en una zona, rodeada de las mismas personas, bajo un mismo mandato, casi como una colmena, y era difícil ver lo que había más allá de todo eso.

—Tienes mucho por explorar, Elara, e intuyo que en ese viaje encontrarás a tu pareja.

No supo qué responder. Se dejó caer en el suelo frente a la bruja, con el corazón latiendo acelerado por el miedo a que todo aquello no saliera bien. Se quedaron en silencio, uno denso, pesado, reflexivo, pero que ninguna quería romper.

La luz del farol titilaba, generando un ambiente íntimo e inestable. La aguja con el veneno aún estaba en las manos de Elara, como un frío recordatorio de que podría volver a drogar su cuerpo.

—¿Puedo hacerte una pregunta que me tiene intrigada? —cuestionó la joven tras varios minutos que parecieron horas.

—Adelante.

—¿Por qué no los ayudas? Te han ofrecido quedarte aquí, darte un hogar con el cachorro.

No esperaba aquello, pero Nicte sintió cómo la furia se arremolinaba en su estómago. Haciendo un gran esfuerzo para no sonar hiriente, se acomodó contra la piedra y la miró.

—No dejaré que conviertan a mi hijo en un asesino —explicó tras tres inspiraciones para calmarse—. Quieren un arma, enfrentarlo al

rey. Es tan absurdo como irreal, pues nunca llegarán a él, pero están tan cegados que no lo ven. Lo entenderás cuando seas madre.

—¿Y si no quiero serlo? —contestó Elara con un deje de desafío tan mínimo como innecesario.

—No puedes engañarme. He visto cómo te atemorizaba la idea de no poder serlo. Sé que lo deseas con toda tu alma y espero que pronto lo consigas.

Algo dentro de la joven se resquebrajó ante aquellas palabras cargadas de una emoción que no quería percibir. Qué fácil era odiar a la bruja y qué diferente tratar de comprender que era alguien con una sensibilidad tan grande como para notar su propia desesperación.

Agachó la mirada, perdida en la culpa que llevaba arrastrando desde hacía tiempo, desde antes de que la descubrieran. En su cabeza todavía resonaban las enseñanzas de su madre sobre ser una buena persona, las de su padre, que sin palabras siempre la animó a ayudar al prójimo, y las de su mejor amiga, la hermana de James, que siempre la quiso por encima de todo.

—Jamás hubiese cumplido mi amenaza. No podría ser tan cruel con otra mujer.

La voz cansada de Nicte le provocó un estremecimiento.

—Pero yo lo fui con Gliss —reconoció, sintiendo que la carga se hacía menos pesada sobre sus hombros.

—¿Por qué?

—Sophia me descubrió mirando a James más de la cuenta cuando aún no era beta. Se hizo mi amiga y, cuando supo de mi anhelo, me llenó la cabeza de cuentos, poniendo de ejemplo su propia historia con el alfa. Me lo creí, quise creerlo y poco a poco me dejé enredar hasta que preparé el primer brebaje. Para entonces ya no había vuelta atrás.

—¿Su historia?

—Sí.

Aquella afirmación hizo que la curiosidad de Nicte creciera hasta niveles desorbitados. Siempre quiso saber cómo lo habían hecho,

cómo borraron el recuerdo de sus años vividos en la manada.

—¿Podrías contármela?

Elara la miró, asombrada ante su petición. No tenía nada que esconder. Ya lo había perdido todo y sentía que Sophia la había engañado con sus horribles ideas sobre James. Por su culpa había perdido su manada, su familia y al hombre que amaba. Incluso dudaba de que la Diosa la perdonase.

—Claro. Sé muy bien cómo lo hizo, se jactaba de ello.





CAPÍTULO 2 1

Seis años antes

Enterarse de la muerte del alfa de su manada fue sorpresivo. Jamás hubiese imaginado que un hombre como él, fuerte, determinado y astuto, pudiera desfallecer al quedarse sin su luna, pero así era según el mensaje de su buena amiga. Un año había transcurrido entre una muerte y otra. Eso solo significaba una cosa: era la hora de volver a esas tierras y reclamar a Rolfe para ella.

Tenía un plan construido durante las largas horas de insomnio que le producía tratar de encontrar la manera de seducir a ese joven. Había llegado el momento de ejecutarlo. Las dudas ya no tenían cabida, menos aún cuando aquella muerte iba a precipitar el ascenso de Rolfe como nuevo alfa.

Cogió su teléfono y releyó los mensajes recibidos minutos antes. Todo parecía en orden hasta que apareció el nombre de la muerta de hambre de Nicte. El noviazgo entre ellos parecía consolidarse y, si no se daba prisa, quizá la Diosa los acabase por emparejar.

No podía permitirlo. No cuando eso haría que ella no optara a su lugar predestinado. Ella era la luna de esa manada, porque así lo creía y así debía ser, a pesar de que el muchacho nunca hubiese reparado en ella.

Buscó el número de la bruja que estaba en la manada. Meses atrás había estado allí y le hizo un encargo. La manipuló aprovechando su juventud y su inexperiencia, pues era la primera vez que vivía en una manada rodeada de lobos.

Pulsó el botón de llamada y, mientras observaba su reflejo en el espejo de pie que tenía en la habitación, esperó impaciente a que contestara.

—¿Hola? —respondió con un titubeo que molestó a Sophia. ¿Por qué estaba rodeada de tantos ineptos?

—¿Tienes todo lo que te pedí?

Un ligero carraspeo la hizo arrugar el ceño y soltar un resoplido impaciente.

—Sí, pero creo que deberías confiar en la Diosa —se atrevió a decir la muchacha al otro lado del aparato.

Sophia apretó el teléfono con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlo. Quería gritar, insultarla, afear su gesto, pero se contuvo, pues aquella cría aún tenía lo que necesitaba. Ya se desquitaría con ella cuando tomara su lugar por derecho propio.

—No pienses. No necesito tus consejos —dijo en un tono arrogante que nadie podría discutir—, sino aquello que apalabramos y que aseguraste que prepararías con celeridad. ¿Está preparado?

—Sí.

—Bien, revísalo. Asegúrate de que es perfecto. Estaré por allí dentro de dos días y lo primero que haré será ir a por ello. Es importante, no puede fallar.

—Siempre hay una posibilidad de que no funcione.

Aquella maldita bruja tenía el poder de decir cosas inapropiadas en el peor momento. Errar no estaba en su vocabulario. Solo había una cosa que podía interponerse entre ella y Rolfe y tenía nombre propio, carita de buena y un único destino: el exilio.

—Elimina esa variable.

—No tiene que ver con el tónico, sino con ella.

—Acaba con ella.

—Yo… no… no podría hacerlo. Es una barbaridad y…

Sophia chasqueó la lengua, molesta por la actitud casi infantil de aquella mujer. Tenía demasiados escrúpulos y era demasiado buena para sus intrigas, pero no podía encontrar a otra persona que la ayudara. Así que inspiró hondo y se colgó el disfraz de buena.

—Creo que no me he explicado bien —dijo impostando la voz, haciéndola sonar más dulce de lo que era—. Esa es un estorbo, pero

puede ser distraída. Solo necesito que esté fuera de la ecuación cuando yo llegue. En cuanto Rolfe me vea sabrá que soy su pareja predestinada.

«Gracias a mi tónico… ¿qué estoy haciendo?» se preguntó la joven, notando que las dudas volvían a asaltarla.

—Sé que puedes hacerlo —prosiguió Sophia, ajena a la zozobra de la bruja— y serás recompensada por ello. Soy la futura luna, no olvidaré tu lealtad.

La mujer al otro lado del teléfono se quedó muda, mirando el aparato, mientras el pitido que anunciaba que Sophia había cortado la llamada se convertía en la banda sonora de su inquietud.

Solo hacía aquello por dinero. Lo necesitaba para poder pagar una gran deuda que tenía, herencia de su padre, pero lo que Sophia le pedía le parecía cruel e innecesario si ella era por derecho la luna de la manada.

Quería negarse, pero aun así, al día siguiente terminó el segundo tónico. Una gota perjudicaba la salud de quien lo tomaba, haciendo que tuvieran que ayudarle en cualquier cosa durante varios días. Todo el frasco podría provocar la muerte en alguien con la salud delicada.

—No puedo hacerlo.

Era horrible y peligroso. Estaba a punto de abrir el vial y tirarlo por el fregadero cuando la puerta de su cabaña se abrió y apareció en el umbral la mejor amiga de Sophia, exigiendo el maldito brebaje.

—Ya tienes la distracción, ¿verdad? —cuestionó entrando en la pequeña estancia y mirando la mano de su oponente—. Ya veo que sí.

Sin esperar respuesta, alargó la mano y tomó el frasco de vidrio sin perder tiempo ni pedir permiso.

—¿Qué le hará esto?

—Solo debe poner una gota del tónico y la persona se sentirá bastante mal durante varios días. Eso le daría tiempo a la futura luna de llegar y usar el otro, el que acelerará la conexión con el futuro alfa.

—Suena maravilloso —respondió la loba con una sonrisa de suficiencia—. Te has superado de nuevo. No sabes el bien que vas a hacernos a todos gracias a esto.

—Podría ocuparme yo de dárselo —ofreció la bruja , pues algo en la expresión de la joven la hacía desconfiar de ella.

—No será necesario. Yo lo haré.

—Solo debes echar una gota, eso es muy importante. No es necesario más —repitió, poniendo mucho énfasis en la advertencia.

La amiga de Sophia la miró con el ceño fruncido y una expresión de asco que la dejó helada.

—Sé lo que debo hacer. Ya no es cosa tuya. Mantente en silencio si quieres seguir aquí.

La vio salir tras la velada amenaza, con la cabeza erguida y un gesto de desdén que la estremeció. No podía frenarla ni ponerse en su contra. Tan solo esperaba que siguiera sus instrucciones al pie de la letra.

Aunque una parte de ella intuía que iba a presenciar una catástrofe que siempre planearía sobre su cabeza.

La amiga de Sophia recorrió el espacio que iba desde la casa de la bruja hasta la casona. Allí entró en la cocina y cogió una de las mini tartas de arándanos que estaban preparadas para la cena. Tras manipularla y envolverla en papel kraft de color marrón, salió de allí rumbo a crear la mejor distracción. En la primera papelera que encontró, tiró el frasco de vidrio vacío.



CAPÍTULO2 2

Heyden había pasado la noche intranquilo y la mañana mirando por la ventana, esperando ver a su madre recorrer el sendero hasta la casona o a su padre regresar con buenas noticias, convertido en el majestuoso lobo negro que era. A medida que pasaban las horas y sus deseos no se cumplían, la congoja se iba acumulando en su pequeño cuerpo, haciendo que, por momentos, se le escaparan las lágrimas y soltara algún sollozo que Gliss trataba de consolar.

Nada de lo que hacían ella y Cassidy parecía alejarlo de aquel estado de intranquilidad que lo acompañaba. No había querido comer nada, apenas bebía agua y sus juguetes permanecían esparcidos a su alrededor, olvidados.

Solo podía pensar en su madre. Era su mundo y no estaba a su lado.

—¿Debería avisar a James de lo que pasa?

—No podemos crearles más preocupación. Aún no la han encontrado. ¿Cómo es posible que no notemos nada de ella? —cuestionó la bruja, enojada ante aquella falta de noticias.

—No lo sé. El vínculo entre ellos debería servir.

—No si la están drogando, como creo.

Dos golpes en la puerta las hicieron girarse hacia ella. No esperaban a nadie. Samael había ido a reunirse con las patrullas para que le informaran de las novedades y era pronto para que trajeran la comida.

Gliss se levantó de la silla ante la insistencia del visitante que estaba tras la madera. Fue hasta la puerta y la abrió lo justo para encontrarse con la prima del alfa.

—Venía a ver al cachorro —informó con un aire de suficiencia que puso en alerta a ambas mujeres.

—Lo siento, Eris, pero no es el momento. Heyden no se encuentra bien.

—Veo que está fuera de la cama —prosiguió la loba, tratando de empujar la puerta y encontrándose con la férrea resistencia de Gliss —. Solo será un momento. Le traigo un chocolate para alegrarle un poco.

—No es necesario. Además, pronto vamos a comer.

—¿Acaso no sabes quién soy? —preguntó con un aire engreído que hizo que Cassidy se alzara, dispuesta a contraatacar si era necesario—. Esta casa me pertenece tanto como a Rolfe. He dormido en esta habitación cuando era una cría y mis tíos me acogieron. Apártate de mi camino.

—No.

Eris estaba decidida a entrar, dispuesta a terminar con lo que había empezado. Empujó la puerta con tanto ímpetu que esta cedió, abriéndose con fuerza y golpeando a Gliss, que acabó sentada en el suelo, con la mano en su vientre.

Los ojos de la loba recorrieron la escena. Entre ella y el pequeño solo quedaba un oponente, la amiguita de Nicte, la bruja de aspecto cansado que ni siquiera se movió al verla entrar. Insignificante y prescindible.

—Lo siento —dijo con una voz chillona que quería parecer amable, dirigiéndose a Gliss—. Nunca entenderé por qué el servicio se toma atribuciones que no le pertenecen —afirmó con soberbia—. Heyden, tengo algo para ti. Te gustará mucho.

Sacó del bolsillo la chocolatina. El papel estaba abierto y Cassidy pudo notar un olor muy característico que desprendían no solo el chocolate, sino también la loba.

Antes de que diera un paso, la bruja hizo un movimiento con la mano y la chocolatina dejó el agarre de Eris para volar hacia ella.

—¡Fuera de aquí! —ordenó sin alzar la voz.

Eris no podía creer lo que acababa de pasar. Se giró hacia la bruja, ofuscada, intentando retomar el control que había perdido en un solo segundo. ¿Acaso esa mujer no se había quedado quieta, sin inmutarse ante la caída de Gliss y su avance por la habitación? ¿Por qué intervenía ahora?

—Devuélvemelo —exigió, caminando hacia donde estaba la bruja, pero antes de llegar junto a ella sintió como algo la frenaba, anclándola al suelo sin que nadie la estuviera agarrando.

Vio un destello de sonrisa en el rostro de su rival y su enojo se incendió todavía más. No había contado con aquello.

—Yo que tú no lo haría. No sabes de lo que soy capaz, pero tengo muchas ganas de desquitarme con alguien como tú. Apestas a odio, a desdén, a malas intenciones. ¿Acaso crees que te dejaré llegar hasta él?

—¿Cómo te atreves a insinuar eso sobre mí?

—Las personas como tú siempre nos han subestimado, pero el poder que manejo no tiene nada que envidiar al tuyo. Vete si no quieres que te demuestre lo que puedo llegar a hacerte.

Eris valoró la situación. Podía hacerlo, podía terminar lo empezado y su futuro hijo sería el próximo alfa. Notó cómo la energía de su loba crecía. Quería salir a jugar, aniquilarlas. Era capaz de hacerlo. Solo tenía que acabar con ellas y después ir a por el pequeño. Nadie lo sabría nunca.

Ninguna de las dos mujeres podía creer que la prima de Rolfe se estuviera comportando así. Gliss notó cómo la transformación estaba a punto de iniciarse, se levantó con movimientos raudos y trató de llegar hasta donde estaba la bruja para protegerla. Antes de que todo se descontrolara Tyrón se interpuso entre ellas y enfrentó a su pareja.

La mirada de decepción de él hizo que la furia de la loba desapareciera de golpe.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ella me ofendió —respondió con su mejor sonrisa de disculpa adornando su rostro—. Aún está molesta porque la increpé el día

que llegó. Solo quería ver cómo estaba el cachorro y darle un dulce.

Tyrón tardó unos minutos en responder. No podía creer que ella le estuviera mintiendo a la cara. Había oído lo suficiente como para saber que su pareja tenía otro plan muy distinto. La agarró por el brazo con fuerza, más de la que usaría en otro momento.

—Volvamos a nuestra habitación.

Al girarse, la loba se topó con la mirada oscura de Samael. Había llegado junto a Tyrón. Sabía lo mismo que él y desconfiaba de tanto de ella que la soberbia de Eris se abrió paso para defenderse.

—¿Qué diablos te pasa a ti?

—Trataba de entender en qué momento te convertiste en un ser tan despreciable como para atacar a un niño.

—Yo no he hecho eso. ¿Todo por traer una mierda de chocolatina? Estáis enloqueciendo y os aseguro que mi primo os amonestará por esto.

—Tyrón, ocúpate de ella. Rolfe querrá saber la verdad cuando regrese.

A pesar de los chillidos de indignación de Eris y su alegato apresurado, nadie la ayudó. Todos los presentes, salvo Cassidy, estaban en shock, tratando de comprender en qué momento la prima del alfa se había convertido en su enemiga. Iba a ser un duro golpe para él.

—Está adulterada —explicó Cassidy ante la pregunta no formulada.

—Lo he imaginado —respondió Samael—. Ayer informé a todos los habitantes de la casona y también a quienes trabajan en ella de que nadie podía visitar al niño. Hice mucho énfasis en esa norma.

—¿Fue una trampa? —cuestionó Gliss, asombrada, pues ni siquiera a ellas les había contado sobre su plan.

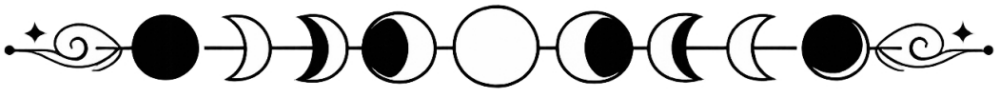
—Sí, llevamos tiempo sospechando que alguien estaba haciendo cosas cuestionables. Eris se ha delatado, es la única que ha querido entrar aquí.

—Para envenenarlo.

Los tres se miraron compartiendo una sola certeza: Rolfe sería implacable en su castigo.

—No.

El leve murmullo de Heyden atrajo la atención de los adultos. Cassidy estaba a punto de llegar hasta él cuando un chillido de terror escapó de sus labios. Era testigo de algo que ninguno de los presentes podía ver.



Nicte se retorcía de dolor contra el suelo. La paliza que acababa de recibir fue tan desmesurada que la dejó postrada, sin aliento, con lágrimas surcando sus mejillas y con la esperanza de que su silencio mantuviera a su hijo lejos de aquellos salvajes.

No supo que estaba acompañada hasta que sintió la mano cálida de Elara en su hombro. Alzó los ojos y, en la penumbra que las envolvía, pudo ver el miedo de la joven.

—Cuando te desmayaste me obligaron a entrar y ver cada golpe.

—Huye, tú que puedes. No te quedes con ellos.

—He estado pensando cómo sacarte de aquí —la informó en un murmullo—, pero habría que atravesar toda la fortaleza y es inmensa.

—No podría ayudarte. Kirah no está y… —una tos seca interrumpió su discurso. Se llevó la mano a la boca y, al separarla, pudo ver una mancha de sangre en su palma.

Elara soltó un agudo chillido al ver aquello. Se apresuró a buscar algo con lo que limpiarla, pero no tenía nada en los bolsillos, ni un mísero pañuelo de papel.

—Hazme caso —pidió la bruja—. Vete, llévate a ese muchacho, haz una vida nueva. No merecen tu lealtad, no la valorarán. Gideon está cegado por un ideal que no va a obtener. No mueras por una causa injusta con un niño de cinco años.

—No puedo dejarte aquí.

—Si sobrevivo a esto, prometo que intercederé por ti frente al consejo, pero márchate o no podré hacerlo.

Aquella advertencia se quedó clavada en el pecho de Elara. Sabía que Nicte tenía razón. De alguna manera que no entendía, la estaba protegiendo, pero se sentía una cobarde dejándola ahí a su suerte, con unas personas que parecían querer matarla.

En un acto de desesperación y rebeldía trató de arrancar las cadenas que la anclaban a la pared, pidiéndole ayuda a su loba, pero no consiguió moverlas ni siquiera un poco.

—No puedo —concluyó derrotada tras diez minutos intentándolo.

—No pierdas el tiempo y márchate, ahora.

Elara no lo pensó más. Arrastrando la culpa por dejarla a merced de esos desalmados, salió de la celda y fue en busca de Marco. Lo encontró solo, en una sala, sentado en un sillón cubierto con una sábana gris, con los ojos rojos por haber estado llorando.

—La van a matar —murmuró, asustado por el alcance que estaba teniendo aquella situación—. Todos la desprecian, no tienen piedad de ella y yo… fui quien la trajo aquí, me siento fatal. Su hijo la necesita.

La joven lo miró, asustada por el miedo que leía entre sus palabras, pero no sabía cómo hacerle reaccionar de aquel estado de shock.

—Me voy —afirmó Elara, agachándose junto a él en aquella sala de muebles viejos y apolillados que un día fue un salón imponente—. Me gustaría que me acompañaras, pero debes decidirlo ya.

—¿Y ella?

—No podemos salvarla. No se tiene en pie, me pasé con la dosis que le di cuando la atrapamos. Podría incluso haberle provocado un paro cardiaco si no fuera tan fuerte.

—No era necesario hacer eso.

El tono de reproche de aquella frase molestó a la loba. Ya tenía bastante con su propio sentimiento de culpa como para dejar que nadie cuestionara sus acciones, nadie que no fuera él.

En el tiempo compartido en aquella celda había creado un lazo fraternal con Marco que iba más allá de la sangre e incluso de su propio malestar, así que se apresuró a contestarle, temiendo que pensara mal de ella y la dejara sola.

—Quise desquitarme —se justificó—. Nunca imaginé el infierno al que la traeríamos y no estoy orgullosa de mis acciones, pero anoche no la inyecté y estoy segura de que en breve Rolfe la sentirá. Estaremos en peligro si no nos vamos ahora.

Si Marco tenía dudas, con aquellas palabras se habían disipado del todo. Se levantó con rapidez y, tras coger cuatro cosas indispensables de su habitación, se marcharon por la puerta de la cocina. A lo lejos sonó un aullido aterrador, sin duda el preludio de una batalla que acabaría con la manada del Eclipse.

Rayden se movía inquieto en la estancia que utilizaban como sala de reuniones. Había tenido que oír al menos dos veces el relato de la paliza que Jost le había dado a su hija y sentía náuseas solo de pensarlo.

Cuando Gideon salió del lugar, él aprovechó y fue hasta la celda. La imagen que se encontró fue dantesca. Nicte estaba en el suelo, hecha un ovillo, tiritando de frío y sollozando muy bajito para que nadie la escuchara.

—Cachorra —dijo, arrodillándose junto a ella y apartando los rizos pegajosos de su rostro para mirarla.

Mala idea. Tenía un gran moratón debajo del ojo derecho que hacía que no pudiera abrirlo, un golpe reciente en el pómulo izquierdo que sangraba y una brecha en la frente que necesitaba atención inmediata.

—Maldición, pequeña. Te dije que les ayudaras.

—Nunca.

A pesar de la poca fuerza que tenía la bruja, la rotundidad de aquella negativa seguía teniendo el mismo peso que las anteriores. Estaba dispuesta a todo.

—Todos a sus puestos.

El grito sonó amortiguado en la celda, pero no hizo que Rayden se moviera. Quería ayudarla, tratar de hacerlo al menos, pero su falta de valor era más fuerte que su deseo de protegerla. Así que se quedó paralizado, observando aquel desastre sin actuar, hasta que un gemido de Nicte lo puso en marcha.

Superando sus propios recelos y sabiendo que, si se enteraban de que había sido él, serían capaces de herirlo de gravedad, sacó la llave de las esposas que había cogido del despacho de Gideon y abrió los aros que sujetaban sus muñecas.

Después se quitó la chaqueta negra y se la echó sobre los hombros. Estaba agachado, tratando de colocársela bien, cuando un golpe lo sobresaltó. Se giró hacia la puerta y vio la oscura figura de Gideon en el umbral, sosteniendo un candil que los iluminaba.

—No esperaba este regalo. Quizás perdamos por culpa de ese malnacido, pero me aseguraré de dejarlo en el infierno.

—Alfa, yo… verá, no pretendía… —balbuceó Rayden, maldiciendo su impulso paternal.

—Imagino lo que querías hacer, pero has ignorado una orden y debes compensarme. Deja que me ponga creativo.

Revisó la estancia y se fijó en la silla que había al fondo. Bajo la atenta y preocupada mirada de Rayden, la cogió , se acercó a Nicte y, sin delicadeza, la alzó agarrándola por un brazo, obligándola a sentarse en ella.

—Átala —ordenó, señalando una gruesa cuerda de nailon.

Rayden no pudo negarse y cumplió la orden escrupulosamente, tratando de no hacerle más daño del que ya estaba sufriendo.

—Saca tu daga.

La duda atravesó el rostro del hombre. No quería hacerlo, ya no tenía sentido. Estaban a punto de ser asediados. Era el fin de la manada, pues Rolfe arrasaría aquel lugar con todos ellos dentro.

—Muéstrame tu arma —ordenó con premura Gideon—. Hace seis años me prometiste la gloria, me hablaste de su futuro vástago, me llenaste la cabeza de pájaros.

—Tan solo os hablé de una profecía, jamás la marqué a ella como responsable de la misma. Eso lo elegiste tú.

—Sí, siempre he tenido un sentido del humor un tanto peculiar. Solo tuve que ver tu reacción al reconocerla aquel día en ese pueblo de mala muerte, embarazada, sola, perdida, con ese deje de tristeza inconfundible, para saber que le tocaba a ella. La escogí porque sabía que eso te mantendría leal a mí.

—Me usaste —afirmó Rayden, molesto por haber sido utilizado.

—Claro, un beta desafortunado, un paria, un hombre capaz de renegar de su pareja predestinada. Maleable, manejable, inferior a mí. Era demasiado bueno para ser real.

—¿Qué profecía les diste, Rayden?

Nicte había alzado la cabeza, siguiendo el hilo de la conversación, pero en cuanto supo que su padre estaba implicado en ello, un recuerdo de un antiguo cuento le vino a la memoria.

—No es posible —murmuró, abatida, hundida y enfadada al mismo tiempo—. No era más que un cuento infantil que mamá me contaba —reclamó, sacando fuerzas de donde no las tenía.

—Repítesela, tiene curiosidad por saberla —le animó Gideon, saboreando aquel desencuentro.

—Cuando la sangre del alfa se mezcle con la sangre que camina entre sombras, nacerá el heredero del eclipse y su aullido devolverá la gloria perdida a su manada.

La bruja lo miró atónita. Aquel pedazo solo era eso, un fragmento de una antigua historia que su madre le contaba antes de ir a dormir, o al menos siempre lo sintió así, aunque encajaba con su propia vivencia.

—¿Ya está?

—Sí.

—Te faltó un pedazo —anunció ella sin despegar la mirada de la de su padre—. Nunca te quedaste lo suficiente para escucharlo entero. Pero si su corazón pertenece a la noche y no al eclipse, su voz no alzará imperios. Los derrumbará.

Gideon no podía creer que los últimos años de su existencia los hubiese pasado persiguiendo una historia a medias, incompleta, insulsa. Estaba furioso y desesperado.

—Yo soy la noche y mi hijo siempre me ha pertenecido. Si fuera una profecía, jamás habríais obtenido nada de ella, pues nunca lo hubiese alejado de mí ni hubiese permitido que corrompieseis su corazón.

El duelo de miradas entre padre e hija era desgarrador. El primero estaba arrepentido. En su deseo por encajar quiso dar esperanza al alfa, asegurarse un puesto en su manada y utilizó un texto incompleto, una historia, tal vez inventada, tal vez no, que había terminado arrastrando a su cachorra a un infierno para nada.

Un nuevo ruido llegó hasta ellos. Gideon se acercó a Rayden, sacó sus garras y rasgó el brazo del hombre.

—Te toca saldar tu deuda, sobre todo ahora que vislumbro tu mentira. Después nos iremos antes de que nos descubran. Clávaselo ya.

La respiración de Rayden se volvió superficial. Miró hacia su hija, sentada y amarrada a esa vieja silla de madera. Apenas podía mantenerse erguida por el dolor.

—Vámonos ya —rogó, notando cómo los ruidos a su espalda se intensificaban.

—Asume tu derrota —se atrevió a susurrar la bruja, mirando a Gideon y atrayendo su atención.

—Lo hago, pero no me iré sin antes terminar con el castigo que mereces. Cumple mi mandato, Rayden, o te despedazo aquí mismo —ordenó, empujándolo hacia ella con más fuerza de la necesaria.

El hombre trastabilló, chocó contra su hija y ambos cayeron al suelo.

—No…

—Hazlo —ordenó de nuevo Gideon con su voz de líder, y las manos de Rayden temblaron alrededor de la daga.

—No puedo resistirme más —murmuró hacia ella, su hija, su cachorra, odiando en lo que se había convertido por cobarde.

La había fallado de todas las formas posibles, primero en su infancia y, en ese momento, incapaz de enfrentarse al hombre que lo estaba obligando a cometer una auténtica locura.

—Lo sé —respondió la bruja sin un atisbo de reproche en su mirada, lo que desarmó a aquel hombre que un día fue su padre.

Nix cerró los ojos y, un segundo después, el acero atravesó la piel de su abdomen, provocándole un dolor lacerante que apenas podía soportar. Soltó un jadeo y se perdió en un halo de desesperación. Estaba a un paso de la muerte. Jamás volvería a ver a Heyden, nunca lo abrazaría ni sentiría sus húmedos besos contra su mejilla.

«Rolfe, cuida de mi pequeño».





CAPÍTULO23

Hace seis años

No podía creer lo que acababa de escuchar. Llevaba varios días enclaustrada en casa, cuidando a su tía Naira, sin apenas salir ni relacionarse con nadie. Esta cayó enferma hacía una semana y su estado no parecía mejorar, así que estaba yendo al consultorio médico en busca de orientación cuando Eris se cruzó en su camino.

La miró con algo que se asemejaba a la simpatía, pero que no se extendía hacia sus ojos, y le soltó la noticia a bocajarro: Rolfe había encontrado a su pareja predestinada.

Pasó los siguientes cinco minutos escuchando elogios de la prima de Rolfe hacia la futura luna, sin procesar lo que escuchaba, sin entenderlo. Tan solo eran palabras vacías que la perturbaban. El mutismo de la muchacha hizo que Eris se recreara en cada detalle hasta que se quedó satisfecha.

—Así que ya sabes, no te pasees por la casona nunca más.

La loba siempre había sido amable con ella, pero aquella frase casual, casi jocosa, la golpeó más fuerte que cualquier otra que pudiera decirle.

—¿Lo has entendido?

—Claro.

Nicte se giró y corrió de vuelta a su cabaña, olvidando lo que tenía que hacer, mientras trataba de sostener el daño que aquella revelación le había causado.

Siempre supo que lo suyo era un amor a contrarreloj, una carrera contra un designio que no se podía eludir, pero no por ello dolía

menos. Impactada, herida y humillada, así llegó a la cabaña. Se derrumbó junto a la cama de su tía y lloró por esa relación rota.

Días después de aquello, la situación de Naira empeoró. Su piel se volvió cetrina, su pelo se le caía a jirones y, a pesar de la negativa de la loba, Nicte consiguió montarla en la camioneta y la trasladó al hospital.

El diagnóstico no era halagüeño. Los médicos no eran claros sobre lo que pasaba y la vida se fue escapando entre los dedos entrelazados de aquellas dos personas que se habían encontrado en el peor momento y supieron reconocerse como familia.

Una noche sin luna, Nicte, sentada junto a la cabecera de la cama, vigilaba el respirar entrecortado de su tía cuando esta abrió los ojos y la miró con ternura.

—Mi pequeña, ya eres toda una mujer, maravillosa, si me lo permites.

—Siempre has pensado lo mejor de mí, tía —dijo con una sonrisa que trataba de disipar la sombra de tristeza que la acompañaba desde hacía días.

—Cuando llegaste a mi vida, me salvaste. Me ayudaste a vivir de nuevo con tu alegría y cariño. Llenaste de luz mi camino.

—Algo raro para una diosa de la oscuridad, ¿no crees? —bromeó Nicte con los ojos anegados en lágrimas, pues aquellas palabras de su tía sonaban a despedida.

—Lo hiciste, cariño. Gracias por aparecer en mi vida. Lamento tener que irme así, pero las fuerzas me han abandonado.

—Lo sé, tía, pero no por eso duele menos. Si no llega a ser por ti, por tu cariño, por acogerme en tu casa…

—Calla, nadie debe saber nuestro secreto. Tal vez mi sangre no corre por tus venas, pero has sido la mejor sobrina que podía tener. Qué digo sobrina, has sido mi hija, mi niña, mi orgullo.

—No me dejes sola —sollozó Nicte con la voz quebrada por el dolor—. No sé qué voy a hacer sin ti.

—Seguir adelante. Mi casa es tuya desde que llegaste, esta siempre será tu manada. Lo he dispuesto todo para que puedas

estudiar lo que quieras —continuó hablando Naira con la voz entrecortada—. En el cajón de mi mesilla tienes los papeles necesarios y en la cuenta del banco, el dinero que he conseguido reunir. Úsalo con cabeza y ten mucho cuidado.

—Lo has pensado todo.

—Si eres lista, y sé que lo eres, lo guardarás y seguirás trabajando en la cafetería, pero solo los fines de semana. No puedes descuidar tus estudios —la recordó con ese tono firme que usaba siempre que quería que se hiciera su voluntad.

—No lo haré.

—Mi niña —dijo alzando la mano temblorosa para darle una tierna caricia en la mejilla—. No podía dejarte a la deriva. La luna sabe que he intentado resistir para no abandonarte. Te entrego todo lo que tengo, no es mucho, pero sé que con esto y tu tesón saldrás adelante.

—Me has enseñado bien. Ahora deberías descansar, yo me quedaré velando tu sueño.

Aquella noche Naira se apagó como una vela que ya no tiene más cera por fundir, dejando un vacío inmenso en Nicte. Se había marchado la mujer que la acogió, criándola como si fuera su hija, y el sentimiento de soledad que estaba anidado en su pecho creció un poco más. Sin Rolfe y sin su tía a su lado, la vida se había vuelto más oscura de lo que jamás habría imaginado.

Unos días después, cuando el llanto se secó, dejando paso a la tristeza, retomó sus estudios y continuó con su trabajo de medio tiempo en la pequeña cafetería de la manada. Era un lugar agradable, con un aroma denso a café y galletas de mantequilla, la especialidad del dueño. Con mesas de madera ajadas por el paso de los años, música suave y un ambiente distendido que lograba distraerla.

A pesar del dolor que sentía, las horas que pasaba allí cada tarde después de la escuela, pues había ampliado su jornada para aumentar sus ahorros, la mantenían ocupada.

Solo había un inconveniente. Cada dos o tres días, Sophia, con su séquito de admiradoras, aparecía por allí y la trataban como si fuera una basura. Con tanto desdén, que podía sentir la rabia crecer dentro de ella, convirtiéndola en un volcán a punto de ebullición. Aun así, las trataba con respeto, soportaba sus burlas y procuraba no mirarlas demasiado.

Una tarde, cuando llegó a la cafetería, el tema de conversación era Rolfe y su futuro nombramiento como alfa. Quedaban solo siete días para aquello, en ese mismo evento también celebraría su unión con Sophia. Sin poder evitarlo, Nicte sintió cómo los celos se apoderaban de su cuerpo. A pesar de ello, no podía hacer nada. Por suerte, el ritmo de la cafetería le impidió recrearse en su desgracia.

Estaba limpiando la cafetera cuando el característico aroma de Rolfe llegó hasta sus fosas nasales. Se giró para encontrarlo ahí, frente a ella, con gesto contrariado.

—Nix, acabo de enterarme de lo de tu tía. Lamento no haber estado a tu lado.

—Gracias, Rolfe.

—Sabes que puedes solicitar lo que necesites. Quizás deberías venir a la casona, hay habitaciones libres. No es necesario que trabajes aquí tanto tiempo.

La mirada de Rolfe era intensa, penetrante, cargada de algo que no quería describir. Vio cómo se acercaba más a la barra y estiraba la mano en busca de la suya.

—No me dijiste que vendrías por aquí hoy.

La voz de Sophia interrumpió el movimiento de Rolfe y Nicte sintió cómo sus mejillas enrojecían.

—Pasé a dar mis condolencias. He tenido tantas reuniones en los últimos días que no he podido hacerlo antes.

—Ya veo —contestó ella, colgándose del brazo de él y mirando a su rival sin ocultar el desagrado que esta le provocaba—. El café es espectacular, el servicio, deplorable —añadió más alto de lo necesario para que lo oyera el jefe de Nicte—. No está a la altura de un futuro alfa.

—Sophia, creo que te estás extralimitando. Este lugar siempre ha brillado por su excelencia —contestó él, molesto por la actitud que mostraba su pareja.

—¿Perdón? —dijo en un murmullo no exento de fiereza—. ¿Cómo puedes hablar así a tu luna?

Nicte esperaba que él respondiera. Por un segundo había visto un atisbo del verdadero Rolfe, incapaz de herir a nadie, atento y pendiente de ella. Sin embargo, para su sorpresa, él agachó la cabeza ante aquella reprimenda y se dejó guiar hacia la salida. Sin despedidas, sin una última mirada, sin un gesto hacia ella. Nada.

Como si Sophia manejara los hilos de una marioneta, guiándolo como si estuviera bajo el influjo de algo invisible.

«Es su pareja predestinada», le recordó Kirah con pesar haciendo que su dolor se hiciera un poco más profundo.





CAPÍTULO 24

Encontrar el rastro de Nicte se convirtió en la obsesión de Rolfe. Ni el amuleto de Cassidy ni el vínculo que compartían parecían ser efectivos y tenía la sensación de que llevaban horas persiguiendo una quimera.

Con cada error de camino, con cada lugar descartado, el desasosiego y la rabia crecían en él hasta que algo cambió. Fue sutil, apenas una brizna de un aroma que le recordaba a ella. Dante se envaró. Creyó haber oído el eco de la voz de Kirah. Al fin sabían dónde tenían que ir.

El inmenso lobo negro enfiló el sendero seguido por su pequeña manada, eran los suficientes para enfrentarse a la de Gideon. Corrieron durante una hora y, en cuanto llegaron al lugar, el aroma de Nicte se intensificó. En menos de cinco minutos, se enfrentaron y sacrificaron a los lobos que rodeaban la antigua casona.

Rolfe tomó el control y el resto de los lobos se convirtió en humano también. Estaban frente a la desvencijada puerta. Calculaban que dentro habría otros diez hombres leales a su alfa. No eran suficientes para repelerlos, no tendrían ninguna posibilidad.

—No quiero rehenes —afirmó el alfa con rotundidad, mirándolos con orgullo. Eran leales y aguerridos—. Cada uno de ellos merece perecer por sus actos. Sé que no os lo había dicho hasta ahora, pero la mujer que retienen en este lugar es nuestra luna, la madre de mi primogénito, y merece ser vengada por las atrocidades cometidas contra ella y contra nosotros.

No hubo señal de extrañeza en el rostro de sus guerreros tras el anuncio, todos, de una forma u otra lo sabían y lo aceptaban.

El rugido de guerra de los hombres hizo temblar las paredes del lugar. La puerta cedió bajo el primer empujón. Los hombres se dispersaron. Apenas encontraron resistencia, pero aun así cada persona que encontraron fue asesinada sin piedad, incluida la bruja que balbuceaba excusas, afirmando que también estaba retenida allí contra su voluntad.

James y Rolfe buscaron las escaleras que llevaban al sótano, sabiendo que allí debía estar Nicte. Con cada paso apresurado la tensión aumentaba. Cuando terminaron de recorrer el pasillo fueron testigos de cómo Gideon rasgaba el cuello de Rayden con saña y lo empujaba contra la pared.

El escenario era desgarrador. Nicte estaba tumbada en el suelo. La luz del candil apenas iluminaba su cuerpo, pero James fue consciente de lo mal que estaba a pesar de la escasa claridad.

Rolfe no podía pensar con claridad. Ver a su luna tirada en el suelo, agonizando, la sonrisilla de su rival adornando aquel acto final y el jadeo de Rayden, que se desangraba con demasiada rapidez, lo hizo enloquecer. Se abalanzó contra Gideon y lo sujetó por el cuello con tanta velocidad que su contrincante no pudo hacer nada para impedirlo. Dante se hizo presente a través de sus garras y de su fuerza inhumana. Ambos apretaron, dispuestos a quebrarlo en mil pedazos.

Nicte oía voces a lo lejos, acompañadas de gritos, golpes y gruñidos. Una batalla se libraba en alguna parte, no muy lejos de donde ella se encontraba, pero no podía moverse. Le dolía todo el cuerpo. La herida del abdomen sangraba demasiado. Estaba débil y asustada. Cerró los ojos y se dejó llevar, abstrayéndose del dolor, implorando que llegara el sueño como el único aliado al que recurrir.

Sintió cómo alguien se aproximaba, también cómo rasgaban la cuerda, liberándola de la silla, lo que le provocó un gran alivio.

—Nicte —la voz de James la sorprendió. Trató de responderle, pero no pudo—. Estamos aquí. Voy a sacarte de este lugar, pero antes…

El beta contuvo una maldición al sentir la viscosidad de la sangre entre sus dedos. Su estado era lamentable y no sabía cómo moverla sin hacerle aún más daño.

—Rolfe.

Aunque el alfa sintió la urgencia en la voz de James, no podía detenerse. Tenía que terminar lo empezado. Apretó un poco más y oyó el chasquido del cuello de su rival. Estaba a solo un paso de completar su venganza.

—Enseguida estoy, un poco más.

Miró por última vez el rostro de aquel hombre. En su tiempo fue un alfa respetado. Lo recordaba porque había acudido a su casa en ocasiones para reunirse con su padre. Poco a poco la ambición lo convirtió en un ser despreciable. Intentó armar alianzas para obtener más poder, quería derrocar al rey. Actuó por impulso y lo perdió todo.

—Vete al maldito infierno.

Apretó hasta que el cuello se fracturó. No sintió remordimiento alguno. Soltó el cadáver de aquel hombre que había osado torturar a su mujer con asco y le dio una patada para apartarlo de él.

James sostenía a Nicte y presionaba la herida de su abdomen, tratando de taponar la sin mucho éxito. Rolfe no fue consciente de la gravedad de la situación hasta que se acercó a ellos y su mundo se derrumbó.

—Nix.

—Ve a buscar algo para tapar la herida.

No podía discutir. Salió corriendo, regresó a la planta de arriba y, tras recorrer varias estancias, dio con una que antaño había sido un almacén. En un armario enorme había sábanas y mantas. Agarró todo lo que pudo y, al salir con los brazos cargados, uno de sus hombres le acercó un botiquín, aunque no recordaba haberlo pedido.

Regresó sobre sus pasos, colocó todas las cosas sobre la maldita silla y asistió a James.

El beta vendó como pudo la herida después de limpiarla con algo de suero. El corte era profundo e irregular y, a pesar de sus primeros auxilios, seguía sangrando, empapando las tiras de sábanas con las que trataba de contenerlo. Solo podía hacer una cosa, sacó de su bolsillo un vial, dispuesto a usarlo, rezando porque fuera suficiente para ayudarla

—¿Qué mierda es eso? —cuestionó Rolfe, a punto de arrancárselo de las manos.

—Me lo dio Cassidy. Dijo que lo usara solo en caso de emergencia. Quien lo consume queda paralizado. No sé bien si es la solución, pero dudo que Nicte soporte el viaje de vuelta sin esto.

—Maldición.

Rolfe se arrodilló junto a ella. Al verla tan vulnerable, la esperanza se evaporó ante sus ojos, al contemplar el estado en el que se encontraba la mujer que amaba. Agarró su mano y sintió cómo ella recuperaba el aliento durante un segundo.

Abrió los ojos y le sonrió mientras un rictus de dolor atravesaba su rostro.

—Gracias por encontrarme —dijo con mucho esfuerzo.

—Siempre. El cachorro está bien. Está en casa, allí te vamos a llevar.

—Lo sé, lo noté.

—Cassidy y Gliss están con él. No permitirán que le pase nada malo.

Ella asintió, pero poco a poco la fuerza la iba abandonando. No iba a llegar a ver a su pequeño de nuevo. Era su destino y debía afrontarlo con dignidad.

—Rolfe, cuida de Heyden por mí —murmuró con el último aliento que le quedaba.

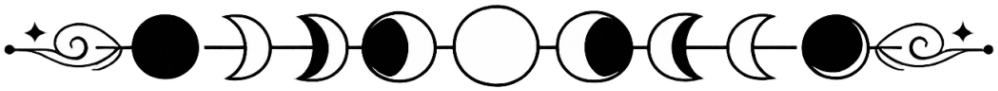
—Ni lo sueñes, Nix, no vas a dejarme solo. Dáselo.

James abrió la boca de Nicte con cuidado y vertió el líquido en ella. Segundos después notaron que todo el cuerpo de la bruja se quedaba estático, ralentizado, su respiración apenas movía su tórax,

el ritmo de su corazón era tan lento que asustaba y su herida había dejado de sangrar de golpe.

Los dos hombres se miraron, asustados ante aquel cambio tan brutal en tan poco tiempo, pero ambos confiaban en Cassidy, sabían que era meticulosa en su trabajo y jamás les daría algo que pudiera herir a Nicte.

Rolfe alzó a su mujer en brazos, la tapó con una gruesa manta que había encontrado en su búsqueda anterior y salió de allí, seguido por James, dejando tras de sí el rastro de la muerte.



La noticia del regreso de la comitiva de búsqueda con la bruja corrió tan rápido que incluso Eris se enteró de ello cuando una muchacha le llevó la cena. Tyrón la mantenía encerrada en su habitación desde que Samael dio la orden por algo que habían «malinterpretado», pero su primo había regresado y la escucharía. Estaba segura de ello.

Se sentó frente a su comida y mientras la degustaba fue elaborando su excusa, debía sonar tan convincente que hiciera parecer a los otros unos paranoicos y estúpidos. No era la primera vez que manipulaba a Rolfe, lo había hecho para ayudar a Sophia en su propósito, así que estaba tranquila. Siempre le salía bien y después, se desharía de su pareja. La había defraudado con su desconfianza.

Al otro lado del pasillo, el equipo médico de la manada junto a Cassidy trabajaban para estabilizar a Nicte. Cosieron su herida, la pusieron suero para mantenerla hidratada y trataron su cuerpo con respeto y cariño, escandalizándose con cada nuevo moratón que veían.

Cuando la noche dio paso al día, la situación de la bruja seguía siendo igual de precaria. No respondía, su loba no podía ayudarla con su fortaleza pues estaba ausente y su energía era tan mínima, que parecía solo un eco y no la demostración del poder que ostentaba.

Rolfe no se había separado de su lado en todas aquellas horas, salvo para ver a Heyden y tranquilizarlo, pero por más palabras de aliento que dijera, la falta de respuesta de ella empezaba a incomodarle. Algo no estaba bien, lo sabía.

Cassidy regresó a la habitación tras comer algo, tampoco se había despegado del lecho de la que consideraba su hermana y mantenía un gesto de preocupación que era ineludible.

—¿No puedes hacer nada más? —la pregunta de Rolfe la asaltó en cuanto cerró la puerta de la habitación tras ella.

—He puesto todos mis conocimientos en uso, no sé qué le inyectaron, pero siento que nada funciona. Necesitamos algo más contundente.

—Quizás perdió demasiada sangre.

—No, ya viste que el doctor pensó en ello, hizo las pruebas pertinentes y no consideró necesaria una transfusión.

—Entonces, ¿qué hacemos?

La mirada que le dirigió la bruja fue bastante elocuente, una parte de él ya lo había valorado, pero se resistía, quería su consentimiento y su deseo, no una imposición en un momento de angustia.

—Debes marcarla —afirmó Cass, más que una sugerencia parecía una orden escondida en su tono serio y contundente—. Tan solo eso le dará una oportunidad de sobrevivir.

Rolfe se apartó hacia atrás, rechazando con su cuerpo aquella imposición. Él sabía bien lo que era descubrir que habías sido manipulado por alguien sin tú saberlo. Durante meses, después de conocer la verdad sobre el engaño de Sophia, batalló contra sí mismo por haberse dejado atrapar de aquella manera. Fue cruel y dañino en sus pensamientos y solo la búsqueda de Nicte lo mantuvo cuerdo.

¿Cómo podía someter a esa misma sensación a la mujer que veneraba?

«Ha llegado el momento», intervino Dante, inquieto ante la situación que estaban viviendo.

—Me odiará por esto.

—Dudo que lo haga, supone darle la oportunidad de estar viva, de disfrutar de su hijo, de seguir adelante. Nicte te ha amado siempre, Rolfe —añadió Cass y un brillo de esperanza surgió en sus ojos—. Incluso cuando no pronunciaba tu nombre porque le dolía, nunca dejó de amarte.

Oír aquello inclinaba la balanza a su favor. Caminó hacia la cama y tomó su mano, buscando una señal de que Nicte se recuperaba, que solo su presencia y contacto eran suficientes, pero tras varios minutos se dio cuenta de lo que no quería ver: el cuerpo de la bruja no reaccionaba, su loba estaba perdida, sus fuerzas mermadas , estaba al borde de la muerte.

Lanzó una maldición entre dientes y asintió con la cabeza.

—No quería hacerlo así.

—Lo sé y eso es admirable, pero el tiempo se agota y el poder que obtendrá de vuestra unión la ayudará a recuperarse.

Cass no dijo nada más, fue hacia la puerta y se marchó, tratando de darle el espacio que él necesitaba para tomar una decisión, fuera la que fuese.

Rolfe se sentó en el colchón y acarició la palma de su mano con cariño. Su postura era firme, pero el miedo a no volver a escuchar su voz era más grande que sus recelos. Si no la marcaba se arriesgaba a verla morir, a que Heyden perdiera a su madre, a que él se quedara solo, sin su luz para iluminar su propia oscuridad y no estaba dispuesto a ello.

Era egoísta y asumiría sus reproches, incluso su rechazo, pero no la enterraría. No podía, era su vida. Apartó de su clavícula derecha los rizos pelirrojos, se inclinó hacia ella, agachó la cabeza y clavó sus colmillos en su suave piel, reclamándola como suya.





CAPÍTULO 2 5

Para Nicte, despertar fue como salir de una pesadilla que había durado demasiado tiempo. El dolor se entremezclaba con el cansancio, el olor a medicamentos, voces que no acababa de comprender y manos cálidas que la cuidaban y trataban de llegar a ella.

Abrió los ojos con lentitud, deslumbrada por la luz de un nuevo amanecer. Junto a la cama, la figura de Rolfe, sereno, distante, dormido. Lo observó durante unos segundos con una sonrisa en la boca; aquel hombre había sido capaz de bajar al mismo infierno por encontrarla. La certeza de que estaba a salvo la envolvió, soltó un suspiro y se sumergió en un sueño que no laceraba su alma.

Horas después, cuando Morfeo la liberó, él ya no estaba. Debería sentirse defraudada. Sin embargo, no pudo. En su lugar, Becky le sonreía entre lágrimas al verla despierta.

—¿Amiga?

—Al fin estás con nosotros —balbuceó con lágrimas en los ojos, apretándole la mano tanto que parecía tener miedo a que se escapara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nicte tomando la botella de agua que ella le ofrecía—. Juraste no volver a pisar una manada —continuó después de beber pequeños sorbos.

—Cuando Cass me dijo que habías desaparecido no pude evitar venir hasta aquí. John está aterrado —afirmó Becky con una sonrisilla de diversión—. Este mundo es demasiado raro para él, pero no quiso quedarse en casa.

—Eres un poco mala con él, es normal que esté asombrado . No hacía falta que dejarais vuestra vida por mí.

—¿Por quién si no? Eres mi amiga, casi una hermana, la única que tengo, por cierto —alegó con ímpetu—. No podía quedarme allí esperando noticias, me comía la desesperación de saber que estabas en peligro.

Las lágrimas que asomaron al rostro de Becky la conmovieron. Quería abrazarla, pero cualquier movimiento que hacía le producía dolor. Así que le devolvió el apretón de manos, tratando de transmitirle lo importante que era ella en su vida.

—¿Cuándo llegasteis?

—El mismo día que el alfa regresó contigo, hace siete noches. Nos has tenido muy preocupados. No sabes cuánto. No sabían qué hacer contigo. No despertabas.

—Lo siento.

—Si tuvieras la culpa te lo aceptaría —dijo la joven sin soltarla ni un segundo—, pero no fuiste tú a reunirte con esos malnacidos, te atraparon. Aunque Rolfe no sabe cómo anularon tus poderes, a tu loba. Todo es tan confuso.

—Lo imagino, pero os lo contaré cuando no me pesen los ojos.

—Entonces descansa, cariño. Eso es lo más importante y que cuando vuelva Heyden te vea con una gran sonrisa y menos ojeras de las que tienes.

—Eres única dando ánimos.

—Por eso me quieres.

—¿Te quedarás por aquí?

—Solo un par de días más, para asegurarme de que vuelves a estar bien. Ahora ya no me necesitas.

—Siempre lo voy a hacer. Gracias por venir hasta aquí.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo un tanto aparatoso, porque Nicte aún tenía la vía puesta y sus movimientos estaban ralentizados. Después se recostó de nuevo, escuchando a Becky, y volvió a quedarse traspuesta, en sueños cortos y reparadores.

«Despierta». La voz de Kirah aún sonaba lejana en su mente, pero la urgencia que percibía en ella la hizo reaccionar. Abrió los ojos

justo cuando Heyden llegaba hasta su cama.

—¡Mamá!

—Hola, cariño —respondió Nicte con una sonrisa que iluminó la habitación.

Gliss estaba detrás de él, junto a Cassidy. Ambas tenían una expresión de alivio que la conmovió. Heyden trató de trepar a la cama, pero tuvo que ayudarlo la loba para que llegara hasta ella.

La miró con devoción, se acurrucó contra su cuerpo y un sollozo escapó de sus labios, haciendo que las tres lo miraran conmocionadas.

—Ya estoy aquí, estamos juntos —lo arrulló ella con cariño.

Durante unos minutos, el silencio, roto por el llanto quedo de Heyden, fue lo único que se escuchó. Nicte sentía que su alma se desquebrajaba al ver el daño que había sufrido su pequeño durante su ausencia. Siempre trató de protegerlo de cualquier mal y no conseguirlo del todo sería una carga que llevaría durante años.

Cuando las lágrimas cesaron y los besos en la nariz hicieron que el niño soltara alguna que otra carcajada, el ambiente se relajó.

—No va a volver a pasar, ¿ tu maestra te explicó qué hacer si vuelve a sonar una sirena ?

—Sí, mamá, pero tengo que contarte algo —señaló avergonzado.

—Dime, cariño.

—Me perdí. Una señora me llevó lejos de aquí, pero papá me encontró.

Aquella explicación a media voz removió a Nicte. Desconocía aquel episodio, aún no había tenido tiempo de saber cómo sucedieron las cosas, pero ser consciente de que alguien estuvo cerca de llevárselo era más de lo que podía asumir. Se mordió la lengua con fuerza mientras trataba de aplacar su rabia. Quería saberlo todo cuanto antes, así que miró a sus amigas y las interrogó con la mirada.

—Sophia se lo llevó —contestó Gliss—. No sabemos cómo llegó hasta él.

—Ella me dijo hacia dónde debía ir —explicó Heyden antes de que su madre pudiera salir de su estupor—. Vino a la escuela y cuando sonó la alarma me ayudó, indicándome el camino, pero me perdí.

La vocecilla de Heyden las sorprendió a las tres. Nicte agachó la cabeza y le pidió que la mirase. Acarició su mejilla mientras trataba de tranquilizarse. Descubrir que su hijo no se perdió a posta, sino porque alguien lo empujó hacia ese camino, era más de lo que podía asumir, pero debía mantener la compostura.

—¿Quién fue, cariño? —preguntó aparentando una calma que no sentía.

—La que vino el otro día a traerme un chocolate y tiró a la tía Gliss al suelo. ¿Por qué hizo eso? —cuestionó el pequeño, mirando a las dos mujeres que estaban allí y lo habían cuidado todos esos días.

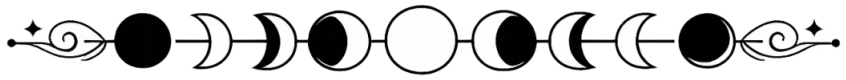
—Maldita perra —masculló Cassidy, indignada ante aquella revelación.

—¿A quién se refiere? —cuestionó Nicte, mirando a Gliss, que parecía demasiado aturdida para hablar.

—A Eris. Trató de envenenarlo.

—Pero ellas no la dejaron llegar a mí —concluyó el niño.

—Eso es lo que hace la familia, pequeño. Protegerse —concluyó Cass, viendo que Nicte no era capaz de hablar.



La perplejidad dio paso a la rabia más absoluta. Si la tuviera frente a ella, acabaría con su miserable vida sin ningún tipo de remordimiento. No solo entregó a su hijo a la loca de Sophia, sino que trató de matarlo cuando vio que no había conseguido lo que se proponía.

Rolfe acababa de recibir la noticia de que Nicte estaba despierta y lúcida. Durante las noches en las que la cuidó, pidió a la luna que aquel momento llegara cuanto antes, pero en ese instante, la incertidumbre que sentía al no saber cómo iba a reaccionar ante su decisión lo mantenía alejado de su habitación y de su ansiada compañía.

Así que decidió que había llegado la hora de enfrentarse a la que un día fue su hermana. Antes de que pudiera dar la orden para que la trasladaran a la sala del consejo, James entró en su despacho junto a un guerrero de la manada de Mako que parecía atemorizado.

—Nos trae noticias de Sophia.

—¿Se ha escapado? —cuestionó mientras recibía el sobre con la misiva de su homónimo.

—Lo siento, alfa, me declaro culpable de ello y asumiré el castigo que quieran imponerme.

El hombre cayó al suelo, con la cabeza gacha, dispuesto a morir por su error. Rolfe estaba sorprendido ante aquella reacción tan visceral. Abrió la carta con creciente curiosidad.

Alfa Rolfe:

Lamento comunicarte que no podremos transferir a Sophia a tus tierras. En el traslado desde su celda para ser juzgada por allanamiento, se escapó burlando al guardia que tienes frente a ti. Al saber lo peligrosa que puede llegar a ser, ordené que la abatieran y así se hizo.

No era mi intención privarte de tu derecho a decidir sobre su castigo, pero consideré que vuestro pequeño no merece correr ningún riesgo.

Acepta mis disculpas y déjame saber cómo puedo resarcir mi culpa. Te entrego a Sam; es un buen guerrero, pero se confió con una mujer porque la vio débil y asustadiza.

Haz con él lo que consideres.

Alfa Lucke.

Tras leerla, se la entregó a James para que hiciera lo propio. Sophia estaba muerta, un problema menos del que ocuparse. Observó al hombre que mantenía la cabeza gacha y le ordenó que se levantara.

—¿Viste morir a la mujer?

—Sí, participé activamente en su persecución y ejecución.

—Bien, ¿cómo debemos proceder, James? —cuestionó, aunque tenía una idea de qué hacer.

—Dudo que lo hiciera adrede.

—Por supuesto que no, beta. Esa mujer ni siquiera me miró, parecía triste, abatida. La solté un segundo del brazo y echó a correr.

—Sam, sé que eres un buen guerrero. Si no , no te habrían encomendado una misión tan importante como custodiar a Sophia, pero ella era una víbora que sabía usar sus armas. Te quedarás aquí durante treinta días bajo las órdenes de Samael. Él te entrenará y, tras esas jornadas, volverás a tu manada junto a tu alfa.

—No piensa castigarme.

—No, no tengo motivos para hacerlo.

El hombre asintió, agradecido con la benevolencia del alfa. No esperaba aquel trato de favor, pero pensaba aprovecharlo y demostrarle a su propio líder que podía confiar en él de nuevo.

—James, debemos empezar con Eris. Convoca a todos los implicados y pide a alguien que ayude a Sam a instalarse. Después responderé la misiva del alfa Lucke explicándole lo acordado.

—Por supuesto.

Dejaron a Rolfe solo. Estaba a pocos minutos de enfrentarse a una realidad que no había querido ver, negándose a aceptar que su prima mantenía una actitud horrible hacia él, actitud que siempre había disculpado.

«Es una maldita arpía», le recordó Dante mientras salían del despacho rumbo a la sala donde sería juzgada. Aquella amplia estancia solían utilizarla para las reuniones con otras manadas; allí se habían creado alianzas y roto pactos. Contaba con una tarima de madera y unas treinta sillas mirando hacia ella.

Una de las muchachas que atendía en la casona entró con paso apresurado.

—Alfa, el beta indicó que colocara unas sillas en forma de semicírculo, ¿le parece correcto?

—Hagámoslo, como siempre James anticipándose a mis necesidades.

Entre los dos colocaron en forma de luna creciente las sillas que ocuparían él y sus hombres; frente a ellos, una sola, la de Eris. Iba a ser juzgada y sabía que se daría cuenta en cuanto entrara allí.

La joven salió rauda del amplio salón y él esperó de pie, mirando hacia la puerta. Poco a poco todos fueron llegando: primero Samael, después James junto al miembro más anciano del consejo y, tras ellos, Eris, custodiada por Tyrón y dos de sus mejores guardias.

—Mantengan su posición —les ordenó con severidad, fijándose en el miedo que exhibían los ojos de su prima.

—Rolfe, ¿qué significa todo esto? —cuestionó alterada mientras la conducían hasta el sillón de madera y la hacían sentarse.

Los hombres tomaron asiento frente a ella, todos menos Tyrón. Rolfe no había contado con él y no sabía de qué lado estaba, así que no le ofreció asiento, dispuesto a enfrentarlo si trataba de justificar a su compañera.

—Eris —comenzó a decir Rolfe, pero ella lo interrumpió.

—Llevo días encerrada por ese sabueso que tienes por omega —dijo la loba señalando a Samael con el dedo—, ignorando quién soy yo en estas tierras, y no hablemos de mi supuesta pareja, que está jugando al mismo juego que ellos.

—Traición, engaño, mentiras, juego sucio… hay una larga lista contra ti.

—Todas falacias de gente ociosa.

—No lo creo. Nadie aquí tenía motivos para sospechar de ti. Yo mismo he rehusado incluso mis propias sospechas hasta que la verdad se ha abierto paso con pruebas contundentes.

—¿De qué pruebas hablas? No tienes nada en mi contra.

—Has hecho cosas muy graves —prosiguió Rolfe con severidad—. Recientemente hemos descubierto la última de ellas. Tú empujaste a Heyden lejos de los límites permitidos para cualquier cachorro.

Aquella verdad quedó flotando en el aire. El rostro de Eris empalideció. No esperaba ser descubierta de aquella forma y tan rápido. Debía contestar, pero las palabras estaban atoradas en su garganta.

—No sé quién habrá dicho eso, pero es mentira —se defendió pobremente, sin que ninguno de los presentes la creyera—. Jamás haría una cosa así.

—Sophia llevaba fuera de estas tierras un año. De pronto aparece, justo en plena alerta roja. No solo eso, no habría sido capaz de reconocer y llevarse a mi hijo entre una veintena de cachorros. Nunca se interesó por los niños de la manada, no podría haber acertado de no recibir ayuda. La tuya.

—Rolfe, juré que jamás volvería a hablar con esa mujer.

—¿Ni siquiera para librarte de Nicte? No te creo. No la aceptaste en su día, tan solo fingías soportarla.

—Esto es absurdo —replicó ella mientras se acomodaba en la silla una y otra vez.

—Déjame tu teléfono.

—No tienes derecho a verlo, es mío, personal. Esto es una locura, no pienso aguantar ni un minuto más aquí.

Eris se alzó. Quería marcharse, volver a elaborar un plan y dejar que el cabreo de su primo se evaporara. ¿Cómo iba a imaginar que el niño hablaría? Solo él podía haberla delatado. Maldito mocoso.

—Siéntate.

Aunque quería, no pudo ignorar aquella orden.

Rolfe hizo un gesto hacia Samael. El hombre sacó la chocolatina y se la entregó al alfa bajo la atenta mirada de Eris.

—Veo que la reconoces. Es otra de las cosas de las que hoy te acuso. No podías entrar en la habitación de Heyden. Sin embargo, lo hiciste, tirando a Gliss al suelo y tratando de entregar esto.

—Es solo un chocolate —respondió desdeñosa.

—Entonces, dale un mordisco y demuéstrame que no está adulterada.

Eris miró la chocolatina con recelo y rechazó cogerla cuando Rolfe se alzó para entregársela. El alfa se volvió a sentar, mientras la rabia empezaba a dominarlo.

—¿Cómo sé que esa bruja no hizo nada con ella?

—Porque no la ha custodiado ella. Se la entregó a Samael, que la guardó a buen recaudo en mi despacho; como sabes, muy pocos tienen acceso a él y Cassidy no es una de esas personas.

—Esto es indignante, que sospeches de tu hermana por lo que dicen esas mujeres.

—Alfa, tengo algo que aportar al caso.

Para sorpresa de los presentes, Tyrón dio un paso al frente sosteniendo su teléfono y lo puso en marcha. Se escuchó la voz de Eris en un tono un poco más agudo de lo normal.

Sophia, ¿dónde estás? ¿Ya has acabado con tu misión? Necesito saber si el niño ya pasó a mejor vida. Llámame cuanto antes.

El rostro de Eris empalideció. Lo que menos esperaba era ser traicionada por su pareja, pero la prueba era contundente.

—No quería creerlo, pero aun así lo grabé mientras llamabas a tu cómplice. Lo he escuchado cientos de veces, pero me negaba a considerarlo real hasta que te vi entrando en la habitación de Heyden cuando no se podía. Todo encajó.

—Tyrón, no es lo que piensas —dijo, tratando de obtener de nuevo su favor.

—No puedes justificarlo, no hay forma de hacerlo. Querías acabar con un niño mientras tratas de concebir el nuestro. ¿Qué clase de persona eres? —cuestionó el hombre, horrorizado ante las acciones cometidas por su pareja predestinada.

No podía soportar aquello. Se sentía herido, traicionado, engañado por ella y por la Diosa que los había emparejado, a menos que…

—¿También a mí me has drogado para hacerme creer que soy tu pareja predestinada?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Quizás por todo lo que has hecho hasta el momento —añadió Rolfe, mirando a ambos alternativamente—. Tienes una forma de averiguarlo.

—Ni lo sueñes, no le des esa idea. Somos uno.

—No necesito que él me instruya. Sea como sea, no quiero estar con una persona tan rastrera como tú. No me importan tus motivos, tan solo librarme de ti.

—No puedes hacerlo, nos amamos.

Eris se levantó, llegó hasta Tyrón y agarró su chaqueta, rogándole sin cesar que no cometiera una locura.

—Por desgracia, fueron tus decisiones las que inclinaron la balanza. No puedo amar a alguien capaz de herir a un niño inocente. Así que yo, Tyrón McAffie , te rechazo a ti, Eris de Montange, como mi pareja predestinada. Rompo nuestro vínculo en estos momentos y maldigo el día en que nuestros caminos se cruzaron.

Un dolor agudo atravesó el pecho de Eris. Cayó al suelo, devastada ante aquella situación. Rota. El daño era inmenso y parecía cubrir todo su cuerpo con un manto de desesperación.

Por su parte, Tyrón también notó el castigo realizado, pero de una forma más suave, como si la Diosa se apiadara de su decisión y la comprendiera. Sí, eran una pareja designada, pero los actos de Eris avalaban la decisión de él y lo protegían.

—Alfa, me retiro. Hoy mismo regresaré a mi hogar.

Rolfe se alzó, mirándolo con respeto. Lo había juzgado mal, pensando que él apoyaría a su mujer a pesar de todas las atrocidades cometidas. Se merecía su apoyo. Le ofreció su mano y él se la estrechó en señal de respeto.

—Este siempre será tu hogar si lo necesitas. Gracias por tu ayuda, por las pruebas aportadas y por ser el mejor cuñado que podía tener. Lamento que hayas tenido que pasar por este trance.

—Gracias.

Tyrón no esperó nada más, ni siquiera miró a Eris por última vez. Se marchó de allí con la cabeza alta y el corazón resquebrajado en mil pedazos.

Rolfe no se apiadó de su prima. Cada decisión que ella había tomado estuvo envuelta en un halo de cinismo y perversión. No merecía su lástima, tampoco ningún tipo de consideración por su parte.

—Dinos tu veredicto, Amadeo.

—Tras valorar todo lo escuchado aquí, la considero culpable de traición y de intento de asesinato.

—¡¡No!! Jamás hice nada de eso —protestó débilmente Eris.

—Gracias, podéis retiraros.

En cuanto se quedaron solos, Rolfe se agachó frente a ella para observar el rostro lloroso de aquella mujer. Si la quiso, aquel cariño fraternal había quedado en el pasado, en los recuerdos compartidos. En ese instante la aborrecía con todo su ser.

Sacó su propia daga del cinturón y la posó en el suelo, frente a ella. Vio un destello de reconocimiento en los ojos de su prima: había dado justo en el clavo.

—Debo reflexionar tu castigo —afirmó con desdén—. No saldrás bien librada de esto. Sophia ha muerto, tú has caído en desgracia y yo te desconozco como mi familia. No quiero volver a verte nunca, pero pretendo valorar cuánto daño mereces para resarcir el que has causado a la mía. En unas horas te comunicaré mi decisión.

Salió de allí sin mirar atrás, sin escuchar los balbuceos de ella cargados de excusas. La odiaba con todo su ser. No solo había ayudado a manipularlo durante años, sino que había atentado dos veces contra la vida de su hijo.

Unos minutos después, cuando el guardia llegó a recogerla para llevarla a la celda que le correspondía, fue testigo de algo horrible: Eris se había cortado las venas de las muñecas y se desangraba sobre el piso de madera.

El guardia dio la voz de alarma, atrayendo la atención de Cassidy, que pasaba por allí rumbo al comedor. La bruja trató de entrar para socorrerla, pero Rolfe se lo impidió.

—Ha tomado su decisión —dijo mientras observaba la escena desde el vano de la puerta—. Ella sabía que ese iba a ser su destino.

Tan solo me privó de hacerlo realidad a mi modo.

—Es tu prima, Rolfe.

—No merece ni siquiera ese título. La familia no destruye a los suyos, no confabula con el enemigo ni atenta contra el hijo de su supuesto hermano. Ella solo quería tener la razón y no soportó haber perdido.

Cassidy no dijo nada más. La oscuridad que desprendía Rolfe en aquel momento era comprensible, pero aterradora, y no podía ir contra él o la arrasaría.



CAPÍTULO 2 6

La marca que adornaba su cuello no la incomodaba. Habían pasado tantas cosas en las últimas semanas que su postura cambió; quizás era el respeto y cariño que recibía de los miembros de la manada, la sensación de seguridad que la abrazaba o las sonrisas eternas que adornaban el rostro de Heyden mientras le contaba su día a día. Sin duda, su entusiasmo era contagioso, pero había algo más, algo profundo y certero: la sensación de estar en el lugar que le correspondía junto al hombre que amaba.

Al día siguiente su pequeño soplaría las velas de la tarta rodeado de amigos, de gente que lo quería y junto a sus padres. Iba a ser una celebración de cumpleaños por todo lo alto. Gliss le había pedido ocuparse de la organización y ella se lo agradeció, pues aún estaba convaleciente, aunque la hizo partícipe de todas las decisiones.

Nicte estaba feliz, aún tratando de recuperarse, pero en una paz que no reconocía como suya en aquellos seis años de huidas y peligro constante.

Salió del baño después de asearse, vestida con sencillez. Sus pasos eran cortos, medidos, cansados… aún no estaba recuperada del todo, aunque los comentarios irónicos de Kirah habían vuelto.

«Te decides de una vez», la instó su loba desde el fondo de su cabeza, y no era la primera vez que lo hacía.

—Sí, voy a ir a buscar a Rolfe —aseguró mientras se miraba en el espejo y evaluaba su imagen de forma positiva. Ya no tenía ojeras bajo los ojos y los moratones de su cara se habían tornado amarillos, estaban a punto de desaparecer.

Llevaba días sin ver a Rolfe. Llegaba cuando estaba dormida, velaba su sueño y se marchaba unos segundos antes de que se despertara. Parecía huir de ella y eso, en parte, la preocupaba. Tenían una conversación pendiente y miles de besos por compartir, pero él no parecía estar disponible para ninguna de las dos cosas.

«Está en su despacho», la informó Kirah cuando salía de su habitación rumbo a enfrentarlo.

—Guíame, creo que nunca estuve en esa estancia.

Dejó que su loba la dirigiese hasta allí y, antes de que pudiera plantearse nada más, llamó a la puerta y escuchó la voz de Rolfe al otro lado.

—¿Podemos hablar? —preguntó desde el vano de la puerta.

El alfa alzó la mirada hacia ella, parecía sorprendido de su visita. Se limitó a asentir y ella entró con paso firme hasta que estuvo frente a su mesa.

—Nicte —dijo él en un murmullo, como si le doliera pronunciar su nombre.

—Tenemos una conversación pendiente, ¿no crees?

—Siéntate, aún no estás recuperada del todo.

Estaba a punto de apartar la silla cuando él se alzó con premura, negando con la cabeza y asegurando que estaría más cómoda en el inmenso sofá negro que había en uno de los extremos del lugar, frente a una enorme estantería que llegaba desde el suelo hasta el techo, repleta de libros.

Nicte se dejó guiar hasta allí, con la mano de Rolfe rozando su espalda, y tuvo que contener un suspiro provocado por sus atenciones.

—Mucho mejor —concluyó él cuando ambos tomaron asiento, manteniendo el contacto visual—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, Cass considera que pronto estaré repuesta del todo. ¿Y tú?

Que le devolviera la pregunta lo dejó descolocado.

—Todo como siempre.

Nicte negó con la cabeza y rozó la mano de él, que reposaba sobre el asiento, entre los dos.

—No soy ajena a lo ocurrido con Eris, lo siento mucho, Rolfe. Tienes que estar devastado.

—Llevo días considerando cómo debería estar, pero la rabia que aún siento por cada acción que hizo en mi contra parece no permitirme llorar su muerte.

—Es normal que te sientas así.

La mirada de Rolfe se oscureció. El sentimiento de culpa apareció con fuerza desmedida.

—Yo la forcé a ello. Su madre murió así, ambos lo supimos siempre. Mi tía, la hermana de mi padre, no soportó ser madre sin una unión sagrada. Era débil.

—Sufría demasiado.

—Sí, optó por quitarse la vida como Eris. Aproveché su propia historia para orillarla a hacerlo. No lamento su muerte, no merecía otro destino después de atentar contra nuestro hijo, pero no quería ser yo quien la condenara. Dejé la daga, la amenacé y lo hizo.

—Rolfe, lo siento —volvió a repetir Nicte, mientras se acercaba a él y lo abrazaba—. Lamento que tuvieras que hacer esto, que ella te engañara durante tanto tiempo, que sus actos te hayan producido un dolor tan profundo.

Permanecieron unidos durante un rato, en silencio. La bruja no pensaba soltarlo, menos cuando sintió la humedad de sus lágrimas contra su cabello. Dejó que llorara en silencio, acurrucado contra ella como aquel día en que murió su padre.

Lo sostuvo hasta que la marea se calmó y la contención regresó a Rolfe. Aquel llanto era su forma de despedirse de Eris, del recuerdo de esa hermana con la que creció, y no volver a nombrarla, su escudo contra el remordimiento de conciencia por haberla animado a suicidarse.

En el fondo de su alma siempre la querría. Se habían criado juntos, eran hermanos y ya no estaba junto a él. Si tan solo hubiese

respetado su puesto y el amor que sentía por Nicte, todo esto no hubiera acontecido.

Se separó de los brazos de la bruja y dejó que esta secara sus mejillas con el roce de sus dedos, con tanta delicadeza que el dolor dio paso al deseo que ella le provocaba. Observó la línea de su nariz, la comisura de sus labios, la forma en que sus ojos brillaban al mirarlo, pero tenía que hacerlo, debía darle una explicación por sus actos.

—Lo siento.

Aquella disculpa dejó descolocada a Nicte, pues de todo lo que pensaba que él iba a decirle, eso era lo único que no había valorado.

—¿Por qué?

Rolfe contuvo una maldición, alzó la mano y apartó su cabello hacia un lado para mirar su clavícula. Ahí estaba su marca. Era imposible que ella no la hubiese visto. Sabía que hacía días que ya se ocupaba de sí misma sin ayuda.

—Por hacerlo sin tu consentimiento. No tuve otra opción.

Aquel gesto, junto a la mirada de arrepentimiento de él, la desmontó por completo.

—Sé que te resististe, Cass me lo contó ayer mientras se aseguraba de que comía y tomaba mis medicinas. Está igual de confundida que yo, no entiende por qué no hablas conmigo.

—Una parte de mí está avergonzada por todos mis actos, me convertí en un salvaje para llegar a ti, maté a Gideon mientras ignoraba tus heridas, orillé a mi prima a su propia muerte y te marqué sin que tú quisieras. Apenas me reconozco, pero he reflexionado mucho y estoy dispuesto a…

Él se detuvo. Quería decirlo, necesitaba abrirle la puerta para que ella pudiera elegir quedarse a su lado, pero Dante estaba furioso y él mismo no estaba convencido de poder soportar aquello durante demasiado tiempo.

—Rolfe, te veo confuso, perdido. Quizás debamos dejar esta conversación para otro momento.

—¿Ya quieres librarte de mí?

—No —se apresuró a responder al observar el dolor en su mirada —, solo necesito verte bien. Veo cómo la culpa te está consumiendo y no seré yo quien añada más leña a ese fuego. Debes descansar.

La bruja se levantó del sofá, dejándolo aturdido. No esperaba aquel giro de los acontecimientos, así que antes de que ella diera un segundo paso hacia la puerta, se alzó y la interceptó, agarrándola por la cintura.

—No hemos acabado de hablar.

—Lo sé, pero…

—Nada. Tan solo escúchame. Te marqué porque no había otra opción, debía salvarte y Cass me aconsejó que lo hiciera, pero estoy dispuesto a esperar. Tan solo te pido una oportunidad. Déjame que te demuestre lo que siento por ti, no me hagas perseguirte por todo el país, no te vayas lejos llevándote a Heyden. Quedaos aquí, por favor.

Su dolor era tan desgarrador que Nicte podía sentirlo como propio.

—Rolfe, no tengo intención de irme de aquí.

De todas las respuestas que podía haber imaginado, esa era de las pocas que no había considerado. Sus miradas se enredaron en un segundo eterno en el que el alfa trató de superar la incredulidad que su contestación le había provocado.

—Heyden y yo nos quedamos, contigo —se reafirmó Nicte cuando el silencio parecía haber erigido un muro entre ambos—. Me ha costado entender que era digna de estar a tu lado, de ser tu pareja por encima de todo.

—¿Por qué? Fui claro contigo desde que nos reencontramos.

—Imagino que por esa herida que aún arrastro —Nicte soltó un suspiro mientras buscaba las palabras para contarle aquel episodio de su vida—. Mi padre nos rechazó a mi madre y a mí de la forma más cruel posible, no nos dio nuestro lugar y no estaba dispuesta a ver a Heyden sufrir como lo hice yo.

La explicación de ella le sabía a poco, aunque aclaraba lo reacia que había sido con él en aquella segunda oportunidad que ambos

merecían.

—Nunca me lo contaste —dijo él en un tono sereno y conciliador.

—La historia que creó Naira para mí era mejor: preferí ser la sobrina falsa, la hija de un hombre extraordinario, que la repudiada por un cobarde que no supo valorarnos y abandonó a mi madre mientras se desangraba.

—Dime dónde está ese malnacido y acabaré con él.

—Creo que no sobrevivió. Después de cumplir la orden de Gideon, este le atacó.

—¿Él fue quien te apuñaló?

—Sí, pero sé que no lo hizo porque quisiera hacerlo, siguió órdenes, trató de resistirse, pero nadie puede ignorar el mandato de un alfa.

Rolfe no discutió su afirmación, pero el mismísimo infierno se congelaría antes de atentar contra ella.

—Maldito bastardo —dijo con la ira a punto de desbordarle—. Si pudiera, yo mismo lo mataría con sus propias manos.

—Ya no importa, él se ha marchado. Gideon se encargó de ello.

—Y yo de él. Ninguno de los dos volverá a herirte.

—Lo sé, no imaginas la paz que siento desde hace días.

Él quería compartir su sonrisa, pero en su cabeza una duda persistente amenazaba con atormentarle si no la lanzaba al aire y obtenía una respuesta satisfactoria.

—¿Creíste que yo podría cometer el mismo error que tu padre?

Vio cómo su rostro se ensombrecía y estuvo a punto de retirar su pregunta, pero no le dio tiempo.

—Me dejé llevar por el miedo. Lo he tenido durante demasiado tiempo, pero ya se fue, sé que jamás rechazarás a Heyden. Lo colocaste en su lugar incluso cuando yo me opuse.

Alzó la mano y acarició su rostro con una delicadeza tan grande que Nicte sintió que se derretía contra él.

—Te hubiese puesto a ti en tu posición si me lo hubieses permitido antes. Eres mi mundo, Nix, la razón por la que mi

oscuridad no me devora. La luz que me mantiene cuerdo.

La atrajo hacia él mientras sus ojos clamaban por un permiso que ella ya le había otorgado, no había nada que los mantuviera separados. El sinuoso camino había llegado a su fin y el siguiente sendero transcurría en una conjunción sagrada que ambos estaban dispuestos a compartir.

—Te amo, mi diosa de la oscuridad.

—Te amo con toda mi alma, Rolfe, jamás dejé de hacerlo.

—Lo sé.

La mueca juguetona de él la sorprendió. Entrecerró los ojos y después soltó un bufido.

—Kirah.

—Ella se lo contó a Dante el mismo día que nos encontramos de nuevo.

—Maldita traidora, tengo que hablar con ella, me va a oír.

—Ahora no —estrechó el abrazo que mantenían—, ha llegado el momento de sentir. Mi querida luna, sé mía de nuevo.

—Siempre.

Sus bocas se encontraron en un beso intenso que creció con fervor. Con cada roce de sus labios, el deseo iba escalando hasta que, con apremio, se fueron desprendiendo de la ropa que los estorbaba y se dejaron llevar hasta el fuego abrasador de su pasión.





EPÍLOGO

Unos meses después

No podía describir la dicha que sentía al tener en brazos a aquel pequeño. Se recreó repasando sus rasgos mientras lo mecía con suavidad: había heredado la sonrisa de Gliss, el pelo rizado de su padre y una fuerza increíble, sin duda la misma tenacidad con la que se había aferrado a la vida cuando todo parecía ir en contra de su nacimiento.

Escuchó que la ducha se detenía y unos minutos después salió su amiga, aún con el pelo húmedo, pero con un gesto de satisfacción que la agradó. Sin duda necesitaba aquel instante de paz consigo misma después de una noche llena de múltiples despertares.

El bebé era bastante demandante, como todos, pero tenía unos padres que se volcaban en su cuidado cada día.

—Gracias —dijo mientras Nicte le entregaba al bebé.

—Un placer sosteneros.

—Si no fuera por ti no podría ni asearme, con James no deja de berrear en cuanto lo coge y acabo demasiado estresada.

—Se irá acostumbrando a los brazos de su papá, ambos deben hacerlo.

—Tiene una paciencia infinita y lo trata con tanto cariño que sé que acabará aceptándolo, pero a veces me desespero un poco.

—Es normal.

Ambas se quedaron en silencio, admirando al pequeño que estaba dormitando en los brazos de su madre.

—A veces me da miedo que lo que ingerí tenga consecuencias en él —explicó Gliss, con la sombra del temor oscureciendo su camino

en la maternidad.

—No va a ser así. El médico hizo todos los análisis posibles y Cassidy puso su granito de arena. Tienes un bebé sano y fuerte, solo te queda disfrutarlo y quererlo mucho.

—Tienes razón, pero a veces cuesta dejar atrás los recelos.

—Lo sé.

—¿Cómo estás? Últimamente solo hablamos de este granuja.

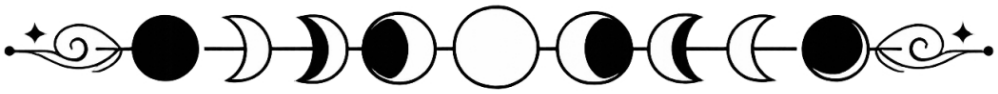
—Bien —dijo Nicte con un deje de sorpresa que no le pasó desapercibido a ninguna de las dos—. Me estoy adaptando a mi rol, asumiendo las responsabilidades de la manada que me corresponden y dedicando mucho tiempo a Heyden. Aún hay noches que le despiertan sus terrores nocturnos.

—Es normal, vivió una situación bastante fuerte.

—Sí, he pensado en borrarlo de su mente, pero sé que esta fase pasará y quizás deba aprender algo de ella.

—¿Y con Rolfe?

—Todo perfecto, demasiado, más de lo que imaginaba.



Acababa de acostar a Heyden tras dos cuentos, un sorbo de agua, un achuchón y un beso en la coronilla. Abrió la puerta que conectaba con la habitación de la luna y la vio allí, enredada entre sus cosas, así que entró con sigilo, ordenando a su lobo que cubriera su rastro. Quería sorprenderla, pero antes de que pudiera llegar hasta ella, Nicte se giró y lo miró con una sonrisa pícara.

—¿Qué me delató esta vez? —preguntó fingiendo que estaba ofendido.

—Te sentí, como siempre.

Rolfe se adelantó, traspasando el espacio que los separaba. Sujetó su cintura con ambas manos y la acercó a él.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi habitación.

—No, por la noche no, tampoco por el día y…

Su atención se desvió hacia la mano de ella, donde sostenía un frasco pequeño y opaco lleno de algo que no sabía qué era.

«Tíraselo», la voz irritada de Dante lo sorprendió. Agarró su muñeca con delicadeza, con la intención de quitárselo si no le parecía correcta su explicación.

—¿Qué es eso?

Bajo el escrutinio de Rolfe, Nicte enrojeció. Era el único secreto que tenía con él.

—No es nada malo —se justificó ella, restándole importancia.

—Si no me cuentas qué es, no puedo valorar eso, solo sé que Dante quiere que lo destruya.

La caricia de él sobre su espalda la distraía, sobre todo cuando metió la mano por debajo de la camiseta del pijama verde y entró en contacto con su piel.

—Nix.

—¿Me estás torturando?

—No, solo quiero entender por qué mi preciosa luna me oculta algo que se está tomando y que huele un poco mal. Si no me lo dices tú, tendré que preguntárselo a Cass, con ella sí puedo usar mi voz de líder.

—¡Ni lo sueñes! Ella ni siquiera lo sabe.

—¿Seguro?

El tono petulante en la voz de él hizo que sus mejillas rozaran el tono de su cabello. Soltó un suspiro, abatida, y se dispuso a contarle la verdad, esperando que él no se la tomara demasiado mal.

—Son pastillas anticonceptivas.

Aquella revelación cayó sobre su cabeza como un balde de agua fría. Detuvo sus caricias, soltó su esbelta muñeca y la miró sin decir nada, mientras su cabeza procesaba aquella información. Se sentía un tanto ofendido al conocer aquello y necesitaba que ella le diera una explicación lógica.

—¿Por qué?

—No hemos hablado de si queremos o no tener más hijos en este tiempo. Parece que nunca es el momento adecuado y siempre he pensado que debíamos estar de acuerdo. No quería que nos sorprendiera de repente un embarazo sin siquiera buscarlo.

Debería ofenderse, pero entendía su razonamiento. Habían vivido unos meses intensos, de cambios, de ajustes y cada vez que trataban de hablar de cosas importantes, Heyden los interrumpía. Pero no solo él, también los imprevistos de la manada, la visita de otros alfas, incluso la del propio rey, que quiso conocer de primera mano lo acontecido con la manada del Eclipse .

Pasó el brazo por detrás de su cintura y la obsequió con su mejor sonrisa.

—Quiero tener más hijos, Nicte —afirmó con rotundidad—. Por mí, como si formamos un equipo de fútbol —remató con una sonrisilla de anticipación.

—¿Tantos? No, definitivamente no, pero alguno más sí.

—Entonces —agarró el frasco y se lo quitó de la mano, lo alzó entre ellos y quiso destruirlo, pero no lo hizo—, ¿puedes dejar de tomarlas? Heyden se merece un hermano y yo poder vivir un embarazo junto a ti. Estoy deseando cuidarte mucho.

—Eso suena a amenaza —respondió ella con una risilla nerviosa, pues sabía lo intenso que era con tal de mantenerla a salvo.

—Solo es una advertencia. Te pondré entre algodones. No será tan malo como te imaginas.

—Eso espero. Está bien, tengamos otro cachorro.

Rolfe quiso chillar de emoción, pero se contuvo. No quería despertar a Heyden con su entusiasmo desmedido. Tenía otros planes con su madre.

—Empecemos a practicar.

Rolfe tiró el frasco lejos de ellos y atacó su boca con pasión desmedida. Nicte rodeó su cuello con las manos, aferrándose a aquel hombre capaz de hacerla enloquecer con solo una caricia y ahí quedaron, envueltos en esa felicidad construida para una bruja

mestiza y un lobo que, contra todo pronóstico, consiguieron encontrar la forma de estar juntos.

FIN

Querido lector, si has llegado hasta aquí con un montón de dudas o ganas de conocer la historia de Iara, Grace, Ramsey y Liam.

Te invito a descubrirla.



Hace dos años que Iara dejó todo atrás, incluso su apellido. No le quedó más remedio; sin embargo, *ha aprendido a sobrevivir y a manejarse en un mundo difícil y cruel para las mujeres*. Por azar del destino, el conde de Richmond aparece en su vida. Un encuentro fortuito e inesperado que desatará una marea de acontecimientos.

Lord Ramsey Blackwood es un hombre diferente, atípico en sus costumbres, *un ermitaño para la alta sociedad*; pero no le importa lo que piensen de él. Vive volcado en sus obligaciones familiares y en sus negocios… hasta que aparece ella.

La atracción es irremediable y se verán arrollados por unos sentimientos incontrolables.

¿Podrán resistirse o se dejarán llevar? ¿Serán capaces de salvar los obstáculos que se les presenten o acabarán heridos y separados?



Un soplo de viento en contra fue suficiente para que el seguro mundo de Grace desapareciera bajos sus pies. Desamparada y a *merced de unos hombres sin escrúpulos que buscan beneficiarse de su inocencia*, todo parece perdido.

Lord Liam McAlister es un hombre enigmático y parco en palabras, con un sentido del honor que condiciona sus decisiones. Tiene un propósito de vida marcado del que jamás se desvía.

Grace supone un desafío para él, no se comporta como debería y, aunque todo en su interior le dice que se mantenga lejos, hay una fuerza que lo arrastra hacia ella.

Quizá el orgullo los lleve a herirse sin medida. *¿Lograrán entenderse?* Y, de conseguirlo, ¿será su condena o su salvación?

Otros libros de la autora.

Cuando consigas… hablarme.

Cuando consiga… amarme.

En mi camino.

Cruce de caminos.

La maldición de los Gordon.

La partera.

Durante una mirada.

Disponibles en Amazon, Kindleunlimited y a través de mí en Instagram @beamelworren

Agradecimientos

A veces uno comete locuras, para mí este libro lo es un poco, se sale de lo habitual en mí y quizás por eso se ha convertido en un viaje un poco más solitario, pero reparador. Necesitaba volver a conectar con esa voz interior que los autores tenemos a la hora de crear.

De ahí nace la historia de Rolfe y Nicte, dos almas errantes, heridas y capaces de cometer locuras en nombre del amor más grande que existe en el mundo, el que un padre tiene hacia su hijo. No es un tema ajeno en mis libros, pero sin duda esta vez ha sido más contundente, quizás por la oscuridad de sus personajes principales.

Si has llegado hasta aquí te doy las gracias, querido lector, por atreverte a sumergirte en esta historia.

Mil gracias a mi querida Nerea Martín, porque de alguna forma ella siempre consigue darles luz a mis sombras, con esa energía luminosa que porta.

A mi Marisa Maverick, porque sí, porque cada paso a tu lado me ha hecho la escritora que soy. No dejes nunca de ser mi Cassidy.

Y a todos los que, de una forma u otra, estén o no vinculados al mundo literario, forman parte de mi camino, enseñándome y acompañándome aún cuando no son conscientes de ello.

Gracias a todos.

Nos vemos en el siguiente.